

EDO. FREI Y SU ÉPOCA.

CAPÍTULO VII *Presidente de la República*

La elección

Como se ha visto, desde 1962 se venían perfilando las estrategias partidistas para las elecciones presidenciales de 1964. En ese mes se constituyó el llamado Frente Nacional Antimarxista integrado por los partidos Conservador, Liberal y Radical, el que después, con el nombre de Frente Democrático, serviría de base para la candidatura presidencial del radical Julio Durán. Las cifras de apoyo electoral del Frente, a pesar del debilitamiento derechista en las elecciones parlamentarias de 1961, hacían presagiar una holgada victoria de éste.

También se vio que los resultados de las elecciones municipales de 1963 fueron otro revés para la nueva alianza radical-derechista pese a que la «voz de las cifras» todavía la señalaba como la probable triunfadora en las presidenciales de 1964; así como que el Partido Radical fue desplazado a un segundo lugar en el apoyo popular por el Partido Demócrata Cristiano, el que obtuvo un nuevo y gran éxito, logrando la primera mayoría nacional con el 22,7 por ciento de los votos¹. En un contexto temporal más largo, este cambio significaba asimismo un viraje cultural en la asociación entre clase media y laicismo, la que venía desde el siglo XIX. Ahora, frente a la clase media laica, la clase media católica tenía una expresión política tanto o más fuerte y en alza.

Pero la Democracia Cristiana todavía no podía pretender elegir un Presidente «sola», pues los radicales y los partidos de

derecha aliados todavía formaban una amplia mayoría. Lo mismo valía para la izquierda marxista que no había aumentado su votación. La alianza de gobierno contaba aún con un 46,2 % de los votos y la candidatura del radical Julio Durán parecía firme. De no producirse un acontecimiento imprevisto e importante debía ser el próximo Presidente de Chile y así fue proclamado candidato en junio de 1963.

Así, cuando en esas circunstancias y ese mismo mes y año, la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano designó candidato a la Presidencia a Eduardo Frei, la noticia no tomó por sorpresa a la opinión pública. Pero el panorama se le presentaba muy difícil.

Hicimos presente asimismo que el FRAP, aunque con conflictos importantes, había proclamado, el año anterior, por tercera vez, a Salvador Allende como candidato presidencial². Era la figura de más arraigo popular dentro de la izquierda y a pesar del magro desempeño electoral del FRAP en 1963, sus posibilidades de triunfar ahora parecían, al menos, similares a las de 1958, cuando estuvo a punto de conseguir el éxito, aún teniendo en contra la «voz de las cifras».

Durante los primeros meses de campaña el panorama era ese. Una derecha que parecía vencedora sobre el papel, una izquierda que tenía fundadas esperanzas de derrotarla en la realidad y una Democracia Cristiana, que pese a su crecimiento y tenaz esfuerzo no podía hacerse grandes ilusiones. De hecho, se puede pensar, con la perspectiva del tiempo transcurrido, que es muy probable que Allende hubiera triunfado en 1964 de no darse el episodio de «El Naranjazo».

¿En qué consistió éste?

El 18 de diciembre de 1963 falleció el diputado socialista por Curicó Oscar Naranjo³. La elección extraordinaria había de realizarse el 15 del mes de marzo de 1964 y para todo el mundo resultó claro que, como la elección complementaria por el Tercer Distrito de Santiago en 1958, su resultado sería un indicador clave de la justa presidencial.

El FRAP eligió como candidato al hijo del parlamentario fallecido, el que, además, llevaba su mismo nombre; importante

factor como lo demuestra la historia electoral de Chile desde casi los albores de la República.

Los comandos de las tres principales candidaturas presidenciales se volcaron a la zona. Allende, Durán y Frei pronunciaron tantos o más discursos que los propios candidatos comprometidos en la contienda electoral. Cometiendo un error que sería parecido a otro, mucho más grave, en que caería en 1970, la derecha, segura que la voz de las cifras les daba el triunfo, insistió en calificar la elección de Curicó como la mejor encuesta electoral para las presidenciales de septiembre, un verdadero plebiscito. Las otras fuerzas comprometidas en la pugna no fueron tan enfáticas, aunque tácitamente aceptaban el hecho como evidente⁴.

Pero los resultados favorecieron al candidato de la izquierda, quien se impuso con el 39,2 por ciento de los votos, en tanto que el representante del pacto oficialista, Rodolfo Ramírez, un terrateniente de la zona y en cuanto tal un mal candidato en el ambiente de cambio que predominaba en el país, alcanzaba sólo el 32,5 por ciento. El candidato demócratacristiano Mario Fuenzalida «el Vitrola», por su parte, obtenía el 27,7 por ciento, con una importante alza en relación a las municipales del año anterior⁵.

El impacto fue grande. Curicó era entonces una zona de agricultura tradicional, donde los partidos de derecha tenían un histórico arraigo electoral⁶. Una derrota como la sufrida no sólo ponía en duda el resultado de las elecciones presidenciales, era, más bien, una clara indicación de que el triunfador sería el candidato del FRAP.

Fue así que la elección de Curicó, que los periodistas denominaron «El Naranjazo», provocó un terremoto político que significó el fin de la candidatura de Durán. El Frente Democrático procedió a disolverse. Los radicales dejaron en libertad de acción a sus aliados conservadores y liberales, los que pasaron, casi en masa, a adherir incondicionalmente a la candidatura de Frei, optando por lo que consideraban el «mal menor»⁷. Así, para desventura del FRAP y su candidato Salvador Allende, el triunfo de Oscar Naranjo fue una «victoria a lo Pirro».

Durán se mantuvo como candidato sólo con el apoyo del Partido Radical y, posiblemente, con el exclusivo propósito que los votos del sector izquierdista de su colectividad no se fueran para Allende. Jorge Prat se retiró⁸.

¿Era el descenso electoral de la derecha y el oficialismo un castigo para el gobierno de Alessandri o era que el signo de los tiempos apuntaba claramente hacia los cambios estructurales? Algo había de las dos cosas, pero ciertamente mucho más de la segunda. En cifras, como se vio en el capítulo anterior, el gobierno de Alessandri estaba muy lejos de haber sido un éxito, pero tampoco había sido un desastre. Lo que más le afectó fue el problema de la devaluación del dólar. El crecimiento del PGB promedio había sido de alrededor de un 3,7%⁹. En lo político se había mantenido la democracia y el orden interno y algunos programas, como el de construcción de viviendas, el fomento de la pesca industrial, la pavimentación de caminos, el aumento de la matrícula, desayunos y almuerzos escolares, habían sido un éxito. Además, el Presidente y casi todos sus colaboradores cercanos¹⁰, habían demostrado una honradez ejemplar. Lo que sí parecía claro era que la política económica implementada no daba para más; en particular en relación a la inflación, la que había permanecido alta.

Más importante es que se veía, como algo cada vez más imperativo, llevar adelante los cambios sociales estructurales que se habían postergado, a veces derechamente o en otras utilizando métodos cosméticos, como sucedió con la reforma agraria. En verdad, hacia 1964, la derecha no parecía tener un proyecto histórico para Chile y el «tercio» electoral que controlaba no estaba en condiciones de contrarrestar el discurso demócrata-cristiano o el marxista.

Con todo, el Presidente Jorge Alessandri dejó su cargo con dignidad, el apoyo y el respeto de un gran número de chilenos, como se comprobaría seis años después.

Pero para la derecha el panorama derivado del «Naranjazo» era dramático: los conservadores votando, masivamente y sin condiciones, por Eduardo Frei Montalva, hasta ese momento

blanco predilecto de sus críticas y humillaciones, las que ahora debían tragarse. Era renunciar al orgullo para gente que tenía mucho. Peor aún, significaba votar por un candidato que proclamaba la necesidad de una drástica reforma agraria, la que atacaría el mundo tradicional campesino, en el que la cultura conservadora asentaba sus más sólidos pilares.

Para los liberales, en tanto, quienes no tenían una identidad cultural tan acentuada, ni una tradición de desaires mutuos con el socialcristianismo, resultaba más fácil votar por Frei. Habían estado a punto de hacerlo en 1958 y de verdadera «doctrina liberal» les quedaba poco. Habían sido tocados también por la «onda» mundial que privilegiaba los valores sociales por sobre los individuales. Desde luego no sospechaban lo que pasaría después de 1974. Todavía el grupo de los Chicago Boys, neoliberales a ultranza, recién habían vuelto o estaban formándose en el lejano territorio de Illinois¹¹.

Y el apoyo de la derecha a Frei era a «cambio de nada», como lo dejó en claro la Tercera Declaración de Millahue, entregada poco después de la elección del 15 de marzo por la directiva demócrata-cristiana¹².

Estaban así lanzadas de modo definitivo las campañas y los candidatos para la elección de 1964, la que se daría, de hecho, a dos bandas. La competencia estaba planteada entre Eduardo Frei y Salvador Allende¹³. Entre demócrata-cristiana y socialismo marxista.

La pugna se dio en condiciones internacionales y nacionales especiales y hasta cierto punto nuevas. Los partidos de izquierda habían recibido un fuerte impacto de la experiencia cubana, la que les había demostrado que una revolución marxista y nacionalista podía darse en el continente y ante las mismas puertas de los Estados Unidos. El Partido Socialista, que ya venía radicalizando su actitud política desde mediados de la década de 1950, encontró en Cuba un modelo. En tanto, el Partido Comunista, si bien mantuvo su tradicional fidelidad a la Unión Soviética, también se vio conmovido, tanto más cuando el año 1960 se selló la alianza entre esta potencia y la isla de Cuba. La

romántica posición de los dirigentes cubanos y, en especial, del Che Guevara, que culminaría con su intento revolucionario y su muerte en Bolivia, atraía a toda la juventud de izquierda. Más tarde, serían los propios jóvenes demócratacristianos los conmovidos¹⁴.

Además, como se vio, Estados Unidos, enfrentado al éxito de Fidel Castro y tras el torpe fracaso de Bahía Cochinos, se dio cuenta que había de impulsar una política de reformas profundas en Iberoamérica para lograr frenar la expansión del modelo cubano. Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso, vasto plan de reformas al cual EE. UU. había de contribuir con 20.000 millones de dólares de entonces. Hicimos presente que el nuevo plan se proponía impulsar reformas agrarias en un continente en que la población era todavía mayoritariamente rural.

La candidatura demócratacristiana se avenía muy bien con la nueva posición progresista de la Casa Blanca. Más todavía cuando no sólo proponía reformas estructurales en la línea de la Alianza para el Progreso, sino que además propugnaba una utopía alternativa a la cubano-marxista¹⁵. Fue así que la postulación Frei contó con la abierta simpatía del gobierno norteamericano.

Mencionamos el viaje de Frei a EE. UU. ya siendo candidato. Tan importante era para esa potencia su triunfo que se ha afirmado que lo apoyó con no pocos fondos. Al parecer habrían sido alrededor de 3 millones de dólares de la época, según quedó en claro en una posterior investigación del Comité de Inteligencia del Senado norteamericano (Comisión Church); aunque todos los dirigentes demócratacristianos de la época niegan que el PDC haya recibido ese dinero¹⁶. Otros dineros fueron a organismos y prensa de derecha (como la revista *PEC* dirigida por el ex comunista Marcos Chamudes) para que presentaran la candidatura Frei como una cruzada anticomunista.

Estos últimos fueron los que se ocuparon principalmente en la llamada (por el Comando de Allende) Campaña del Terror. Un nombre adecuado, pues se trataba justamente de eso: convencer a los chilenos de que el triunfo del abanderado del FRAP era la llegada del totalitarismo comunista y el terrorismo de Estado a

Chile. El cartel «El Comunismo es la muerte» se pegó en gran parte de las paredes de Chile. Otro cartel, parodiando el triunfo futbolístico de Chile sobre la URSS en el Mundial de 1962 y su similitud con el número que los candidatos ocuparían, por sorteo, en la cédula única con que se votaba, rezaba: «Repitamos el resultado del Mundial: Chile 2, Rusia 1». Frei evidentemente ocupaba el N° 2 en la cédula. Otra serie de propaganda radial, escrita y televisada fue pagada con estos dineros. El después embajador de EE. UU. en Chile Edward Korry (gran enemigo de la Democracia Cristiana y en particular de Gabriel Valdés) señala que la suma total de ayuda a la campaña Frei pudo llegar a los 20 millones de dólares. Aunque reconoce que es muy difícil saber quién los dio y a quién llegaron¹⁷.

Debajo de los afiches de la Campaña del Terror, partidarios del abanderado del FRAP colocaban, a veces, otro letrero: «Gentileza de la Embajada de los Estados Unidos»¹⁸.

¿Dio su visto bueno Frei a la Campaña del Terror? Así lo acusó el FRAP y eso le causaría un disgusto personal con Allende como veremos. Otros testigos de la época, de línea demócratacristiana o parientes, negaron y niegan que Frei haya dado ese consentimiento¹⁹. Lo que parece evidente es que su comando la toleró. En todo caso, la Campaña del Terror fue muy efectiva, en especial entre las mujeres.

Con el lema de la Revolución en Libertad (según Juan de Dios Carmona quien no usaba en ese tiempo la palabra revolución no tenía derecho a existir en la política chilena²⁰), la candidatura de Eduardo Frei presentó un programa cuyo punto sustantivo era la modernización de Chile, un país que entonces tenía unos ocho millones de habitantes y un ingreso per cápita de poco más de US\$ 400, de la época. La modernización incluía, en primer término, una reforma agraria. Con esta reforma se pretendía aumentar la producción y crear cien mil nuevos propietarios agrícolas; se consultaba además una ley de sindicalización campesina. También se proponía un programa de «promoción popular», destinado a incrementar la participación ciudadana y a mejorar la calidad de vida de los sectores urbanos y

rurales más desposeídos. Una «chilenización» del cobre, es decir que el Estado, mediante acuerdos, asumiera el control mayoritario en las empresas de la gran minería, calificadas por Frei, quien siempre se había interesado en el problema cuprífero, como «la viga maestra» de la economía chilena. Construir 60 mil viviendas anuales, lo que conllevaba la creación de un Ministerio de la Vivienda. Llevar adelante una reforma educacional tendiente a terminar con el analfabetismo y proporcionar a todos los chilenos un nivel de educación acorde con los de una nación moderna. Conceder el derecho a voto para los analfabetos. Un ambicioso plan de obras públicas en el cual figuraba el Metro de Santiago. En fin, en el plano de las relaciones exteriores, se pretendía que Chile tomara una actitud más activa en promover la unidad continental²¹.

En cuanto a cifras macroeconómicas, se aspiraba a que hacia fines del gobierno, en 1970, el producto per cápita para Chile fuera cercano a US\$ 600 de ese entonces, lo que significaba que la tasa de crecimiento anual de la economía debía oscilar alrededor del 6% y que la distribución del ingreso mejorara considerablemente²². Se intentaría, además, bajar progresivamente la inflación, mal endémico de la economía chilena durante todo el siglo XX y que distorsionaba cualquier esfuerzo en favor del crecimiento, hasta llegar a cifras de un dígito después de 1967²³.

El texto del programa sistematizaba estos logros a obtener en cinco metas: desarrollo económico; mejoramiento de la educación, en particular la técnica; solidaridad nacional; justicia social; participación política y soberanía nacional²⁴. El Estado, como en los 40 años anteriores, continuaría siendo la herramienta fundamental para la obtención de estas metas.

Tras el programa de Eduardo Frei estaba, como en el año 1958, la concepción socialcristiana de la sociedad. Esto significaba ampliación de la democracia política, cambios en profundidad en la estructura social, evolución cultural hacia el humanismo, respeto hacia el hombre («persona») en un sentido amplio, con énfasis en los de los sectores más desposeídos.

También significaba el rechazo explícito a la «lucha de clases» en cuanto diagnóstico base y motor del programa. Se trataba de realizar una revolución, pero una revolución «limpia» desde el punto de vista de la ética cristiana. No se quería quebrar huevos o quebrar los menos posibles.

Asimismo se estaba, genuinamente, contra las concepciones tradiciones, liberal y socialista del cuerpo social. En ese sentido el programa Frei estaba auténticamente «sobre izquierdas y derechas»²⁵. Como alternativa se intentaba marchar progresivamente hacia un «Comunitarismo» como modelo socioeconómico de carácter integral y válido universalmente. Esta ambiciosa pretensión (en la que Chile debía hacer de punta de lanza) fue quizá la principal debilidad teórica que afectó el programa democratacristiano. El «Comunitarismo», pese a los denodados esfuerzos de Jaime Castillo, principal doctrinario del PDC y de otros ideólogos como Julio Silva Solar, Jorge Cash, Javier Lagarrigue y los más jóvenes, Eduardo Palma, Claudio Orrego y aún otros, nunca podría concretarse en instituciones económicas y sociales que fuesen realmente exitosas o competitivas. Siempre permaneció en el reino de la utopía y esta incapacidad de concretización fue en buena medida la responsable de que la juventud especialmente, fuese derivando entre los años 1964-1970 hacia otra utopía, la marxista, la que sí parecía haberse concretado exitosamente en el caso cubano y otros.

En los aspectos estrictamente técnicos, el programa Frei era el más completo y sistemático de la historia electoral de Chile, hasta ese momento y estuvo fuertemente influido por científicos sociales y economistas de la línea «cepaliana» moderada²⁶. En particular, Raúl Prebisch, Aníbal Pinto Santa Cruz, su hermano Francisco, Raúl Sáez, y Jorge Ahumada²⁷, quien murió tempranamente en noviembre de 1965. Los libros de Ahumada, en particular *En vez de la miseria*²⁸, contribuyeron a difundir entre las elites chilenas la idea de que el país atravesaba una «crisis integral», lo que tenía una cierta dosis de verdad en el plano socioeconómico, pero resultó a la larga una proposición peligrosa en lo político.

La así llamada «crisis integral» de Chile, en lo socioeconómico se expresaba en un «lento crecimiento» (3,7% o algo más) durante los últimos tres decenios; en un nivel de ahorro de sólo 12% (y, por ende, baja inversión); exportaciones compuestas en un 85% de materias primas y en especial cobre (60-70% del total); estructura productiva fundada sobre los servicios y no sobre los sectores productivos; balanza comercial desfavorable; inflación endémica; dependencia del exterior (en función de los precios de las materias primas). En fin, una mala distribución del ingreso²⁹. Frei mismo en un discurso de noviembre de 1966 hacía hincapié que la del país en los últimos años era una de las tasas de crecimiento más bajas de la historia de Chile y «más bajas (en ese momento) del mundo entero»³⁰.

En lo social y político, la crisis integral se caracterizaba por una falla masiva en la participación. Una mayoría de chilenos no contaba con los mecanismos adecuados para entrar a integrarse al sistema social que era la nación chilena. Era el caso, en particular, de los campesinos y, de allí, una de las razones de la importancia de una reforma agraria, pero también de sectores de pobres urbanos, mujeres y grupos menores varios; lo que hacía necesaria también la «promoción popular». También existía una crisis de representatividad; vale decir, las autoridades de las organizaciones sociales y políticas, los partidos en particular, no interpretaban el sentir y las necesidades de sus bases. Era necesario mejorar el contacto entre unos y otros³¹.

Finalmente, se denunciaba una crisis en la solidaridad, lo que representaba una crítica de fondo al liberalismo e individualismo existente en la sociedad chilena. Era a través de esta crítica donde el pensamiento comunitario que estaba tras el programa demócratacristiano se manifestaba³². Pero apuntaba específicamente contra la falta de solidaridad entre sectores sociales concretos. Latifundistas, con respecto a inquilinos y trabajadores del campo en general. Dueños y directivos de empresas frente a sus trabajadores. Ricos frente a pobres. Era necesario crear los mecanismos solidarios.

Había algunos otros factores que incidían en la crisis integral del país. Las trabas burocráticas que frenaban la producción y el

desarrollo. Falta de responsabilidad, individual y colectiva. El aspirar a soluciones irreales o inalcanzables en corto tiempo, etc.³³.

Teniendo en consideración lo que pasó en el país en la década de 1970, se tiende a pensar en el diagnóstico de «crisis integral», aplicado al Chile de 1964, como exagerado. Problemas estructurales en el campo económico y social, ciertamente los había. Pero al mismo tiempo el país mantenía instituciones y valores sólidos: una democracia política verdadera; amplia libertad de opinión; respeto de la persona en sus derechos humanos fundamentales. Nada parecido a la intervención de los poderes públicos, universidades y medios de comunicación, a los asesinatos políticos, la existencia de cárceles secretas, exilio, violencia institucionalizada y de una policía política con derecho a perseguir y asesinar a cualquier chileno más o menos arbitrariamente, como ocurriría diez años después. Pero esos valores que Chile poseía, junto con sus problemas estructurales, no se justipreciaban, al menos suficientemente. Habría que perderlos para comprender, dolorosamente, su verdadera importancia.

Peor aún, el calificar los males de Chile hacia 1964 como «crisis integral», era un arma política de doble filo. Esto se demostró en el discurso de autojustificación (y en el apoyo) que tuvo la dictadura militar posterior a 1973, en su afán de «partir de cero» y durar largo tiempo. Pues, se decía, era necesario barrer no sólo con el socialismo sino con toda la clase política chilena, a la que culpaban de la crisis. Algunos de los militares gobernantes, como Leigh y Merino, proclamaban que Chile no había tenido un buen gobierno desde 1920, vale decir desde que había dejado de conducir el país la oligarquía. Se trataba de una extraña figura mental que dejaba en claro cuán conservadores eran en el fondo.

Así, paradójicamente, el diagnóstico de «crisis integral» prepararía el camino para el golpe militar de 1973 y su proclamada misión salvadora y refundacional.

La candidatura de Salvador Allende, también asesorada por un nutrido y capacitado equipo técnico, compartía el diagnóstico de la «crisis integral» de Chile, pero a partir de parámetros

diferentes. Presentó un programa de reformas más acentuadas. Por ejemplo, también proponía una reforma agraria, pero, a diferencia de la demócratacristiana, contemplaba el traspaso de tierras desde el área privada al área estatal; una «nacionalización» del cobre y de la banca, a lo que agregaba la democratización del Ejército, construcción masiva de viviendas, reducción de la edad de los votantes a 18 años y derecho a voto a los analfabetos³⁴.

¿Era verdaderamente «marxista» el programa de Salvador Allende en 1964? No lo parecía en cuanto al modelo que proponía. Ciertamente no aspiraba a imponer, al menos a corto plazo, un sistema como el de la Unión Soviética, la Cuba castrista o algún otro «socialismo real». En ese sentido respondía más a la estrategia comunista que a la socialista, las que desde la formación de FRAP, en 1956, diferían considerablemente. El PC distinguía dos etapas para la conquista del poder; en la primera debería «prepararse el terreno»³⁵, admitiéndose la alianza con partidos o sectores burgueses, pero contrarios al sistema. Esta fase, que se prolongaría por un período indeterminado a priori, sería seguida por otra, en la que se daría comienzo a la «transición al socialismo». Los socialistas, en cambio, considerablemente radicalizados en la década de 1950, con su estrategia del Frente de Trabajadores, no querían dos etapas ni alianzas tácticas con sectores burgueses³⁶.

Por cierto que el programa del FRAP, publicado en *El Siglo* el 25 de enero de 1963, era más radical en su afán de reforma estructural en lo social y económico que el demócratacristiano (o que su propio programa de 1958) y sus fundamentos teóricos últimos (tanto en la crítica al status como en las soluciones que proponía) estaban claramente en el marxismo. Por otra parte, no ocultaba sus simpatías hacia algunos aspectos del modelo cubano, en lo que era una concesión al «ultrismo» del PS, incómodo con la moderación de la plataforma programática del FRAP. El programa de Allende afirmaba respetar la democracia plural, pero era más vago en cuanto al problema crucial de que si eso ocurriría sólo durante la primera parte de la «transición»

hacia una nueva sociedad y estaba destinada a abandonarse luego de llegar a la posibilidad de una opción política clara por el socialismo.

Como se puede apreciar, en lo concreto, ambos programas ponían acento en la necesidad de cambios en el terreno de los problemas sociales y económicos, en tanto que a las cuestiones políticas se les daba menor relevancia. Este hecho, como se ha visto, respondía a una tendencia mundial y ya se venía observando en Chile desde comienzos de los años 1930, una vez que la Constitución de 1925 se afianzó y con ella la institucionalidad política demócraticoliberal. Esta institucionalidad, hacia 1964, no era cuestionada abiertamente, aunque la criticaran (como en el caso del PS y el PC) varios actores que participaban en el sistema, les gustase o no.

Se puede decir, entonces, que con la excepción de los sectores de derecha dispuestos a aceptar la candidatura Frei como «mal menor», había un amplio acuerdo nacional en el hecho de que ganara quien ganara, se iniciaría en Chile un profundo proceso de cambios socioeconómicos dentro del respeto, al menos en el discurso, de la democracia liberal.

Sin embargo, más allá de los programas, la pugna se planteó, en particular por la prensa de derecha, como una competencia entre democracia y dictadura marxista.

El apoyo derechista a Frei era un asunto complicado. Por una parte, prácticamente aseguraba el triunfo en las urnas, pero por otra, le quitaba credibilidad al contenido popular y revolucionario de su programa de gobierno. El candidato, en busca de no perder el apoyo popular, prometió por televisión no cambiar una coma de su programa ni por un millón de votos. Frase estimada por muchos analistas como desafortunada, pues colaboró a la rigidización del mundo político nacional, haciendo imposible un ulterior entendimiento gubernativo entre Frei y un segmento importante de ciudadanos de derecha que había votado por él³⁷.

Por cierto que los adherentes derechistas a la candidatura Frei, trataron de ir «suavizando» las aristas más revolucionarias de su programa. No lo conseguirían sino muy parcialmente.

Pero no sólo la derecha (conservadores y liberales) votarían por Frei, también lo harían sectores que habían desertado del Padena e incluso del Partido Socialista. Y aún otros: Demócraticos, Agrarios, Socialistas de Izquierda y el Partido Socialista del Pueblo, el que giraba alrededor de la escritora Matilde Ladrón de Guevara, desilusionada después de su experiencia cubana³⁸. Pero se trataba de grupos pequeños que no significaban un cambio en la fisonomía de la campaña, ni un compromiso político importante.

Mucho más importante que el apoyo de estos sectores fue el hecho de que la poderosa Iglesia Católica se jugó por Frei.

Por otra parte, a la postulación de Allende adhirieron figuras aisladas de la derecha, como Gregorio Amunátegui, y algunos católicos, muy pocos en ese año 1964, y que no cambiaron su imagen.

Chile se dividió tras ambas candidaturas en un panorama que recordaba, más que la elección presidencial de 1958, la que, como vimos, se dio en un mundo político muy parcelado, las del Frente Popular en 1938 y la de Arturo Alessandri en 1920, pero en un escenario aún más radicalizado, lo que no era de extrañar. No sólo había dos «planificaciones globales» en pugna, según la calificación de Mario Góngora³⁹, además estaba la Campaña del Terror, tanto más en cuanto el FRAP respondió con otros lemas igualmente tendenciosos, como, por ejemplo: «Frei es la otra cara de la derecha», algo que muy luego ese sector y el país entero comprobaría como falso. En fin, la agresividad de la izquierda más radicalizada, ya en la línea leninista a la cubana, se manifestaba permanentemente. Así se llegaba, por lado y lado, al exabrupto y al insulto. A fines de junio de 1964 el senador comunista Jaime Barros, sin duda una *rara avis* en un partido famoso por su disciplina, lanzó un injurioso y destemplado (casi divertido) ataque contra la Iglesia Católica, a la cual, con razón, suponía tras la candidatura Frei. Llamó a los curas «ejército de buitres», continuando con que los jesuitas eran «los más rapaces»⁴⁰. El tono del ataque produjo un efecto *boomerang* sobre Pérez Cotapos, que terminó por dejar el Partido Comunista, que no lo respaldó⁴¹.

Así, la pugna presidencial de 1964 se dio en un clima de tensión aunque sin violencia física. En su detalle no fue muy diferente a la de 1958, ya relatada con pormenores. Giras, concentraciones, discursos. Un Frei infatigable y fuerte como una roca, que demostró una increíble capacidad como transmisor de ideas, equilibrio y paciencia, sólo que ahora sus recursos económicos eran mucho mayores que en 1958. Allende llevaba un ritmo parecido.

La candidatura demócratacristiana vivió episodios emocionantes como la Marcha de la Patria Joven. En pleno mes de junio, muchachos de todo Chile confluieron, en cinco grandes columnas (Roto chileno, Cruz del Sur, Guerrillero Manuel Rodríguez, Cóndor de los Andes y Pacífico), desde los extremos del país a una gran concentración en el, entonces llamado, Parque Cousiño de Santiago. En ella, ante unas 300.000 personas, habló Frei emocionado: «Ustedes muchachos del Norte traen la lección del heroísmo, de las virtudes del mineral. En sus pies hay sal de la pampa y polvo del desierto y en vuestra piel hay cobre y hierro, salitre y plata incrustados. (...) Y ustedes muchachos del Sur, con sus canciones han conmovido a las viejas araucarias y a los milenarios alerces, cuyos troncos calcinados parecen al viajero cementerios de héroes antiguos. Traen ustedes en su mirada los lagos, los ríos y los bosques, y en sus manos, los frutos de nuestra tierra»⁴². Más adelante, a diferencia de un notorio error que cometería Salvador Allende pocos años más tarde, proclamó: «Mañana seré Presidente de todos los chilenos». Terminó diciendo: «Ustedes son la patria... gracias a Dios»⁴³.

Un rato después de realizada la concentración, el padre Óscar Larson recibió una llamada telefónica: «Oiga señor, usted que empujó esa inmunda Falange Nacional...» Larson cortó. A los pocos segundos recibía otra llamada, era Frei quien le dijo, «Soy yo, era una broma»⁴⁴. La «V» de la victoria, realizada con los dedos de la mano derecha, la que, además, simbolizaba el N° 2 que Frei ocupaba en la cédula única, se transformó en emblema de triunfo.

Desde la Marcha de la Patria Joven, la candidatura adquirió un empuje emotivo y progresista que las acusaciones de la izquierda

sobre su carácter reaccionario no mellaron. «¡Brilla el sol de nuestras juventudes!», cantaban los democratacristianos. Y, en efecto, el sol brilló para Frei y su partido durante el invierno de 1964.

Como en 1958, ambas candidaturas hicieron «concentraciones monstruo», pero ahora para finalizar las respectivas campañas. La de Frei llenó la Alameda Bernardo O'Higgins, desde la Estación Central hasta la calle Ejército, aproximadamente. Su discurso fue brillante aunque su ánimo ha de haber estado sombrío como consecuencia de la muerte de su hermana Irene en un accidente de automóvil, pocos días antes⁴⁵. Ésta, según testigos⁴⁶, constituyó la pena más grande experimentada por Frei en lo que iba corrido de su vida.

Así se llegó al 4 de septiembre de 1964. La victoria de Frei fue aplastante, obtuvo 1.409.012 votos, el 56,09% del total. Salvador Allende en tanto recibía 977.902 sufragios, el 38,93% y Durán 125.233 votos, un 4,99%.

¿Quiénes votaron por Frei? Una encuesta llevada a cabo por Eduardo Hamuy, el único especialista en encuestas serio del Chile de la época, demostró que su apoyo tenía una base social y política muy heterogénea: católicos de todos los sectores sociales, la clase media urbana y una buena proporción de sectores obreros⁴⁷. Fundamental fue el apoyo de las mujeres: 744.423 votaron por Frei, en lo que pudo haber influido la raíz cristiana de su programa. En tanto por Allende votaron sólo 375.776 mujeres. Frei ganó en diecinueve provincias, incluyendo Santiago y Allende en seis⁴⁸.

El Partido Demócrata Cristiano celebró alborozado la victoria. La derecha también recibió el triunfo de Frei con alivio, pero sólo por ver alejarse el fantasma de una dictadura marxista. Hubo fiestas populares, algunas orquestadas por Germán Becker, que continuaba en su rol de promotor imaginativo y campechano, especialista en este tipo de acontecimientos.

Radomiro Tomic, en el entusiasmo del momento, proclamó que se iniciaban treinta años de gobiernos democratacristianos en Chile. No «mil» como le atribuirían después sus enemigos. Tuvo razón a la larga, pero hubo un lapso intermedio de veinte años.

En La Moneda

La prensa internacional otorgó gran importancia a la elección de Frei en noticias y comentarios que aparecieron durante los días y meses siguientes. Los diarios norteamericanos destacaron, casi con unanimidad, que el peligro comunista en Chile había sido detenido, pero sólo algunos dieron importancia a los aspectos sociales reformistas del programa Frei⁴⁹. Otros periódicos de América Latina dieron una interpretación similar; no así parte de los peruanos (los conservadores) que criticaron desde un comienzo el «acercamiento con Cuba», el carácter «socializante» de la Revolución en Libertad e iniciativas del nuevo gobierno destinadas a otorgar en el futuro publicidad obligatoria en los periódicos a todos los partidos políticos y candidatos independientes. Esa medida era resistida por la derecha chilena, que controlaba la rama local de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), pues la consideraban atentatorias contra la libertad de expresión y de allí posiblemente llegó a los diarios del Perú⁵⁰; más tarde se sumaría a esta crítica parte de la prensa argentina del mismo signo.

En el caso de los periódicos europeos, *Le Monde* destacaba que el programa de Frei era moderado, pero de avanzada, y podía representar un riesgo para los intereses norteamericanos. Los diarios ingleses hacían ver el fortalecimiento de la democracia chilena como primera consecuencia del resultado electoral, llegando a comparar a Frei con Kennedy y se preguntaban sobre un posible «New Deal» de EE. UU. con Chile⁵¹. Los italianos de línea oficialista se felicitaban por el inicio del primer gobierno democratacristiano en América, otros simplemente informaban del hecho⁵². El *Osservatore Romano* destacaba las grandes manifestaciones ocurridas en Santiago con motivo de la asunción al mando de Frei, sin disimular el agrado del Vaticano por el suceso⁵³. *La Libre Belgique* hacía ver que Chile había elegido entre dos revoluciones, también con evidente satisfacción por el resultado⁵⁴. Incluso en la España de Franco se recibió el resultado con alegría, destacando el *ABC* la gran cautela de los primeros pasos del nuevo gobierno y el hecho de que no

podía ser considerado «revolucionario» propiamente⁵⁵. Sólo *Izvestia* atribuyó el resultado a la acción del imperialismo, aunque otra prensa soviética destacaba que los primeros pasos del nuevo Presidente despertaron descontento en Washington y hacía notar que pretendía el inmediato restablecimiento de relaciones con la URSS⁵⁶. El hecho fue que la prensa mundial destacó inusitadamente el triunfo presidencial de Frei, quizá por tratarse del inicio de un experimento político prometedor para todo el Nuevo Continente, a realizarse en el que se consideraba el país políticamente más maduro de Iberoamérica.

En cuanto a la prensa nacional. *El Mercurio* hacía notar: «Chile sigue siendo una democracia ejemplar». (...) «El país es testigo de la verdadera visión de estadista de don Eduardo Frei (...) Ahora Chile sigue siendo una democracia». Tenía una clara intención en separar la persona del ex Mandatario de su partido y hasta de su programa. *El Siglo* reflejaba la amargura de los comunistas. Luego de ensalzar la candidatura Allende, proseguía: «Las armas del movimiento que apoyó al senador Frei fueron muy distintas. Los compromisos con la reacción y el imperialismo, la mentira como parte esencial de su propaganda, la intervención en el proceso electoral de influencias foráneas, la tergiversación sistemática del pensamiento básico de las fuerzas populares, etc.» Pero *El Diario Ilustrado* también se mostraba dolido a su manera. «Siempre es muy alto el precio que hay que pagar por alcanzar la libertad y por conservarla». En verdad para los conservadores votar por Frei ha de haber sido como tragarse un sapo⁵⁷.

La izquierda partidista mostró de inmediato la que sería su invariable actitud ante el nuevo gobierno. El FRAP declaraba que «habían adoptado la resolución irrevocable de realizar una política de oposición al gobierno del señor Frei». En tanto el senador Aniceto Rodríguez anunciaba que el Partido Socialista «le negaría la sal y el agua»⁵⁸. El motivo, se dijo, fue la Campaña del Terror. Pero ciertamente había otro más de fondo: de triunfar históricamente la alternativa democratacristiana, el socialismo podía despedirse de imponer su modelo en Chile, y muchas figuras de sus ambiciones personales.

El propio Allende, quien había quedado más lejos de la victoria que en 1958, quedó molesto con Frei, con quien, como vimos, había sido amigo. No lo fue a felicitar, ni siquiera reconoció pública y claramente su victoria⁵⁹. Después, durante el gobierno, cada vez que se encontraban, su actitud hacia el Presidente era correcta pero dura. Una vez que le tocó presentarlo con motivo de la cuenta anual al país el 21 de mayo de 1967, su cara era tan seria, que Frei, quien le conservaba estima, le dijo: «Ríete Chicho»⁶⁰. Al final de la cuenta Allende le habría contestado la broma: «Déjame el colero (sombbrero de copa) que lo voy a necesitar luego» a lo que Frei retrucó: «Yo creo que vas a tener que esperar otros seis años»⁶¹. Se equivocó Frei.

La belicosa actitud de la izquierda quedó más clara al negarse a concurrir a la sesión del Congreso Pleno que debía proceder a la proclamación del Presidente electo (no a su elección ya que Frei había obtenido mayoría absoluta), por lo que ésta fracasó por falta de quórum. Asistieron ochenta y ocho parlamentarios, pero ninguno del FRAP⁶². Al día siguiente, no siendo ya necesario el quórum, se procedió a la proclamación. La postura de cerrada oposición por parte de la izquierda, especialmente socialista, se vería confirmada por las resoluciones que tomaría este conglomerado en el llamado Congreso de Linares en junio de 1965, posterior a su derrota parlamentaria de marzo de ese año a la que ya nos referiremos. El Partido Comunista también mantuvo un discurso de abierta oposición, aun cuando en la práctica su actitud frente al gobierno mantendría un cierto grado de flexibilidad, como se verá. Otros grupos que habían integrado el FRAP, como la Vanguardia Nacional del Pueblo, encabezada por Baltazar Castro, en vista de la intransigencia que parecía imponerse, decidieron abandonar el FRAP⁶³. Se fueron entre denuestos.

Recordaba Eduardo Frei que no se sintió un extraño en La Moneda cuando el 3 de noviembre de 1964 asumió el cargo de Presidente de la República. Incluso llegó a decir que «se sentía como si siempre hubiera sido Presidente»⁶⁴; y no lo hacía por vanidad ni por impresionar a su grupo de amigos y correligionarios,

que lo conocían de sobra, sino porque lo sentía; pero agregaba «agradecido de Dios»⁶⁵. Su ánimo era de alborozada esperanza. No podía haber sido de otra manera, hacía más de diez años que se estaba preparando para ello. En verdad, como hemos visto, Frei, tenía, desde la década de 1950, según el decir de Violeta Parra, «una estrella en la frente». Pero la frase que se atribuye a Gabriela Mistral: «Eduardo Frei será algún día Presidente de Chile y yo me daré vueltas en la tumba para aplaudirlo», al parecer la inventó Germán Becker⁶⁶, pues no ha sido encontrada en los escritos de la poetisa. Desde su «derrota» de 1958 Frei era una apuesta casi segura. Él lo sabía, lo sabía Chile y muchos en el extranjero.

Al acto asistieron numerosas delegaciones de gobiernos amigos y de partidos democratacristianos de las más diversas partes del mundo. Tras un saludo protocolar de las delegaciones al Presidente saliente, el 3 de noviembre se iniciaron las festividades, sin mucha imaginación, pero con sentido histórico, con la colocación de una ofrenda floral en el monumento al general Bernardo O'Higgins, entonces ubicado en la Alameda. El mismo día, a las tres de la tarde, tenía lugar la solemne ceremonia de transmisión del mando ante el Congreso Pleno, en el edificio de las calles Compañía esquina Bandera. Frei, de frac al igual que las demás altas autoridades presentes, estaba emocionado, aunque lo disimulaba. Ante la entusiasta mirada del entonces edecán de Alessandri, futuro coronel y frustrado senador derechista Alberto Labbé —como lo muestran las fotos— el presidente del Senado Hugo Zepeda le terció la banda presidencial. Primero un edecán y luego el propio ex Presidente Alessandri, quien también recibió muchos aplausos ese día y después se fue caminando a su casa, le ayudaron a estirar los pliegues que habían quedado en la espalda. El ex Mandatario lo miraba con una sonrisa socarrona, como diciendo, «no sabes lo que te espera»⁶⁷.

En total la ceremonia duró 18 minutos. A la salida del edificio lo esperaba, tras la banda instrumental y parte de los cadetes de la Escuela Militar, una enorme multitud que lo vitoreó en su camino al Te Deum en la Catedral, el primero a que asistiría como Primer Mandatario. Terminado éste se trasladó a La Moneda

donde recibió el saludo de las misiones especiales de los gobiernos extranjeros. En éstas figuraban algunas connotadas personalidades como el Primer ministro de Bélgica Théo Léfèbre; Adlai Stevenson; Golda Meir, entonces ministra de Relaciones Exteriores de Israel; Lord Shackelton, ministro Británico de la RAF; el vicepresidente Edgardo Seoane y el líder falangista Héctor Cornejo Chávez en la delegación del Perú; Luis Herrera Campins, que en el futuro sería Presidente de Venezuela; el secretario general de la OEA y muchos otros. En total unas 1.000 personas⁶⁸.

No faltó el discurso de Frei desde un balcón de La Moneda: «Ninguna de las palabras que pronuncié durante el período electoral será olvidada. Nadie tiene derecho a exigirme más de lo que dije; pero nadie tiene derecho a exigirme que retroceda un paso en lo que yo afirmé y el pueblo votó...»⁶⁹ Todavía no comenzaba a darse cuenta de lo difícil que le sería atenerse a esa postura.

El día 4 de noviembre asistió a la Parada Militar en el Parque Cousiño y, a las 20:30 hrs., a un gran banquete de gala en La Moneda. Al día siguiente, el flamante ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés, daría a las misiones especiales un almuerzo campestre; concluyendo la maratónica celebración con una recepción ofrecida por las delegaciones extranjeras en el Palacio Cousiño, llamado, en las tarjetas de invitación, como «Palacio Municipal»⁷⁰.

Además, el nuevo Mandatario recibió millares de felicitaciones por correspondencia, incluso de muchas personas u organizaciones que después lo combatirían⁷¹.

Imperaba un optimismo general entre quienes ponían sus esperanzas en el nuevo gobierno, el que parecía abrir una gran oportunidad para Chile. El recién elegido Presidente tenía inquebrantables convicciones democráticas, era un hombre joven en un país joven (donde más de la mitad de la población tenía menos de 21 años), pero con una gran experiencia política y cuya seriedad, ponderación y patriotismo eran reconocidos por una inmensa mayoría. Su honestidad era intachable y se sabía que contaba con un gran equipo de colaboradores. Hubert

Humphrey, vicepresidente de los Estados Unidos, en declaraciones realizadas en EE. UU. a la periodista Erica Vexler, declaraba que la elección de Frei sería muy importante y «representaba el triunfo de los principios de la Alianza para el Progreso». Agregó que fortalecería «el movimiento demócratacristiano, que está emergiendo velozmente como una fuerza política mayoritaria de Sudamérica»⁷². La simpatía de EE. UU. hacia el nuevo gobierno quedó demostrada al nombrarse como embajador del gobierno del Presidente Johnson ante La Moneda al católico Ralph Dungan, quien había sido funcionario de la Presidencia de Kennedy y no ocultaría su franco apoyo hacia la administración demócratacristiana, lo que le valió la enemistad no sólo de la izquierda sino también de la derecha, desde que comenzó a materializarse la reforma agraria⁷³.

Yendo al otro extremo del espectro político, el propio Salvador Allende también avizoraba el gobierno que se iniciaba como una instancia trascendente para Chile y el continente y no como una «administración más». Declaraba: «Ni Frei ni su partido son improvisados o espontáneos. Vienen caminando desde antes que la Falange Nacional se separara del Partido Conservador (...). Frei no se mandará sólo ni hará un 'gobierno freísta'; tendrá junto con el dinero y la 'comprensión' del imperialismo, la mayor asesoría técnica que una administración chilena tuvo jamás. Especialistas y expertos para todo, y cuando falten, o se les enviará al extranjero a rápidos cursos de aprendizaje, o se 'importarán' los que hagan falta. Porque Frei tiene la tarea de hacer de Chile un plan piloto para Latinoamérica primero y luego para el resto de los países subdesarrollados»⁷⁴.

Por cierto, aunque no lo dijeran, los representantes del nuevo gobierno concordaban con este diagnóstico. Varios personeros, después de la toma del mando hicieron un pronóstico amplio y completo del período que se iniciaba. Álvaro Marfán afirmaba: «Creemos que por primera vez en Chile llega a gobernar el país un Presidente: 1) con un programa básico de gobierno moderno, completo y fundamentado en una doctrina clara y definida; 2) con prácticamente todos los proyectos de leyes y decretos ya

redactados, los cuales son necesarios no sólo para realizar el programa en sus aspectos más importantes sino también para crear y reformar las instituciones que lo harán posible; 3) con un grupo muy numeroso de expertos colaboradores, muchos ya de vasta experiencia, otros jóvenes, llenos de entusiasmo y dinamismo, todos con patriotismo y calidad»⁷⁵. Efectivamente, tras el programa Frei, estaba, como dijimos, el trabajo de un grupo muy numeroso de técnicos.

Y la verdad es que con pocas excepciones, amigos y enemigos del nuevo gobierno, el país entero creía que se iniciaba una época de transformaciones esenciales que marcaría un hito en la historia de Chile. Observaremos hasta que punto este pronóstico se confirmaría.

Hemos visto que La Revolución en Libertad que ofrecían los demócratacristianos comprendía en lo esencial: una reforma agraria y la aprobación de una ley de sindicalización campesina; un programa de promoción popular; la Chilenización Pactada del Cobre y una reforma educacional. También se aspiraba a la construcción de 60.000 viviendas al año; sindicalización masiva de los trabajadores y concesión de derecho a voto a los analfabetos, así como mejoramiento de las cifras de crecimiento de la economía y control de la inflación. Finalmente, también la concreción de obras públicas de envergadura.

Más allá de estas tareas concretas se esperaba echar las bases de un Chile moldeado según los valores socialcristianos con la idea comunitaria como trasfondo de una sociedad futura, a mediano plazo.

Rápidamente, el nuevo gobierno abordó sus proyectos enviando al Parlamento una apretada agenda de proyectos legislativos destinados a implementar el programa.

El gabinete con que inició Frei su gobierno lo componían militantes demócratacristianos y algunos técnicos y profesionales de categoría que habían adherido a su candidatura. Lo encabezaba como ministro del Interior, Bernardo Leighton y lo integraban Gabriel Valdés en Relaciones Exteriores; Sergio Molina en Hacienda; Domingo Santa María en Economía; Juan Gómez Millas en Educación; Pedro Jesús Rodríguez en Justicia; Juan de

Dios Carmona en Defensa; Modesto Collados en Obras Públicas; Hugo Trivelli en Agricultura y Tierras y Colonización; William Thayer en Trabajo y Previsión; Ramón Valdivieso en Salud y Eduardo Simián en Minería. Raúl Troncoso sería secretario general de Gobierno. Al parecer Frei no dudó sobre quienes habrían de ser sus colaboradores cercanos, algunos eran los mismos nombres del frustrado ministerio de 1954. Sólo en el caso del Ministerio de Educación al parecer hubo alguna duda; hasta el último momento se dio el nombre de Ricardo Krebs, pero finalmente se optó por Juan Gómez Millas por razones de orden «técnico», según se dijo⁷⁶.

Entre los subsecretarios cabe destacar a Andrés Zaldivar, Juan Hamilton, Patricio Rojas, Enrique Krauss, Pedro Buttazonni, Patricio Silva Echeñique. También formó parte de este equipo de jóvenes Claudio Orrego Vicuña quien se desempeñó en funciones de la secretaria política de la presidencia.

Radomiro Tomic, a quien Frei ofreció el cargo que quisiese, se fue de embajador en Washington⁷⁷. La decisión de Tomic era un alivio para Frei que sabía cuanto peso tenía en el ala izquierda del PDC. Tomic sin duda comprendía esto y es muy posible que esa fuera la causa de su decisión. Un gesto de nobleza, pero también de cálculo. Feliz cosa cuando en política se pueden dar las dos cosas juntas.

La mayoría de los ministros más importantes eran viejos falangistas con formación en la Universidad Católica de Chile: Leighton, Valdés, Santa María, Pedro Jesús Rodríguez, Carmona, Trivelli, Thayer. Juan Gómez Millas era de tradición laica y formado en la Universidad de Chile, de la cual había llegado a ser rector. Era una de las personas que más sabía de educación en Latinoamérica. Modesto Collados venía del mundo de la empresa, en concreto de la industria de la construcción donde gozaba de gran prestigio; no tenía mayor afinidad con el pensamiento socialcristiano y ni siquiera el democrático, como quedaría en claro posteriormente cuando fue ministro de Pinochet. Thayer, por otra parte, sería gerente de la editorial jurídica Andrés Bello y Carmona embajador en España, también durante

el gobierno militar. Sergio Molina había sido importante funcionario del gobierno de Jorge Alessandri pero era una persona de pensamiento progresista. El doctor Valdivieso era el médico personal de Frei, además de ser un connotado profesional en su especialidad. Como vimos, el «Pulpo» Simián había sido arquero del equipo de fútbol de la Universidad de Chile y en 1945 había capitaneado otro equipo, el de ingenieros que encontraron petróleo en Manantiales, Provincia de Magallanes y sin duda era un especialista en el rubro minería, aunque no en cobre⁷⁸.

En relación a los ministros falangistas. El Ministerio de Interior para Leighton causó cierta sorpresa, pues se consideraba un cargo destinado a una persona de carácter duro, de lo que estaba muy lejos el «Hermano Bernardo». Gabriel Valdés (al que todavía no se le caricaturizaba como «conde») estaba «pintado» para la Cancillería. Trivelli y Thayer también eran grandes especialistas en sus carteras y en general, cuál más, cuál menos, reunían antecedentes profesionales que prometían idoneidad. Sin embargo, de hecho, la bonhomía de Leighton se transformaría en una gran «destructor de políticas económicas», pues, para desesperación de William Thayer y los ministros del área, siempre ofrecía a las demandas de gremios en conflicto generosas soluciones incompatibles con las políticas generales⁷⁹.

Las personas más cercanas al Presidente y con quienes por lo común consultaba todos los asuntos políticos de importancia, eran Raúl Troncoso, con quien, a pesar de la diferencia de edad, pues Troncoso era entonces muy joven, Frei cultivó una gran amistad y Álvaro Marfán, quien tenía una especial facultad para interpretar su voluntad y corregía el texto de casi todo lo que el Presidente dictaba a su secretaria (con un lápiz rojo que se hizo famoso). Por lo general las correcciones eran en materias de forma, pero a veces también de fondo, previa consulta con el Mandatario.

Frei era amigo personal con varios de sus ministros. Ya mencionamos su relación con Troncoso, pero también conversaba mucho con Gabriel Valdés⁸⁰. Con Leighton habían hecho una vida juntos. Con el doctor Valdivieso, Frei tenía amistad y esa

extraña relación que se da entre paciente y médico, mezcla de confianza y de respeto. Con Simián había establecido una cordial relación desde 1958. A casi todos los demás los conocía bien. Quizá la excepción era Modesto Collados a quien eligió por su fama de eficiente empresario.

En materia internacional una de las primeras medidas tomadas fue la reanudación de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, rotas en la época de Gabriel González, y con otras repúblicas socialistas europeas, las que se materializaron a los pocos días de iniciado el gobierno y despertaron las primeras, muy suaves, críticas de la derecha⁸¹.

También entre estas primeras iniciativas destacó la renegociación de la deuda externa (en alrededor de un 70%) para postergar los plazos de las amortizaciones que se acumulaban y la supresión del sistema de los «bonos dólares» para realizar importaciones, las que así se limitaron⁸². También se adoptaron rápidas decisiones en el plano educacional, disponiéndose que la matrícula escolar para 1965 se realizara en los primeros veinte días de diciembre de 1964, debiéndose utilizar los cuarteles y comisarías de carabineros al efecto, ante la falta de locales escolares. Se trataba de lograr un aumento sustancial de las matrículas, en particular la primaria, ya para el año que venía.

Todo marchó sobre ruedas durante los primeros días de gobierno. Sólo Bernardo Leighton experimentó un traspié, al responder unas supuestas palabras ofensivas de Fidel Castro a la victoria de Frei, invitándolo a Chile para que conociera la verdad y desafiándolo a que lo invitara a él a Cuba para hacer lo mismo. Las palabras de Castro no eran efectivas y además éste le contestó invitándolo a Cuba y el «Hermano Bernardo» salió mal parado del incidente⁸³. Incluso el *Topaze* lo caricaturizó «pisándose la huasca»⁸⁴.

También muy tempranamente, durante 1964, varios proyectos de reforma constitucional fueron enviados al Parlamento. Entre éstos: el proyecto de cambios constitucionales relativos al derecho a propiedad, con miras a agilizar la reforma agraria; el de derecho a voto para los analfabetos; la posibilidad

de llamar a plebiscito a la ciudadanía en determinados casos y el de las «leyes normativas», destinadas a reorganizar la administración pública.

Asimismo, fueron mandados al Congreso proyectos de ley: el de reajustes de salarios para 1965 (100% del alza del costo de la vida, que había sido de 38% en 1964); otro para el establecimiento de un impuesto al patrimonio, que oscilaba entre un 1,5 a un 3% anual; un Proyecto de Ley Habitacional y el de Chilenización del Cobre, al que daremos amplia atención más adelante. Finalmente, también se anunciaron iniciativas destinadas a nacionalizar la Compañía Chilena de Electricidad (Chilectra), que distribuía energía en Santiago y otras ciudades y producía una parte de ésta y la de la Compañía de Teléfonos de Chile, ambas en manos de capitales norteamericanos.

Sin embargo, en directa relación con los proyectos de reformas constitucionales o los de ley, recién mencionados, existía un grave problema de fondo que representó un desafío inmediato para el Presidente Frei. La Democracia Cristiana no tenía mayoría en ninguna de las dos cámaras del Parlamento y no se podía contar, en absoluto, con los votos de la izquierda y sólo muy eventualmente con los de la derecha, que, recordemos, había votado por Frei como un «mal menor».

Existía la posibilidad de un acuerdo con el Partido Radical. Pero, como hemos visto, habían con éste antiguas diferencias doctrinarias y políticas, que venían de los orígenes culturales de ambas colectividades y que se habían ahondado por las críticas de algunos demócratacristianos y del mismo Frei, al gobierno de González Videla y a la participación radical en el de Jorge Alessandri. Después, el «Naranjazo» agudizó más las diferencias, al desmontar la candidatura Durán en favor de la de Frei⁸⁵. Influyó en la falta de entusiasmo frente a la posibilidad de la alianza radical, el doctrinarismo demócratacristiano, que llevaba a considerar que cualquier pacto con el radicalismo, que creían un movimiento decadente, era una traición a su utopía renovadora. Tampoco fueron ajenas a la no materialización de un acuerdo las razones históricas, la controversia entre laicismo

versus cristianismo, y aún, quizá todavía, el recuerdo del episodio de la renuncia de Frei al Ministerio de Obras Públicas y su animadversión con Alfredo Duhalde. El hecho fue que, ya a partir de 1965, los radicales entrarían en una actitud opositora⁸⁶. En particular en relación a las Leyes del Cobre⁸⁷.

Sin embargo, después del triunfo de Frei los radicales habían declarado que le harían una «oposición democrática»⁸⁸. Hubo algunos acercamientos entre el nuevo gobierno y el Partido Radical a través de Enrique Silva Cimma, a quien se le pidió tomar contacto con la Masonería⁸⁹ y de Jacobo Schaulson, pero no prosperaron⁹⁰.

Para quien mira el problema treinta años después queda la sensación de que pudo haberse hecho más para lograr una alianza política entre el gobierno y los radicales; la que habría sido muy útil y que, en cierta medida, era casi natural entre los dos partidos del centro político chileno y con fuerte base social de clase media. Pero, por lo anotado recién y otras razones, los radicales pasaron a la oposición⁹¹.

Siendo éste el panorama parlamentario, era inevitable que se produjera una oposición eficaz contra algunas de las iniciativas gubernativas recién mencionadas. En particular, contra la idea del «impuesto patrimonial» por parte de conservadores y liberales y, como se dijo, a la de «Chilenización del Cobre», en el caso de los radicales pero también entre la derecha. A esta iniciativa no se le reprochaba el fondo, sino el que se pidiera con «urgencia» tratándose de una materia engorrosa y de gran trascendencia.

La solución al «impasse», que significaba el bloqueo parlamentario (como en el caso de Ibáñez en 1953), era lograr un triunfo espectacular en las elecciones de marzo de 1965. Se trataba de conseguir ahora «un Parlamento para Frei».

En éstas, el nuevo Presidente, también como en el caso de Ibáñez, no lograría un apoyo tan apabullante que le permitiera gobernar sin preocuparse de la oposición, pero, a diferencia del «General de la Esperanza», estuvo a punto de conseguirlo y quedó en relativo buen pie para llevar adelante su programa.

El nuevo Parlamento, la reforma agraria

En medio de un entusiasmo delirante, el que todavía continuaba muy vivo, en el mes de marzo de 1965 se efectuaron las esperadas elecciones de parlamentarios. Sus resultados significaron un triunfo formidable de los demócratacristianos. Tan grande que pareció darle la razón a los dirigentes en su decisión de actuar sin aliados. La ciudadanía decidió brindar al Presidente recién elegido las armas para realizar su tarea, dándole un apoyo político casi sin precedentes en la historia de Chile durante el siglo XX.

La Democracia Cristiana, que había explotado como argumento electoral las dificultades iniciales encontradas por Frei en los proyectos de ley recién mencionados, obtuvo 989.626 votos, con el 42,3% del total de sufragios emitidos y eligió 82 diputados de un total de 147⁹². Pero en la Cámara Alta (la que se renovaba sólo parcialmente), aun cuando también sacó una mayoría entre las senaturías que correspondía que fuesen a elección ese año, quedó con 13 en total y por lo tanto en minoría. Pero lo importante de este resultado era que, si bien el tercio necesario en el Senado para gobernar por la vía del veto presidencial (15 senadores) no se tenía, se creía posible alcanzarlo contando con el voto de senadores no demócratacristianos, pero eventualmente simpatizantes del gobierno o de algunas de sus iniciativas concretas. Sin embargo, el régimen no contaba en el Senado con una vía rápida y fácil para imponer sus revolucionarias reformas.

En las parlamentarias, la izquierda socialista y comunista obtuvo resultados, si no buenos, al menos tampoco catastróficos. Eligió 33 diputados, con un 22,7% de los votos. Los radicales eligieron 20, con un 13,3%. Los grandes derrotados fueron los partidos Liberal y Conservador, que eligieron 6 y 3 diputados respectivamente (los porcentajes de votación fueron de: 7,3% y 5,2%), en lo que se creyó era la defunción definitiva de la derecha, como si hubiese algo definitivo en política⁹³.

Estos resultados demostraban que la centroderecha, el centro y buena parte de los sectores populares, se habían volcado hacia la Democracia Cristiana. Pero que eso podía ser un hecho

circunstancial o revertirse, fue algo que los demócratacristianos no captaron o prefirieron simplemente ignorar.

Como coletazo inmediato del triunfo electoral la Comisión de Minería de la Cámara de Diputados, todavía con su antigua composición, se apresuró a aprobar, en general, los convenios de Chilenización del Cobre. Con todo, el proyecto después hubo de ser retirado para introducirle mejoras.

Pero un fuerte sismo que sacudió el centro-norte del país el 28 de marzo. Frei estaba ese día con Juan de Dios Carmona en el aeropuerto de Tobalaba en una ceremonia y mientras corría pudo ver cómo se desprendía tierra y piedras de la cordillera, en frente⁹⁴. El terremoto que destruyó instalaciones y viviendas públicas y privadas, con su secuela de muertes y sufrimiento, vino a terminar con la euforia del triunfo electoral de marzo. En La Ligua, su epicentro alcanzó grado 9, en la escala Richter, y en Santiago grado 7. Como consecuencia del sismo se produjo el derrumbe de un tranque de relave en las cercanías de La Calera, sepultando el poblado El Cobre causando cerca de 300 muertos. Chile seguía siendo Chile⁹⁵.

En todo caso, en lo político, el camino parecía al menos relativamente despejado para que Frei y su partido pudieran emprender la tarea impuesta. Sin embargo existía el problema de que la enorme inflación parlamentaria demócratacristiana había llevado al Congreso a una cantidad de personas sin ninguna experiencia legislativa, algunos de los cuales se mostraban además rebeldes a toda disciplina en el sentido de apoyar las iniciativas del gobierno.

Fue así que, con el fin de ponerse de acuerdo, al menos en las grandes directrices a seguir y en el logro de una elemental disciplina, entre el 9 y 12 de abril se reunieron en Cartagena los nuevos y flamantes parlamentarios, los ministros de Estado y el propio Presidente de la República. En la reunión, que concluyó en un vibrante discurso de Frei donde dijo que «los tres años que vienen son los duros»⁹⁶, se abordaron las principales materias contenidas en los proyectos de ley ya enviados al Congreso y en los que estaban por enviarse.

En concreto se trataba de que los parlamentarios no entorpecieran la marcha de los proyectos con indicaciones individuales que los retrasarían mucho y ese objetivo se logró. Incluso la oposición de izquierda consideró que la reunión de Cartagena fue un «amplio triunfo para Frei»⁹⁷.

Más grave para el gobierno que la falta de experiencia de sus noveles parlamentarios resultaría el hecho de que el Partido Demócrata Cristiano, luego del triunfo en las elecciones de marzo, se afirmó en su creencia de no necesitar de un acuerdo con otro conglomerado político en bloque; sino sólo lograr algunos votos de parlamentarios independientes o disidentes de otras colectividades, para poder gobernar sin problemas. Era hacer permanente una situación de precariedad legislativa. En todo caso, el gobierno lograría efectivamente hacer pactos con algunos senadores radicales (o incluso de derecha o izquierda) individualmente. Sería el caso de Hermes Ahumada y después Juan Luis Maurás entre los radicales, el liberal Julio von Mühlenbrok y el socialista Baltazar Castro en ocasiones⁹⁸.

Todavía, en cierta concordia postelectoral, el 15 de abril, el Senado aprobó la ley de Reajuste de Sueldos y Salarios. Pero esa concordia duraría poco. En el mismo mes de abril, un alza de la locomoción colectiva provocó incidentes estudiantiles impulsados por los partidos de izquierda, los que se prolongaron por varios días⁹⁹. Los desórdenes se extendieron a Concepción, Chillán y Temuco. La prensa oficialista denunció que maleantes se habían infiltrado entre los que protestaban llegando a invadir los jardines del Congreso¹⁰⁰. La caldera política comenzaba a calentarse.

Pero más escándalo provocó, esta vez entre círculos nacionalistas y de la derecha que los apoyaba veladamente, una iniciativa del senador demócratacristiano Tomás Pablo, quien en reuniones sostenidas para lograr algunos acuerdos de tipo político económico con parlamentarios peruanos, propuso que Chile, en un acto de buena voluntad, devolviera al Perú el monitor Huáscar, reliquia de la Guerra del Pacífico que estaba (y está aún) en manos chilenas. Pero el caso era que, aunque hubiese

sido posible desde el punto de vista técnico trasladar la antiquísima nave al Perú, un ofrecimiento de esta especie provocó rechazo e ira en los mencionados círculos. Sobre la cubierta del Huáscar había muerto Prat —aunque también Grau— y la iniciativa de Tomás Pablo hubo de provocar la enfurecida embestida de todas las sociedades de defensa de la soberanía y valores patrios, muchas de ellas compuestas mayoritariamente por uniformados en retiro. Políticamente al menos, la oferta, que por otra parte no comprometía al gobierno, fue una falta de tino y marcó una pequeña trizadura en las relaciones de la administración Frei y el Partido Demócrata Cristiano con los militares y marinos¹⁰¹.

A pesar de que el partido gobernante y el propio Frei no las conocían bien, ni le daban gran importancia a los valores castrenses; de que tampoco creían en la posibilidad de un conflicto armado latente con Argentina o Perú y, consecuentemente, en el programa de gobierno se les había concedido un escueto espacio, las Fuerzas Armadas chilenas no miraban con malos ojos el triunfo demócratacristiano¹⁰². Muchos de sus oficiales, como los entonces (o futuros) generales Marambio, Cheyre, Bonilla, Arellano y otros, así como un grupo más numeroso de oficiales de menor graduación, dentro de su profesionalismo, eran simpatizantes del nuevo gobierno y la mayoría parecía neutral en la medida que éste se mostrara comprensivo con sus valores, intereses y presupuesto. Ya veremos, con más detalle, el caso del entonces teniente coronel Pinochet.

Sólo un grupo de ideas ultranacionalistas tenía aprensiones ideológicas frente a la Democracia Cristiana, a la que veían como un «partido internacional», en una categoría cercana o similar al Comunista. Fue la evolución del panorama político, la falta de voluntad de integrar a los militares a labores de gobierno y desarrollo, así como la postergación de sus intereses económicos, los que fueron creando una brecha entre el gobierno y los uniformados¹⁰³. A éstos tampoco les gustaba que el régimen los utilizara en roles policiales o represivos, como fue en el caso de los gravísimos incidentes del mineral de El Salvador, a lo que nos referiremos más adelante.

Pero, por el momento, era otro el problema que comenzaría a preocupar al nuevo Presidente y que se transformaría en uno de los conflictos fundamentales de su gobierno: la reforma agraria.

La reforma agraria era el cambio estructural de más pretensiones sociales e históricas contenido en el programa de Eduardo Frei. No era de extrañar que así fuese, casi no hay un proceso integral de modernización en los tiempos modernos que no haya tenido una reforma agraria como uno de sus ejes fundamentales.

Por otra parte, parece indudable que hacia 1964 la gran mayoría de los chilenos deseaba una reforma agraria. Incluso un duro crítico del gobierno demócratacristiano, el cronista Arturo Olavarría Bravo, así lo reconoce¹⁰⁴.

La idea era muy antigua en Chile. Ya en la época de la Independencia, José Cos Iribarri propuso una reforma agraria, idea tomada probablemente de pensadores ilustrados, en particular: Rousseau y Mably, que se habían referido al tema¹⁰⁵. Anselmo de la Cruz también planteó la idea¹⁰⁶.

Portales se refería fundamentalmente al campesinado rural, sometido al régimen de inquilinaje y peonaje, cuando hablaba del Chile que permanecía bajo «el peso de la noche», frase que tanto le gustaba a Francisco A. Encina¹⁰⁷. Al hacerlo, tácitamente reconocía la necesidad de una reforma agraria, aunque no hizo esfuerzo alguno para llevar adelante una. Quizá pensaba que el Chile de 1830 no estaba preparado para ella y el campesinado debía permanecer bajo «el peso de la noche».

A mediados del siglo XIX, Santiago Arcos había denunciado la situación social y económica en los campos chilenos y planteado la necesidad de una reforma agraria¹⁰⁸. También el joven Benjamín Vicuña Mackenna, después de su regreso de Cirencester, en marzo de 1856, escribió sobre *Reformas a la agricultura en Chile*¹⁰⁹, aunque no se refería específicamente a una partición de la tierra, sino a equipamiento tecnológico principalmente; poco después, en *La agricultura en Chile* volvería sobre el tema¹¹⁰.

Con el comienzo del siglo XX, la literatura realista y criollista de un Baldomero Lillo o, en menor grado, Mariano Latorre, Diego Dublé Urrutia, Augusto D'Halmar, Fernando Santiván y los «Tolstoyanos», imitadores de modelos europeos, en particular del propio Tolstoi y de Emile Zola¹¹¹, denunciaron la realidad social del mundo de la pobreza en el agro, el que, por otra parte, tendían a idealizar desde un punto de vista ético. Algunos de los ensayistas que escribieron con motivo del «Centenario», ya mencionados en el Capítulo I de este libro, como Alejandro Venegas, también denunciaron el profundo atraso y miseria en que vivían los sectores rurales.

Sin embargo, esta literatura crítica no sirvió para que se avanzara en cambiar el carácter arcaico de la sociedad campesina chilena, ni para debilitar sus instituciones principales que venían, algunas intocadas desde la época colonial, como el inquilinaje¹¹².

En 1928, el general Ibáñez había creado la Caja de Colonización Agrícola (Ley N° 4.496) destinada a parcelar los grandes fundos o haciendas y que daba la posibilidad de realizar expropiaciones. Pero su materialización fue muy limitada, posiblemente porque el comienzo de las actividades de la Caja coincidió con la gran recesión mundial de 1929 y el debilitamiento del gobierno¹¹³. Su labor se redujo a la fundación de colonias agrícolas sólo en algunas zonas del país, en lo fundamental las provincias del extremo Sur, Aysén y Magallanes, para lo cual se dictaron leyes y decretos especiales¹¹⁴.

Cabe hacer presente que el programa, indirectamente, impulsó o ayudó a que se produjera allí un verdadero desastre ecológico, por las quemadas indiscriminadas de bosques nativos en busca de tierra agrícola. En cambio, el gobierno de Ibáñez dejó prácticamente intocado el Valle Central en sus zonas fértiles, donde se concentraba la población rural. Además se parcelaron principalmente tierras que eran fiscales (en un 75,8%)¹¹⁵.

El total de las tierras repartidas entre 1928 hasta la extinción de la Caja en 1962 al dictarse la primera Ley de Reforma Agraria, en la administración de Jorge Alessandri, fue de sólo 638.212 hectáreas¹¹⁶. El impulsor de aquel primer proyecto

concreto, pero frustrado, de hacer en Chile una reforma agraria fue el estadounidense, residente en el país, George McBride¹¹⁷.

En 1935, a raíz de los sucesos de Ranquil¹¹⁸, un nuevo intento de promover «huertos agrícolas y familiares» lo representó la Ley N° 5.604, pero en su aplicación se mostró nuevamente altamente ineficaz.

En enero de 1944 se publicó otra ley, la N° 7.747, la primera que entregaba, claramente, al Presidente de la República, una limitada facultad para expropiar tierras particulares incultas o manifiestamente mal aprovechadas, en particular en la zona austral del país.

Por otra parte, se ha visto que la idea de una reforma agraria ya estaba en el programa de la Falange en 1939. También que durante su gestión como ministro de Obras Públicas, en 1945, Frei ligaba su plan de regadío a una parcelación de los grandes predios que resultaran beneficiados, así como que su iniciativa no tuvo éxito. En 1952 Ignacio Palma, ministro de Tierras y Colonización, envió al Parlamento un proyecto de ley que pretendía agilizar la formación de huertos familiares y otorgaba nuevo financiamiento a la Caja de Colonización Agrícola. Una vez más no prosperó.

Sin embargo, a partir de la década de 1950, las orientaciones «cepalianas», que se apoderaron del mundo académico y en especial en las ciencias sociales, comenzaron a plantear el tema de la necesidad de una reforma agraria como algo central en la modernización y desarrollo de América Latina. El análisis partía de la premisa de que el ámbito rural no sólo era atrasado social y culturalmente, sino que además no era capaz de producir los alimentos que la modernización de los países del continente demandaba¹¹⁹.

La Revolución Cubana se transformó en el catalizador del proceso. Ésta contempló una reforma agraria de carácter socialista y, como hemos visto, Estados Unidos quiso salirle al paso con un modelo alternativo, justamente para evitar que el modelo cubano se propagara. La Carta de Punta del Este de 1961, empujada por EE. UU. y su política de Alianza para el Progreso y que

Chile firmó, fue el primer documento internacional, de la mayor importancia, que priorizaba como meta impostergable una reforma agraria para Hispanoamérica. La Alianza estipulaba que a cambio de que los gobiernos iberoamericanos se comprometieran a hacer reformas agrarias, EE. UU. les entregaría capitales. En ese año 1961, también se creó el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA) que presidió el agrónomo chileno Hugo Trivelli, después ministro de Agricultura de Eduardo Frei Montalva.

Las principales críticas al mundo del agro en Chile apuntaban a que la base de sus males radicaba en el hecho de que, en todo el país, el sistema de tenencia de la tierra configuraba un panorama de latifundio y minifundio. De las 253.000 explotaciones agrícolas existentes en Chile, 124.000 tenían una superficie inferior a 5 hectáreas, 92.000 entre 5 y 10 y en el resto, unas 3.500 superaban las 1.000 hectáreas¹²⁰. Otras cifras, como las contenidas en el informe CIDA, que acompañaría el Proyecto de Ley de Reforma Agraria del gobierno de Eduardo Frei Montalva, concluía que 10.300 grandes empresarios detentaban el 65% de la tierra arable de Chile y el 78% de la regada, aunque no distinguía en la calidad de la tierra¹²¹, como sí lo hacía, en cambio, el Proyecto de Ley. En cuanto al minifundio, el que, según dicho informe, constituía el 74,6% del total de propiedades rurales y normalmente las tierras de peor calidad, sólo comprendía un 5,2% de la superficie agrícola¹²².

Tanto en el caso del latifundio como del minifundio la productividad era baja (la producción agropecuaria de Chile había subido 2,29% por año entre 1950 y 1963, en tanto la población lo había hecho en un 2,71%)¹²³. Jorge Ahumada, el economista ya mencionado, sindicaba la realidad del agro como una de las causas de la crisis integral de Chile.

Pero no sólo era el conjunto del país el perjudicado por la situación del agro. La calidad de vida de los propios hombres de campo era mala¹²⁴.

Pero estas críticas no se agotaban allí. Había conciencia de que un mero reparto de tierras no solucionaría el problema del campo chileno. Era necesario organizar y educar técnicamente

a los futuros propietarios, mejorar la infraestructura de comunicaciones, almacenaje, comunicación y riego, así como la educación en general. Pero además era necesario que mejoraran los precios agrícolas, sujetos, en muchos casos, a un férreo control estatal que los mantenía artificialmente bajos. Problema, este último, que no sería abordado decididamente por el gobierno de Frei, como consecuencia de su lucha contra la inflación y de su idea de favorecer a los más pobres. De ese hecho surgirían algunas de las críticas más válidas a su política agraria.

La Iglesia Católica chilena, o al menos parte de ella, en particular la revista *Mensaje* de la Compañía de Jesús, venía insistiendo también en la necesidad de un cambio drástico en el mundo rural desde la década de 1950. En marzo del año 1962 el episcopado hizo pública una «pastoral colectiva» titulada *La Iglesia y el problema del campesinado chileno*, en la que llamaba abiertamente a una colaboración con una reforma agraria que se venía venir. Los partidos políticos de centro e izquierda estaban en una posición similar e incluso la Sociedad Nacional de Agricultura aceptaba la necesidad de una reforma agraria «técnica»¹²⁵.

Pasando a los hechos, la Iglesia, en junio de ese mismo año 1962, subdividió, entre 228 familias campesinas, la propiedad de cinco fundos de que era dueña, en total unas 1.500 hectáreas regadas¹²⁶.

En vista de estas iniciativas, que señalaban el signo de los tiempos, el gobierno de Jorge Alessandri, a pesar de ser escéptico frente a una reforma agraria¹²⁷, presionado por Estados Unidos que, según se afirmó, le condicionaba los fondos para la reconstrucción del Sur después del terremoto de 1960¹²⁸, debió aceptar iniciar una dentro de los marcos de la Alianza para el Progreso y la Carta de Punta del Este, que, como vimos, había suscrito. El Partido Radical, incorporado al gobierno en 1961, también era favorable a la reforma. En 1960 se dictó el D.F.L. N° 76, que ampliaba las posibilidades de acción de la Caja de Colonización Agrícola y el 27 de noviembre de 1962 se promulgó una primera Ley de Reforma Agraria, la N° 15.020, que

acababa con la Caja de Colonización Agrícola y creaba la Corporación de la Reforma Agraria (CORA), destinada a acelerar la compra, expropiación y división de las grandes propiedades¹²⁹. También se creó el Instituto de Desarrollo Agropecuario, (INDAP) para ayudar al pequeño y mediano productor agrícola, proporcionándole asistencia técnica¹³⁰.

Que la reforma agraria propiciada por el gobierno de Jorge Alessandri, en su formalización textual al menos, ya proponía un mejor reparto de la tierra chilena queda claro en el artículo N° 3 de la ley 15.020 que enumeraba sus objetivos. Este rezaba: «dar acceso a la propiedad de la tierra a quienes la trabajan»¹³¹ Más tarde en su último Mensaje Presidencial el Presidente Alessandri reafirmaría este objetivo¹³².

Sin embargo, y a pesar de lo consignado en el párrafo anterior, la reforma agraria llevada a cabo por el gobierno de Jorge Alessandri no significó un cambio drástico en el mundo rural, ni siquiera en la tenencia de la tierra. Durante los años 1963 y 1964 se repartieron solamente 22.700 hectáreas¹³³. Además, la mayor parte de esta tierra correspondía a fundos o tierras que eran estatales. Esto fue así a pesar de que la ley 15.020 entregaba las herramientas para expropiar predios agrícolas de particulares por mala explotación, e incluso la expropiación de tierras bien explotadas en determinados casos y condiciones.

La posibilidad de expropiar se hizo aún más fácil por la reforma constitucional del 8 de octubre de 1963 (Ley N° 15.295)¹³⁴. En particular por lo que dice relación a la posibilidad de pago diferido de los predios expropiados. Pero sólo se expropió un fundo, «Aconcagua», en el año 1964¹³⁵. El resto de la tierra potencialmente sujeta a reforma y que no había sido estatal, no fue expropiada sino comprada a sus dueños y pagada al contado¹³⁶.

Fue así que la creación de la CORA bajo la presidencia de Jorge Alessandri, si bien significó un apreciable aceleramiento en la repartición de la tierra en relación a la época de la «Caja», esto fue así porque había bastante tierra estatal susceptible de ser «reformada», pero no conllevó un cambio estructural del

mundo rural chileno. Más todavía cuando esas subdivisiones no fueron acompañadas de otras iniciativas modernizadoras, como sindicalización y educación. En verdad, el gobierno Alessandri no veía como elemento central del proceso de reforma agraria en los campos el terminar con las grandes propiedades en manos de particulares dedicadas a la explotación extensiva o simplemente mal explotadas; sino el enfatizar el aumento de su producción, una meta puramente económica. Tampoco mostró ambiciones sociales o culturales. En este último sentido la reforma agraria de 1962 era más bien cosmética y muy pronto fue llamada por la oposición demócratacristiana y de izquierda la «reforma de macetero».

Otra era la intención del gobierno que se iniciaba. Frei se había referido al tema en algunos de sus libros, pero no extensamente excepto en relación al problema del mejoramiento del regadío, algo que se arrastraba desde su paso por el ministerio de Obras Públicas. No parece haber tenido un interés personal o especial en ella, como lo acusó la oposición de derecha¹³⁷. Sin embargo, sí tenía parte del equipo que había formulado el programa de gobierno, concretamente Hugo Trivelli y Rafael Moreno y, después de su retorno de una misión técnica en Cuba, Jacques Chonchol, quien antes había trabajado en CIDA y doctrinariamente había estado ligado al movimiento Economía y Humanismo del padre Lebrer; todos ellos especialistas en problemas agrarios.

Aunque había sido parte del programa de la Falange desde su nacimiento, se había comenzado a trabajar seriamente en el tema de una reforma agraria sólo hacia 1962 en el ámbito de la Juventud Demócrata Cristiana, de la cual Moreno era dirigente. Se contó además con la asesoría legal de Francisco Cumplido, una vez que se llegó a la etapa de formular una reforma constitucional referida al derecho de propiedad, la que hiciera posible expropiaciones masivas con pago diferido, como etapa previa a la ley que determinaría la repartición de la tierra. Hacia 1964, el PDC entero estaba entusiasmado con la reforma drástica del mundo agrario y campesino, el que se veía como el sector social más atrasado de Chile¹³⁸.

Si el PDC y después el nuevo gobierno dieron gran importancia al problema del agro, se debió principalmente a la opinión de los técnicos recién mencionados. Pero tras ellos estaban instituciones como el Instituto de Educación Rural (IER), fundado en 1955 por la Iglesia Católica, que, como vimos, desde hacía varios años era favorable a la reforma, e INPROA (Instituto de Promoción Agraria), fundado en 1963, justamente para orientar la reforma agraria a llevarse adelante en las tierras de la Iglesia.

Y el ejemplo cubano y el apoyo norteamericano reforzarían el afán del gobierno.

El hecho es que la reforma agraria que se planteaba ahora, a diferencia de la de Alessandri, se proponía expropiar masivamente tierras, bien o mal explotadas, en manos de particulares que fuesen grandes terratenientes. Se trataba de un proceso social mayor y para implementarlo, además de fortalecer y ampliar a la CORA e INDAP, en 1964 se fundó, como fruto de un convenio entre el gobierno de Chile y el PNUD, el Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA), cuyo fin era instruir al personal que requerirían CORA, INDAP y el propio Ministerio de Agricultura para realizar estudios y llevar adelante el programa.

Siendo candidato, Frei, en un discurso pronunciado el «Día del Campesino», el 23 de agosto de 1964, decía: «Nosotros queremos una reforma agraria para los inquilinos, para los medieros, para los arrendatarios, para los capataces, para los llaveros, para los afuerinos, (...) queremos la posibilidad de que lleguen a ser propietarios». Y continuaba: «hay en Chile cerca de 130.000 pequeños propietarios, (quiero que) al final de mi gobierno hayan 230.000»¹³⁹. Pero al mismo tiempo tranquilizaba a los «buenos patrones» (y de paso a la derecha que iba a votar por él): «Yo, para el buen patrón que no acapara la tierra, que produce, que trabaja, que está en su campo, que paga su salario justo (...) etc., digo francamente que lo voy a ayudar (...) No voy a vacilar, cuando haya necesidad de pagar un precio justo al agricultor chileno, en pagárselo»¹⁴⁰.

Llegado al gobierno Eduardo Frei, en noviembre de 1964 se comenzó a materializar el complejo Proyecto de Ley de Reforma Agraria propuesto en su programa el que, sin embargo, no sería enviado al Parlamento hasta el 22 de noviembre de 1965. Pero durante el tiempo en que se tramitó en el Congreso el nuevo cuerpo legal, los técnicos Rafael Moreno, quien había conducido la campaña de Frei en los sectores agrarios con el Movimiento Nacional de Liberación Campesina, nombrado ahora en el cargo de vicepresidente de CORA y Jacques Chonchol, en la dirección de INDAP, pusieron la estructura legal reformista nacida en el gobierno anterior en rápido movimiento. Ya durante 1965, utilizando la ley 15.020, se expropiaron 99 predios, con 539.723 hectáreas. En 1966 estas cifras llegarían a 265 y 525.171, respectivamente¹⁴¹.

Al mismo tiempo comenzaba el proceso de masiva sindicalización campesina. Este fue el más importante de los programas anexos a la reforma agraria.

En verdad, la sindicalización en los campos que, al parecer interesó personalmente a Frei más que la parcelación de la tierra¹⁴², había sido combatida por la derecha y postergada por décadas, incluso por parte del Frente Popular.

Los primeros intentos por promover la sindicalización campesina se habían dado en torno a la Federación Obrera de Chile (FOCH) hacia 1919 y años siguientes, pero se extinguieron durante la dictadura de Ibáñez. En 1931, con la aprobación del Código del Trabajo, se crearon los primeros sindicatos agrícolas «legales» en Chile, en especial en la zona de Talca. Pero, por presión patronal, su número y poder siempre fue escaso. Los mayores esfuerzos por impulsarlos fueron obra del Partido Comunista y en especial del líder Emilo Zapata, de larga y combativa trayectoria que se remontaba a comienzos de los años 1920. Sin embargo, desde que Zapata cometió el pecado de hacerse «Troskysta», en 1936, entró en pugna con los comunistas. Existiendo desde entonces dos grupos paralelos que estaban en la misma tarea, combatiéndose entre ellos, lo que, ciertamente, no la hacía más fácil.

Con el triunfo del Frente Popular en 1938, se formaron algunos nuevos sindicatos —ese año algunas cifras hablan de la existencia de 200¹⁴³— y, por iniciativa de Zapata (Ley N° 6.290), se consiguieron beneficios para campesinos pobres. Sin embargo, estas conquistas, a partir de 1940, fueron desalentadas desde el propio gobierno, el que «suspendió temporalmente» la creación de sindicatos por presión de la derecha y un sector del propio Partido Radical donde militaban muchos terratenientes de la zona sur. Los partidos de izquierda que se encontraban en el gobierno, prefirieron privilegiar al sindicalismo entre el proletariado urbano y esta línea de conducta la continuó Juan Antonio Ríos. El hecho es que entre 1939 y 1945 hubo una marcada declinación en el número de sindicatos campesinos¹⁴⁴.

Durante el gobierno de Gabriel González Videla hubo nuevos intentos de sindicalización campesina, promovidos por el Partido Comunista, pero fueron ahora combatidos violentamente después de la ruptura de éste con el régimen. La sindicalización campesina fue severamente limitada (Ley N° 8.811, de julio de 1947).

Después de 1952, durante el segundo gobierno de Carlos Ibáñez, otro esfuerzo por organizar a los obreros del campo fue llevado adelante, pero ahora por sectores católicos cuya principal figura fue el abogado falangista Emilio Lorenzini. Éste fundó la Federación Sindical Chilena ligada a Acción Sindical Chilena (ASICH), un grupo de mayor amplitud, bajo el amparo del obispado de Talca, donde era titular Monseñor Manuel Larraín. Incluso se produjo, en 1953, la primera huelga campesina de alguna importancia, promovida por Lorenzini, con el apoyo de la Iglesia (o parte de su jerarquía al menos) en la región de Molina. Pero la «Huelga de Molina», que tuvo amplia cobertura de prensa y que en los años siguientes sería seguida por otras, tampoco fue el punto de partida para un movimiento sindical campesino fuerte. Su valor fue simbólico. Una razón de la falta de empuje de la iniciativa católica fue que se oponían a ella los comunistas, entonces formalmente inexistentes, pero activos en la clandestinidad. Otras iniciativas de sindicalización campesina

ligadas a la Iglesia Católica que nacieron por la misma época, tampoco tuvieron ni adquirieron verdadera importancia. En el mundo rural el peso del elemento patronal era demasiado grande y éste incluso aumentó durante la Administración de Jorge Alessandri, a pesar de su intento de reforma agraria. Ya hemos dicho que hacia 1964 la sindicalización campesina era muy débil¹⁴⁵. El total de campesinos sindicalizados era de ¡1.658!¹⁴⁶.

Era natural que la reforma agraria fuera, desde los inicios del gobierno de Eduardo Frei Montalva, el punto más conflictivo entre el régimen y la derecha. Llevarla adelante era quitarle gran parte de su poder social histórico y acabar con una cultura ancestral, afín especialmente a los conservadores. No se trataba simplemente de soportar la expropiación de parte significativa de la tierra que les había pertenecido por siglos, sino acabar con un status y una cultura. Ésta, sin duda, tenía algunos valores, pero para los sectores progresistas, que hacia 1964 incluían a por lo menos los dos tercios de los chilenos, representaba una rémora en contra de cualquier intento de modernizar el país.

El debate con la derecha se centró, no en la mayor o menor necesidad de una reforma agraria, algo que, como vimos, se reconocía a partir del gobierno derechista anterior y ahora fue confirmado por el presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura, Luis Larraín¹⁴⁷, sino sobre el problema del derecho de propiedad. Para lograr la aprobación de la nueva ley inserta en el programa de Frei, que contemplaba nuevas causas de expropiación, así como el pago diferido de las tierras expropiadas en condiciones favorables al Estado, se requería previamente reformar el artículo N° 10 de la Constitución Política, relativo a ese derecho.

El derecho de propiedad era considerado por los sectores conservadores como un pilar intocable del orden constituido, con raíces en el derecho natural.

Para el gobierno, el Partido Demócrata Cristiano y la izquierda, tras su alegato doctrinario en defensa del derecho de propiedad «sacralizado», la derecha estaba tratando de impedir

una reforma agraria que significara un real reparto de la tierra. Pero de no reformarse la Constitución en lo referente al derecho de propiedad, la reforma agraria pasaría a tener un costo que hacía imposible un proceso masivo de expropiación y parcelación.

El proyecto de reforma constitucional referido a la modificación del derecho de propiedad fue enviado por el recién asumido Presidente Frei al Congreso el 30 de noviembre de 1964. Al poco tiempo se inició un nutrido intercambio de fuego doctrinario en el que participaron políticos, juristas, filósofos e incluso teólogos, relativo a los verdaderos alcances de dicho derecho, en particular a la luz de la doctrina de la Iglesia Católica. Por contraste, como vimos más atrás, la nueva «ley» de reforma agraria, fue enviada al Parlamento sólo en noviembre de 1965, vale decir más de un año después de haber llegado Frei a la Presidencia de la República, posiblemente para ajustar sus plazos con los —más prolongados— de la reforma constitucional y por la complejidad del nuevo procedimiento expropiatorio propuesto, el que requirió de un largo estudio previo. En la misma línea de agilizar la reforma agraria se separó del Ministerio de Agricultura el de Tierras y Colonización (antes ambos estaban a cargo de Hugo Trivelli) el que quedó a cargo de Jaime Castillo Velasco a fines de 1965.

Las hostilidades contra la reforma agraria las abrió, tímidamente, *El Diario Ilustrado* el 3 de mayo de 1965, cuando atribuyó los problemas del agro chileno a los precios de los productos agrícolas, fijados artificialmente bajos por el Estado, en lo que no dejaba de tener cierta razón¹⁴⁸. Después, se opondría también al derecho de huelga campesino, en lo que no tenía ni la menor razón. Sin embargo, fue el 15 de mayo de 1965 cuando se produjo la primera protesta decidida contra el programa de reforma agraria. La llamada Sociedad Chilena de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad, más conocida por el nombre de su revista *Fiducia*, un grupo ultramontano que seguía las directrices del brasileño Plinio Correa de Oliveira, en una carta enviada al Presidente Frei, declaraban a la propiedad privada un

derecho natural instituido por Dios e inviolable. La carta la firmaban 795 jóvenes de ambos sexos¹⁴⁹. Rápidamente *Fiducia* recibió el apoyo del Arzobispo de La Serena, Alfredo Cifuentes, y después de la Junta Ejecutiva del Partido Nacional de Agricultura, la Sociedad Nacional de Conservador, del presidente del Partido Liberal, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Fomento Fabril, la Sociedad Nacional de Minería, la Cámara Central de Comercio y la Confederación de la Producción y del Comercio¹⁵⁰. En cambio, la carta fue repudiada por organizaciones estudiantiles y de trabajadores.

En los campos había un ambiente de conmoción, el que, sin embargo, no se transformó, ni se transformaría masivamente durante la administración Frei, en uno de enfrentamiento. En junio *El Diario Ilustrado* cuestionaba el derecho de huelga en el campo y en agosto ya justificaba el régimen de inquilinaje¹⁵¹.

En diciembre *El Mercurio* se sumaba al ataque y hacía este sombrío diagnóstico: «En resumen, están mal informados los que creen que este proyecto estimula la productividad de la tierra y el desarrollo agropecuario, desde que elimina a las personas (profesionales y técnicos) y las fórmulas jurídicas (tipos de propiedad) con más éxito en la agricultura nacional. Tampoco armoniza con la letra del proyecto la afirmación de que la reforma agraria multiplica los propietarios, puesto que de hecho se prescinde de la propiedad privada existente y se concentra el dominio en la Corporación de la Reforma Agraria, la que asigna condicionadamente las tierras a ocupantes sujetos a las directivas oficiales. Por último, la dignificación del campesinado no se logra en una agricultura estatista, etc.»¹⁵². La guerra entre la derecha y el régimen que habían apoyado electoralmente por considerarlo el «mal menor» estaba declarada.

Tomando parte en el apasionado debate habló Frei: «o se hace la reforma agraria de la manera más racional, pero también de la manera más acelerada en este período, o se hará mañana de la manera más irracional e inconveniente para el país»¹⁵³. Sus palabras, en cierta medida, fueron proféticas.

Sin embargo, el largo y doloroso problema estaba sólo empezando, los años siguientes se transformarían en una lлага que

afectaría la convivencia nacional severamente. La oposición derechista fue cada vez más radical ya que no se limitó al debate periodístico y doctrinario, sino que se materializó, a veces, en acciones de resistencia y en la rápida subdivisión, por parte de sus dueños, de los predios que caerían en causal de expropiación en virtud de la nueva ley.

En tanto, la izquierda tampoco se mostraba conforme. Ya en enero de 1965 comenzó a protestar en la prensa, solicitando una rápida radicalización del proceso¹⁵⁴. Luego presentó su propio proyecto de reforma del derecho de propiedad suscrito en el Senado por los señores, Ampuero, Corbalán, Chadwick y Luengo, en septiembre de 1965. Tres de ellos eran socialistas.

El proyecto socialista era muy parecido al del gobierno, tal como había quedado después de su paso por la Cámara de Diputados, de modo que se produjo una fusión. Finalmente sería este proyecto, reformulado, el que se transformaría en reforma constitucional (Ley N° 16.615, publicada el 20 de enero de 1967). Esta evolución legislativa fue mirada por la derecha como una confabulación entre el gobierno y la izquierda marxista contra los fundamentos, no sólo de su status económico sino también de su concepto de sociedad. La acusación de que habiendo sido elegido con sus votos el nuevo gobierno los traicionaba de acuerdo con los adversarios derrotados, fue voceada por los personeros derechistas y el importante sector de la prensa que controlaban.

Aunque Frei insistiera que tras la reforma agraria no había un sentimiento persecutorio¹⁵⁵, ciertamente que había en su gobierno una intención política de acabar con un «mundo» que se miraba como retrógrado y mezquino, el que además era el bastión político de un sector social que los había humillado por 25 años. Este factor incidió en el ardor con que se aplicó inicialmente la reforma agraria¹⁵⁶. También parece indudable que esta carga anímica fuerte influyó directamente en algunos procesos de expropiación de predios que estaban en manos de connotados adversarios políticos o enemigos personales de algunos funcionarios de gobierno. Pero este ánimo no se manifestó en

la mayor parte de los procesos expropiatorios, los que se hicieron por razones técnicas y ajustados estrictamente a la ley en la forma y el fondo.

Personalmente, Frei, quien, como vimos, durante su campaña dio seguridades de ayuda para los «buenos patrones», no había pertenecido al mundo agrario, nunca se interesó por adquirir tierras, no era hombre «de campo», nunca vivió en este medio, excepto en su extrema niñez y su visión del futuro estaba más ligada al despegue industrial y exportador del país que al desarrollo agropecuario. De sobra conocía la geografía de Chile para darse cuenta que las posibilidades agrícolas del país eran limitadas y así lo expresó en algunos de sus libros. Hemos visto que el único problema conectado con el agro del que se había preocupado insistentemente a lo largo de su carrera política, primero como ministro y luego como senador, era el regadío y lo manifestaría, una vez más, en el mensaje ya citado que acompañó al proyecto de Ley de Reforma Agraria en noviembre de 1965. Con todo, solía decir que quería ser recordado como «el Presidente de los campesinos».

En cambio, quizá puede haber pesado en él la presión norteamericana, ligada a ayuda financiera y apoyo político internacional, la que estaba por llevar adelante, como se dijo, una reforma agraria drástica, pero a partir de análisis técnicos realizados más bien a nivel continental que específicamente chileno¹⁵⁷. La iniciativa de los EE. UU. pretendía, y en esto Frei estaba, sin duda, de acuerdo, ser una alternativa a una reforma agraria de carácter socialista.

Por cierto que estas primeras fintas de la lucha no lograron ensombrecer el ánimo del Presidente quien, todavía en medio de un clima eufórico leyó el 21 de mayo de 1965 su primer Mensaje Presidencial a la Nación, en el cual, con su conocido brillo oratorio, describió las iniciativas ya en curso y reiteró las promesas de la campaña. Pidió también la ayuda y colaboración de los sectores políticos de oposición, llamamiento que, como era de esperar, cayó en oídos sordos.

La gira

Se ha dicho que el programa democratacristiano para Chile pretendía servir de modelo para otros países del continente. En conformidad con ese objetivo el gobierno planificó una gira del Presidente Frei a varios estados de América Latina y Europa, donde se miraba al nuevo régimen y a su persona con expectativa.

En rigor, se trataba de la primera gira presidencial internacional. Antes, los Presidentes de la República habían hecho sólo viajes esporádicos y breves al extranjero. También se esperaba obtener del periplo útiles convenios para Chile.

Fue así que, a fines del mes de junio de 1965, previo permiso atorgado por ambas cámaras del Congreso, se iniciaba la gira. Había reuniones planificadas con los Primeros Mandatarios de Argentina, Uruguay y Brasil y, de retorno, con los de Venezuela y Perú. Sin embargo, lo medular de la gira se daría en Europa.

Antes de partir Frei había tenido la satisfacción de ver aprobado por la Cámara de Diputados el primer trámite de la ley de Chilenización del Cobre. El 25 del mismo mes enviaba al Congreso el proyecto de nacionalización de la Compañía Chilena de Electricidad.

En el largo viaje lo acompañaban la señora Maruja; el canciller Gabriel Valdés; Raúl Sáez, vicepresidente de CORFO y su edecán militar Félix Guerrero. El jefe de protocolo de la Cancillería ya había partido con anticipación, al igual que Germán Becker, encargado de la cobertura de prensa. Sin duda una sobria comitiva. Pero en su guardarropa iban 2 fracs, un chaqué, 1 smoking, 7 trajes oscuros (de invierno, verano y media estación) y ropa de calle diversa¹⁵⁸.

Después de largas despedidas, partió en un avión DC 8 de Alitalia, en vuelo de itinerario. En Buenos Aires se entrevistó con el Presidente Arturo Illía y en Uruguay con Washington Beltrán. En ambos países fue recibido, en los aeropuertos, con grandes muestras de afecto, lo que fue debidamente destacado por la prensa chilena, que hizo del viaje del Presidente a Europa,

suceso excepcional entonces, un verdadero acontecimiento que ocupó portadas de diarios y revistas mientras duró.

En verdad, ningún Primer Mandatario chileno, en ejercicio, había viajado a Europa. Durante el siglo XX lo habían hecho, en calidad de exiliado, Arturo Alessandri, o, en busca de salud Pedro Montt, quien había muerto allá.

Diferente a las dos anteriores fue la recepción en el Brasil, entonces gobernado por el dictador, general Humberto Castello Branco. La prensa, controlada, no dejó de hostigar a Frei quien se había referido siempre en duros términos al mal endémico de las dictaduras militares de América Latina. Pero la reunión con el general gobernante se realizó en términos cordiales.

Mientras el avión Alitalia cruzaba el Atlántico, de noche, en la suave luz de la cabina dispuesta para dormir, Eduardo Frei ha de haber recordado su primer viaje de 1933, con sus estrecheces y su sentido de aventura. ¡Qué cambio! Sin duda su entusiasmo juvenil había sufrido una metamorfosis, pero no era menor el de 1965. ¿Durmió? Sin duda, lo esperaba un duro programa de recepción.

Después de una breve entrevista con el Primer Mandatario de Senegal, Leopold Sengor, en Dakar, Frei pisó suelo europeo el día 1 julio en Malpensa, el aeropuerto de Milán. Frei bajó del avión, como siempre lo hacía, con los brazos en alto, las palmas hacia adentro un poco ahuecadas... pero saludando en italiano. El relativamente numeroso público que lo recibió lo aplaudió encantado.

En Italia fue alojado en el Quirinale y en agotadoras jornadas que duraban desde las ocho de la mañana a las ocho de la noche (para asistir después a cenas), se entrevistó con el Presidente Saragat, el primer ministro Amintore Fanfani, numerosos personeros de gobierno y con el Papa Paulo VI, con quien conversó sobre la reforma agraria, ratificándole de paso la orientación social cristiana de su gobierno. Incluso se rumoreó que el Papa vendría a Chile¹⁵⁹. Frei fue condecorado con la Orden de Pío IX, un Papa para nada progresista.

Del gobierno de Italia consiguió convenios económicos. Los

diarios chilenos anunciaron «millonarias inversiones italianas en Chile»¹⁶⁰, aunque pocas se materializarían. Lo único que falló durante su estadía es que no pudo asistir a la ópera (Carmen, representada en las Termas de Caracalla) por encontrarse en huelga los actores¹⁶¹. En esta visita a Roma, a pesar de los honores, no hubo el mismo clima de festiva y juvenil emotividad de 1933, pero el viaje ya tomó un cierto aspecto de marcha triunfal.

De Italia pasó a Francia en un Caravelle que había mandado por él, especialmente, el gobierno galó. En un lluvioso aeródromo de Orly lo esperaba el Presidente De Gaulle, entonces en el cénit de su popularidad y en abierta pugna con EE. UU. Sostuvo con él tres entrevistas, mostrándose de acuerdo en temas como la situación de República Dominicana y el problema de Vietnam¹⁶².

Asistió, junto a De Gaulle y Georges Pompidou, a una función de gala en la Ópera de París (Dafne y Cloe, con decorado y vestidos diseñados por Marc Chagall¹⁶³); fue agasajado en un banquete en el Palacio del Elíseo que reunió a 3.000 personas y Versalles se engalanó para recibirlo en otra cena¹⁶⁴.

Tuvo también oportunidad de ver a Jacques Maritain. El filósofo, anciano y enfermo, vivía en un convento en Alsacia, pero invitado por el Elíseo a petición de Frei, viajó en ambulancia hasta París, donde, con gran dignidad, tomó un taxi que lo condujo hasta la Embajada de Chile¹⁶⁵. Era una figura etérea que impresionaba hasta el punto que Luis Hernández Parker, quien era una persona fría, no dejó de exclamar «que anciano más hermoso»¹⁶⁶. El filósofo, humildemente, rechazó que el Presidente de Chile lo calificara de «maestro», diciendo: «Sería demasiado pretensión mía el creerlo»¹⁶⁷. Fue la última vez que Frei lo vería. El mismo fue el caso del padre Leuret a quien Frei visitó en un hospital de París¹⁶⁸.

Alojado en el Quai D'Orsay, mientras duró la visita oficial, y feliz en París, al que calificó de «ciudad sobre la cual se apoyan los cimientos del mundo occidental»¹⁶⁹, en un discurso que pronunció en el Hotel de Ville, Frei se dio tiempo incluso para

un recorrido por las orillas del Sena revisando los libros viejos que vendían los «bouquinistes». Buscaba un ejemplar que no pudo encontrar. Al día siguiente lo recibió de regalo del Presidente De Gaulle, lujosamente encuadernado.

En Francia, como en todos los países que abarcó su gira europea, Frei dejó en claro por qué el régimen democratacristiano de Chile tenía la legítima aspiración de considerarse una alternativa válida en cuanto «modelo» para Latinoamérica. Negó la idea de que «hay sólo dos alternativas: la revolución marxista-leninista o la defensa armada de un orden capitalista tradicional». Prosiguiendo: «Olvidan los que así piensan, por una parte, los principios que han formado la esencia de nuestra antigua civilización y, por otra, que no se pueden aplicar de una manera forzada a nuestras sociedades moldes que pueden ser satisfactorios para otras de muy distintas condiciones»¹⁷⁰. En esta afirmación el tiempo parece no haberle dado la razón y —en la medida que en la historia hay algo definitivo— se ha visto hacia fines del siglo XX el triunfo del capitalismo según el molde norteamericano.

Los contactos con autoridades de gobierno, el propio De Gaulle, Maurice Couve de Murville, Georges Pompidou, Valéry Giscard D'Estaing, fueron numerosos. También se reunió con el sector privado, en la Cámara de Comercio chileno-francesa, en un encuentro organizado por los banqueros Rothschild, y con la colonia chilena a la que ofreció un buffet en la Embajada. Al final de la estadía en Francia se firmó una declaración conjunta en que se acordaba una serie de medidas relativas al comercio de materias primas y productos semielaborados de los países en desarrollo. Pero lo más importante fue el logro del financiamiento para la línea 1 del Metro de Santiago, la que sería una de sus grandes realizaciones, aunque inaugurada años después de que dejara el gobierno. El único aspecto que enfrió un tanto la cálida acogida gala fue el asunto de la crítica chilena a las explosiones nucleares que llevaba a cabo Francia en el Atolón de Mururoa; tema que se tocó sólo incidentalmente entre los representantes de ambas naciones¹⁷¹.

Entonces la comitiva presidencial viajó a Gran Bretaña y aterrizó en Gatwick, donde lo esperaban varias personalidades. Pero más emotivo ha de haber sido para Frei el recibimiento en la estación Victoria, hasta donde los acompañó, en tren, la duquesa Alejandra de Kent, y el subsecuente paseo en carroza abierta por las calles de Londres junto con la Reina Isabel II; el Príncipe Felipe de Edimburgo y la señora Maruja los seguían en otra. Después vino el banquete de gala en Buckingham Palace, donde alojó parte de su estadía. En esta comida, destacaba la prensa británica, se reunieron con el Arzobispo de Canterbury y el Primado Católico de Gran Bretaña, Cardenal Hinan, algo que no sucedía desde los tiempos de Enrique VIII y la Reforma.

Visitó también el buque escuela Esmeralda, entonces de paso en los «docks» londinenses, y puso una ofrenda floral en Westminster sobre la tumba de Lord Cochrane. El inglés de Frei, quien, como hemos dicho, no tenía facilidad para los idiomas pero se empeñaba en hablar varios, ha de haber sufrido una dura prueba en esos días. Con todo, la Reina Isabel conservó un muy buen recuerdo suyo, lo que en parte influyó en el hecho de su visita a Chile años más tarde. Incluso una vez que Eduardo Frei visitara Londres, ya durante la época del gobierno militar, y no pasara a saludarla, con cierta cálida ironía le hizo saber que había tomado nota del hecho. La Corona Británica otorgó a Frei la «Gran Cruz de Caballero de la Orden del Baño»¹⁷².

La visita al Reino Unido, más protocolar que las anteriores, culminó en lo político con una entrevista con el Primer Ministro Harold Wilson de la que salió una declaración que más que acuerdos concretos expresaba el interés y apoyo del gobierno inglés por la experiencia chilena y su éxito. También se conversó de los problemas limítrofes pendientes con Argentina, en los cuales la Corona Británica era el árbitro. El Primer Ministro inglés —saliéndose del texto— dijo en un discurso pronunciado en Grosvenor House: «Para los ingleses, la palabra revolución ni es terrible ni está extraída de los baúles pasados de moda del marxismo o del leninismo(...) Por eso, señor Presidente, comprendemos lo que usted quiere decir y realizar en su patria»¹⁷³.

Al igual que en París, Frei en Londres hizo, solo, una «arrancada» de compras, la que dejó un terremoto en el servicio de seguridad británico. Pero sus escapadas se limitaron a eso, a pesar de que con fecha 29 de junio había recibido una elegante carta de «The River Club», 129 Grosvenor Road, ofreciendo su atención como uno de los «Night Spots», más conocidos, agregando que había «dancing» hasta las 2:00 A.M.¹⁷⁴. Sin duda hubo otras invitaciones de ese tipo, pero no iban con el carácter de Frei.

La gira culminó en Alemania donde el Presidente de Chile se entrevistó con el de Alemania «Herr» Lübcke y el Canciller Ludwig Erhardt, quien habló entusiastamente del «experimento chileno»¹⁷⁵; el Alcalde de Berlín Willy Brandt, con quien visitó el «Muro» y el ex Primer Ministro Konrad Adenauer, quien lo recibió en su retiro de Rhoendorf, una distinción que rara vez tenía para un personero extranjero. Ante todos ellos Frei abogó por la causa del desarrollo y la democracia en Hispanoamérica.

En Alemania los acuerdos económicos fueron más sustantivos. Se abordaron diversos temas como la cooperación técnica, el intercambio comercial y diversos programas de ayuda relacionados con la industria azucarera (IANSAs, plantas Nuble y Cautín), la construcción de una planta de producción de celulosa en Concepción y asesoría en el refinamiento del cobre dentro del país. Chile suscribió, en cambio, una declaración apoyando el derecho del pueblo alemán a la unidad de su territorio. Se anunció también la instalación en Chile de una fábrica de automóviles Volkswagen, la que no llegaría a concretarse.

La prensa europea dio buena cobertura al viaje de Frei. Quedó bien impresionada con él como persona y, en su mayoría, auguró un gran éxito para su gobierno del que se dijo que era la esperanza de Latinoamérica. Durante el viaje, Frei recibió decenas de telegramas de felicitación, enviados por toda suerte de personas. Desde Eduardo Cruz-Coke, hasta Edmundo Muñoz, Inspector del Distrito de Cherquenco¹⁷⁶.

De retorno en América, en un avión que le proporcionara el gobierno alemán, el Presidente Frei realizó visitas oficiales a Venezuela y Perú, donde se entrevistó con los Presidentes Raúl

Leoni y Fernando Belaúnde Terry, respectivamente. En Caracas tuvo, de nuevo, la oportunidad de intercambiar un abrazo con su amigo Rafael Caldera. Desde Lima viajó a Santiago, ahora, y por primera vez durante el viaje, en un avión LAN Chile y, desde el ingreso al territorio nacional, fue escoltado por seis jets (F. 80) de la FACH. La comitiva venía eufórica y, posiblemente, sobrestimando la importancia del viaje. *Ercilla* se quejaba amargamente, que la revista *Time* no le hubiera dado cobertura¹⁷⁷.

De hecho, su gira como Presidente de República a Europa fue —en términos romanos— la «apoteosis» de Frei. Pero a pesar del gusto experimentado, mal favor le hizo a mediano plazo, pues sumada a la victoria parlamentaria de marzo y su prolongada carrera de éxitos anteriores, lo llevó, perder parte del buen sentido y ductilidad política que demostrara en los años de derrotas. Un Mandatario autoritario puede permitirse triunfalismo; un político en democracia siempre la paga.

Promoción Popular y Cobre

De retorno en Santiago, un feliz Bernardo Leighton le devolvió el cargo. Luego lo esperaba una bienvenida masiva, una verdadera marcha triunfal en medio de una multitud de simpatizantes que acordonaron su paso por la Alameda desde Estación Central hasta La Moneda, donde lo aguardaban otras 20.000 personas reunidas en la plaza Bulnes. La recepción terminó en su casa con los lengüetazos de su boxer «Dicky». Pero ya al día siguiente, el cansado Presidente hubo de sumergirse de nuevo en un mundo político difícil y conflictivo.

Además del duro debate sobre la reforma agraria relatado ya, menudeaban las acusaciones, de izquierda y derecha, sobre la utilización por parte del gobierno y el Partido Demócrata Cristiano del aparato fiscal como hijuela repartidora de empleos y prebendas, lo que tenía algo de verdad. Pero los nuevos problemas de importancia eran otros.

Si la reforma agraria era la espina de la derecha, la Promoción Popular lo era de la izquierda, que veía en ella la vía hacia la posible pérdida de su influencia tradicional sobre vastos sectores

de población urbana pobre, la que pasaría a apoyar a la Democracia Cristiana. Por otro lado, para la izquierda, el programa de Promoción Popular demócratacristiano era sólo un conjunto de propuestas reformistas que no llegaban al fondo de los problemas, los cuales pensaban que serían resueltos realmente sólo por una revolución de inspiración marxista. Posición que no sólo era del Partido Comunista sino que se daba aún más acentuada en el Partido Socialista y que quedó consagrada como su línea oficial en el «Congreso de Linares», realizado en 1965 y ya mencionado¹⁷⁸. Después, como veremos, su posición se radicalizaría aún más.

La Promoción Popular era, en buena medida, fruto de estudios realizados por organismos de Iglesia como el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina, DESAL, que había trabajado el concepto de «marginalidad»¹⁷⁹. DESAL era dirigido por el ambicioso jesuita belga Roger Veckemañs, un controvertido personaje atacado por la derecha y la izquierda marxista, pero a quien todos le reconocían un grado superior de inteligencia. Se trataba, en lo fundamental, de un esfuerzo general de erradicación de la pobreza (marginalidad) y de fortalecimiento de la sociedad civil creando o desarrollando cuerpos intermedios entre el Estado y el individuo¹⁸⁰. Las principales iniciativas insertas en el Programa (Ley N° 16.880) serían la creación de juntas de vecinos, centros de madres, cooperativas, organismos juveniles, clubes deportivos, sistemas de construcción y autoconstrucción de viviendas («Operación Sitio»), un comando nacional contra la inflación (CONCI), etc. Había también campañas específicas o temporales como la «Operación Invierno», destinada a preparar a la población para la llegada de las lluvias y el frío. Era un esfuerzo económico social cuyo fin último era acabar con la «cultura» de la marginalidad¹⁸¹. Un folleto la definía como «un proceso por el cual el pueblo, capacitado y organizado, se va integrando en el desarrollo general del país, al participar efectivamente en la solución de sus propios problemas»; para agregar «es lo contrario del paternalismo»¹⁸².

Para combatir la marginalidad era necesaria la ayuda del Estado hasta que las organizaciones populares maduraran. Se pretendía que el Estado partiera creando las organizaciones que luego debían adquirir impulso propio. Se suponía que en el esfuerzo de promoción popular «el pueblo» aporta lo que puede (sic.): «la mano de obra, los terrenos, materiales, incluso dinero, producto del ahorro y de fondos reunidos en cooperativas. El Estado concurre solamente con lo que no puede aportar el pueblo: el resto del financiamiento de las obras, los estudios de planificación y de prioridades (en orden de urgencia), la asesoría técnica, maquinarias y facilidades»¹⁸³. Se contaba también con apoyo de organismos internacionales, pero más bien en aspectos técnicos que en aportes económicos.

La Promoción Popular, así como la reforma agraria, se financiaron con los fondos ordinarios de la nación. Estos, unidos a los demás programas reformistas, obras públicas, etc., requerían de un amplio presupuesto. De allí que durante los últimos años de la Administración de Eduardo Frei Montalva, a pesar del excelente precio del cobre en los mercados mundiales, se produjeran los problemas presupuestarios que llevaron a la crisis de comienzos de 1968 (la de los «Chiri Bonos», sobre la cual ya escribiremos) y al «Tacnazo».

No se constituyó un ministerio, sino una «Consejería de Promoción Popular», dependiente directamente de la Presidencia de República a cuya cabeza se puso a Sergio Ossa. Esto se hizo para evitar el engorroso trámite legislativo que habría requerido la controvertida iniciativa.

Pero sí se fundó, por Ley del 10 de noviembre de 1965, el Ministerio de la Vivienda y Urbanismo que centralizaría y coordinaría el esfuerzo habitacional, el que sería uno de los éxitos del gobierno de Eduardo Frei Montalva. Al crearse el nuevo Ministerio asumió la cartera Modesto Collados, dejando Obras Públicas donde asumió a su vez Edmundo Pérez Zujovic, dueño de una próspera empresa constructora y, como se ha visto, conocido de Frei desde su primera juventud. Pérez Zujovic tenía fama de pragmático y autoritario, lo que provocó algún

rechazo dentro del PDC. El futuro demostraría que el desencuentro era serio y se radicalizaría.

Era comprensible que un organismo como la Consejería de Promoción Popular, cuyo objetivo final pasaba por una primera etapa de organización de los sectores sociales más pobres, inquietara a los partidos de la izquierda marxista, pues inevitablemente su acción iría aparejada con un mensaje político favorable al régimen. Así, lejos de entregar su apoyo al programa de Promoción Popular, que en definitiva iba en favor del sector social que representaban, lo combatieron con ardor. Esto quedó de manifiesto desde comienzos de 1965. Hasta el punto de que el esfuerzo del gobierno por lograr que las Juntas de Vecinos fueran reconocidas legalmente como organismos capaces de presentar demandas «oficiales» y directas al propio gobierno, fue rechazada por todos los partidos, de derecha y de izquierda.

Sólo cuando la izquierda pudo comprobar que ella misma podía sacar provecho político de las Juntas de Vecinos, al multiplicar éstas las demandas más allá de la capacidad del gobierno de satisfacerlas, aportó sus votos parlamentarios para la aprobación de la respectiva ley, en 1968¹⁸⁴. Por lo demás, ciertamente más de algo había de cierto en que junto con la ayuda y la organización hubo búsqueda de apoyo político en favor del régimen, pero no se trataba de una actitud generalizada, ni obedeció a una consigna gubernativa. Cuando triunfó Allende en 1970, se mantuvo mucho del aparataje de la Promoción Popular, con el nombre, ahora, de «Desarrollo Social», posiblemente por considerar Promoción Popular (a pesar de las protestas demócratacristianas en contrario) un nombre peyorativo o paternalista. Durante esta segunda etapa, el programa sí tomaría un sesgo político progobierno y prorrevolucionario.

A pesar de los obstáculos, en 1968 habría ya unas 20.000 organizaciones que correspondían al esfuerzo de la Promoción Popular¹⁸⁵.

Sin embargo, es posible que el asunto que más inquietó a Eduardo Frei a su regreso de Europa, fue la situación de su propio

partido. En julio se reunió la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano para elegir una nueva directiva al concluir el período de Renán Fuentealba. Se perfilaron dos tendencias. Una, encabezada por Alberto Jerez y apoyada por Rafael Agustín Gumucio y Julio Silva Solar, y a la que se estaban incorporando Jacques Chonchol y Bosco Parra (según testimonios, un buen gordo, con algo de iluminado, pero no muy inteligente), la que propiciaba una mayor injerencia partidaria en el gobierno. En tanto que la otra, encabezada por Patricio Aylwin, senador todavía joven, estaba por un apoyo decidido al Presidente Frei.

Se impuso la tesis Aylwin, la que fue ardorosamente defendida, de parte del gobierno, por Gabriel Valdés¹⁸⁶. Pero ya se comenzaba a perfilar una profunda brecha entre los demócratacristianos, pues la mayor parte de la juventud del partido y de los intelectuales estuvo con Jerez. Poco después, al enterarse Frei de que Jerez, Gumucio, Bosco Parra y los otros descontentos se preguntaban por qué no se intentaba también la reforma de la empresa, de los bancos, etc., vía Patricio Aylwin, los invitó a La Moneda. Allí, después de escucharlos, dijo: «miren, estamos haciendo la reforma agraria, ¿no es cierto? ¿Creen ustedes que el gobierno tiene el poder para pelear al mismo tiempo con los agricultores, con los banqueros y con los empresarios del sector no agrícola? (...) eso no se puede. Si ustedes creen que hay que hacer la reforma de la empresa en este momento, hay que suspender la reforma agraria, pero no podemos hacer las dos cosas al mismo tiempo»¹⁸⁷.

Pero el asunto no concluyó allí. El sector «Rebelde» se iría endureciendo, transformándose en una facción dentro del PDC y luego surgiría el «Tercerismo», más moderado, pero también opuesto al gobierno. Con la perspectiva del tiempo queda en claro que, quizá como fruto de su reciente formación, en el partido de gobierno convivían varios grupos que concebían su misión de diferente modo. Desde los que pretendían una modernización del capitalismo, con acento social, hasta los que querían una revolución que en poco se distinguía de la marxista.

Lejos habían quedado para Frei las luces de París. El conflicto dentro de sus propias filas atentaba contra las bases políticas

mismas que, por parte del gobierno, se consideraban esenciales para llevar adelante la tarea que se había propuesto. El mantener «una férrea cohesión ideológica» dentro del Partido Demócrata Cristiano, había sido considerada la «primera tarea» que se había planteado el Presidente y el gobierno que encabezaba¹⁸⁸.

Sin embargo, la tarea sería muy difícil y, de hecho, Frei fracasaría en ella, al menos parcialmente, como se verá.

Repitiendo algo ya dicho, es preciso insistir en que el problema del Partido Demócrata Cristiano derivaba en último término de un asunto doctrinario. Se decía partidario de una sociedad «comunitaria», pero la tragedia del comunitarismo fue que no pudo pasar de la vaga teoría a concreciones viables históricamente. Particularmente en lo económico, la unidad de producción comunitaria nunca fue eficiente. Ni siquiera fue tipificada unívoca y suficientemente. En esas condiciones la diversidad de interpretaciones y anhelos, las ideas de cómo concretizar una sociedad comunitaria surgieron diversa y espontáneamente. De allí que naciera un sector (El «Rebelde») que terminó por abandonar la doctrina comunitaria y optó de manera franca por el socialismo, que estaba en boga, abandonando finalmente el Partido Demócrata Cristiano y otro sector, el Tercerismo, que después se transformaría en Izquierda Cristiana cuya confusión doctrinaria era aún mayor.

Por otra parte, rápido iban las negociaciones iniciadas en 1965 con las compañías norteamericanas propietarias de las grandes minas de cobre, para llevar a cabo la «Chilenización» de la Gran Minería, que por entonces era responsable de más del 50% de las exportaciones chilenas¹⁸⁹.

La explotación minera del cobre es una actividad tan antigua como Chile y aun anterior. El mineral ya era extraído por indios de la Zona Norte durante el período Prehispánico¹⁹⁰. Durante los años de la Colonia, a falta de grandes cantidades de oro y plata, constituyó también la principal actividad minera del lejano Reino de Chile. Después de la Independencia, la industria floreció en el Norte Chico donde habían minas con altas leyes. El auge se dio en la zona de Copiapó-Caldera; pero en especial,

en La Serena con la mina y fundición de Carlos Lambert y poco al norponiente de Ovalle, por obra del magnate José Tomás Urmeneta y su riquísima mina Tamaya. Urmeneta construyó una fundición en Tongoy, hasta donde se transportaba el mineral en ferrocarril¹⁹¹.

Chile llegó a constituirse en las décadas de 1860-70 en el principal productor y exportador de cobre del mundo¹⁹². Aunque el mercado y consecuentemente la demanda mundial de cobre era relativamente pequeña, pues estando la revolución industrial en sus primeras etapas no existía la industria eléctrica y el cobre se utilizaba sólo en las incipientes redes de agua potable en las ciudades, donde, por lo demás, todavía se usaba, mayoritariamente, la cañería de plomo. Otros usos del cobre era en artefactos domésticos, en la acuñación de moneda y las calderas de vapor. Sin embargo, desde entonces la industrialización y modernización de las ciudades europeas y norteamericanas se consolidó, expandiéndose a los campos y las urbes del resto del mundo. Comenzó a usarse el cobre en el alambre conductor de electricidad, de telégrafos y después teléfonos, en el inducido de motores y en cañerías de agua de las redes domésticas¹⁹³.

De modo que la demanda de cobre aumentó explosivamente. Sin embargo ese fenómeno había abierto el apetito del capitalismo inglés el que, estando en decadencia las minas y fundiciones ubicadas en Gran Bretaña¹⁹⁴, realizó cuantiosas inversiones en España en las minas de Río Tinto y Tharsis, las que Pérez Galdós eligió como escenario de su *Marianela*¹⁹⁵.

España estaba más cerca de los mercados consumidores y sus minas contaron con mejor tecnología que las de Chile¹⁹⁶. Estados Unidos se convirtió también en un gran productor (el primero del mundo hacia 1900) y los precios bajaron.

Como consecuencia de lo recién dicho, hacia vísperas de la Guerra del Pacífico la industria chilena del cobre se hallaba ya en decadencia¹⁹⁷. Después del conflicto, interesados ahora capitales y personas en el nitrato, languideció aún más, aunque nunca desapareció completamente¹⁹⁸. De hecho renacería con

fuerza hacia 1902, cuando William Braden adquirió el mineral de El Teniente, cerca de Rancagua.

El Teniente era conocido desde la Época Colonial y después de la Independencia había sido explotado superficialmente por la familia Concha y Toro. El año 1906 la nueva mina comenzó su producción, primero bajo la conducción del propio Braden (Braden Copper Co.)¹⁹⁹ y después, a partir de 1910, bajo el control del grupo Guggenheim que ya había adquirido intereses en ella con anterioridad (1906-8)²⁰⁰. Finalmente éste vendería la mina y sus instalaciones a la Kennecott Copper Co. en 1915²⁰¹.

En 1911 (o 1913, según algunos autores), los Guggenheim habían iniciado otra empresa de gran envergadura al adquirir e iniciar la expansión de la enorme mina a tajo abierto de Chuquicamata, cuyas posibilidades también había oteado inicialmente Braden. Como El Teniente, la venderían en 1923, pero en este caso a la Anaconda Co.²⁰² Hacia 1916, «Chuqui» ya producía al mismo nivel de El Teniente y poco después sería la mayor explotación cuprífera del mundo. Una tercera mina, también nacida bajo el impulso del infatigable Braden, Potrerillos, comenzó a laborar en 1916 en manos de la Andes Copper Mining Co., una filial de la Anaconda²⁰³. Agotado Potrerillos, lo reemplazaría El Salvador, hacia 1959. Todas estas explotaciones estuvieron basadas en la posibilidad de refinación de yacimientos de baja ley a gran escala.

Chile tiene los mayores depósitos de mineral de cobre del mundo y los sucesivos gobiernos se dieron cuenta de su importancia para el futuro del país. Fue así que si inicialmente las exportaciones de cobre pagaban pocos impuestos, la situación cambió después de 1930, pasando el cobre a reemplazar el salitre como el gran rubro exportador del país y principal fuente de riqueza fiscal.

La importancia del cobre para la economía chilena sería desde entonces abrumadora. El año 1934 la producción chilena llegó a representar el 20% de la mundial²⁰⁴, los años siguientes ese porcentaje bajaría, para experimentar un nuevo auge hacia

1937 y continuarse con una alta producción durante la Segunda Guerra Mundial (22% de la producción mundial en 1945). Pero durante esa contienda el precio del cobre chileno fue fijado por el gobierno de EE. UU. en el precio artificialmente bajo de 11,77 centavos de dólar por libra refinada²⁰⁵. Una cuarta parte de lo que había sido su precio durante la Primera Guerra Mundial²⁰⁶.

La situación era extremadamente abusiva. Tanto más en cuanto no ocurrió lo mismo con el cobre producido en la propia Norteamérica. Esto significaba un gran daño para Chile; o, si se quiere, una contribución chilena enorme a una guerra que no era la propia. Esto no hubiera sido posible, o al menos habría sido mucho más difícil, de haber sido controlada la industria del cobre por los chilenos. Desde entonces quedó en el ambiente la idea de que la industria del cobre debía ser controlada por Chile. La experiencia de la guerra de Corea, muy similar aunque algo más atenuada en el abuso, confirmó esa idea.

Por otra parte, los esfuerzos de los sucesivos gobiernos chilenos por aumentar su participación en los beneficios de las empresas estadounidenses por la vía de subir los impuestos, llegaron al extremo que las compañías mineras norteamericanas no se interesaron en efectuar nuevas inversiones. Como éstas eran necesarias, se produjo el relativo estancamiento de la producción, la que varió entre las 400.000 y un poco más de 500.000 toneladas, durante las décadas de 1940, 1950 y primer quinquenio de la de 1960. Lo que a su vez se tradujo en un explicable descenso en el porcentaje de cobertura del mercado mundial, en el cual el porcentaje copado por la producción chilena de cobre bajó hasta un 13% a comienzos de la década de 1960²⁰⁷.

Para superar esta situación, en 1955 se había formalizado un acuerdo para racionalizar la relación entre el Estado y la industria cuprífera, la llamada Ley del Nuevo Trato (Nº 11.828), que marcó el inicio de una mayor injerencia del fisco en el control de la industria y la venta del cobre chileno. Se trataba de lograr mayores inversiones y aumento de la producción, así como una igualdad impositiva en torno al 50% de las utilidades. Se creó,

asimismo, el «Departamento del Cobre», institución que permitió al Estado chileno verificar mejor las cifras entregadas por las compañías norteamericanas e ir formando un equipo de expertos en cobre²⁰⁸. Se trataba de una medida que venía a reconocer una triste realidad. Si hasta ese momento EE. UU. había abusado de Chile, eso no era achacable a la maldad del capitalismo y gobierno norteamericanos, los que, en definitiva, sólo velaban por sus intereses, sino a la incapacidad de Chile de defender su riqueza cuprífera más allá de un discurso, político antimperialista que para nada servía.

Desde la fundación del Departamento del Cobre, uno de los hombres de más importancia dentro de la nueva oficina fue Javier Lagarrigue, connotado falangista. Dentro del equipo de técnicos en formación habían otros de la misma filiación, lo que ya en 1958 hacía correr el rumor de que la nueva dependencia era una «parcela del freísmo»²⁰⁹.

El Departamento del Cobre, aunque inicialmente no actuó para aumentar la producción, cuya determinación seguía entregada a las grandes compañías norteamericanas, permitió que chilenos aprendieran el complejo manejo de la industria y negocio cuprífero y su inserción en los mercados internacionales. También permitió que chilenos entraran a participar en instituciones supranacionales preocupadas de la producción y venta del metal rojo. Con todo, una solución satisfactoria para el problema del cobre, cuya producción, como vimos, estaba estancada, seguía pendiente.

Durante el gobierno de Eduardo Frei quien hablaría, (a la clase media principalmente) refiriéndose a la industria del cobre como la «viga maestra» de nuestra economía, tal como Salvador Allende lo haría después (a su base proletaria), del «suelo de Chile», se llevó a cabo la ya mencionada «Chilenización» pactada con las grandes compañías. Se trataba, en concreto, de minas en poder de la Braden-Kennecot (El Teniente); de la Anaconda (sólo La Exótica de la cual ahora también era dueña, no Chuquicamata) y la Cerro Pasco Corporation que había comenzado su producción en la mina La Andina en 1956.

La Chilenización estaba destinada a que el Estado controlara la industria del cobre progresivamente, comprando las acciones a las grandes compañías privadas extranjeras, aumentando la producción, logrando que se refinara todo el cobre extraído en Chile y que se llegara a controlar la comercialización de este metal, así como de otros, que eran sus subproductos (molibdeno, plata y algo de oro)²¹⁰.

Se esperaba, además, que todo el proceso dinamizara la economía nacional, creándose nuevas fuentes de energía, empleo y consumo, dejando de ser la industria del cobre un cuasi «enclave» norteamericano en territorio chileno. Se trataba de que ambas partes, compradora y vendedora, salieran favorecidas y en esa medida era una salida intermedia entre la expropiación lisa y llana, que pedía la izquierda, así como algunos demócratacristianos, y la situación existente. Era una solución cautelosa, ¿por qué se adoptó?

Más allá del problema del deterioro de las relaciones con EE. UU. que hubiera traído una expropiación, había conciencia que era necesario poner a prueba la capacidad de los técnicos chilenos para manejar satisfactoriamente las grandes minas y fundiciones; la que, sin embargo, quedaría en evidencia muy luego. Más complejo era el asunto de lograr un cabal conocimiento acerca de la comercialización internacional del metal, en lo que, a pesar del aprendizaje realizado por el Departamento del Cobre, todavía quedaba bastante por conocer. Se necesitaba inicialmente la ayuda de las propias grandes empresas privadas, las que sí tenían el conocimiento y la experiencia²¹¹. También se consultaba que éstas hicieran nuevas inversiones a cambio de los derechos que conservaban y el precio que se les pagaba.

Ya en diciembre de 1964 el Presidente Frei anunció que se había llegado a un acuerdo en principio con las compañías norteamericanas, pero era el comienzo de un largo proceso. Para llevar adelante la Chilenización se fundó una Comisión del Cobre la que integró Lagarrigue, que había asumido la vicepresidencia del Departamento, el que cambió de nombre, por el de Corporación del Cobre. Los otros dos integrantes de la Comisión fueron Raúl

Sáez y Radomiro Tomic. La Comisión preparó el Proyecto de Ley de Chilenización de la Gran Minería del Cobre. La discusión en el Parlamento, iniciada en 1965, después del buen comienzo que ya vimos, tras la pérdida del apoyo radical, fue ardua. Debíó defender el proyecto del gobierno Eduardo Simián, ministro de Minería, quien por su cargo presidía la Corporación, pero que no era especialista en la materia (sino en petróleo, como vimos). Con todo, tras agotador trabajo, salió adelante y aunque el proyecto sufrió algunas modificaciones (y mejoras) finalmente fue aprobado, con el apoyo de la derecha, transformándose en la Ley N° 16.425, de enero de 1966²¹².

Fue así que en 1966 el Estado de Chile adquirió el 51% de las acciones de la mina de El Teniente a la compañía Kennecot, en un convenio que dejó contentas a las dos partes, al menos inicialmente. También adquirió el 30% de La Andina (Cerro Co.) y el 25% de la Exótica (Anaconda Co.) Además, la Anaconda aumentaba su tributación por Chuquicamata²¹³.

Los acuerdos se perfeccionarían el año siguiente. Los norteamericanos lejos de ser despojados obtuvieron buenas ganancias con el trato; casi demasiado buenas como veremos más adelante²¹⁴. A cambio de esto, aportaron su «know how», especialmente en la comercialización internacional del metal. Al mismo tiempo, se iniciaba un programa de inversión destinado al aumento de producción, la que se esperaba que habría de alcanzar 1.090.000 toneladas hacia 1970²¹⁵. El país, que ahora recibía ingresos del cobre no sólo por concepto de impuestos sino también como ganancias del capital, se vio favorecido además, durante estos años, por un alto precio del metal rojo en los mercados internacionales, como consecuencia de razones conectadas con la Guerra de Vietnam y problemas en Zambia, otro gran productor de cobre, así como en el propio Chile.

Pero aprovechar las nuevas condiciones del mercado requirió de una posición activa y de confrontación por parte del gobierno. Ya a comienzos de 1966 el metal rojo llegó a cotizarse a 98 centavos de dólar la libra en el mercado de Londres, más del triple del precio de hacía sólo dos años y más del doble del

«fijado» en esos días al cobre extraído en Chile, sobre la base de los precios del mercado norteamericano. El precio que fijaban las compañías, ya «chilenizadas», para efectos tributarios, era aún más bajo, alrededor de 30 centavos²¹⁶. Aunque ese precio de 98 centavos por libra fue excepcional, la tendencia al alza continuó, de modo que en el mes de agosto, el gobierno fijó el precio del cobre chileno según la Bolsa de Metales de Londres.

No sólo a Estados Unidos, que pensaba en los costos de su guerra asiática y le interesaba un precio del cobre bajo, sino también personeros residentes en Zambia (pero que no parecían muy comprometidos con los intereses nacionales de ese país), protestaron, augurando que a la larga Chile saldría perjudicado ya que el precio elevado no se mantendría²¹⁷. La realidad fue otra y el alto precio del cobre no sólo se mantuvo por varios años, sino que subiría más aún.

Cercanos colaboradores del Presidente Frei recuerdan que nunca se le vio más contento durante los años de la Presidencia que el día en que firmó la Chilenización. En esa ocasión se fundió en un abrazo con su nuevo ministro de Minería Alejandro Hales²¹⁸.

También la mediana y pequeña minería se vieron favorecidas durante los años de la Administración Frei con la inauguración, en 1967, de la Fundición de Cobre de Ventanas, iniciada durante la administración Alessandri y la más grande del país con una chimenea de 130 metros de altura, la que, sin embargo no impidió la polución de una vasta zona del valle de Puchuncaví. Esta primera chimenea sería reemplazada años después por otra aún más alta, pero sin grandes resultados.

El ritmo de la política y el Plan Educacional

En la Presidencia, Eduardo Frei Montalva pudo experimentar, desde su retorno de Europa, la dura rutina que significa bregar con múltiples problemas, frecuentemente en medio de incompresiones, sin tener jamás un período de calma prolongado. El hecho de tratarse de un gobierno que pretendía cambios tan profundos como los enunciados acentuaba la situación.

Volviendo a la contingencia. El 2 de agosto de 1965 otro hecho, puntual en este caso, vino a profundizar el clima de radicalización y desorden que comenzaba a darse dentro del partido de gobierno. El diputado por Talca, Emilio Lorenzini, quien se había destacado como propulsor de cambios en el agro desde hacía varios años, renunció «en forma indeclinable» al PDC, porque el gobierno no había iniciado aún la reforma agraria. El cargo, como lo prueba la cantidad, consignada más atrás, de protestas de la derecha contra la reforma agraria del gobierno, a la que tomaban muy en serio, no tenía base, y Lorenzini, al día siguiente, dio pie atrás. Pero era una mala señal²¹⁹.

Tan infundada era la crítica de Lorenzini que poco después se agitaría de nuevo y violentamente el debate nacional sobre la reforma agraria. El 23 de agosto el ejecutivo recibía el apoyo del obispo de Talca Manuel Larraín, en forma de una carta enviada al vicepresidente de CORA²²⁰. Pero en el mes de noviembre, cuando Frei firmó el proyecto de la nueva Ley de Reforma Agraria, el Partido Conservador, por intermedio de su presidente Bernardo Larraín, radicalizó su posición contraria en forma de un vigoroso ataque descalificador de los títulos de dominio que se darían a los campesinos beneficiados, haciendo presente que no eran, verdaderamente, un certificado de propiedad privada.

Por esos mismos días, una carta del Papa respecto al problema de lo que podía considerarse propiedad privada, la que no era clara, fue utilizada por ambos bandos en pugna según sus propios puntos de vista, en un debate que se extendió durante los últimos meses de 1965 y los primeros días de 1966²²¹. En febrero de este último año sería Fiducia la que volvería a la carga y cinco meses después otro documento, del mismo origen, aparecía como una verdadera declaración de guerra contra la reforma agraria.

Otro motivo de agitación en el segundo semestre de 1965 fueron dos problemas internacionales. Primero el descubrimiento del llamado «Plan Camelot», a cargo del Profesor del Brooklyn College, Rex Hopper, que dirigía un estudio financiado por el

Pentágono (como se dijo) destinado a investigar sobre las perspectivas del terrorismo político en Chile. Ejecutado torpemente, durante los mismos días en que Frei recorría Europa, la revista *Newsweek* denunciaba que el plan Camelot (nombre tomado del legendario castillo del Rey Arturo) sólo había conseguido ácidas críticas de la prensa chilena por su carácter intervencionista. Cargos que recogió Radio La Habana acusando a EE. UU. de espiar en Chile y provocó una ola de furiosos telegramas del Embajador Dungan al Departamento de Estado²²².

El segundo problema se inició el día 6 de noviembre de 1965, en la zona fronteriza de Laguna del Desierto, sujeta a litigio con la República Argentina. Una patrulla de la Gendarmería argentina disparó sobre un grupo de carabineros chilenos a los cuales había sido imposible comunicarles una orden de retornar a su base. Ésta se había dado como consecuencia de una auspiciosa entrevista al respecto que tuviera Frei con el gobernante argentino Arturo Illia, en la ciudad de Mendoza, durante esos mismos días. Los disparos de los gendarmes dieron muerte al teniente Hernán Merino Correa.

La acción era absolutamente injustificable y produjo en el país un enorme y comprensible enojo, pero acompañado por una ola patrioterica y belicista desproporcionada, quedando rotas las conversaciones iniciadas en Mendoza. La tensión duró varios días y se culpó a Frei de no haber aclarado suficientemente el problema del camino a seguir para llegar a una solución definitiva en su entrevista con el Mandatario transandino. De hecho, Frei había llegado a un buen acuerdo con Illia, pero éste tenía un muy débil control sobre los militares del país que gobernaba. La belicosa actitud de éstos, tanto como un gesto de desafío contra Chile lo fue también contra su Presidente civil. Así lo indicó una declaración del general Juan Carlos Onganía, comandante del Ejército argentino, formulada el 17 de noviembre, que calificó el crimen de «acción policial»²²³. El asesinato del teniente Merino sería una espina clavada en las relaciones entre Chile y Argentina por muchos años.

Incluso la naturaleza aportó su cuota de dramatismo en ese

inicio del segundo semestre de 1965. El 9 de agosto se desató un temporal como no se veía hace años, el que durante varios días asoló el centro y sur del país, destruyendo obras públicas y anegando casas y campos. El día 15 culminó en una tragedia. La escampavía de la Armada Nacional *Janequeo* que había acudido al salvataje de otra nave, el *Leucotón*, varada en la Bahía de San Pedro, al sur de Valdivia, cortó el cabo de remolque el cual se enredó en su hélice. El fuerte oleaje lo empujó entonces contra la costa extremadamente abrupta del lugar, destruyéndose en minutos. Cuarenta y tres tripulantes perecieron ahogados o azotados contra las rompientes²²⁴.

Terminado el temporal, mejoró en algo el humor de los chilenos la insólita actitud de un agricultor, de origen árabe, que intentó pagar con vacas vivas un préstamo bancario ante la imposibilidad de venderlas o faenarlas. Algunos de los animales bovinos se negaron a entrar al edificio del Banco Nacional del Trabajo, en pleno centro de Santiago (Agustinas esquina de San Antonio) echándose a correr por la calle entre los asustados y divertidos transeúntes. Por cierto que el agricultor culpaba al gobierno, que había decretado una veda parcial de las carnes rojas, como responsable último de su actitud.

Una noticia alentadora para el país y el gobierno en ese mes de agosto fue la aprobación por la Cámara de Diputados de las reformas constitucionales propuestas por el Ejecutivo hacía casi un año. En particular las relativas al derecho a propiedad, el derecho a voto para los analfabetos y la posibilidad de llamar a plebiscito a la ciudadanía en determinados casos. Pero el gobierno —y también la oposición— sabían que la verdadera barrera difícil de superar era el Senado.

Septiembre fue un mes más aliviado para Frei y su administración, que recibió, para fiestas patrias, la visita del Presidente de Italia Giuseppe Saragat. Pero en octubre surgieron nuevas dificultades. Al avanzar en el Parlamento la Ley de Chilenización del Cobre, aprobándose el proyecto en la Cámara de Diputados, el hecho fue celebrado por los trabajadores con una huelga ilegal general, pues consideraban que no se había tenido en

cuenta sus intereses en el debate. La verdadera causa de la huelga fue la oposición a la Chilenización por parte de la izquierda que controlaba los sindicatos y quería opacar el éxito legislativo del gobierno.

Por lo demás, durante todo el gobierno de Eduardo Frei Montalva la izquierda se opondría sistemáticamente a cualquier acuerdo en el mundo sindical.

Sin embargo, por los mismos días, el Partido Demócrata Cristiano demostró que seguía contando con gran apoyo entre los universitarios al vencer en las elecciones de la directiva de la FECH con gran mayoría. También continuaban las visitas a Chile de figuras connotadas: ahora llegó hasta el país el Rey Balduino de Bélgica²²⁵.

¿Cómo capeaba Frei estos primeros temporales? «Hora de profundas meditaciones es ésta en que el gobierno del Excmo. señor Frei completa el primer año de su mandato»²²⁶, concluía *El Mercurio* en el editorial del día 5 de noviembre. Pero la nave todavía estaba nueva y su inteligencia y conocimiento del mundo político y social chilenos sin duda habían prevenido a Frei de las dificultades que una administración decidida a llevar adelante iniciativas y cambios tan esenciales habría de enfrentar.

Con todo, la crítica y la hostilidad mezquina y constante lo irritaban. Quizá recordara, al recibir los ataques, las fuertes críticas que realizara como senador durante los gobiernos de Ibáñez y Jorge Alessandri, cuando estaba «del otro lado de la muralla». Si fue así, reflexivo y analítico como era, no puede sino haber repensado algunas de ellas, por más que, a diferencia de muchas de las que recibía su gobierno, en su momento las realizara con más antecedentes.

Había sido un año más difícil de lo esperado para un régimen que comenzaba con tan fuerte apoyo popular. Pero el optimismo aún reinaba y Erika Vexler, en *Ercilla*, podía encabezar su artículo sobre el primer año en La Moneda con la frase: «Ajedrecista de la política, en poco menos de un año, Frei ha logrado mover prácticamente todas las piezas del tablero político

nacional, con una habilidad no desplegada hasta ahora por ningún Presidente chileno»²²⁷.

Pero los problemas seguirían. La masiva huelga ilegal de los trabajadores del cobre se prolongaba ya por un tiempo. El gobierno se resistía a hacer concesiones, pues veía en el movimiento, con razón, una indudable intención política, tanto más en circunstancias que los trabajadores del cobre eran los mejor remunerados de Chile. Así, al prolongarse la situación, que costaba a las compañías y también al fisco una enorme suma de dinero, la que se dejó de recibir a partir del 16 de noviembre, se aplicó la Ley de Seguridad Interior del Estado a los dirigentes. Pero la medida sólo provocó la solidaridad de otros gremios controlados por los partidos de izquierda: los del carbón en Arauco y el de los educadores. También entraron en huelga los obreros de la empresa Cemento Melón, aunque legal en este caso.

Finalmente, la larga huelga cuprífera se arregló con la intervención como mediadores de algunos parlamentarios socialistas y demócratacristianos. Pero el gobierno hubo de ceder y esa fue una mala señal entregada al mundo sindical controlado por la izquierda.

Cemento Melón, por su parte, fue intervenido ante el desabastecimiento del producto que se estaba ocasionando en el país, terminando el incidente con una cantidad apreciable de obreros despedidos.

Y el Mineral de El Teniente volvería a la huelga, ahora legal, los primeros días de enero de 1966.

¿Tenía conciencia Frei de que esta ola de huelgas en cierta medida estaba conectada con la conciencia de la necesidad de cambios sociales revolucionarios que la propia Democracia Cristiana había colaborado a crear? Sin duda, como persona de buena cultura histórica que era, la tenía. Comenzaba a experimentar el fenómeno que tantos estadistas han vivido, el observar lo difícil que es llevar a la práctica un programa político fundado en una utopía; así como el hecho de que los procesos de cambios profundos tienden a ir más allá de lo que sus primeros impulsores pretendieron.

La última gran iniciativa social llevada adelante en 1965 por el gobierno (recordemos que el Proyecto de Ley de Reforma Agraria ya había sido presentado en noviembre) fue la iniciación del Proyecto de reforma educacional. Éste representaba el esfuerzo más trascendente en ese campo desde la reforma que hiciera el Presidente Ibáñez durante su primera administración, que dividió el ciclo escolar en dos bloques de seis años cada uno. Las «preparatorias», las que eran teóricamente obligatorias para todos los niños y niñas chilenos entre 7 y 13 ó 14 años, y las «humanidades», concebidas fundamentalmente como una preparación —teórica y libresco— para la educación universitaria²²⁸.

Aunque los gobiernos de Pedro Aguirre Cerda y los radicales, así como el propio Ibáñez en su primera y segunda administraciones, crearon liceos técnicos, hacia 1964 el grueso del estudiantado secundario chileno seguía la senda de las humanidades.

En cifras. Hacia 1964, un 92% de los niños chilenos eran matriculados en la educación primaria, aunque sólo una fracción de ese porcentaje, mucho menor, cumplía con los seis años. En cuanto a la inscripción en secundaria, el porcentaje bajaba a un 12% de los muchachos y muchachas que estaban en la edad, del cual el 65% seguía el camino regular de las «Humanidades» preparatorio a la universidad, un 27% eran alumnos de colegios técnico-profesionales, un 5% de escuelas «vocacionales» y el 3% restantes de escuelas normales destinadas a formar profesores²²⁹. En la educación secundaria la deserción también era grande y reflejaba la disparidad social existente, de modo que si entre los hijos de padres con educación universitaria, casi el 100% completaba los dos ciclos, entre los hijos de padres con educación solamente primaria esa proporción bajaba al 12% y entre los hijos de padres analfabetos al 3%²³⁰.

El problema se veía agravado, más aún, porque de los egresados de las Humanidades sólo un porcentaje minoritario ingresaba efectivamente a la universidad, quedando el resto con una educación que no los había preparado para realizar un trabajo especializado o técnico. Muchos jóvenes chilenos iniciaban así

su vida laboral como «cesantes ilustrados» y terminaban por emplearse como podían sin que los conocimientos adquiridos les sirvieran apreciablemente.

Ahora se trataba, como por lo general, en todas las iniciativas centrales del gobierno de Eduardo Frei, de emprender una reforma de vastos alcances tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo. En el programa de gobierno decía textualmente que tendría «la más alta prioridad»²³¹. Gran parte del nuevo plan se basaba en estudios realizados por dos comisiones ad hoc, creadas durante el gobierno anterior, pero también en trabajos hechos, en el extranjero, por técnicos educacionales demócrata-cristianos.

Ya hicimos presente que una de las primeras medidas del gobierno Frei fue adelantar y acrecentar la inscripción escolar para el año 1965, así como preparar, en cursos intensivos de verano, a los maestros que se requerían para abarcar el nuevo universo más amplio. Pero la base legal de la reforma educacional estuvo contenida, evitando así el obstáculo del Parlamento, principalmente en el Decreto Ejecutivo N° 27.952, del 7 de diciembre de 1965, el que decía textualmente que uno de los objetivos fundamentales de la reforma era, junto con entregar una formación integral y armoniosa de la personalidad el «preparar (a las personas) para la vida productiva»²³².

En la ceremonia de iniciación del Programa de reforma educacional, Frei insistió en algo que ya había dicho en discursos y libros: «(En el mundo moderno) se ha comprendido que la educación constituye una de las formas de capitalización de la riqueza de un país, expresada en los talentos del hombre»²³³. En tanto el ministro de Educación Juan Gómez Millas, en su discurso de presentación, insistió en señalar lo mismo²³⁴, y lo volvería a repetir ese mismo año 1965 en el acto inaugural de la Conferencia sobre Ciencia y Técnica para América Latina, en septiembre de 1965: «Es por eso que podríamos señalar que la distancia entre los países de alto desarrollo y los otros en vías de desarrollo no está tanto en los recursos económicos y financieros, sino fundamentalmente en los recursos humanos que

dependen de la calidad y cantidad de la educación que somos capaces de proporcionar»²³⁵.

La reforma propuesta, además de extender, efectivamente, la educación primaria a todos los niños chilenos y la secundaria a un segmento mucho mayor, diversificándola; también pretendía ampliar la universitaria. Cambiaba los tradicionales ciclos de «preparatorias» y «humanidades», por un primer ciclo de «educación parvularia» para niños menores de 7 años, el que se creaba; un segundo ciclo de «educación básica» de ocho años, por el cual debían pasar todos los niños chilenos entre 7 y 15 años y un tercero de «educación media» de cuatro, dividido en un plan humanístico y uno científico, con una primera etapa común de dos años y una segunda, diferenciada, de otros dos.

Además se suprimía el temido «bachillerato», requerido para ingresar a la universidad y se reemplazaba por una «prueba de aptitud académica» que, más que medir conocimientos, determinaría cuán capacitado estaba un joven para seguir estudios superiores, o, en otras palabras, dar una apreciación sobre sus cualidades intelectuales, de carácter y madurez. Se pretendía también fomentar el estudio de carreras profesionales cortas y de carácter técnico entre los egresados del plan científico de la «educación media».

Como complemento de las reformas curriculares y la ampliación del universo de educandos, se emprendieron otras iniciativas. En diciembre de 1967 se creó el Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas, conocido comúnmente como Centro de Perfeccionamiento del Magisterio. Su fin era, evidentemente, mejorar la calidad de los profesores. En 1968 se asentaría en nuevas y magníficas instalaciones ubicadas en Lo Barnechea. Otras iniciativas apuntaron a la educación de adultos (liceos vespertinos) y educación técnica para jóvenes que trabajaran parcialmente. En este último aspecto destacó la fundación, también en 1967, de INACAP (Instituto Nacional de Capacitación Profesional). Incluso otros programas educativos en áreas rurales y urbanas se llevaron a cabo a través de la Promoción Popular e INDAP.

También a través de la Junta de Auxilio Escolar y Becas se intensificó la preocupación estatal por los estudiantes sin recursos o con pocos y se subsidió un amplio crecimiento del programa de desayunos y almuerzos a escolares²³⁶.

La reforma educacional, sumada al esfuerzo para acabar con el analfabetismo, sería una de las realizaciones mejor logradas del régimen de Frei, aunque no faltaron los críticos que, con algún fundamento, señalaron que la ampliación educacional se hacía a costa de la calidad. En todo caso sería mucho menos cuestionada que la Promoción Popular y, ciertamente, que la reforma agraria.

Las grandes ambiciones de la reforma educacional harían que su puesta en práctica demorara casi toda la administración Frei. Así se había planificado por lo demás. Con todo, la construcción masiva de escuelas comenzó casi inmediatamente. De hecho ya había comenzado en el verano de 1965 cuando varios millares de jóvenes universitarios viajaron a regiones para construir ellos mismos los edificios con materiales proporcionados por el Estado. Eran los «trabajos de verano», iniciativa que se perpetuaría en las universidades chilenas.

A pesar de sus muy vastos alcances, el plan educacional del nuevo gobierno marchó bien y en forma posiblemente por no encontrar oposición importante, ya que, como se vio, habiendo sido realizado por vía del decreto, no debía pasar por el Parlamento.

Incluso antes de la iniciación formal de la reforma educacional el gobierno demócratacristiano mostraba logros en el área. Como diría Frei en su Mensaje presidencial del 21 de mayo de 1966: «200.000 nuevas matrículas, 800.000 almuerzos y 400.000 desayunos a partir de 1965. Además, la creación de 38 liceos vespertinos y la iniciación de la edificación de 1535 nuevos locales escolares, muchos de los cuales, las escuelas básicas en particular, ya estaban concluidos ese año» (1965)²³⁷.

El alza que experimentó el presupuesto educacional, hacia fines del gobierno de Eduardo Frei Montalva, es la mejor muestra de la magnitud del esfuerzo realizado. Subió del 2,7 del Producto Nacional (en 1964) a sobre el 4,5% los años 1968-1970²³⁸.

Hacia el final de estas páginas destinadas al análisis del gobierno de Eduardo Frei Montalva, daremos cifras pormenorizadas del aumento de matrícula y cambios experimentados en ésta.

1966

Después del primer año de gobierno Frei tenía claro de que todavía existía en Chile un enorme apoyo a su régimen y a su persona. Hubiera querido, como lo señala perspicazmente Arturo Olavarría «que sus iniciativas se votaran rápidamente y a fardo cerrado, sin discusión, sin enmiendas ni modificaciones», porque «sabía que su período duraba sólo seis años»²³⁹.

Se daba cuenta de la enormidad de la tarea que se había propuesto y que ya le acarrea y continuaría acarreándole graves problemas, frente a una oposición intransigente y al propio Partido Demócrata Cristiano. Cuando se enfrentaba con problemas, Frei, quien rara vez perdía el control de sí mismo, dejó ver en algunas ocasiones un cierto enojo, como por ejemplo cuando en diciembre de 1965 recibió a la directiva de ANEF, encabezada por Tucapel Jiménez, que venía a solicitarle una gratificación de fin de año. El Presidente les hizo ver que era imposible concedérselas, aunque hubiera sido ese su deseo. Ante la insistencia de los sindicalistas, replicó entonces enojado: «a mí me eligieron como Presidente y no como mago»²⁴⁰.

Llegó el verano de 1966 y tal como el año anterior, más de dos mil estudiantes universitarios se distribuyeron por Chile para realizar labores comunitarias, construir escuelas y prestar atención médica y dental. Pero mientras Frei realizaba una gira por la zona de Valdivia, el Partido Demócrata Cristiano fue golpeado por otra pugna interna²⁴¹. Esta fue consecuencia de declaraciones del Diputado Patricio Hurtado, persona algo desequilibrada (que fue apoyado por el vicepresidente de la Cámara de Diputados, el también DC Luis Papic), en favor de Fidel Castro, quien en un discurso se había referido duramente a la actitud de los países miembros de la OEA, incluyendo por cierto a Chile. Las declaraciones del gobernante cubano provocaron el rechazo de una delegación de parlamentarios chilenos

que visitaba Cuba, algunos de los cuales decidieron volver a Chile, pero otros, entre ellos el demócratacristiano Pedro Videla, decidieron quedarse²⁴². De allí las declaraciones, en apoyo a la actitud de Castro y de Videla, realizadas por Hurtado.

Hurtado y Papic fueron pasados al tribunal de disciplina y el primero sería expulsado del PDC²⁴³.

Con todo, la Democracia Cristiana, a comienzos de marzo, ganaba holgadamente una elección complementaria de diputado por Valparaíso. Fue elegido Juan Montedónico, manteniéndose así el número de diputados de la DC en 82. Frei interpretó la nueva victoria electoral de su partido como una reafirmación popular de su mandato para llevar adelante la Revolución en Libertad. «Valparaíso me dio una orden y la cumpliré», declaraba a revista *Ercilla*²⁴⁴.

Sin embargo, en ese mismo mes de marzo, un gravísimo hecho de sangre golpeó al país. En el mineral de cobre de «El Salvador», sectores de trabajadores controlados por los partidos marxistas habían declarado un paro ilegal en apoyo de los huelguistas de El Teniente, a partir del 1 de marzo. Juan de Dios Carmona, quien había sido encargado por el gobierno para mantener la normalidad en el lugar, no pudo impedirlo.

En cambio, en Chuqui no hubo paro. Y esto fue así a pesar de que Salvador Allende permaneció en el mineral varios días tratando de lograr la huelga²⁴⁵.

Dictado el decreto de reanudación de faenas en El Salvador el 10 de marzo, al reintegrarse el día siguiente un grupo de trabajadores, éstos fueron agredidos por los huelguistas. Las fuerzas policiales y militares que los protegían, bajo el mando del general Manuel Pinochet, repelieron el ataque, produciéndose una lucha de proporciones en la que resultaron 7 mineros muertos y varios heridos entre los carabineros y militares. El hecho era grave para Frei quien, recordemos, había renunciado como ministro, en 1946, por un caso que no era igual, pero sí parecido.

La brecha con la izquierda, que había estado tras el movimiento huelguístico, se profundizó. La Central Única de Trabajadores llamó a un paro nacional y concentración pública para

el 15 de marzo. El paro fue sólo parcial y la concentración no reunió una gran multitud, pero fue la más grande, contraria al gobierno, realizada hasta la fecha. La lucha entre el régimen y los partidos de izquierda marxista se envenenaría aún más en los próximos meses²⁴⁶.

La Cámara de Diputados designó, a su vez, una Comisión Investigadora de los sucesos de El Salvador. Ésta, con mayoría demócratacristiana, terminó por entregar un informe ecuaníme que, con justicia, no condenaba al gobierno. La huelga de El Teniente terminaría por solucionarse, tras 87 días y un grave daño a la economía del país, el 31 de marzo.

Pocos días después se reuniría, de nuevo en Cartagena (para felicidad del dueño del Hotel la Bahía, donde se realizaban los cónclaves del partido de gobierno) un Consejo Nacional Ampliado del PDC. Su tono fue antiderechista. Pero también fue interesante que se planteara una crítica pública al «culto a la personalidad que se estaba creando en torno a Frei». La recriminación vino de Renán Fuentealba. Otro participante señaló que: «debe vincularse el partido a todas las realizaciones y no hacerlas parecer como obra de un hombre. Sus publicistas están rodeando a Frei de una constante aureola»²⁴⁷.

El mes de mayo trajo un cambio político de una simbología profunda. Desaparecieron los ya seculares partidos Conservador y Liberal que durante tantos años (hasta 1920 de manera monopólica y después integrando coaliciones) habían sido la cara política de la oligarquía chilena. Se fusionaron, naciendo el Partido Nacional que aunaba a la inmensa mayoría de sus ex militantes. La medida era consecuencia directa de la tremenda derrota electoral de 1965; existía una «conciencia de crisis»²⁴⁸. Pero la fusión tenía raíces más profundas. De hecho el Partido Conservador era, desde la separación de los socialcristianos, un partido casi completamente liberal en su visión de la economía y lo que le restaba de conservador se reducía principalmente a un compromiso con el sector más tradicionalista del clero católico, grupo minoritario dentro la Iglesia desde fines de la década de 1950; así como con los agricultores latifundistas. El liberalismo,

en tanto, había sido golpeado por la pérdida de popularidad durante el gobierno de Jorge Alessandri. Por otra parte, como se dijo, había dejado de ser doctrinario; el pensamiento liberal aparecía debilitado en una sociedad, y en particular una elite intelectual, cada vez más cercana a posiciones socialistas o socialista-comunitarias.

De modo que «las diferencias entre liberales y conservadores se habían limado»²⁴⁹. El nuevo Partido Nacional, era, valga la redundancia, nacionalista²⁵⁰ y aunque se declaraba firme defensor de la iniciativa privada y la libertad así como enemigo del marxismo²⁵¹, no defendía explícitamente el liberalismo doctrinario en lo económico, sino más bien de los valores «trabajo» y «servicio a la comunidad». Decía comulgar con la cultura de «la civilización Cristiano-occidental», pero especificaba su no adherencia a «ningún (algún) credo religioso»²⁵². Parecía más o menos claro que su compromiso con la democracia abierta y pluralista era más débil que el de sus antecesores. Por lo demás eso quedaría en evidencia después de 1973 cuando apoyó el golpe militar, procediendo luego a autodisolverse. Su renacimiento, a fines de la década de 1980, sería dificultoso.

En conformidad con lo recién expresado, la directiva del nuevo partido quedó constituida por personas con poca trayectoria política, como su presidente Víctor García Garzena, de otros con trayectoria política ajena a la derecha tradicional como uno de sus vicepresidentes e importante político en el futuro, Sergio Onofre Jarpa, que había sido simpatizante del nazismo criollo, o su secretario general, Sergio Miranda Carrington, que seguía sin ocultar su admiración por el fascismo. Ambos serían después importantes partidarios de la dictadura militar, Jarpa ministro del Interior y Miranda, notorio miembro del sector de los «duros» y después defensor, en cuanto abogado, de algunos de los más connotados violadores de derechos humanos.

Es efectivo, sin embargo, que también integraron la directiva del Partido Nacional algunos importantes ex militantes conservadores y liberales de pensamiento intachablemente democrático,

como los parlamentarios Francisco Bulnes Sanfuentes, Hugo Zepeda, Bernardo Larraín, Jorge Errázuriz, Fernando Ochagavía y el mismo Pedro Ibáñez Ojeda. Con todo, también éstos serían colaboradores de la dictadura militar en el futuro, con la excepción de Hugo Zepeda.

En todo caso algo parecía claro. Comenzaba una nueva etapa para la derecha chilena. El Partido Nacional crecería en los años siguientes.

Sin embargo la verdadera cara de la derecha renovadora la daría, durante los años 1968-88, un grupo que nacería recién el año siguiente: el Gremialismo, sobre el que ya escribiremos.

En lo personal, un paréntesis doloroso para Frei se presentó el día 22 de junio de 1966, cuando moría en un accidente automovilístico el Obispo Manuel Larraín quien, como vimos, había sido un firme defensor de la Falange frente a los sectores conservadores de la Iglesia y después impulsor de la reforma agraria. El hecho afectó profundamente al Presidente, amigo personal de Monseñor Larraín, a quien tenía gran cariño y admiración intelectual. Asistió al funeral en Talca. Con don Manuel Larraín se perdía uno de los símbolos morales de la lucha por los cambios dentro del mundo del catolicismo²⁵³.

En otro plano, internacional pero que afectaba profundamente a Chile, el 28 del mismo mes, siguiendo una senda iniciada en Brasil con la deposición de Joao Goulart, los militares argentinos pusieron punto final al gobierno de Arturo Illia. El pretexto, tal como en el caso brasileño, era la debilidad del gobierno frente al avance del comunismo y su incapacidad de resolver los grandes problemas nacionales. Fue clausurado el Parlamento y reestructurada la Corte Suprema. En el caso argentino, también se acusaba al régimen de favorecer al peronismo, cargo dudoso. El hombre fuerte del nuevo gobierno transandino sería Carlos Onganía, un «gorila» en regla, nacionalista y partidario de la Fuerza Interamericana de Paz, iniciativa promovida por EE. UU. y destinada a impedir la asunción de cualquier régimen de signo marxista en el continente. Además era notoriamente hostil hacia Chile. Más todavía en la medida

de que el gobierno de Frei se oponía a ese proyecto, pues consideraba que constituía una amenaza contra la soberanía de las repúblicas de Latinoamérica.

La idea de la creación de la Fuerza Interamericana de Paz se explicaba, en parte, como contrapartida al esfuerzo guerrillero revolucionario auspiciado por Cuba, que en ese momento amenazaba varios países de la región, en particular Venezuela (donde ya estaba relativamente controlado) y Bolivia, donde lo encabezaba, a partir del mes de noviembre de 1966, Ernesto «Che» Guevara, en una aventura que le costaría la vida.

Pero no sólo fue el gobierno el que no tomó debida nota de lo sucedido a nuestros vecinos y, consecuentemente, intentó hacer un esfuerzo por mejorar su trato con los militares de este lado de los Andes. Más ciega fue aún la izquierda marxista que, en gran parte al menos, creía poder desafiar o dividir a los militares y proclamaba la necesidad de enfrentarlos por las armas. Ese error lo pagaría caro.

La Administración Frei dudó inicialmente en reconocer al nuevo «Presidente» argentino, pero el caso era delicado. Con Argentina Chile tiene una larga frontera. Además el nuevo régimen fue reconocido por la mayor parte de las potencias europeas y naciones de América, aunque no inmediatamente por Estados Unidos. Finalmente, Chile también lo reconocería el día 8 de julio.

La deposición de los Presidentes constitucionales de los dos países más grandes de Sudamérica, constituía un signo ominoso para toda la región. Pero en el Chile de esos años, con buena dosis de ingenuidad y vanidad, se creía que «eso nunca podía suceder en aquí». Ya en 1969 Frei y su gobierno comprobarían cuán equivocados estaban.

La primera muestra clara de descontento entre los uniformados chilenos se produciría en agosto de ese mismo año 1966, cuando los oficiales de la Armada, en servicio y en retiro, en los mismos días en que Frei realizaba un viaje a Colombia, ofrecieron sendos banquetes al almirante Jacobo Neumann. Éste había sido llamado a retiro, según se dijo, por el hecho de haber

representado al gobierno la falta de fondos para renovación de material y mejoramiento de sueldos. En Santiago hizo de portavoz de los marinos otro almirante en retiro, Donald Mac Intyre²⁵⁴. El malestar de los marinos se reavivó cuando el Ejecutivo nombró en reemplazo de Neumann al almirante Barros, muriendo de un infarto otro almirante, Searle, quien, de más antigüedad que el anterior, pensaba tener mayores méritos para reemplazar a Neumann²⁵⁵.

En verdad, la Armada siempre fue la rama de las Fuerzas Armadas donde hubo una menor simpatía hacia el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Haciendo gala de una tradición británica más estricta que la de los propios ingleses y con aspiraciones aristocratizantes, los oficiales de marina, en una línea que ya habían mostrado en las crisis de 1891 y 1925, no gustaban de régimen alguno que prometiera «reformas estructurales». Como se verá ellos mismos serían los que iniciarían el movimiento contra Salvador Allende en 1973.

Más adelante, poco después que el Presidente de Israel Shazar dejara Chile en una aplaudida visita, en julio de 1967, sería el Ejército el que mostraría su descontento por los bajos sueldos, en una reunión en el Club Militar, incidente que concluiría con el reemplazo del comandante en jefe, general Parada, por el general Luis Miqueles. Naturalmente el cambio en sí nada arregló y Miqueles sería a su vez reemplazado al poco tiempo.

El gobierno no desconocía la realidad de toda esta situación y adoptó algunas medidas para aminorar el problema de los sueldos militares, claramente insuficientes. En 1965 se aprobó la Ley N° 16.250 que modificó las escalas de sueldo y las asignaciones familiares. En 1966 la 16.258, que benefició al personal con más de treinta años de antigüedad y en 1967, la 16.466, que otorgaba otros beneficios. Sin embargo, estas leyes eran sólo paliativas y el problema de las bajas remuneraciones continuó²⁵⁶.

También se llevó adelante un plan de adquisición de armamentos. Se compraron equipos de importancia: seis transportes

«Twin Otter» en Canadá y veintiún aviones de combate Hawker Hunter en Gran Bretaña (del último modelo, Mk. 6) para la FACH. Este último era un avión que no podía compararse, en teoría, con los supersónicos que estaban llegando a Perú y Argentina, pero de gran capacidad en la práctica. La Armada, por su parte, recibió 4 lanchas torpederas tipo Lürssen, pero fabricadas en España, destinadas a operar en la zona de los canales, un petrolero (Araucano), un transporte (Aguiles), así como cuatro destructores escolta (cedidos por EE. UU.) y encargó dos fragatas tipo Leander y dos submarinos tipo «Oberon modificado» a ser construidos en Gran Bretaña. El Ejército compró material de artillería de montaña en Italia y vehículos varios²⁵⁷. Las adquisiciones eran buenas, además rompían la dependencia exclusiva del material norteamericano que se había impuesto después de la firma del PAM (Pacto de Asistencia Militar). Pero las armas no sirven para comer han de haber pensado los oficiales.

También en agosto, junto con su retorno a Chile de su viaje a Bogotá donde se había reunido con otros Mandatarios de Hispanoamérica para echar las bases del Pacto Andino, como se verá más adelante, Frei hubo de encarar el primer cambio de gabinete, saliendo de éste Modesto Collados, que había tenido algunos problemas ya en 1965 cuando removió al vicepresidente de la Corporación de la Vivienda (CORVI), Horacio Lira, según se dijo, como consecuencia de presiones de los grandes industriales de la construcción²⁵⁸. Collados terminó su vida pública con un desempeño verdaderamente modesto: años después sería el principal responsable de la construcción del edificio del Congreso en Valparaíso, pecado de lesa arquitectura. Fue reemplazado por Juan Hamilton, quien, a su vez, fue sustituido en la subsecretaría del Interior, por Enrique Krauss.

En cambio, una instancia que pudo haber sido muy conflictiva, el Segundo Congreso Nacional de la Democracia Cristiana (con 1.450 delegados que se reunieron en el Estadio Nataniel), no lo fue tanto. Ya estaban configurados los grupos, Rebeldes (Jerez, Gumucio²⁵⁹, Silva Solar) y Terceristas (Bosco Parra, Chonchol y Renán Fuentealba desde una posición más independiente) y

se preveía una derrota de la línea oficialista encabezada por el presidente del PDC Patricio Aylwin. Negociaciones llevadas a cabo en la casa de Frei, durante un almuerzo, permitieron un acuerdo en el que se aceptaba que Bosco Parra fuese el nuevo conductor del partido. Sin embargo, un discurso de Patricio Aylwin respondiéndole a Renán Fuentealba y que fue considerado «sensacional» por el auditorio, cambió las cosas. Los delegados convergieron hacia el Oficialismo (vale decir, Frei, el gobierno y Aylwin). El viraje quedó plasmado en una declaración de principios doctrinarios redactada por Jaime Castillo. Esta, según Luis Hernández Parker, «borró el concepto de 'socialismo comunitario' de Gumucio y aceptó en cambio el de 'Comunitarismo'»²⁶⁰, (en verdad tan vago como el otro), para definir «una futura sociedad que recoge las experiencias de nuestro tiempo y se orienta hacia la primacía de los valores sociales sobre los individuales». Con todo, se aceptaba la idea (originaria de Jacques Chonchol pero adoptada por los Rebeldes), de la «Vía no Capitalista» de desarrollo²⁶¹. Pero Patricio Aylwin se afirmó como presidente de la Democracia Cristiana.

Una razón práctica fue quizá de suma importancia para explicar la relativa tranquilidad del evento. Aunque separados en cinco comisiones, 1.450 personas no pudieron llevar adelante una discusión en profundidad. Los discursos se caracterizaron por la dispersión. Sólo en el tema sindical hubo un ataque franco y concreto a la política seguida por el ministro Thayer por parte de Rebeldes y Terceristas. No había existido peligro de ruptura por el momento, pero el año siguiente la situación volvería a plantearse.

En el mes de septiembre la visita a Chile del Secretario General de la Naciones Unidas, U. Thant, quien llegó para inaugurar el todavía inconcluso edificio de la CEPAL en Vitacura, terminó de distender el ambiente dentro del PDC.

Pero otro problema, relacionado con el proyecto para la abolición de la Ley de Abusos de Publicidad, conocida como «Ley Mordaza», aprobada durante el gobierno de Jorge Alessandri, se presentó en ese mismo mes. Entre los que presentaban

algunos reparos al nuevo Proyecto de Ley, mucho más permisivo, estaba el senador socialista Raúl Ampuero. Este fue atacado de inmediato, en forma descomedida, por el principal tabloide de prensa roja de ese entonces, el ya mencionado *Clarín*, ciertamente el órgano periodístico más perjudicado por la ley «mordaza». *Clarín* era propiedad de Darío Saint-Marie, una persona considerada por muchos como canallesca, que había medrado durante el segundo gobierno del general Ibáñez y que se encontraba de viaje en Europa. Sin embargo, desde la distancia, firmados con su seudónimo «Volpone», el propio Saint-Marie mandaba sus diatribas contra Ampuero, en particular una aparecida a fines de septiembre, de indudable ingenio pero de una grosería y maldad pocas veces vista en la prensa chilena.

El senador, furioso, le comunicó que lo esperaba a la bajada del barco en que volvería del viejo continente para pedirle explicaciones cara a cara. El gobierno trató de calmar los ánimos, pero la imagen fue que de algún modo amparaba al periodista y su pasquín. Esta imagen se confirmaría cuando el regreso de Saint-Marie, el 19 de noviembre. Ampuero fue efectivamente a esperarlo al muelle de Valparaíso acompañado de sus hijos, produciéndose un intercambio de insultos y un conato de pugilato que fue evitado por la policía e incluso por un grupo de infantes de Marina. Total: un par de puntapiés y una lluvia de garabatos, por lado y lado, dieron por superado el incidente. Ampuero, curiosamente, no intentó pedir explicaciones a Saint-Marie nuevamente cuando lo encontrara menos protegido²⁶².

Todavía, durante esos últimos meses de 1966, el Ministro de Economía fue acusado constitucionalmente por los radicales aunque salió indemne. Pero las leyes de Juntas de Vecinos y Promoción Popular encontraron problemas en el Senado, controlado por la oposición y el gobierno hubo de retirarles la urgencia. Una huelga bancaria afectó la economía del país por un mes y así... En fin, se armó un lío relacionado con un decreto supremo que facilitaba la enseñanza católica en los colegios fiscales, sin hacerla obligatoria. El proyecto fue impugnado en el

Parlamento por legisladores comunistas y provocó la protesta de las iglesias evangélicas. Eran signos de tiempos agitados.

Pero que el ambiente de optimismo persistía después de dos años de gobierno quedó en claro durante el «Caupolicanazo», que realizó el partido para celebrar la ocasión. Por cierto Frei, que seguía demostrando una enorme confianza en el éxito de su régimen, pronunció otro espectacular discurso. Su oratoria había alcanzado un brillo excepcional en el orden conceptual, claridad e incluso notable elegancia no desprovista de ironía²⁶³.

La vida privada y cotidiana de Frei como Presidente

¿Cambió el hecho de ser Primer Mandatario la vida familiar y cotidiana de Eduardo Frei? Muy poco.

Veamos primero su jornada laboral: llegaba a La Moneda desde su casa de calle Hindenburg, donde continuó viviendo, alrededor de las nueve de la mañana. Pero ya había leído todos los diarios en casa. Ingresaba por la puerta de Morandé 80 y subía hasta su oficina. Sobre el escritorio había una foto de Gabriela Mistral con la siguiente dedicatoria: «Para Eduardo Frei, suave, austero, para gobernar hombres». Luego, solicitaba comunicaciones telefónicas y comenzaba a dictar —jamás escribía él mismo— paseándose, a su secretaria Adriana Leiter, una gran trabajadora, documentos, discursos y cartas o respuestas a cartas importantes, las que después corregía interminablemente, perfeccionando la redacción con ayuda de Álvaro Marfán²⁶⁴. Antiguo político, las contestaba todas, incluso las que sin duda se habían transformado en una molestia, como la serie que recibió de María de la Cruz durante el primer año de su gobierno y que Frei siempre contestó, aunque solía atrasar las respuestas²⁶⁵. Los discursos de trascendencia siempre los escribía él, pero hacía varios borradores antes de llegar al texto definitivo. Para los menos importantes recibía la colaboración de asesores.

Revisando su correspondencia privada nos encontramos con muchos documentos curiosos. Por ejemplo, una carta interesante es la que envió (ya hacia fines de su mandato) al general Carlos Prats excusándose largamente por no poder asistir al

matrimonio de su hija María Angélica. En ésta le expresa su gran «afecto y estimación». La misiva da a entender que el Presidente lo destacaba especialmente entre el cuerpo de generales. Si no hubiese sido así, no se explica una carta tan extensa como la que comentamos. Más todavía si se tiene en cuenta que Prats era entonces sólo un general de brigada²⁶⁶.

En otras ocasiones expresaba su afecto a simples ciudadanos que le habían escrito con cariño. Notable en este sentido es el caso de una carta que recibió, en agosto de 1968, de un cabo telegrafista de la Armada, José Naranjo Toro, de dotación en Isla Nueva, en el Canal Beagle. En parte de ella le decía: «Le escribo señor mío, porque lo admiro con toda la fuerza y la sinceridad de mi corazón de chileno y porque después de visitar a bordo de la Esmeralda, una docena de naciones y apreciar como en todas se le conoce y se le quiere (...) no puedo dejar de hacerlo, muchísimo lamento que le hayan sido colocados tantos obstáculos a lo largo del camino»²⁶⁷. Frei le respondió agradeciéndole emotivamente.

Después de esos primeros trabajos matinales, el Presidente comenzaba con la apretada agenda de reuniones y entrevistas, con ministros, embajadores y políticos, preparada por los edecanes, entre ellos Óscar Bonilla Bradanovic con quien simpatizó, llegando, en varias ocasiones, a prestarle un palco reservado en el Teatro Municipal, pues el futuro general amaba la ópera. Frei, a pesar de que también gustaba del «bel canto», así como del ballet, no asistía sino ocasionalmente. Otro edecán fue el futuro director de la CNI Humberto Gordon y también se llevó bien con él. Pero su mejor amigo como edecán fue Félix Guerrero Salcedo.

En el trato con secretarías y edecanes era extremadamente deferente. Muy rara vez decía un garabato. Su secretaria Adriana Leiter, se lo escuchó sólo una vez porque creía que ella no estaba presente. Cuando lo notó, le pidió sentidas disculpas²⁶⁸. No es de extrañar pues que la Sra. Leiter lo admirara extraordinariamente y le tuviera gran afecto.

Eduardo Frei, como Presidente, era muy calmado en apariencia. Ni siquiera en las peores crisis, como el Tacnazo, se le vio

alterado. Su preocupación se le notaba porque encendía un habano y en ocasiones más de uno. Con todo, solía mostrarse quisquilloso frente a asuntos o inconvenientes de poca importancia²⁶⁹. En cambio el Presidente no dudaba en dar explicaciones, incluso por escrito, cuando creía haber ofendido o haber sido injusto con alguien sin motivo²⁷⁰.

A las doce del día se hacían las ceremonias de presentación de credenciales de embajadores. Al principio las ceremonias se hacían de etiqueta, pero luego el propio Frei se cansó de tener que cambiarse de traje a media mañana y suprimió esa costumbre.

Como siempre, a eso de la una y media o las dos de la tarde, se iba a almorzar a su casa, todos los días, excepto cuando tenía almuerzos protocolares en La Moneda²⁷¹. Le continuaba gustando la comida casera, pero el ambiente de los almuerzos podía ser bueno o malo según su humor. Si estaba de mal genio, no hablaba. Luego de su breve siesta, por lo general de no más de quince minutos, costumbre que continuó, retornaba a Palacio. Los minutos de sueño también los solía tomar en La Moneda, donde existía un dormitorio, cuando era el caso. Después venía el trabajo vespertino: nuevas conversaciones, entrevistas con corresponsales extranjeros. A veces redacción de cartas a diarios y revistas, escritas con aguda ironía y firmadas con un seudónimo («Veritas» o «Aramis»), comentando sucesos de actualidad. Según Adriana Leiter, disfrutaba haciéndolo y se refa solo²⁷².

Solía interrumpir su trabajo, hacia las 5 de la tarde, para llamar por teléfono a su esposa cuando había una buena noticia o a su madre a quien invariablemente saludaba «Salve Victoria». Volvía a calle Hindenburg alrededor de las ocho o nueve de la noche. El retorno, en verano, a veces lo hacía a pie conversando con un amigo o incluso solo y a paso rápido, sin duda pensando en sus proyectos (o problemas) de gobierno. Pero generalmente volvía en un automóvil de la presidencia al que seguía un radiopatrullas. Como vimos, había adquirido, además del auto familiar, un pequeño FIAT 1100, manejando el cual, alguna vez fue a recogerlo en la puerta de la calle Morandé 80, su

hijo Eduardo. Asistía a comidas sociales sólo cuando era estrictamente necesario.

Cuando era preciso salir, por las cercanías, en el centro, al igual que otros Presidentes de Chile anteriores, Eduardo Frei Montalva solía caminar solo por las calles de Santiago. No completamente solo en realidad, lo seguían, a unos diez metros, dos agentes de Investigaciones²⁷³.

Durante los primeros años, los lunes había Consejo de Gabinete. Frei lo dirigía con serenidad. Después estos consejos matinales se reemplazarían por invitaciones vespertinas a tomar «té»²⁷⁴. Su costumbre era dejar hablar a los secretarios de Estado para después él recoger las mejores opiniones, sintetizar y tomar decisiones al final. Su estilo, por lo general, era extremadamente deferente y sólo cuando algún ministro prolongaba mucho su exposición una leve ironía brillaba en sus ojos. La opinión ponderada de Sergio Ossa (que no era propiamente ministro pero asistía a los consejos) la valoraba mucho. A veces, en medio de la discusión, demostraba su buen humor y su capacidad de reír a carcajadas²⁷⁵. Sin embargo, en otras ocasiones era avasallador intelectualmente, podía demoler a alguien con su gran cultura o, simplemente, con una frase o una parrafada de feroz ironía, aunque rara vez se enojaba²⁷⁶. También conservaba la facilidad de hacer graciosas imitaciones de personeros del gobierno o adversarios políticos.

Los martes, a las 11 AM, eran las audiencias populares en el Salón Rojo. Recibía y escuchaba a todo tipo de delegaciones. En esas ocasiones el Presidente era muy cordial. Tenía la capacidad de diálogo con cualquier interlocutor por inculto o humilde que fuese. Luego daba instrucciones para ayudar a éste o aquél²⁷⁷. Siendo Presidente, Eduardo Frei continuó cooperando con el Hogar de Cristo, que ahora mandaba los recibos a Morandé 80²⁷⁸.

A partir de noviembre de 1965 solía reunirse «a tomar onces» con algunas personalidades del mundo empresarial. Lo ayudaban a configurar los grupos Arturo Aldunate Phillips, Raúl Devés y Alberto Pulido²⁷⁹. Otras veces organizaba desayunos hogareños.

Una carta de Arturo Fontaine Aldunate, dirigida al «Querido Presidente», le agradece «los espléndidos momentos que me brindaste en tu última invitación al desayuno en tu casa»²⁸⁰.

A veces el Presidente se mostraba indignado porque estimaba que la prensa no había dado suficiente importancia a alguna iniciativa de gobierno. Entonces solía llamar por teléfono, enojado, al director de *La Nación*, diario del Estado (y por ende del gobierno) exigiendo que al día siguiente se destacara lo que él quería²⁸¹. En ese caso, al día siguiente salía un artículo en la página editorial, firmado por un inexistente señor Pimentel, que reproducía exactamente las ideas de Frei. El Presidente llamó varias veces al diario dando opiniones muy positivas sobre la inteligencia de Pimentel²⁸². Por desgracia *La Nación* era poco leída.

En ocasiones también se ponía «catastrofista», de manera evidentemente desproporcionada. Enrique Krauss recuerda una ocasión en que recibió desde el PDC, cuando era su presidente Jaime Castillo, una noticia que lo disgustó sobremanera. Se quedó en silencio, luego dijo en voz solemne «hasta aquí no más llegamos, yo me voy». Llamó a la señora Maruja para comunicarle su decisión y le pidió a Tomás Gatica, Intendente de Palacio, a edecanes y secretarías, que se preocuparan de retirar de la oficina presidencial sus efectos personales y le ayudaran a vaciar el escritorio. Por cierto que nada ocurrió y a las pocas horas estaba en su trabajo acostumbrado²⁸³.

Más de una vez se enfadó asimismo por causa de caricaturas hirientes. Normalmente con el *Topaze*. Hacia 1970 confesaba: «Hace algunos años (...) salí un día de mi casa enfurecido con *Topaze*, el que había «exagerado algunos de nuestros rasgos faciales»²⁸⁴. ¿Cuál sería?

Pero su vida emotiva y carácter tampoco cambiaron sustancialmente en los años de La Moneda. Sus amigos afirman que fue incapaz de odiar y posiblemente tienen razón si se toma el odio como una actitud consciente y que permanece en el tiempo. Pero sí sintió profundas aversiones, en especial a algunos personeros de derecha. Con otros, simplemente no simpatizaba,

como Francisco Bulnes Sanfuentes, porque decía que se daba cuenta de las cosas, pero a veces no actuaba en consecuencia²⁸⁵. Entre sus adversarios de izquierda, estaba ahora su ex amigo Salvador Allende, pero no sentía animadversión contra él aunque pensaba, como veremos, que no tenía pasta de estadista. Despreciaba a varios otros políticos.

Gustaba de conversar con algunas amigas demócratacristianas, como Zoy Orphanopoulos o Wilna Saavedra y con políticos jóvenes, entre ellos Raúl Troncoso, Andrés Zaldívar, Claudio Orrego, Enrique Krauss, Patricio Rojas y Rafael Moreno²⁸⁶. Entre los aún más jóvenes, respetaba intelectualmente a Luis Maira. Frei tenía la costumbre, cuando se sentía impresionado u oía hablar de algún muchacho inteligente, de invitarlo (antes y después de ser Presidente) a su casa y durante la Presidencia a veces a La Moneda, donde lo aquilataba. Si pasaba la prueba llegaba frecuentemente a ser uno de sus «regalones».

Sin embargo, Frei no aceptaba posiciones claramente divergentes. Cuando uno de estos jóvenes políticos se mostraba demasiado arisco era condenado al ostracismo. Resultado, Frei se quedó sólo con los más incondicionales. Allí estuvo una de las causas del futuro nacimiento del MAPU.

En 1967 vio la aparición de otro libro suyo: *América Latina tiene un destino*, una selección de sus principales discursos, algunos pronunciados cuando ya era Primer Mandatario, por el cual recibió 5.201 escudos por derechos de autor en 1970²⁸⁷.

Continuó siendo Frei muy querendón de la familia. Recuerda Patricio Aylwin un viaje que realizaran a Europa, junto con otros políticos, después de dejar Frei la Presidencia. Al subir al minibús que lo transportaba al avión a Frei se le salieron algunas lágrimas y confesó cuánto le costaba despedirse de su esposa; al parecer no era primera vez que le sucedía²⁸⁸.

En casa intentaba dejar de ser Presidente de la República y, si lo olvidaba, a veces se encargaban de recordárselo su mujer e hijos que hacían causa común, aunque no siempre con éxito. Él contaba que «eran las reglas de la democracia», lo que no impedía que su mal genio ocasional y algunos rasgos autoritarios en

lo doméstico continuaran manifestándose²⁸⁹. Conservó la costumbre de conversar después de comida con sus hijos, pero rara vez de política, pues la única con vocación, entonces, parecía ser su hija Carmen. También se mostraba abuelo «chocho» con los primeros nietos. Se acostaba a eso de las diez y media y siempre leía una o dos horas. Jamás usó somníferos y decía que su problema no era conciliar el sueño sino el despertar en las mañanas. Incluso durante las peores crisis de su administración tuvo la suerte de no alterar ese ritmo vital.

La señora Maruja Ruiz-Tagle, como todas las primeras damas de la época, se dedicó a obras sociales. En el año 1965 se fundó la Central Relacionadora de Centros de Madres (CEMA), programa que era una continuación con más recursos del «Roperio del Pueblo», que en su momento fundara la señora Graciela Letelier de Ibáñez y que, relacionándose con la Promoción Popular, estaba destinado a crear y organizar una red de centros de madres, en particular en sectores humildes. Por lo demás, la señora Maruja, siempre digna y prudente dama, conservó una admirable compostura y tino. No pretendió usar su influencia sobre su marido y se mantuvo, posiblemente muy aliviada dada su timidez, en un honorable segundo plano. Fue la antítesis de lo que en Chile se conoce como «siútica». Con cariñosa ironía Frei le mandaba cartas, exageradamente formales, en su calidad de presidenta de CEMA²⁹⁰. Se fijaba que se vistiera con cierta elegancia, lo que ella no siempre hacía dada su extrema sencillez y, siempre con gran discreción, llegaba a hacerle ver que un vestido o una blusa no le quedaban bien²⁹¹.

Una vez, en la fecha de su aniversario de matrimonio en Temuco, Frei envió un telegrama a su esposa cubriéndola de elogios, pero en particular por «estar casada con un hombre tan notable». Doña María Ruiz-Tagle le contestó con una sola palabra «escoba». En el correo, donde estaban desconcertados, retuvieron la respuesta, pensando que podía ser una broma de mal gusto y que era impropio entregárselo a «Su Excelencia»²⁹².

Durante el período 1964-1970 los hijos hombres estaban en

la universidad, o recién egresados. Eduardo estudió Ingeniería en la U. de Chile, donde se le recuerda como callado, mateo y amante del fútbol. Jorge, Química en la Universidad Católica de Chile; Francisco, Economía, con un postgrado (M.A.) en Chicago; Carmen, Educación de Párvulos; María Irene, todavía de hábito, Historia y Geografía en la U. Católica; Mónica, secretariado también en la UC e Isabel Margarita Educación Familiar.

Durante su mandato se casaron sus hijas Isabel Margarita y Mónica y sus hijos Eduardo, Jorge y Francisco. Como dijimos, ya antes de su presidencia se había casado Carmen, en 1963.

De los hijos menores, cuando todavía estaban solteros, también se preocupaba en varios sentidos, incluso los incitaba a que hicieran fiestas en la casa de Hindenburg..., pero cuando él estuviese en Viña del Mar.

Se mostró, a veces, muy triste y preocupado por asuntos familiares como cuando, en 1967, su hija María Irene se retiró de monja y llegó a verlo a Viña del Mar.

Con su hermano Arturo se veía relativamente poco, pero continuaba una relación de cariño. En cambio de quien se distanció fue del Doctor Cid, viudo de su hermana Irene. Al parecer no le gustó que volviera a casarse²⁹³.

Como Presidente, Frei continuó, ahora con mayor razón, siendo un hombre refinado en su trato y lenguaje y de figura distinguida. Le había tomado verdadero gusto a la buena ropa y vestía bien. Más de una vez tocándose los pantalones, comentaba, medio en broma, pero con orgullo, «estos los compré en la Via Venetto»²⁹⁴. En sus viajes presidenciales —personalmente— compraba, zapatos y camisas y, a veces, chaquetas y trajes. En Chile, su sastre continuaba siendo Jerónimo García. También proseguía con la compra de antigüedades y objetos finos; ahora casi convertido en un especialista. Como dato curioso se dio el caso de que a fines de 1969 remató en Valparaíso un Somerscales el que después resultó ser falso. La casa de remates de Francisco Blanco, de acuerdo con el anterior dueño del cuadro, devolvió al Presidente la suma pagada²⁹⁵. De la forma artística

sobre la que no entendía «nada», según Gabriel Valdés, sin duda una opinión autorizada, era de música²⁹⁶.

A pesar de su refinamiento Frei no cayó en actitudes soberbias o grandiosas. Cuando la Reina Isabel II de Gran Bretaña visitó Chile la recibió orgulloso en su vivienda de hombre de clase media. En cambio a Cantinflas lo invitó a tomar té en La Moneda, donde le presentó a su madre que lo admiraba mucho.

En fin, quizá uno de los mayores gustos que tuvo el Frei intelectual durante los años de la Presidencia, fue recibir el Doctorado «Scientiae et Honoris Causa» de la Universidad Católica de Chile (su universidad) el año 1969. En esa ocasión pronunció uno de los mejores discursos de su vida.

La preocupación de Frei por Chile se manifestaba en múltiples rasgos. No se cansaba de repetir que había que plantar árboles, que el desierto ya estaba llegando a Santiago. Todos los días daba unos golpecitos al barómetro para ver si había posibilidades de la bienhechora lluvia²⁹⁷.

Eduardo Frei jamás se enfermó durante su Presidencia, con excepción de frecuentes resfríos. Al dejar el mando, en noviembre de 1970, fue operado de la próstata²⁹⁸. No tendría otra dolencia de gravedad hasta que, habiendo decidido operarse de una hernia al hiato, esa sencilla operación lo llevó a la muerte en el año 1982.

A diferencia de otros Presidentes anteriores, Frei viajó incansablemente por Chile, llegando (como Gabriel González) a la Antártica, donde fundó la Base Presidente Frei de la FACH y a la isla Juan Fernández²⁹⁹. En estas giras nacionales mostraba otras facetas de su personalidad: alternaba con todos, saludaba a los trabajadores, apadrinaba guaguas, entraba en las casas a saludar a la «patrona». Trató de llegar como Presidente a todos los lugares a los que lo había hecho como candidato. Se alojaba en las intendencias o casas de amigos, a veces en hoteles. Le gustaba el Araucano de Concepción. Después de sus viajes hacía minuciosos relatos de ellos a su familia, ministros y colaboradores, riéndose de los chascos y haciendo todo tipo de observaciones sobre las personalidades que había conocido.

Posiblemente, como resultado de sus viajes, Frei se dio cuenta de la grave deficiencia hotelera que tenía Chile. En varias cartas a funcionarios de gobierno insistió una y otra vez sobre la necesidad de dar facilidades para que compañías internacionales o nacionales construyeran hoteles de categoría³⁰⁰. Le preocupaba en especial que no existiese uno de calidad en Valparaíso³⁰¹, el que, para vergüenza de la ciudad más hermosa de Chile, aún no existe.

En 1967 sufrió un disgusto y pena grandes, cuando monseñor Óscar Larson, ya anciano, escribió el libro *La ANEC y la Democracia Cristiana*³⁰², en el cual desmentía que Frei hubiese tenido un papel protagónico en la refundación de la ANEC en 1929, como lo había afirmado en una entrevista. El sacerdote iba más allá y empleaba un duro lenguaje contra el Presidente, dando a entender que faltaba a la verdad como consecuencia de su soberbia y éxito público. Frei no respondió. Dos años después, en mayo de 1969, el padre Larson se disculpó ante Frei en una generosa carta, deseándole además fortaleza en los duros momentos que estaba viviendo ese año. Le mencionó «el pago de Chile».

Aunque, genio y figura hasta la sepultura, Larson no dejaba de agregar que, al no haberle respondido Frei, se confirmaba su idea de haber dicho la verdad³⁰³. Su ex discípulo le respondió ahora: «No sabe con qué satisfacción he recibido su carta de fecha 12 del presente. Aunque lo dude, siempre he sentido por Ud. el mismo afecto que Ud. me manifiesta en su carta. Y lo sentiré mientras viva. (...) Ninguna actitud suya podría cambiar la mía. El libro que Ud. escribió en contra mía no me hirió y si no lo rectificó fue porque habría sido muy doloroso para mí entrar en polémica con Ud.»³⁰⁴. Después, en el año 1970, la Presidencia ayudó al Padre Larson a que viajara a Europa para que se tratara de la dolencia que finalmente le causaría la muerte. Monseñor Larson envió a Frei entonces otra emotiva carta³⁰⁵.

Otro disgusto personal, aunque de menor importancia, lo tuvo en 1970, cuando Carlos Vial Espantoso, con quien tenía cierta amistad y que detentaba un cargo de confianza de la Presidencia

en la Caja Central de Ahorro y Préstamos, hizo declaraciones que Frei calificó de «injustificadas y ofensivas», en contra del gobierno. Le envió entonces una dura carta en la que le reprocha su proceder como «inesperado, doloroso e inconcebible»³⁰⁶.

En sus días de descanso, el Presidente disfrutaba del Palacio Presidencial de Viña del Mar, hasta donde llegaba con frecuencia en auto o helicóptero, en invierno y verano. Rara vez permanecía un fin de semana en Santiago. Allí su principal recreación, después de leer todos los diarios, era jugar golf, aunque lo hacía con escaso éxito, en la cancha del Club Naval de Las Salinas. También, a veces, jugaba tenis o ping-pong en el propio Palacio Presidencial y se bañaba en la piscina durante el verano. En las tardes trabajaba en materias de gobierno y leía incansablemente de todo: libros que compraba en sus viajes o mandaba comprar después de haberlos visto criticados; pero también, todavía, muchas novelas policiales y de cow-boys, que sus hijos le compraban en quioscos y todo tipo de revistas, varias al mismo tiempo y muchas en francés, idioma que, a diferencia que del inglés, dominaba sin problemas, al menos a nivel de lectura. Jugaba ocasionalmente a los naipes, meditaba y daba paseos.

Hacia la hora de la puesta de sol solía manejar un Toyota de la Presidencia, que le había regalado el gobierno de Japón, con el manubrio a la derecha, hasta Concón. A veces iba solo, a veces con su señora o algún hijo. Allí se paseaba por la terraza de Playa Amarilla y solía pasar de visita a la casa de Jaime Varela, ubicada frente a la playa³⁰⁷. Conversando, tomaba un whisky, un vodka o, rara vez, un coñac, (licor que era más del agrado de la señora Maruja quien solía tomarse —si no la veía su marido— un segundo)³⁰⁸.

En cambio, cuando se quedaba en casa, Frei disfrutaba, antes de comida, de un martini seco, costumbre que debió dejar después cuando se enfermó de hernia al hiato. Según Raúl Troncoso su moderación con el alcohol era «casi ridícula», nunca se le vio con unos tragos de más³⁰⁹. En vacaciones también fumaba, casi siempre después del almuerzo, o «a la hora del té», un habano.

En otras tardes veraniegas salía a caminar por Viña del Mar y no dejaba de echar una mirada a las niñas³¹⁰. Ocasionalmente entraba a una tienda de comestibles a comprar algo.

En el Palacio de Viña del Mar lo acompañaban toda o parte de su prole, algunos ya casados, y un par de veces también llegó hasta allí su madre. El domingo iba el padre Jorge Sapunar a decir misa en la terraza con vista al mar. En alguna ocasión durante el verano iba a comer al restaurante San Marco y una vez, con toda la familia, fue a La Armandita. Nunca al Casino. En la noche solía invitar a comer a algún amigo: Juan Andueza, Jaime Varela y otros. Contaba historias que provocaban explosiones de risa, que él mismo coreaba. También era el primero en reírse —a carcajadas— de sus propios chistes, los que solía dejar sin terminar por esa causa.

No asistía al Festival de Viña del Mar pero una vez invitó al Palacio a Coco Legrand y otra a Firulete. También recibió la visita de Lucho Gatica y su esposa Mapita.

Para Semana Santa también se iba a Viña del Mar y participaba en todos los oficios en la Parroquia del Cerro Castillo.

En una ocasión el Presidente y la señora María, pasaron unos días de descanso en Pucón. Durante los años de la presidencia la casa de Algarrobo se arrendaba³¹¹. En fin, no se perdía invitación de la Armada cuando se trataba de observar maniobras. Estuvo presente en varias UNITAS y se entusiasmaba.

Cuando permanecía los fines de semana en Santiago, los sábados escuchaba, religiosamente, los comentarios políticos de Luis Hernández Parker. Luego venía el almuerzo, la siesta, lectura y alguna visita. Después comía en casa con un invitado o más de uno. Si estaba de ánimo, entonces (así como cuando se juntaba con amigos, colaboradores o en familia) hacía gala de humor.

Junto a estas costumbres, casi campechanas, a veces iba a restaurantes refinados las noches de sábado. En especial al «Bric a Brac», entonces uno de los mejores de Santiago³¹².

Los domingos la misa, como siempre, era de rigor. Como toda su vida, seguía yendo a la Parroquia de San Crescente, o a la iglesia de padres franciscanos belgas en calle Colo-Colo.

Comulgaba frecuentemente. Después de misa iba a pasear a pie al cerro San Cristóbal, por lo general solo. En la tarde —aunque pocas veces— solía asistir a algún partido de fútbol, pues, como vimos, era hincha del equipo de la Universidad Católica. En cambio nunca fue a la hípica. En esas horas de la tarde —en ocasiones— solía guardar silencio³¹³.

Sus amigos personales eran los de siempre. Entre los más cercanos Edmundo Pérez Zujovic, Arturo Aldunate, Jaime Varela y su señora Mónica Aguirre, José Martínez, Alberto Hermann y algunos sacerdotes: Monseñor Jorge Gómez Ugarte y don Manuel Larraín hasta su trágica muerte. En otro plano, menos íntimo, era amigo de José Piñera Carvallo y veía con frecuencia a Gabriel Valdés.

En los fines de semana santiaguinos, Frei también hacía o devolvía visitas. En esas últimas ocasiones, Frei —que antes había sido un muy mal fisonomista³¹⁴— saludaba por su nombre a cada uno de los hijos y las empleadas domésticas. Para eso tenía una memoria de elefante³¹⁵.

1967, realizaciones y problemas

El año 1967 que se iniciaba comenzó con un triunfo para el gobierno. La reforma a la Constitución relativa al derecho de propiedad, fue promulgada y publicada en el mes de enero.

Pero la reforma agraria todavía se estaba realizando con la ley del gobierno de Alessandri, mientras el Proyecto de Ley de Reforma Agraria presentado por el régimen de Frei avanzaba lentamente en el Parlamento. También el programa de Promoción Popular era duramente resistido por la derecha y, como se vio, también por la izquierda que temía que redundara en beneficios políticos para el gobierno y el PDC.

Con todo, la promulgación de la reforma a la Constitución relativa al derecho de propiedad era un paso adelante de importancia para el gobierno. En abril siguiente se promulgó la Ley N° 16.625, de Sindicalización Campesina³¹⁶, y, finalmente, el día 17 de julio sería promulgada (y el 28 publicada) la nueva Ley de reforma agraria (16.640), en una ceremonia que según

el dolido *El Diario Ilustrado*, adquirió «contornos de un verdadero espectáculo teatral»³¹⁷. Fue así que el gobierno adquirió las nuevas armas jurídicas que había venido pidiendo para acelerar el proceso de cambio en el agro. Paradojalmente, sin embargo, la voluntad política del régimen, o parte de él, para llevar adelante esta escalada se había debilitado. Opiniones de especialistas chilenos y extranjeros fueron en parte las causantes de este enfriamiento. Una opinión técnica de carácter crítico habría sido la del presidente de un Instituto de Investigaciones Rurales de Francia, Bertrand Larocque, supuestamente cercano a Jacques Maritain (secretario, según se informó inicialmente), invitado por Rafael Moreno en 1966 a hacer una evaluación del proceso de reforma en marcha. El 2 de diciembre *El Diario Ilustrado* destacaba que dicho personero habría informado a Frei que la reforma chilena era «política y no económica». Estas críticas las habría reiterado en Francia, según anotó *El Mercurio* del día 15 de dicho mes, añadiendo, sin embargo, que estaba a favor del proceso.

El caso Larocque es sospechoso. El mismo se financió el viaje a Chile (según dijo) y ya de vuelta en Francia negó haber sido secretario de Maritain (por lo demás el ser cercano al Maritain anciano era casi una prueba de ser muy conservador)³¹⁸.

Pero hubo otras causas más serias en la aminoración del empuje de la reforma agraria. También hubo falta de acuerdo entre los propios políticos y técnicos de gobierno que conducían el proceso. Y, lo más importante, el convencimiento del propio Frei (y de Rafael Moreno) de que era necesario consolidar y concluir con lo ya comenzado antes de proceder a nuevas expropiaciones masivas. Esto explica que el número de predios expropiados no aumentara significativamente después de 1967³¹⁹, a pesar de ser ello posible gracias a los nuevos cuerpos legales. Pero esta nueva situación, de hecho, no tranquilizó a la derecha. En cambio creó un problema con muchos sectores campesinos que se habían hechos grandes expectativas, las que ahora serían aprovechadas por sectores políticos radicalizados.

El desaceleramiento de la reforma agraria sería también uno de

los temas más conflictivos dentro del Partido Demócrata Cristiano. El volver a acelerarla se transformó en una de las banderas de los grupos Rebelde y Tercerista, del cual Chonchol, recordémoslo, era uno de sus dirigentes y en el cual se incluía, sin fundamento como se vio posteriormente, al propio Rafael Moreno. Entre los rebeldes y terceristas también se contaba la mayor parte del personal de CORA e-INDAP.

Tras los motivos ideológicos y técnicos implicados en el problema de la marcha del programa de reforma agraria, existían antiguos resquemores. Chonchol, al parecer, había aspirado a la vicepresidencia de CORA, pero Frei optó por Rafael Moreno posiblemente porque tenía un equipo tras él³²⁰. Después Chonchol había tenido problemas, de tipo doctrinario, con Tomás Cox, director de la División de Desarrollo Social³²¹. Jacques Chonchol terminaría por abandonar INDAP y después el partido en 1969, como veremos. Más adelante sería ministro de Agricultura y uno de los hombres clave de la reforma agraria de Salvador Allende, mucho más drástica.

El proceso de traspaso de la tierra de los antiguos terratenientes a los nuevos propietarios contemplaba, según la nueva ley, tres etapas. La primera era la de la expropiación a la que estaban afectos los predios abandonados o incultos, los mal explotados y los de excesivo tamaño. En este último caso el propietario podía conservar una reserva de 80 hectáreas de «riego básico», tomando como patrón de tal una hectárea del Valle del Maipo, vale decir de las mejores tierras de Chile (no «las» mejores). Es así que la reserva podía ser mayor de tratarse de tierras más pobres (art. 172 de la Ley 16.640). Existían varias otras causales que evitaban o limitaban la expropiación si se daban copulativamente, pero pocos de los hacendados las reunían en todo el territorio chileno. Se modificaba también el Código de Aguas, para hacerlo compatible al proceso expropiatorio. El pago se hacía según avalúo fiscal, de modo diferido, el que podía llegar a los 30 años y con bonos («rojos y azules»), 70% reajustables y el 30% sujetos a devaluación.

La segunda etapa era la formación de un «asentamiento»

(tres años de duración, prorrogables por dos años más, de darse ciertas condiciones). Los asentamientos eran jurídicamente una sociedad entre la CORA y los campesinos que habitaban el predio original, representados por los Comités de Asentamiento. Durante esta etapa la tierra se trabajaba colectivamente por los campesinos bajo la supervisión y consejo de técnicos de CORA, la que también aportaba el agua y otros recursos³²². INDAP proporcionaba apoyo técnico y educacional.

Se pretendía que los campesinos aprendieran a explotar eficientemente las tierras y se preparasen técnicamente para asumir sus responsabilidades de propietarios y empresarios agrícolas; de promover la creación de cooperativas, propiedad familiar u otras formas de organización de la comunidad. La idea era que el hombre de campo cambiara su mentalidad de subordinación y tomara un ritmo de trabajo motivado ya no en el mandato o control del patrón, sino en la autodisciplina³²³. Pero esto resultó difícil. Ya en 1966, el propio Frei en una visita a Lampa, había declarado duramente: «La reforma agraria no es para ociosos»³²⁴. Sin duda había recibido información que explicaba sus palabras y su tono.

La tercera y definitiva etapa era la entrega de la tierra en propiedad a los campesinos, la que podía hacerse en forma individual, colectiva (en forma de cooperativas, propiedad familiar o en copropiedad) o mixta, según lo eligieran ellos mismos³²⁵.

Pese a los términos de la ley, muy pronto la derecha acusó al gobierno de intentar promover, prolongando en el tiempo la etapa de los asentamientos, formas de propiedad colectiva por sobre la de tenencia individual. Y ciertamente ese pareció ser el criterio de algunos técnicos de los organismos gubernamentales, aunque no era una política ni oficial ni sistemática. De hecho, hacia fines de la administración Frei (julio de 1970), se habían entregado tierras en propiedad a 5.668 familias, otras 23.471 hectáreas seguían en el régimen de asentamientos (unos 910), y se habían formado unas 250 cooperativas³²⁶.

Por otra parte se fue produciendo, en el hecho, otro tipo de división de la tierra como consecuencia indirecta de la reforma

agraria. Los dueños de fundos o haciendas de grandes dimensiones procedieron a parcelarlas antes de que la nueva ley fuera aprobada, evitando así caer en alguna causal. Por cierto que esta «hijuelización» beneficiaba a familiares, compradores o palos blancos del dueño original, pero en cierta forma respondía a uno de los objetivos de la reforma agraria, dividir el suelo para mejorar la productividad agrícola.

Dijimos que en el mes de abril de 1967, poco antes de la publicación de la nueva Ley de Reforma Agraria (Ley N° 16.640), lo había sido la 16.625, que abrió, finalmente, un amplio cauce para la sindicalización campesina. INDAP fue el organismo encargado de promover ésta. Como veremos, hacia fines del gobierno Frei los poco más de 1.000 campesinos sindicalizados en 1964 habían aumentado a más de 100.000.

Paralelamente a la reforma agraria y la sindicalización campesina masiva, otros procesos sociales y la creación de nuevas instituciones entraron a modificar sustancialmente la realidad agraria y rural chilena. Entre ellos: la reducción de la jornada laboral a 8 horas diarias (antes era «de sol a sol»), el pago de un 75% del salario campesino en dinero, el pago de los días de lluvia y garantías de estabilidad en el trabajo. La creación de Empresa de Comercio Agrícola (ECA) que intervenía en la comercialización de productos, arrendaba maquinaria y realizaba controles de calidad, se transformó en otro instrumento de modernización. El mismo caso fue el del Servicio Agrícola y Ganadero (SAG) creado por la propia Ley 16.640 y destinado a promover la producción agropecuaria, forestal y pesquera.

El plan de pavimentación de caminos rurales y mejoramiento de la infraestructura, también incidió en el cambio a que nos referimos.

En otra dimensión, el Plan de Vivienda, que había sido uno de los éxitos del gobierno de Jorge Alessandri, se intensificó desde el mismo momento en que Eduardo Frei asumió la Presidencia. No se alcanzaría la meta de 60.000 viviendas al año que había propuesto en el programa presidencial, pero las cifras de construcción subieron considerablemente. Ya vimos que se creó

el Ministerio de la Vivienda para dar atención preferente al problema habitacional.

Pero dejemos los «macrotemas» y volvamos al relato de la pugna política. Luego de la dura guerrilla de 1966, al comenzar el nuevo año la oposición se endureció aún más. Un fuerte ataque contra el gobierno, y contra Frei en particular, vino del Senado, el que el 27 de diciembre de 1966 eligió a Salvador Allende como su presidente; en reemplazo del demócratacristiano Tomás Reyes como consecuencia de una alianza entre derechistas, radicales e izquierdistas. Poco después, ese cuerpo colegiado procedió a negarle el permiso de viajar a los Estados Unidos a donde había sido invitado por el Presidente Lyndon Johnson y para donde pensaba partir el 31 de enero. De nuevo operó la alianza de toda la oposición.

Se trataba de una afrenta injustificada y reflejaba hasta dónde habían llegado las pasiones políticas. Jamás había ocurrido una cosa así durante la vigencia de la Constitución de 1925. Al saberse de la negativa al permiso una muchedumbre de partidarios del régimen se lanzó a la calle en una violenta reacción contra la oposición. Volaron los puñetes. El gabinete renunció y para el día 19 en la tarde el Presidente de República citó a sus partidarios a la Plaza de la Constitución, e incluso se habló de que integrarían militares al nuevo ministerio³²⁷.

Frei seguía siendo muy popular y, en este asunto específicamente, sabía que la mayoría del país estaba tras él. Se esperaba pues una ruda reacción y, quizá, anuncios espectaculares. Pero nuevamente el carácter mesurado y a veces dubitativo de Frei se manifestó. Patricio Aylwin recuerda que fue una de las veces que lo vio francamente aporreado³²⁸. Hubo muchos que le aconsejaron ir de todos modos, entre ellos el vehemente Tomic que estaba de embajador en EE. UU. y también algunos militares. Aylwin le desaconsejó ir, pues era entregarse al apoyo de los uniformados³²⁹.

En la reunión de la Plaza de la Constitución, Frei lanzó un violento discurso donde acusó a la oposición de dar un último paso en una labor de obstrucción sistemática que había comenzado el día

mismo de su ascensión a la primera magistratura, algo que era obvio. Pero añadió que ahora se estaba ante el espectáculo que la extrema derecha se daba la mano con fuerzas de centro y de izquierda marxista, actitud sólo explicable «porque están envenenados con el éxito del Plan Educacional, por lo que estamos haciendo en lo habitacional y en la salud... etc.»³³⁰.

A René Montero M., quien le había enviado una carta de solidaridad, en su respuesta le decía Frei: «pocas veces se ha procedido en Chile con más ceguera y con más injusticia, sobre todo, con más daño para el país»³³¹. Pero acató la negativa del Parlamento sin intentar otro camino o gestión para conseguir el permiso o simplemente partir. El Frei hombre de leyes había predominado sobre el caudillo.

¿Qué pasó? Cuando supo del rechazo, Frei —siempre intelectual— al parecer se sumergió en un mar de dudas sobre cómo actuar³³². En definitiva la muestra más concreta de su enojo fue que enviara al Parlamento un proyecto de reforma constitucional para autorizar al Presidente la posibilidad de disolver el Congreso por una vez durante su mandato. Sin embargo, el proyecto también fue rechazado y moriría sin pena ni gloria el día 23 de febrero en el mismo Senado³³³.

Otro aspecto del incidente fue la reacción de EE. UU., muy moderada, pero que indicaba que la democracia chilena estaba mostrando rupturas o actitudes indignas. En el futuro habría más de éstas.

Quizá pesó en el análisis dubitativo de Frei durante el incidente del permiso el hecho de que el 2 de abril se realizarían elecciones municipales. Se esperaba una nueva muestra de apoyo ciudadano al gobierno y, vistas las circunstancias, al Presidente en lo personal. La elección municipal fue considerada, por el régimen y la oposición, casi un «plebiscito».

Los comicios demostraron que el PDC seguía siendo la primera fuerza política de la República. Pero, al mismo tiempo, evidenciaron su desgaste a pesar de la euforia con que la prensa oficialista recibió los resultados³³⁴. Del 42,3% de 1965 el Partido Demócrata Cristiano bajó a un 36%, aunque aumentó el

número de ediles que ya tenía (elegidos en 1963) al doble. Por lo demás se trataba de una votación mucho más sincera que la de 1965, cuando «todos» votaron por el PDC. La izquierda, en cambio, subió apreciablemente a un 29,2% y el Partido Radical obtuvo un, insospechado, 16%³³⁵.

Los diarios de oposición destacaron que el gobierno había bajado considerablemente su apoyo³³⁶.

Pero lo más notable fue que la derecha, que parecía moribunda en 1965, galvanizada por la reforma agraria, logró reafirmarse. Como vimos, el año anterior se habían fusionado los partidos Liberal y Conservador en una nueva agrupación de nombre «Partido Nacional», la que se mostró, desde un principio, como menos democrática en lo político que sus antecesores. Su posición fue combativa. El Partido Nacional obtuvo un 14,3% de los votos.

Después de estos resultados, la actitud de cautela de Frei, durante el mes de enero, parecía haber sido la correcta, aunque no faltaron los «analistas» que atribuyeron la baja en la votación demócratacristiana justamente a esa cautela.

Es posible que la razón de fondo del deterioro en el apoyo a la Democracia Cristiana estuviera en que, según el criterio del sector del electorado con tendencia de izquierda que en 1965 la apoyara, se iba demasiado lento en procura de reformas sociales; en tanto que para el sector más conservador que votó por ella en ese año se iba demasiado rápido y estaba asustado con el rumbo que iba tomando el proceso. La lucha al interior del Partido Demócrata Cristiano, que ya era patente hacia 1967, es una buena prueba de lo que afirmamos. Si entre los militantes estaba planteada la ruptura y la crítica, con mayor razón ocurría lo mismo entre los simpatizantes.

En parte responsable de la pérdida de popularidad del régimen fue la errada política de comunicaciones la que, con la intención de recalcar los logros y las reformas, abusó de las «cadenas nacionales» de radio y televisión. La iniciativa de las cadenas no era nueva en el país. Ya durante el gobierno del Frente Popular, Ismael Edwards Matte con el seudónimo de «El Vigía del Aire» condujo un programa radial diario de características similares.

La resistencia que despertó entonces no fue tomada en cuenta por los «comunicadores» del régimen democratacristiano. Incluso otras iniciativas, que eran perfectamente legítimas fueron llevadas a cabo torpemente, como en el llamado caso SOPESUR. Éste se trató de una compra masiva de acciones de esa sociedad periodística, que era dueña de varios diarios, por parte de figuras cercanas a la Democracia Cristiana. El hecho nada tenía de censurable en sí. Lo que sí lo era fue que parte del dinero para la compra vino de un préstamo concedido por el Banco del Estado. Mejor hubiera sido que ese prestatario hubiese sido una entidad bancaria particular o se hubiese reunido la suma requerida de otra forma.

El asunto SOPESUR fue explotado con caracteres de escándalo, hacia comienzos de 1966, por uno de los más decididos y tozudos enemigos del gobierno, el senador por Valparaíso y hombre empresa de derecha Pedro Ibáñez Ojeda. El senador Ibáñez, poco después volvería a hacer noticia por su reiterada denuncia de que la construcción del túnel de Lo Prado, iniciada en enero de ese año y una de las principales obras públicas de la Administración Frei, no era efectiva. El asunto SOPESUR resurgiría en el mes de agosto, cuando Frei estaba en Bogotá y luego, recurrentemente, durante 1967³³⁷.

Pero volviendo a la elección. Aunque las cifras de 1967 no podían considerarse una derrota importante para un partido como la Democracia Cristiana, que sólo 5 años antes apenas se empinaba por sobre el 22% de las preferencias y que si en 1965 había obtenido un espectacular triunfo, éste se había dado en muy particulares e irrepetibles condiciones de euforia³³⁸, pero tampoco fueron el espaldarazo con que Frei soñara.

Por otra parte, un llamamiento a los partidos de izquierda que realizara el Consejo Nacional de PDC, reunido en la Hostería de Las Vertientes poco después de las elecciones, buscando llegar a alguna forma de entendimiento, fue agresivamente rechazado. Otro llamado, ahora hecho por el propio Frei en el Mensaje Presidencial del 21 de mayo («Frei pide paz para avanzar», lo tituló la revista *Ercilla*³³⁹), corrió igual suerte. Ya estaba

vigente el ánimo belicoso que se mostraría mayoritario en el Partido Socialista durante el Congreso de Chillán, realizado en el mes de noviembre de ese año 1967. En éste se aprobaría una estrategia de izquierdismo revolucionario casi delirante (la Línea del Frente de Trabajadores, pero ahora radicalizada), cuya figura más representativa sería el senador Carlos Altamirano, aunque también contaría con el apoyo, más velado, de Salvador Allende.

Nuevas elecciones extraordinarias probarían las fuerzas de gobierno y oposición, porque 1967 sería un año funesto para algunos parlamentarios. Hubo muertes, expulsiones y desafueros. Aquéllas reflejaron una correlación de fuerzas que se iba inclinando lentamente hacia la oposición. La primera de estas desgracias fue la muerte del senador socialista por O'Higgins y Colchagua Salomón Corbalán, en un accidente de automóvil cerca de San Bernardo, el día 11 de marzo. En la elección extraordinaria a que debió llamarse triunfó su viuda, María Elena Carrera, apoyada por la izquierda socialista, comunista y los radicales. La senadora Carrera se mostró más agresivamente contraria al gobierno que su ex marido, lo que no era poco decir. Por la DC había ido de candidato Jaime Castillo y por la derecha el flamante presidente del Partido Nacional Víctor García Garzena³⁴⁰.

La elección por O'Higgins y Colchagua fue el primer apronte de la alianza que llevaría a Salvador Allende a la Presidencia en 1970. La convención Radical realizada en junio próximo ratificaría la política de unidad con la izquierda. El proceso, sin embargo, terminaría en los próximos años con el quiebre del Partido Radical, conformándose en definitiva el escenario presidencial futuro al adherir el ala disidente con los sectores de derecha que llevarían como candidato a Jorge Alessandri en esa elección para Presidente.

En tanto la pugna dentro del Partido Demócrata Cristiano volvía a agudizarse, después de una serie de hechos que hablaban de la inquietud existente en las filas del PDC: reclamos de los diputados progresistas, Jerez, Silva Solar, Sotta; expulsión

del partido de otro diputado Rodolfo Werner, amigo de nuestro ya conocido Lorenzini, y otros militantes de menor importancia.

Pero mucho más trascendencia tenía el hecho de que en la Junta Nacional realizada en julio, fue elegida una nueva mesa, encabezada por Rafael Agustín Gumucio quien derrotó a Jaime Castillo por 244 contra 197 votos. La nueva mesa era abiertamente opuesta a la política oficial a la que tachaba de blanda, exigiendo la aceleración y profundización de las reformas³⁴¹. Ya estaba claro que dentro de la colectividad gobernante se habían ido perfilando las tres posiciones irreconciliables ya mencionadas. La Oficialista que apoyaba firmemente la gestión gubernativa y entendía que la acción del partido se identificaba necesariamente con la acción del gobierno de Frei. El sector Rebelde, encabezado decididamente por Gumucio y ahora el también recién elegido presidente de la Juventud Demócrata Cristiana, Rodrigo Ambrosio, joven de gran carisma que consideraba que la subordinación del partido al gobierno significaría anular y debilitar al PDC. Y el sector Tercerista que se decía equidistante de los anteriores, pero se mostraba cada vez más crítico del régimen.

El hecho es que, con la nueva mesa directiva, el Presidente se veía objetivamente debilitado dentro de su propio partido³⁴². La posición crítica de la nueva dirección del partido se mostró muy pronto cuando el día 27 de julio pidió cambios en el Ministerio. En concreto, se solicitó que lo abandonaran los ministros Thayer (Trabajo) y Valdivieso (Salud). A ambos se les reprochaba el mantener una dura actitud de rechazo de las demandas salariales de sectores de trabajadores³⁴³. El gobierno no hizo caso a la petición del PDC.

La radicalización de sectores democratacristianos juveniles y de otros que no lo eran tanto, pero tenían un alma algo ingenua, los Bosco Parra y los Rafael Agustín Gumucio, venía del signo de los tiempos. Todavía se admiraba mucho a la Cuba de Castro y el «Che» Guevara, el paradigma del revolucionario idealista, rebelde y carismático, que había sido asesinado en Bolivia hacía poco. La juventud de América Latina y del mundo

entero idolatraba su figura. Incluso un gran «intelectual», el francés Régis Debray, se vino desde el Barrio Latino a dictar cátedra teórica y participar directamente en la guerrilla boliviana. Debray terminaría en el Chile de la Unidad Popular, antes de volver a Francia donde vivió algunas desdichadas aventuras sentimentales.

Por otra parte, la crítica de Rebeldes y Terceristas, recogía, en parte, la opinión internacional sobre Chile. Como los dos artículos aparecidos en *Le Monde* a fines de 1966 y firmados por el analista belga Raymond Scheyven, en que se rechazaba el carácter revolucionario al gobierno y se lo acusaba de sólo hacer reformas aceleradas³⁴⁴. Esto parecía perfectamente razonable en último término, pero para personas que se estaban mirando en el espejo de Cuba o del «Che» Guevara la afirmación reflejaba una realidad inaceptable. Tal era el caso de los grupos democratacristianos recién mencionados.

Naturalmente jóvenes como Ambrosio y otros que se irían del partido para integrar la izquierda marxista en 1969, se sentían encandilados con el nuevo ambiente. No era extraño para nada, más todavía cuando muchos de ellos habían pasado por París donde en mayo de 1968 estallaría una verdadera sublevación entre los universitarios, con motivos revolucionarios o casi nihilistas. Marcuse, el propio Sartre, algunos pensadores marxistas ortodoxos como Althusser y otros no tanto, como Roger Garaudy, estaban de última moda en Francia y en Chile. En aquel país europeo, pocos, ni siquiera los católicos, se acordaban de Péguy, Maritain o Bloy. Esos eran «viejitos» y Frei en Chile era su discípulo. Incluso un personaje más bien conservador como José Musalem se entusiasmó, inicialmente, con el experimento cubano. Cuando Raúl Castro vino a Chile, en la época de Jorge Alessandri, Musalem le había dado una recepción en su casa e invitó a lo más granado del mundo político chileno³⁴⁵.

La izquierda marxista se radicalizaba aún más que la «rebelde» democratacristiana. El mismo mes de julio se inauguró en Chile una sucursal de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), organización creada en Cuba en 1966 y que

propiciaba la vía armada para hacer la revolución. Salvador Allende, entonces presidente del Senado, asistió a la sesión inaugural, lo que provocó las protestas del gobierno de Venezuela que por esos días sufría de la violencia guerrillera de inspiración cubana. Así, el Partido Socialista abrió la puerta al violentismo de izquierda el que se fortalecería en los próximos años³⁴⁶.

Con todo, el Partido Socialista sufría quebrantos internos comparables a los del partido de gobierno. En el mes de julio, el Comité Central, más o menos controlado por Allende y Carlos Altamirano, expulsaba a los senadores Raúl Ampuero y Tomás Chadwick. Pero el conflicto, más que fruto de divergencias doctrinarias, era entre personalidades y no dañó al PS de la forma que estaba siendo afectado el PDC por su pugna interna³⁴⁷.

En cuanto a la derecha. A fines de agosto, con motivo de otro incidente internacional con Argentina, ahora en aguas del Canal Beagle y esta vez de tono menor, el Partido Nacional emitía una fuerte declaración contra el régimen, acusándolo de descuidar la soberanía nacional y debilitar las Fuerzas Armadas. Atribuía esa actitud a la tendencia «internacionalista» del PDC.

Se iniciaba el acercamiento derechista hacia las instituciones castrenses, a las que habían despreciado por años, tendencia que se fortalecería en el futuro. La directiva del Partido Nacional fue encarcelada en virtud de la Ley de Seguridad del Estado, pero la Corte de Apelaciones de Santiago acogió un recurso de amparo y fue dejada en libertad³⁴⁸.

Sin embargo, el ámbito donde las aguas se vieron más encrepadas durante el segundo semestre de 1967 fue el universitario. El movimiento ya se anunciaba desde el año anterior cuando, por primera vez en su historia, los alumnos de la Universidad Católica de Chile hicieron una huelga de 24 horas contra la conducción conservadora de esa casa de estudios. Era el acto inicial de un drama que estaba vagamente conectado culturalmente con las rebeliones estudiantiles que se producían por ese mismo tiempo en Europa y Estados Unidos.

Comenzó, meses antes, en la Universidad Católica de Valparaíso, con una huelga de 50 días. Ésta buscaba la democratización

del plantel y reformas académicas. Finalmente, contra la opinión del rector y del Arzobispo Emilio Tagle, se aprobó el proceso de reforma.

Pero el problema se haría mucho más grave al plantearse en la Universidad Católica de Chile, en Santiago. La Universidad Católica, desde la década de 1930 cuando en ella nació la Falange y toda la generación brillante que hemos visto en el capítulo dos, venía desafiando a la Universidad de Chile como formadora de las elites nacionales y representaba, desde esa época, un semillero de dirigentes para Chile³⁴⁹.

Ahora, los estudiantes, encabezados por el presidente de FEUC el simpatizante demócratacristiano Miguel Ángel Solar, apoyados por el triunfo en un plebiscito, se opusieron a un reglamento aprobado apresuradamente en los organismos directivos del plantel, el que entregaba al Consejo Superior la facultad de elegir nuevo rector. Además, se planteaban contra el carácter conservador y profesionalizante de la universidad, así como su desligamiento del proceso de cambios que se vivía en el país y sus mecanismos académicos arcaicos. El 11 de agosto los alumnos se tomaron la casa central de la universidad. El mundo conservador, y en especial la cadena periodística de *El Mercurio*, reaccionó con escándalo ante la posible pérdida de uno de los bastiones tradicionalistas del país³⁵⁰. En verdad la noticia de la toma de «La Católica» conmovió a la derecha chilena y a todo el mundo político. Los estudiantes pusieron en el frontis de la Casa Central un gran cartel «Chileno, el Mercurio Miente», cuando este diario pasó a afirmar que entre los ocupantes de la casa central había marxistas.

Es posible que en ese momento no los hubiera habido, pero *El Mercurio* no estaba errado en cuanto a que la línea que estaban siguiendo algunos dirigentes de la toma los conducía hacia el marxismo o, al menos, hacia aceptar las principales categorías de esta doctrina. Fue el caso del propio Miguel Ángel Solar, pero en mayor medida de Enrique Correa, Manuel Antonio Garratón, Tomás Moulian y José Joaquín Brunner. Claro está que muchos de ellos se desengañarían después de 1973 y volverían a

posiciones moderadas y varios a la fe católica, en el caso de que la hubieran perdido (que no fue el de todos).

Ante la intransigencia de las partes, el Vaticano designó como arbitro al Cardenal Raúl Silva Henríquez, quien, en decisión tomada el día 21 de agosto, se inclinó por la posición de los estudiantes, la que tenía antecedentes en un documento del episcopado latinoamericano, aprobado el año anterior en la ciudad de Buga, Colombia³⁵¹. Éste se pronunciaba por la necesidad de reformar las instituciones de educación superior católicas. La rectoría perdía así la batalla y el Obispo Alfredo Silva Santiago, que detentaba el cargo, debió renunciar, quedando como prorector el arquitecto Fernando Castillo Velasco. Renunciaron también todos los decanos, entre ellos figuras que eran o serían tan connotadas como Sergio de Castro, Juan de Dios Vial Correa, futuro rector, y el historiador Ricardo Krebs. Un proceso de Claustro Pleno llevaría a la rectoría a Castillo en el mes de noviembre. El Vaticano lo confirmaría como rector en el mes siguiente³⁵².

El «affaire» de la Universidad Católica conmovió a la opinión pública chilena y tendría enorme trascendencia nacional. De los grupos de jóvenes enfrentados nacerían dos partidos políticos que tendrían gran importancia en los próximos años.

Los estudiantes rebeldes organizaron el Movimiento 11 de Agosto del cual surgiría después, en parte, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), produciéndose el quiebre del Partido Demócrata Cristiano. Y entre los que se oponían a la rebelión como veremos más adelante, surgiría el Gremialismo, encabezado por el estudiante de Derecho, Jaime Guzmán. El Gremialismo proporcionaría gran parte de los cuadros políticos del futuro gobierno militar de Augusto Pinochet y Jaime Guzmán sería su principal ideólogo³⁵³. Como si fuera poco, también saldría de entre los profesores jóvenes y alumnos de la Escuela de Economía y Administración de la UC el grupo de los llamados Chicago Boys, los que serían los arquitectos del cambio económico producido en el país durante la dictadura, imponiendo el neoliberalismo que habían tomado de los profesores de la Universidad de Chicago³⁵⁴.

El gobierno se mantuvo al margen del conflicto, y aunque el Ministro de Educación adoptó una actitud de rechazo ante la toma de la sede de la Universidad Católica, el Ejecutivo (y el propio Presidente Frei, quien no olvidaba que era «su» universidad, donde había sido alumno y profesor y que ha de haber recordado su propia rebeldía de los años 1930) no ocultó su satisfacción por el resultado final; aunque temiendo, como efectivamente ocurrió, que el proceso no terminara allí, sino que siguiera en todos los planteles de educación superior, pero ahora encabezado por elementos más radicales y en pos de metas más extremas.

También en sectores de la Iglesia hubo justificadas aprensiones sobre las repercusiones del desenlace del conflicto de la Universidad Católica en otras instituciones eclesiales. De hecho, en los meses y años siguientes, hubo una toma de la Catedral de Santiago (el 11 de agosto de 1968) y una pública protesta por el nombramiento no democrático de Monseñor Ismael Errázuriz como nuevo obispo auxiliar de Santiago, en mayo de 1969. La acción la llevó a cabo un grupo denominado Iglesia Joven³⁵⁵.

Interesante resulta destacar que, en medio de estas tempestades políticas, ese mismo mes de agosto de 1967 el Ejecutivo hizo llegar hasta la Cámara de Diputados un Proyecto de Reforma Bancaria. Éste, posiblemente a contrapelo del pensamiento del propio Frei, recogía algunas directrices de la misteriosa «vía no capitalista de desarrollo», la que si bien se impuso en el PDC durante los próximos años y permaneció aún menos definida que el «comunitarismo» o el «socialismo comunitario», era una idea-fuerza. Jacques Chonchol la clarificaría después, en contraste con el «neocapitalismo», como «la comunidad nacional, orientada por el responsable del bien común (el Estado), con un plan nacional de desarrollo en torno al cual se insertan y confluyen los distintos sectores privados que no son negados ni suprimidos, sino que encauzados dentro de un contexto que, dada la limitación de los recursos imponibles, afiance los intereses prioritarios». Para enumerar después «grandes objetivos»: Aceleración del desarrollo económico con mayor empleo, estabilización de la

moneda, integración continental, disminución de la dependencia externa y redistribución del ingreso, creciente participación popular en todos los niveles, democratización del sistema económico-social y de la estructura de poder³⁵⁶. Metas que, más o menos, coincidían con lo que serían los programas de Tomic y Salvador Allende en 1970. Se ha dicho que Chonchol estaba mirando hacia el modelo de la Yugoslavia del Mariscal Tito³⁵⁷.

Septiembre sería escenario de un nuevo cambio ministerial de consecuencias más importantes que las conaturales a un reemplazo de este tipo. Domingo Santa María dejó el cargo de Ministro de Economía. Luego sería nombrado Embajador en Washington en reemplazo de Radomiro Tomic quien retornó a Chile a comienzos de 1968. Lo reemplazó a su vez como ministro Edmundo Pérez Zujovic quien aumentó su fuerza dentro del gabinete al pasar, desde Obras Públicas, a ocupar el cargo vacante.

Pérez Zujovic se convertiría en figura clave del gobierno y actor principal dentro de la lucha de facciones del Partido Demócrata Cristiano a muy poco andar. Hombre enérgico y de ideas claras, fue el adalid de Frei en las peleas más duras y asumió, cuando fue nombrado ministro del Interior, responsabilidades políticas muy importantes. Su nombre se rumorearía como alternativo al de Radomiro Tomic como candidato demócratacristiano a las presidenciales de 1970. Finalmente sería cobardemente asesinado en 1971 por un grupo extremista de izquierda, porque se había transformado, por obra de la prensa de ese sector, en símbolo de represión antipopular después del incidente de Puerto Montt, que más adelante veremos.

Pero el mes de septiembre, siempre pródigo en acontecimientos políticos para Chile, trajo aún otra sorpresa ese año 1967. Carlos Altamirano, senador socialista, fue desaforado dos veces por la Corte Suprema. La primera por apología de la violencia e injurias al Presidente de la República y la segunda por ofensas al Ejército. Pero los desafueros no hicieron mella en el ímpetu revolucionario del ahora suspendido senador.

Octubre en tanto trajo otra muerte parlamentaria, la del senador José García González, demócratacristiano por Biobío,

Malleco y Cautín, en ese mal año para los representantes de la soberanía popular³⁵⁸. De nuevo, gobierno y oposición podrían medir fuerzas. La izquierda decidió apoyar al radical Alberto Baltra continuando en la línea de acercamiento ya mencionada. Los nacionales, sin ninguna posibilidad, presentaron como candidato a Miguel Huerta y el PDC al diputado Jorge Lavandero, un notable en la zona, con cierta fama de donjuan.

Las elecciones celebradas el 7 de diciembre, produjeron un virtual empate. Baltra obtuvo 58.225 votos y Lavandero 58.205. Sería el Tribunal Calificador de Elecciones el que, tras el recuento definitivo, en definitiva confirmaría el triunfo del primero, por unos 700 sufragios³⁵⁹. Nuevamente, sin lograr la victoria, el resultado no era malo para el PDC que mostraba tener, en su cuarto año de gobierno, tanta fuerza como la izquierda y el radicalismo unidos, en una región donde este último había tenido, tradicionalmente, gran apoyo electoral. Pero en la práctica la Democracia Cristiana perdió un senador, quedando con 12.

El agitado clima de ese año culminaría a fines de octubre, cuando se supo que el reajuste de sueldos y salarios para 1968 (de un 20%) se haría parte en dinero (15%) y parte en bonos (5%). Estos estaban destinados a fomentar el ahorro, obligatorio en este caso, sin lo cual, dijo el ministro de Hacienda Sergio Molina, era imposible detener la inflación y esperar una alta tasa de desarrollo, metas que, evidentemente, no parecían estarse cumpliendo³⁶⁰.

Ya en abril de 1966 se había iniciado un esfuerzo por fomentar el ahorro mediante la emisión de bonos reajustables por parte del Banco Central. Frei fue el primero en comprar³⁶¹, pero la iniciativa se demostró insuficiente. También se redujo el gasto social en vivienda y obras públicas³⁶². Pero ahora se trataba de bonos de adquisición obligatoria. La idea era de Sergio Molina y perseguían además del ahorro, poner un freno a la inflación, que había vuelto a subir.

Pero, los «Chiribonos» (derivación de «Chirimoyo» o cheque sin fondos), como muy pronto los bautizó la prensa de izquierda, comprensiblemente, no despertaron las simpatías de

quienes esperaban recibir su reajuste en «billetitos». Los gremios reclamaron con furia, también los partidos de izquierda y la mayor parte del mundo político de oposición. La directiva del Partido Demócrata Cristiano también manifestó al gobierno su rechazo al proyecto y con Gumucio y el diputado Fernando Sanhueza a la cabeza, se entrevistó y enfrentó al Presidente y los ministros del área económica, en particular a Edmundo Pérez³⁶³.

Hacia fines de noviembre, después de que el propio Frei defendiera el Proyecto de Reajuste por Cadena Nacional, la Central Única de Trabajadores (CUT), controlada por el Partido Comunista, convocó a un paro nacional. Éste, si bien no fue total, fue violento y se produjeron algunos muertos. El proyecto de los bonos finalmente fracasó. Como lo hacía notar la revista *Ercilla*: «fue tan dura la pelea interna (en la propia Democracia Cristiana) que el proyecto llegó agotado al Congreso» y el ministro de Hacienda Sergio Molina terminó por renunciar³⁶⁴. No se le podía echar toda la culpa a la oposición por este fracaso.

Por otra parte, la frustrada iniciativa había perjudicado gravemente a Jorge Lavandero en la elección senatorial a que nos hemos referido y que se realizó por los mismos días. Es lo más probable, dado el estrecho margen de su derrota, que de no haberse dado el episodio de los bonos, él habría sido el triunfador.

Pero hasta fines de 1967 los problemas del gobierno eran más bien políticos que económicos. El programa se estaba llevando adelante correctamente, como se ha visto, a pesar de las dificultades también vistas. Las cifras macroeconómicas de los tres primeros años del gobierno de Frei, ayudadas por el alto precio del cobre, fueron muy buenas. En 1965 el PNB subió sólo un 0,85 pero en 1966 se elevó un 11%, todo un récord histórico. En 1967 lo haría en un 3,2. El promedio —sobre el 5%— era mucho más alto que el histórico de los últimos 30 años. La inflación, aunque, al parecer, invencible, se mantuvo dentro de un ritmo moderado para la época: (25,8% en 1965, 17,0% en 1966 y 21,95% en 1967)³⁶⁵, en circunstancias que

durante el gobierno de Jorge Alessandri había habido tasas de hasta un 45,35% (en 1963) y durante el de Ibáñez, como se dijo, de más del 80%.

El verdadero problema al respecto era que el ritmo de decrecimiento inflacionario se había invertido en 1967, de ahí la causa del frustrado intento de los Chiribonos. En parte como consecuencia del fracaso experimentado en esa iniciativa el panorama inflacionario se oscurecería.

Menos positiva aparecía la situación de la deuda externa, la que había aumentado de US\$ 1.844 millones en 1964 a US\$ 2.330 millones en 1967, incluyendo los créditos para las nuevas inversiones en el cobre³⁶⁶. Aunque en este caso, también era un endeudamiento bastante menor (como promedio anual) que el del gobierno anterior.

Todo este halagüeño panorama lo había hecho presente con consciente «jactancia», en noviembre de 1966 el propio Frei³⁶⁷, haciendo ver que «en los últimos 20 años nuestro país ha crecido a una tasa de 3,6% lo que quiere decir que creciendo la población más o menos a un 2,5%, quedaba a los chilenos un punto y una fracción de crecimiento económico» (...). «Los años 1963 y 1964 este promedio anual de los últimos 20 años de Chile bajó al 2,6%»... lo que significaba no crecer. «El país en los últimos 20 años ha tenido una de las tasas de crecimiento más bajas de la historia de Chile», para concluir diciendo que de continuar con el crecimiento promedio de los dos primeros años de su Administración (que fijaba en alrededor de un «7,4%», cifra abultada en 2 puntos) ahora el país estaba en condiciones de doblar su producto nacional en «12 a 20 años»³⁶⁸.

Por desgracia, durante el segundo trienio de su mandato, Frei no pudo exhibir el mismo ritmo de crecimiento y, como se verá, sólo pudo sostener un crecimiento ligeramente mayor que el promedio histórico.

Los economistas que lo asesoraron esos primeros años, fueron los citados ministros Sergio Molina, Domingo Santa María, Raúl Sáez y el entonces empresario privado, Edmundo Pérez. Además influyeron en muchas de las medidas tomadas

Carlos Massad y Jorge Cauas, a quienes Frei consideraba muy brillantes. De Massad llegó a decir «es capaz de dejar callado a Raúl Sáez»³⁶⁹.

La política económica llevada adelante, entre 1964 y 1967, aunque exitosa no fue muy innovadora. Incluso Cauas, que ya había pasado hacía años por la Universidad de Chicago, y que después, durante el régimen militar, se transformó en un «gurú» del neoliberalismo, no mostró entonces una posición de ese tipo; excepto, quizá, hacia fines del gobierno, como veremos, y aún así más o menos moderadamente. Todavía persistía, casi indiscutida, la idea de que el Estado debía representar un rol no sólo importante sino conductor de la economía nacional. Keynes estaba vigente y el liberalismo y la propiedad privada de los medios de producción era muy cuestionada dentro del PDC. Fue precisamente el Presidente Frei el que hubo de defender la idea, como se ha visto, de que muchas de las parcelas más importantes de la economía permanecieran en manos privadas. En esto seguía, posiblemente, la opinión de Raúl Sáez y su propia visión de la economía, la que era bastante completa para una persona que no había hecho estudios sistemáticos de esa disciplina.

En verdad, si el gobierno de Eduardo Frei Montalva (y la historia del Chile de la época) pudiera dividirse claramente en dos períodos, la línea divisoria habría que tirarla en los últimos meses de 1967. Hasta ese momento, a pesar de las dificultades y la férrea oposición de izquierda y de derecha, la administración de Frei podía exhibir muchos más éxitos que fracasos. Las cifras macroeconómicas, ya vistas, eran buenas, todos los programas esenciales estaban en marcha exitosa y se mantenía un apoyo político considerable al gobierno, el cual, además, había adquirido un justificado respeto internacional. El prestigioso Hudson Institute predecía que Chile saldría del subdesarrollo en un plazo de 20 años³⁷⁰.

Pero las cosas cambiarían de ahí en adelante. En carta a Jacques Maritain, Frei le decía: «No hay tarea más difícil en el mundo que hacer una revolución en libertad. Unos piensan que hay poca revolución y mucha libertad; y otros que hay mucha

revolución y poca libertad. En resumen, no se contenta a nadie; pero no vaya Ud. a creer que estoy pesimista: sólo tengo conciencia de la dificultad»³⁷¹.

Por lo demás, como lo hacía notar Hernández Parker: «El mismo guarismo que el gobierno coloca al 'haber', sus adversarios los colocan al 'debe'»³⁷². La oposición se mantenía cerrada y radicalizándose, sin dar tregua, ni reconocer nada. La izquierda marxista atacaba la reforma agraria y la Promoción Popular, programas que, en teoría, debían haber apoyado. La derecha, para no ser menos, no parecía conforme con el impulso que se estaba dando a industrias como la petroquímica, el acero, la minería, en parte o totalmente, en manos privadas. Tampoco al programa de obras públicas, que contemplaba trabajos de infraestructura fundamentales, despertaba su entusiasmo. Para qué hablar de su rechazo a la reforma agraria, al que nos hemos referido y nos referiremos de nuevo ampliamente. Las revistas y diarios de los primeros días de noviembre de 1967 recogen múltiples opiniones en este sentido.

Lo que era blanco para algunos era de negrura absoluta para otros. El diálogo democrático y la posibilidad de acuerdos ya parecían imposibles³⁷³. Consecuentemente con lo recién afirmado, veinte días después de que el régimen celebrara la mitad del camino recorrido destacando sus logros, la CUT realizaba un «paro general».

NOTAS:

- 1 Mariana Aylwin et al.: *Chile en el siglo XX*, p. 209.
- 2 Collier & Sater: op. cit., p. 261.
- 3 Luis Valencia Avaria: *Los anales de la República*, Ed. Andrés Bello, Stgo., 1986, p. 612.
- 4 Cfr., Grayson: op. cit., p. 347.
- 5 *El Mercurio*, 16 y 17 de marzo, 1964.
- 6 George Grayson: op. cit., p. 347.
- 7 Teresa Pereira: *El Partido Conservador...*, p. 120.
- 8 *Chile en el siglo XX*, pp. 208-209.
- 9 Patricio Meller: *Un siglo de economía política chilena*, Ed. Andrés Bello, Stgo., 1996, p. 109 (cuadro). Ffrench-Davis: op. cit., p. 35, entrega cifras muy parecidas.
- 10 Con la posible excepción de Hugo Rosende Subiabre.
- 11 Juan Gabriel Valdés: *La Escuela de Chicago, operación Chile*, Eds. Grupo Z, Stgo., 1989, caps. IV y V.
- 12 Cfr., Grayson: op. cit., p. 394.
- 13 *Chile en el siglo XX*, cap. IV, pp. 206-212.
- 14 Sobre el dilema del PS en los años del Gobierno de Frei, cfr. Paul Drake: *Socialismo y populismo, Chile, 1936-1973*, Eds. Universidad Católica de Valparaíso, Valpo., 1992, pp. 279-284.
- 15 Alan Angell ha enfatizado que la historia de Chile reciente puede ser considerada como la búsqueda de la utopía. La idea no es nueva pero él la desarrolla ampliamente. Cfr., Alan Angell: *Chile, de Alessandri a Pinochet. En busca de la utopía*, pássim.
- 16 Informe de Comisión Church. Esta cifra ha sido aceptada por lo general. Cfr., Arturo Labarca G.: *Chile invadido*, Ed. Austral, Stgo. 1968. Labarca, comunista de fila, exagera mucho y es un firme partidario de la «teoría conspirativa» pero parte de la información que entrega resulta convincente. Paul Sigmund, recoge la cifra de 2,6 millones de dólares para la DC. Cfr. Paul Sigmund: *The Overthrow of Allende*; University of Pittsburgh Press, USA, 1977, p. 34. Más antecedentes en: «Como la CIA financió la campaña de Frei Montalva», en suplemento de *Qué Pasa*, Cap. VI («Los archivos de Washington sobre Chile» Stgo. 1996). Con todo, Renán Fuentealba, presidente del PDC en el momento niega haber recibido esa suma, también es el caso de otros importantes personeros DC (observación de Patricio Aylwin).
- 17 Entrevista de Arturo Fontaine y Joaquín Fernando al ex Embajador de USA en Chile Edward Korry, en *Estudios Públicos* N° 72, primavera de 1998, p. 72 y sigs. Korry señala que la suma total fue de 20 millones de dólares.
- 18 Recuerdos de Cristián Gazmuri.
- 19 Entrevistas a Rafael Agustín Gumucio y Jorge Frei.
- 20 Consuelo Sierralta y Alejandra Toro: Entrevista a Juan de Dios Carmona, 1995.
- 21 *Eduardo Frei Montalva, programa presidencial* Comando, Stgo., 1964, pássim. También en: Sergio Molina: *El proceso de cambio en Chile*, Eds. Universitaria y Siglo XXI, Stgo., 1972.
- 22 Sergio Molina: *El proceso de cambio en Chile*, p. 78.
- 23 *Ibid.*, p. 75.
- 24 *Programa de Gobierno, Chile 1964-1970*, (Segunda Parte) Ed. del Pacífico, Stgo., 1971.
- 25 Sigmund: op. cit., p. 23.
- 26 Sobre el pensamiento de la CEPAL (ECLA) ver: Leslie Bethell Ed.: *Ideas and Ideologies in Twentieth Century Latin America*, Cambridge U. Press, USA, 1996, pp. 217-294.

- 27 Entrevista a Patricio Aylwin, 23 de julio de 1997. Decimos línea moderada, porque no se aceptaban -al menos no íntegramente- teorías como la relación centro-periferia, de la dependencia, etc., con las que comulgaban los «cepalianos» de izquierda, próximos al marxismo.
- 28 Jorge Ahumada: *En vez de la miseria*, Ed. del Pacífico, Stgo., 1965.
- 29 Cfr., Molina: op. cit., cap. II.
- 30 «Nuestra Revolución en Libertad», discurso pronunciado ante el Partido Demócrata Cristiano el 5 de noviembre de 1966, reproducido en Gazmuri et al.: *Eduardo Frei Montalva*, pp. 403-419.
- 31 *Ibid.*
- 32 Cfr., Jaime Castillo Velasco: *Teoría y práctica de la Democracia Cristiana chilena*, Ed. del Pacífico, Stgo., 1973, p. 15.
- 33 Molina: op. cit., pp. 63-64.
- 34 *Chile en el siglo XX*, p. 209.
- 35 Julio Faúndez: *Izquierdas y democracia en Chile*, p. 166.
- 36 *Ibid.*
- 37 La conocida frase fue pronunciada por Frei en un programa de televisión, poco después de la disolución del Frente Democrático y el anuncio del apoyo conservador y liberal a Frei.
- 38 *La Nación*, 1 de junio, 1964.
- 39 Mario Góngora: *Ensayo sobre...*, p. 126 y sigs.
- 40 *El Mercurio*, 24 de junio, 1964.
- 41 *La Nación*, 24 y 25 de junio, 1964.
- 42 *El Mercurio*, 21 de junio, 1964.
- 43 *Ibid.*
- 44 *Ercilla*, N° 1.537, 4 de noviembre, 1964.
- 45 *Ercilla*, 19 de agosto, 1964.
- 46 Entrevistas a Carmen Frei y otros familiares.
- 47 Citado por Collier & Sater: *A History of Chile*, p. 308.
- 48 *Vea*, N° 1.324, 10 de septiembre, 1964.
- 49 *The Christian Science Monitor*, 30 de noviembre, 1964.
- 50 *La Prensa*, Lima, 10, 13, 22 y 27 de diciembre, 1964.
- 51 *Financial Times*, Londres, 4 de noviembre, 1964.
- 52 *La Gazzetta del Popolo*, Torino 4 de noviembre, 1964, *Il Quotidiano*, Roma 5 de noviembre, 1964, *Il Globo*, Roma, 27 de noviembre, 1964, etc.
- 53 *L'Osservatore Romano*, 5 de noviembre, 1964.
- 54 *La Libre Belgique*, 8 de noviembre, 1964.
- 55 *ABC*, Madrid, 1 de diciembre, 1964.
- 56 *Les Nouvelles de Moscou*, 14 de noviembre, 1964.
- 57 *Vea*, N° 1.324, cit.
- 58 *Chile en el siglo XX*, p. 211.
- 59 Entrevista a Patricio Aylwin.
- 60 *Ibid.*
- 61 *7 días*, 26 de mayo, 1967.
- 62 P. Dooner.: *Cambios sociales y conflicto político*, Eds. CPU - ICHEH, Stgo. 1984, p. 37.
- 63 *Ibid.*
- 64 *De Profundis* y entrevista con Patricio Aylwin.
- 65 Entrevista a Raúl Troncoso.

- 66 Información proporcionada por Jorge Frei.
 67 Fotos de la ceremonia en FF. La película está en el Archivo de Chile Films y en el Canal 13.
 68 República de Chile: *Transmisión del mando presidencial*, Stgo. noviembre de 1964 y revistas *Vea* N° 1.332, 5 de noviembre, 1964 y *Ercilla*, 4 de noviembre de 1964 (N° 1.537).
 69 *Vea* N° 1.332.
 70 Prensa, noviembre de 1964.
 71 Correspondencia, en FF, TRB 646.
 72 *Ercilla* N° 1.537.
 73 Paul Sigmund: *The Overthrow of Allende*, p. 40.
 74 Luis Hernández Parker. «Entrevista a Salvador Allende», en *Ercilla*, N° 1.537.
 75 Álvaro Marfán: «Frei y su política de gobierno» en *Ercilla*, cit.
 76 Carta de Eduardo Frei a Ricardo Krebs, 11 de noviembre de 1964. En FF, TRB 646.
 77 Loreto Covarrubias y Guadalupe Sánchez: Entrevista a Olaya Errázuriz de Tomic, 1995.
 78 Lía Cortés y Jordi Fuentes: *Diccionario político de Chile*, Ed. Orbe. Stgo. 1967, p. 465.
 79 Entrevista a Enrique Krauss, enero de 1998.
 80 Entrevistas a Jorge Frei, Enrique Krauss y a Adriana Leiter, secretaria de Eduardo Frei Montalva durante su presidencia, julio de 1966.
 81 Arturo Olavarría B.: *Chile bajo la democracia cristiana*, V. I, primer año, Ed. Nascimento, Stgo. 1966, p. 24.
 82 P. Dooner.: op. cit., pp. 50-51.
 83 *El Mercurio*, 7 de diciembre, 1964.
 84 *Topaze*, segunda semana de diciembre, 1964.
 85 Prensa, noviembre de 1964-febrero de 1965.
 86 Sigmund: op. cit., p. 46.
 87 *Ercilla*, 8 de septiembre, 1965.
 88 *Chile en el siglo XX*, p. 212.
 89 Cfr., Fernando Zegers Lynch, en *La Época*, 22 de febrero, 1998.
 90 Entrevista a Patricio Aylwin. Frei ofreció la embajada en Argentina a David Stitchkin, quien la rechazó, por consideraciones de «disciplina al Partido Radical». Carta de D. Stitchkin a E. Frei, 24 de noviembre de 1964.
 91 Sigmund: op. cit., p. 46.
 92 *Chile en el siglo XX*, p. 212.
 93 *Ibid.*
 94 Entrevista a Juan de Dios Carmona.
 95 *El Mercurio* 29 y 30 de marzo, 1965.
 96 *Clarín*, 13 de abril, 1965. En verdad sería al revés. Los tres últimos serían los más difíciles.
 97 *Última Hora* 13 de abril, 1965.
 98 Olavarría: op. cit. V. I, *passim*.
 99 *Última Hora* 16 al 21 de abril, 1965 y sigs. También *El Siglo* de esos mismos días.
 100 *La Nación*, 23 de abril, 1965.
 101 Olavarría: op. cit. V. I, pp. 137-139.
 102 Andrea Ruiz-Esquide: *Las Fuerzas Armadas durante los gobiernos de Eduardo Frei y Salvador Allende*, documento de trabajo, Stgo. 1993, p. 1.
 103 *Ibid.* pp. 3-4.
 104 Olavarría: op. cit., V. II, p. 86.
 105 Sobre Mably, cfr., J. C. Petitfils: *Los socialismos utópicos*, Ed. Eudeba, Madrid, 1979, pp.

- 40-42. Rousseau propuso su idea de una reforma agraria en varios escritos. Quizá el más completo al respecto sea el: *Proyecto de constitución para Córcega*.
 106 Cfr., Sergio Villalobos: «el bajo pueblo en el pensamiento de los precursores de 1810», en: *Anales de la Universidad de Chile*, N° 120, 1960, pp. 36-49.
 107 Fco. Antonio Encina: *Portales*, Ed. Nascimento, t. II, cap. XIV. El «peso de la noche» y su significado están explicitados en la pág. 208.
 108 La idea ya la planteaba Santiago Arcos en su: *Carta a Francisco Bilbao*, escrita en 1852. Cfr. Santiago Arcos: op. cit. pp. 69-70, Ed. Universitaria, Stgo., 1989.
 109 Ricardo Donoso: *Benjamín Vicuña Mackenna*, Ed. Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1977, p. 66.
 110 *Ibid.*, pp. 68-69.
 111 Cfr., Maximino Fernández Frailé: *Historia de la literatura chilena*, Ed. Salesiana, Stgo., 1994, t. II, cap. 2.
 112 Cfr., Mario Góngora: *Origen de los inquilinos en Chile central*, Ed. Universitaria, Stgo., 1960, *passim*.
 113 José Garrido et al.: *Historia de la Reforma Agraria en Chile*, Ed. Universitaria, Stgo., 1988, p. 48.
 114 Cfr., Gonzalo Vial: *Historia de Chile...*, vol. IV, pp. 395-398 y Garrido: op. cit.
 115 César González: *Transformaciones en el agro y sindicalismo campesino en Chile, 1929-1973*, tesis para obtener el grado de Licenciado en Historia, PUC, 1996, p. 38.
 116 *Ibid.*
 117 Vial: op. cit., p. 400. Mc Bride escribiría un libro sobre su experiencia: *Chile y su tierra*, editado por segunda vez en 1973.
 118 Matanza de campesinos, pequeños propietarios, llevada a cabo por carabineros en la zona del Alto Biobío.
 119 Para el caso de Chile y otros países de Iberoamérica, cfr., Mario Ballesteros: «Desarrollo agrícola de Chile» en: *Cuadernos de economía*, N° 2, PUC, Stgo. 1965.
 120 A. Llona y A. Uthoff: «El problema de la distribución del ingreso, el caso chileno» en *Chile 1940-1975, 35 años de discontinuidad económica*, VIA: Ed. ICHEH, Stgo., 1977, p. 214, citando a Sergio Molina.
 121 CIDA: *Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola*, Washington 1966, 2da. Ed. El mensaje del ejecutivo que acompañó el proyecto de ley, se basaba, evidentemente, en la primera Ed.
 122 Discurso del Presidente Frei al presentar el «Proyecto de Ley de Reforma Agraria» ante el Parlamento, 22 de noviembre de 1965.
 123 Instituto de Economía de la Universidad de Chile: *La economía del periodo 1950-1963*, Stgo. IEUCH, 1963.
 124 Cfr., Solon Barraclough: *Lo que implica una Reforma Agraria*, documento de trabajo, Stgo. 1964, p. 36.
 125 Emiliano Ortega: *Transformaciones agrarias y campesinado*, Eds. CIEPLAN, Stgo., 1987, p. 32.
 126 *Ibid.*
 127 Cfr., Gonzalo Vial: «Las tres reformas agrarias», borrador no publicado, p. 17.
 128 Conversación con Eduard Korry, ex Embajador de EE. UU. en Chile, en el Centro de Estudios Públicos, CEP, noviembre de 1996.
 129 Entre 1929 y 1962 se habían creado sólo 1.212 «colonias» y asignado 1.050 «parcelas» abarcando, muy mayoritariamente, tierras de secano. Garrido: op. cit. (gráfico) p. 59.

- 130 Que fue, en cierta medida, el sucesor de un organismo previo, el CONFIN (Consejo de Fomento e Investigación Agrícola).
- 131 Cit. por Garrido: p. 116.
- 132 *Ibíd.*, p. 117.
- 133 Ortega: op. cit., p. 32 (nota 11).
- 134 Garrido: op. cit., Anexo IV.
- 135 González: op. cit., Rafael Moreno (en entrevista cit.) niega incluso que se haya realizado esa única expropiación.
- 136 Entrevista a Rafael Moreno.
- 137 Entrevista a Jacques Chonchol, enero de 1997.
- 138 *Ibíd.*
- 139 *La Nación*, 24 de agosto, 1964.
- 140 *Ibíd.*
- 141 Cuadro (N° VI-5) elaborada por Soledad Valdés, sobre la base de datos de CORA, para el libro cit. de José Garrido, p. 174.
- 142 Entrevista a Jacques Chonchol.
- 143 Brian Loveman: *Struggle in The Countryside*, Indiana U. Press, Bloomington and London, 1976, p. 159.
- 144 *Ibíd.*: pp. 151-171.
- 145 *Ibíd.*: pp. 172-187.
- 146 Omar Arguello: «Reforma Agraria y participación», en *Revista Paraguaya de Sociología*, p. 51, cit. por Wilhelm Hofmeister: *La opción por la democracia*, Eds. Konrad Adenauer, Stgo., 1995, p. 86.
- 147 *Ercilla*: N° 1.568, 9 de junio, 1965.
- 148 *El Diario Ilustrado*, 3 de mayo, 1965.
- 149 *El Mercurio*, 15 de mayo, 1965.
- 150 Mariana Aylwin et al.: op. cit., pp. 213-214.
- 151 *El Diario Ilustrado*, 3 de mayo y 9 de agosto, 1965.
- 152 *El Mercurio*, 3 de diciembre, 1965.
- 153 Patricio Dooner: *Cambios sociales y...*, p. 61.
- 154 *El Siglo*, 26 de enero, 1965.
- 155 Hubo numerosas cartas de agricultores (hoy en la FF), dirigidas a Frei, solicitando revisión de los procesos de expropiación de sus predios. Las respuestas iniciales del Presidente muestran siempre comprensión y cautela. Si se rechazaban las peticiones era después de un informe de la CORA, los que aparecen firmados por Rafael Moreno.
- 156 Terry L. Mc Coy: *Agrarian Reform in Chile, 1962-1968*, cit. por Garrido, pp. 112-113.
- 157 Molina: op. cit., p. 35.
- 158 *Revista Vea*, julio, 1965.
- 159 *Ibíd.*
- 160 *La Nación*, 6 de julio, 1965.
- 161 *El Mercurio*, 10 de agosto, 1997 (*Revista del Domingo*), p. 24, reportaje de Patricio Corvalán.
- 162 Erica Vexler en revista *Ercilla*, segunda semana de julio de 1965.
- 163 Enrique Bernstein: *Recuerdos de un diplomático*, Ed. Andrés Bello, Stgo, Vol. 3, p. 30.
- 164 Óscar Pinochet: *Eduardo Frei*, p. 31.
- 165 Prensa, julio de 1965 y entrevista a Eugenio Ortega Riquelme.
- 166 *Ibíd.*
- 167 *Vea*, segunda semana de julio, 1965.

- 168 Bernstein: op. cit., p. 31.
- 169 *Ibíd.*
- 170 Eduardo Frei Montalva: *Obras escogidas*, selección y prólogo de Óscar Pinochet de la Barra, Fundación Frei, Stgo., 1993, p. 309.
- 171 *Ya* (España), 8 de julio, 1965.
- 172 *Vea* tercera semana de julio, 1965.
- 173 Texto recogido por Luis Hernández Parker en un reportaje publicado en *Ercilla*, segunda semana de julio, 1965.
- 174 En FF, TRB 1.186.
- 175 *Vea*, tercera semana de julio, 1965.
- 176 En FF, TRB 1.186.
- 177 *Ercilla*, segunda semana de julio, 1965.
- 178 Julio César Jobet: *El Partido Socialista de Chile* Ed. PLA, Srgo., t. II, pp. 106-115.
- 179 Wilhelm Hofmeister, op. cit., p. 122.
- 180 Folleto *Integración social, hacia la comunidad organizada*, Colección Documentos N° 3, «Campaña Nacional de Promoción Popular», sin pie de imprenta.
- 181 Ismael Silva F.: *Promoción popular y mutación cultural*, Stgo. 1965, pássim.
- 182 *Los 7 misterios de la promoción popular*, folleto de divulgación, sin pie de imprenta, p. 4.
- 183 *Ibíd.*, p. 6.
- 184 Hofmeister: op. cit., p. 123.
- 185 *Ibíd.* Tabla, p. 125.
- 186 Entrevista a Patricio Aylwin.
- 187 *Ibíd.*
- 188 Sergio Molina: op. cit., p. 67.
- 189 Ernesto Tironi: «El comercio exterior en el desarrollo chileno», en *VIA: Chile 1940-1975, 35 años de discontinuidad económica*, p. 115 (cuadro 7).
- 190 El mejor y más fiable resumen de la historia del cobre en Chile está en el libro *El cobre chileno*, ed. por la Corporación del Cobre, Stgo., 1975, en forma de dos artículos de A. Sutulov: «Antecedentes históricos de la producción de cobre en Chile», pp. 1-61 e «Historia de la legislación cuprífera en Chile», pp. 63-115, en particular el segundo. Otros datos sobre el periodo prehispánico, en: Benjamín Vicuña Mackenna: *El libro del cobre y del carbón de piedra en Chile*, Ed. del Pacífico, Stgo., 1966, cap. I.
- 191 *Ibíd.*, caps. II-XII.
- 192 En 1876 alcanzó la producción de 52.000 toneladas. Cfr. Sergio Villalobos et al: *Historia de la ingeniería en Chile*, Ed. Hachette, Stgo., 1990, pp. 100-108.
- 193 Cfr., Jean Heffer y William Serman: *De las revoluciones a los imperialismos*, Akal Eds., Madrid 1989, caps. 2 y 3. Más en profundidad: E. Hobsbawm: *La era del capitalismo*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1981, partes 2 y 3.
- 194 Había sido primer productor mundial hasta la década de 1850.
- 195 Vicuña Mackenna: op. cit., cap. XXI y Benito Pérez Galdós: *Marianela*, Eds. Anaya «Mis libros», Madrid, 1983, primeros capítulos.
- 196 Raymond Carr: *España, 1808-1975*, Ed. Ariel, Barcelona, 1982, p. 261.
- 197 La producción ya comenzaba a bajar. Cfr., Sutulov, p. 25.
- 198 Sutulov, p. 27.
- 199 Gonzalo Vial: *Historia de Chile... t.II*, pp. 537-540.
- 200 Theodore H. Moran: *Multinational Corporations and the Politics of Dependence, Copper in Chile*, Princeton U. Press, 1977, p. 22.

- 201 *Ibid.*
- 202 Los años de estas fundaciones de minas, transacciones e inicios de explotación son inciertos. Diversos autores dan datos encontrados, posiblemente a partir de diversos criterios sobre el momento en que un hecho se perfeccionó. Vgr.: Gonzalo Vial y Morán, dan el año 1913 como el de la compra de Chuqui por los Guggenheim. Lo que está claro es que la industria de la gran minería del cobre se expandió entre 1902 y 1915, aproximadamente, bajo Braden y los Guggenheim, los que, sin embargo, no conservaron su propiedad.
- 203 M. Mamalakis and C. Reynolds: *Essays on Chilean Economy*, Yale U. Press, 1965, p. 218.
- 204 Información proporcionada por Ricardo Coudyoumjian, la que aparecerá en el tomo III, de la *Historia de América Latina*, Ed. Andrés Bello, Stgo. de la cual es coautor.
- 205 Morán: op. cit., pp. 261 y 47.
- 206 Sutulov, p. 71
- 207 *Ibid.*
- 208 Cfr., Patricio Jarpa Reyes: *Los hombres del cobre*, Imp. Mueller, Stgo., 1971, p. 14 y sigs. También Sutulov: op. cit.
- 209 *Ibid.* p. 22.
- 210 Raúl Sáez: *Chile y el cobre*, Ed. Depto. del Cobre, Stgo., 1965, pássim.
- 211 Cfr., Patricio Jarpa Reyes: *Los hombres...*, pássim.
- 212 Entrevista a Bernardo Larraín.
- 213 Sutulov, p. 91.
- 214 Como dice Faúndez, en: *Izquierdas y democracia en Chile*. p. 147: «Primero porque su parte en la nueva empresa aumentó su valor por 4. Segundo, porque se le permitía recibir ingresos por una operación que debía incrementar sus aportaciones en un 50 por ciento (como consecuencia de las inversiones a realizarse). Y, tercero, porque el financiamiento externo prometido no significaba una carga adicional para la compañía. El préstamo provendría de una operación por 110 millones de dólares con el Eximbank, garantizada por el Gobierno de Chile y otra con la propia Kennecot, por 80 millones de dólares, con garantía del gobierno de Estados Unidos. (...) Debe notarse que los 80 millones cedidos por la corporación norteamericana a la nueva compañía (mixta) eran equivalentes al monto pagado por Chile para la compra del 51 por ciento de sus operaciones».
- 215 Morán: op. cit., p. 139.
- 216 Faúndez: op. cit., p. 147.
- 217 Cfr., prensa chilena, 15 de abril de 1965 y días sigs. Ésta reproduce algunos de los comentarios formulados en el extranjero.
- 218 Entrevista a Adriana Leiter.
- 219 Prensa, 2 de agosto y días sigs.
- 220 *El Mercurio*, 28 de agosto, 1965.
- 221 Dooner: *Cambios sociales y...*, pp. 70-71.
- 222 *Newsweek*, citado en *Ercilla*, segunda semana de julio, 1965.
- 223 Olavarría: op. cit., V. II, p. 43.
- 224 Prensa, 16-19 de agosto, 1965.
- 225 Olavarría: op. cit., V. I, pássim.
- 226 *El Mercurio*, 5 de noviembre, 1965.
- 227 Erika Vexler: «Frei hace su balance», en *Ercilla*, 27 de octubre, 1965.
- 228 Cfr., Gonzalo Vial: op. cit., t. IV, cap. 9, N° 2.
- 229 Cfr., E. Schiefelbein y M. C. Grossi: «Antecedentes para el análisis de la eficiencia de la

- educación media en Chile», en Iván Navarro y Ernesto Schiefelbein (Eds.): *Eficiencia de la educación media en Chile*, Eds. CPU. Stgo., 1981, pp. 13-30; Ketheleen B. Fischer: *Political ideology and Educational Reform in Chile, 1964-1976*, UCLA Latin American Center, Los Ángeles, 1979, p. 36.
- 230 Schiefelbein: op. cit. pp. 21-22.
- 231 *Programa de Gobierno*, 1964, sin pie de imprenta, p. 39.
- 232 Fischer: op. cit., p. 42.
- 233 *Reforma educacional en Chile*, Ed. Departamento de Cultura y Publicaciones de la Subsecretaría de Educación, Stgo., 1966, p. 5.
- 234 *Ibid.*, p. 14.
- 235 En Eduardo Frei M.: *Obras escogidas*, p. 319.
- 236 *Ibid.*, pp. 46-47.
- 237 *Mensaje Presidencial*, 21 de mayo, 1966.
- 238 UNESCO: *World Survey on Education*, 1971, UNESCO, París, p. 516.
- 239 Olavarría: op. cit., t. II, p. 230.
- 240 *Ibid.*, t. II, p. 82.
- 241 *7 días*, 18 de febrero, 1966.
- 242 *Ibid.*
- 243 Hurtado después sería desaforado y sometido a diversos procesos judiciales relacionados con actuaciones económicas poco claras.
- 244 *Ercilla*, 9 de marzo, 1966.
- 245 Entrevista a Enrique Krauss.
- 246 *Ercilla*, 23 de marzo, 1966.
- 247 *7 días*, 8 de abril, 1966.
- 248 Cfr., Discurso de Bernardo Larraín, último presidente del Partido Conservador, al explicar la extinción de éste en cuanto colectividad independiente y su integración en el nuevo Partido Nacional. *El Diario Ilustrado*, 3 de abril, 1966.
- 249 Teresa Pereira: *El Partido Conservador, 1930-1965*, p. 303.
- 250 Junto a los partidos Liberal y Conservador, recogía también al grupo «Acción Nacional».
- 251 *El Diario Ilustrado*, 9 de marzo, 1966.
- 252 *Declaración de Principios del Partido Nacional*, mayo de 1966.
- 253 *7 días* 1 de julio, 1966.
- 254 Padre de otro alto jefe naval (Ronald de nombre esta vez) de gran figuración durante la dictadura militar de 1973-1989 y después senador designado.
- 255 Olavarría: op. cit., V. II, p. 304.
- 256 Cfr., Andrea Ruiz-Esquide: *Las Fuerzas Armadas durante los gobiernos de Eduardo Frei y Salvador Allende*, inédito, Stgo., 1993, p. 20.
- 257 Cfr., *The Military Balance*, ISS, Londres, años 1965-1970.
- 258 Olavarría: op. cit.: V. I, p. 252.
- 259 Que en *Política y Espíritu* había publicado un largo artículo previo al Congreso donde reconocía que «todos coincidimos en apreciar como positiva la gestión de un año y medio de Gobierno». *Política y Espíritu* N° 295, agosto-septiembre, 1966, p. 61.
- 260 Luis Hernández Parker en: *Ercilla*, 31 de agosto, 1966.
- 261 Entrevista a Patricio Aylwin, mayo de 1999, (Las demás alusiones a declaraciones personales de Patricio Aylwin que aparecen en estas notas corresponden a la primera entrevista citada).
- 262 Toda la prensa relató el incidente, el 20 de noviembre y días siguientes.

- 263 7 días, 14 de noviembre, 1966.
 264 Entrevista a Adriana Leiter.
 265 Cartas de María de la Cruz a E. Frei., en FF, TRB 648 y otros.
 266 Carta de Eduardo Frei a Carlos Prats, 17 de julio de 1970. En FF, TRB 692.
 267 Carta de José Naranjo Toro a E. Frei, 27 de agosto de 1968, en FF, TRB, 665.
 268 Entrevista a Adriana Leiter.
 269 Cfr., carta de E. Frei a Fernando Sanhueza y Fernando Buzeta, 25 de agosto de 1967, en FF, TRB, 664.
 270 Cfr., carta a Fernando Smits, presidente de SOFOFA, 4 de noviembre de 1965, en FF, TRB 650.
 271 Entrevista a Adriana Leiter.
 272 Ibid.
 273 Recuerdos de Cristián Gamuri, quien varias veces se cruzó con él.
 274 Entrevista a Enrique Krauss.
 275 Ibid.
 276 Ibid.
 277 Ibid.
 278 Recibo del Hogar de Cristo por \$300, a nombre de Eduardo Frei, correspondiente al año 1969. En FF, TRB 678. Hay otros en la FF.
 279 FF, TRB. 650.
 280 Carta de Arturo Fontaine A. a Eduardo Frei, 25 de septiembre de 1969. En FF, TRB 680.
 281 Conversación con Claudio Orrego Vicuña, quien fue director de *La Nación*. Recuerdo de Cristián Gazmuri (quien era colaborador de ese diario).
 282 Recuerdo de Cristián Gazmuri.
 283 Entrevista a Enrique Krauss.
 284 Carta de Eduardo Frei a José Domínguez, 20 de agosto de 1970. En FF, TRB 693.
 285 Entrevista a Patricio Aylwin. Con todo, Frei mantenía con Bulnes relaciones cordiales, como lo demuestra el trato que le da este último en una carta del 7 de marzo de 1970, en la que le solicita que suspenda nuevas expropiaciones en la zona de Chillán. En FF, TRB 1.169.
 286 Información proporcionada por Enrique Krauss.
 287 Carta de Jorge Barros (funcionario de Zig-Zag) a Eduardo Frei, 20 de abril de 1970. En FF, TRB 644.
 288 Entrevista a Patricio Aylwin.
 289 Entrevista a María Irene Frei R-T.
 290 Cfr., por ejemplo, carta del 23 de septiembre de 1969. En FF, TRB 680.
 291 Entrevista a Raúl Troncoso.
 292 Entrevista a Enrique Krauss.
 293 Entrevista a Enrique Krauss.
 294 Entrevista a Patricio Aylwin.
 295 Carta de Francisco Blanco V. a Eduardo Frei, 21 de enero de 1970. En FF TRB 686.
 296 Elisabeth Subercaseaux: Gabriel Valdés..., p. 71.
 297 Entrevista a Jorge Frei.
 298 Entrevista a Enrique Krauss.
 299 *Eduardo Frei, el hombre...*, pp. 125, 132-133.
 300 Vgr.: Carta a la Subsecretaría de Hacienda, Victoria Arellano Stark (hermana del general) del 27 de mayo de 1970. En FF, TRB 690.

- 301 Carta de Eduardo Frei a Luis Aldunate, presidente de HONSA (Hotelería Nacional, S.A.), 7 de julio de 1970. En FF, TRB 692.
 302 Óscar Larson: *La ANEC y la Democracia Cristiana*, pássim.
 303 Carta del P. Óscar Larson a Eduardo Frei, Santiago, 12 de mayo de 1969.
 304 Carta de Eduardo Frei a Óscar Larson, Santiago, 28 de mayo de 1969.
 305 Carta de Óscar Larson a Eduardo Frei, 5 de junio de 1970. en FF, TRB 691.
 306 Carta de Eduardo Frei a Carlos Vial Espantoso, 13 de julio de 1970. En FF, TRB 692.
 307 Entrevista a Jorge Frei.
 308 Entrevista a Enrique Krauss.
 309 Entrevista a Raúl Troncoso.
 310 Entrevista a Carmen Frei.
 311 Entrevista a Jorge Frei.
 312 Ibid.
 313 Entrevista a Carmen Frei.
 314 Elisabeth Subercaseaux: *Gabriel Valdés...*, p. 70.
 315 Entrevistas a Carmen Frei y Enrique Krauss.
 316 Garrido: op. cit., p. 241.
 317 *El Diario ilustrado* 18 de junio, 1967.
 318 Cfr., Olavarría: op. cit. V. III pp. 213-216. Rafael Moreno trató a Larocque de «fresco» (entrevista cit.). Es muy posible que su viaje haya sido una trampa tendida al Gobierno. La crítica del francés fue reproducida por Fabio Vidigal Xavier Da Silveira, en el libro *Frei el Kerensky chileno*, pp. 73-74 con características de escándalo. Lo que no agrega el brasileño es que muchos otros técnicos extranjeros que conocieron el proceso chileno tuvieron entonces opiniones favorables.
 319 Soledad Valdés, cuadro VI-5, cit. supra.
 320 Entrevista a Rafael Moreno.
 321 Carta de Tomás Cox a Eduardo Frei, Santiago, 2 de enero de 1969. en FF TRB 673.
 322 Folleto. *El Asentamiento*, Ed. CORA, Desarrollo Campesino, Difusión, 1967.
 323 Ibid.
 324 *Ercilla*, 27 de julio, 1966.
 325 Cfr., Ley 16.640.
 326 Datos tomados de Loveman: op. cit., pp. 270-278 y Emiliano Ortega: op. cit., cap. I, B.
 327 7 días, 20 de enero, 1966.
 328 Entrevista a Patricio Aylwin.
 329 Ibid.
 330 Eduardo Frei Montalva: *Obras escogidas*, p. 329.
 331 Carta de Eduardo Frei a René Montero M., 23 de enero de 1967.
 332 Entrevista a Rafael Moreno.
 333 Olavarría: op. cit., V. III., pp. 78-97.
 334 *La Nación y La Tarde* 3 de abril, 1967.
 335 Ibid.
 336 *El Diario Ilustrado*, 3 de abril, 1967.
 337 Olavarría, Vols. I y II, pássim.
 338 Así lo hacía ver *Política y Espíritu* N° 299, abril-mayo de 1967, pp. 5-12.
 339 *Ercilla*, 24 de mayo, 1967.
 340 Olavarría: op. cit., V. III, pp. 174 y sigs.
 341 Sigmund: op. cit., p. 63.

- 342 Cfr., Jorge Núñez: «El Gobierno Demócrata Cristiano, 1964-1970», Revista *Andes* N° 2.
- 343 Prensa periódica, 28-30 de julio, 1967.
- 344 *Ercilla*, 30 de noviembre, 1966.
- 345 Entrevista a Patricio Aylwin.
- 346 Olavarría: op. cit. V. III, p. 201. Además, recuerdo de Cristián Gazmuri.
- 347 *7 días*, 21 de julio, 1967.
- 348 *El Mercurio* 3 de septiembre, 1967.
- 349 Cristián Gazmuri, «La Universidad Católica y la Historia de Chile contemporáneo». En: *Revista Realidad Universitaria*, cit.
- 350 *El Mercurio* 13 de agosto, 1967 y días sigs.
- 351 *Ercilla*, 29 de agosto, 1967.
- 352 Ricardo Krebs: *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile*, Eds. U. Católica de Chile, Stgo., 1994, t. I cap. XIII y t. cap. II.
- 353 Andrea Guzmán: *El movimiento estudiantil de Reforma y el gremialismo en la época de la reforma Universitaria*, tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, PUC, 1990, pp. 53-64.
- 354 Sobre el origen de los «Chicago Boys» ver Juan Gabriel Valdés: op. cit. y Sofía Correa: «Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile» en «Opciones» N° 6, mayo-agosto de 1985.
- 355 Cfr., Dooner: *Cambios sociales y...*, pp. 120-125.
- 356 Jacques Chonchol: *La vía no capitalista de desarrollo y nuestra realidad nacional*, Ed. Capacitación, N° 2, Stgo. 1968, pp. 30-31.
- 357 Paul Sigmund: *The overthrow...*, p. 52.
- 358 Luis Valencia A.: *Anales de la República*, p. 622.
- 359 Dooner: op. cit., p. 110.
- 360 *El Mercurio*, 8 de noviembre, 1967.
- 361 *Ercilla*, 8 de abril, 1966.
- 362 Julio Faúndez: *Izquierdas y Democracia en Chile*, p. 145.
- 363 Entrevista a Enrique Krauss.
- 364 *Ercilla*, 31 de enero, 1968.
- 365 Fuente: Banco Central de Chile: *Indicadores económicos y sociales 1960-1988*, p. 26, Stgo., 1989.
- 366 Discurso del Ministro Sergio Molina ante el Parlamento, día 7 de noviembre de 1967.
- 367 «Nuestra Revolución en Libertad», discurso pronunciado ante el Partido Demócrata Cristiano el 5 de noviembre de 1966, reproducido en Gazmuri et al.: *Eduardo Frei*, pp. 403-419. p. 406.
- 368 *Ibid.*, p. 405.
- 369 Entrevista a Patricio Aylwin.
- 370 Citado por J. J. Servar-Schreiber en *El desafío americano*, opinión reproducida por *Ercilla*, 1 de mayo, 1968, pero ya con un dejo de nostalgia frente a la predicción que se veía de difícil cumplimiento.
- 371 Carta de Eduardo Frei a Jacques Maritain, en: *Memorias*, pp. 173-174.
- 372 Luis Hernández Parker en *Ercilla* 8 de noviembre de 1967.
- 373 V gr.: Opiniones recogidas por *Ercilla*, 1 y 8 de noviembre, 1967.

CAPÍTULO VIII

El término de la Administración Frei

Hacia la ruptura del Partido Demócrata Cristiano y la aparición de la violencia

De más está recordar que la Democracia Cristiana nunca había sido gobierno con anterioridad, salvo cuando era Falange Nacional y como integrante muy minoritario de coaliciones, y que ahora gobernaba sola. Este factor explica que hasta 1964, siendo un gran partido de centro, con una doctrina rica como era el socialcristianismo, no hubiera tenido conflictos internos graves.

Pero otra cosa era concretar un programa teniendo el poder. Ahora afloraron las tensiones. El modelo se mostró difícil de llevar a la práctica eficientemente e incluso en algunos casos los equipos humanos no mostraron estar a la altura de la tarea, perdiendo la perspectiva y el sentido de realidad. Por otra parte el proyecto del gobierno se veía amenazado por la utopía marxista, que vivía sus postreros años de gloria y esperanza a nivel mundial. Ésta entregaba en el papel, aunque fuesen muy malas, como después se vio, muchas de las soluciones concretas para las cuales el comunitarismo no tenía respuesta y así aparecía atractiva ante vastos sectores y acentuaba su impaciencia por realizar cambios estructurales.

Como hemos visto a lo largo de estas páginas, el mismo Frei había sido un inconformista y un luchador impaciente contra las lacras tradicionales de Chile. Pero ahora, desde su cargo de Presidente de la República, su buen sentido le indicaba que no

era posible ir tan rápido como muchos de sus camaradas querían y aparecía ante éstos, como actuando desde una postura conservadora. Por lo demás, recordemos, siempre había rechazado las soluciones socialistas y el marxismo.

A comienzos de 1968 se produjo la primera de las crisis mayores entre los sectores demócratacristianos Oficialista y Rebelde, a raíz de la renuncia a cargos de gobierno de Pedro Felipe Ramírez y Jacques Chonchol, ambos contrarios al oficialismo, producidas a fines de 1967 y originadas en desavenencias con el ministro de Economía, de firme línea oficialista, Edmundo Pérez Zujovic.

Pérez había pedido la renuncia a Ramírez en diciembre de 1967 y Chonchol solidarizó. Convocado entonces el ministro por la directiva del partido, encabezada por Gumucio y proclive a las posturas contrarias al gobierno, Pérez no concurrió.

En esas circunstancias el 6 de enero de 1968 se realizó una junta extraordinaria del Partido Demócrata Cristiano en Peñaflores en la cual la directiva del PDC reiteró su apoyo a Ramírez y a Chonchol en un abierto desafío al gobierno. Allí habló Frei quien llegó hasta el lugar: «Nunca me ha quitado el sueño el enfrentar a mis enemigos, pero tener problemas con mi propio partido me desconcierta y me impide trabajar»¹. Pidió que la Democracia Cristiana se definiera si estaba o no de acuerdo con el ritmo que llevaba el programa de gobierno. La discusión se hizo áspera y tras una nueva y dramática intervención del Presidente de la República, que no había regresado a Santiago sino que esperó el desarrollo del debate en un lugar cercano, se procedió a votar las cuestiones controvertidas. Venció la posición de Frei, en forma de un voto redactado por Renán Fuentealba y Patricio Aylwin y que fue aprobado por 278 contra 202 votos; venciendo a otro presentado por Jacques Chonchol, Julio Silva Solar y Bosco Parra.

Gumucio renunció a la presidencia del partido, comentando que «se iba tranquilo porque con la votación había salvado el honor de partido», eligiéndose de inmediato una mesa oficialista encabezada por Jaime Castillo, con Tomás Reyes como

vicepresidente². Sin embargo, en medio de un griterío y de amenazas, se retiró de la reunión la mayor parte de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC). Su presidente, Rodrigo Ambrosio, declaró: «El partido tendrá que lamentar antes de un mes esta resolución. La juventud experimentará una grave sangría, y un partido sin juventud es un partido sin futuro»³.

Aunque finalmente, a petición de Frei, Chonchol retiraría su renuncia, en julio siguiente parte de las amenazas de la juventud comenzarían a cumplirse cuando en la Junta Nacional de la JDC, el presidente saliente, Ambrosio, pronunció un agresivo discurso contrario al gobierno, el que fue apoyado por la nueva directiva, encabezada por Enrique Correa, que seguía en la línea Rebelde.

En verdad, Ambrosio, que había vivido en París un tiempo como estudiante de postgrado, durante esa estadía, al parecer, había decidido, junto con algunos de los otros líderes demócratacristianos jóvenes, a lo Lenin en el Congreso de la Socialdemocracia rusa de Londres en 1903, quebrar el Partido Demócrata Cristiano en caso de no poder imponer sus posiciones y ahora estaba llevando a cabo su plan.

Algunos iniciados suelen (o solían) señalar incluso la mesa del café parisiense en que tan trascendental reunión habría tenido lugar.

De ser cierta esta romántica historia, hablaría mal de Ambrosio y su duplicidad. Si cuando fue elegido presidente de la Juventud Demócrata Cristiana, en 1967, tenía ya la intención de controlar el conglomerado o destruirlo y si ya creía en los métodos leninistas, debió haberlo manifestado entonces. La actitud malintencionada le sería reprochada por el presidente del PDC, Jaime Castillo, de modo extremadamente claro y duro: «Ambrosio y Correa, tan admiradores de la disciplina y el celo existentes en el Partido Comunista, donde la ropa sucia se lava en casa, convocaron a una conferencia de prensa, que la directiva (del PDC) prohibió, para mostrar nuestras reales o supuestas mugres a todos los redactores políticos. Los diarios de oposición no necesitan esforzarse para conocer nuestros problemas

más serios y confidenciales. Sus 'corresponsales' militan en nuestras propias filas»⁴.

La directiva del Partido Demócrata Cristiano sufriría una nueva modificación a los pocos meses, siendo reemplazado Castillo por Renán Fuentealba, en lo que se pretendía fuera una mesa de consenso. El panorama político interno del PDC pareció calmarse entonces transitoriamente.

Pero volviendo atrás a los primeros meses de ese año 1968. En febrero renunció como ministro Juan Gómez Millas, quien no parecía dispuesto a aceptar el cogobierno en las universidades⁵; iniciativa que recibió el apoyo de la Democracia Cristiana durante la época en que la presidía Rafael Agustín Gumucio y aún después. También renunció William Thayer, ya cuestionado por largo tiempo como hemos visto. Finalmente se sumó a los ministros que se iban Sergio Molina, quien pagaba el fracaso de los «Chiribonos». Como si fuera poco, Bernardo Leighton, que se mostraba cansado, pidió vacaciones (acumuladas) por tres meses y de hecho quedó como dimisionario⁶. Incluso Pedro Jesús Rodríguez también manifestaba su intención de irse del gabinete. En fin, el 14 de febrero el ministerio en pleno dejó al Presidente en libertad de acción⁷.

En el nuevo ministerio que juró a continuación, Edmundo Pérez pasaba de economía a Interior, ya con fama de ministro de hierro. Al retorno de Leighton, el propio Frei le confirmaría su alejamiento definitivo del cargo el que pasó en propiedad a Pérez.

La designación de Edmundo Pérez reflejaba la idea de Frei que se aproximaban tiempos que requerirían una personalidad fuerte en ese cargo clave, lo que significaba la partida definitiva de Leighton. Sergio Molina fue reemplazado en Hacienda por Raúl Sáez. Se esperaba que el nuevo ministro de Hacienda, uno de los legendarios «siete sabios», sería mucho más rígido en el control de los beneficios sociales y sin duda chocaría con él. En Economía el subsecretario Andrés Zaldívar reemplazó a Pérez Zujovic y Thayer fue trasladado a Justicia, pero abandonaría el ministerio definitivamente en agosto siguiente. Los demás

ministros permanecían en sus cargos y la única cara nueva era Eduardo León, que de director del Trabajo pasaba a ministro. Pedro Jesús Rodríguez fue propuesto para embajador en el Perú.

Leighton nunca olvidó completamente que Frei lo dejara partir sin mayor «bombo». Había sido considerado la figura «moral» de la Falange y ese era su orgullo. Ahora que el «Flaco» prescindiera de sus servicios tan fácilmente, le dolía. Desde entonces surgió una trizadura en la amistad entre ambos la que terminaría con un cuasi rompimiento después del golpe militar de 1973. Al distanciamiento personal se sumaría un creciente acercamiento de Leighton a las posturas de los grupos Rebelde y Tercerista, a los cuales nunca llegó a pertenecer pero que se sentían contando con su simpatía, o, al menos, su comprensión. Su relación con éstos se mantuvo durante toda la época de la Unidad Popular, cuando ya aquéllos estaban fuera del PDC. Una vez producido el golpe del 11 de septiembre, los MAPU e Izquierda Cristiana, ahora prófugos, recurrieron al consejo o la ayuda (muy hipotética en todo caso) de Leighton (así como de sacerdotes de su propia línea política). En el exilio harían causa común y Leighton enviaría duras cartas a Frei por su justificación inicial al golpe militar de septiembre de 1973⁸.

¿Fue esta colaboración con la izquierda simplemente bonhomía del «Hermano Bernardo» en relación a sus ex camaradas en desgracia?, ¿o era el resultado de una pugna sorda con Frei que se arrastraba del momento a que nos referimos? Lo más posible es que se tratase de una mezcla de ambos motivos.

El flamante nuevo gabinete duró poco. Raúl Sáez, hombre famoso por lo feo y (probablemente en relación con lo anterior) hosco y poco afecto a socializar, pero inteligente, trabajador y de gran personalidad, cuyo sólo nombramiento hizo subir la Bolsa de Comercio⁹, debía conseguir la aprobación de un proyecto de reajuste que corriera mejor suerte que el que incluía a los «Chiribonos». La tarea no era fácil con un Senado controlado por una oposición intransigente. Además su fórmula de financiarlo con nuevos impuestos, en particular al cobre¹⁰ y con alzas al de compraventas y al aplicado a los combustibles

entre otros productos, no gustaba ni a la derecha, ni a los radicales, ni a la izquierda. Los sindicatos, siempre bajo el control de este último sector, también estaban dispuestos a oponerse a todo.

Sáez negoció, pero la pista estaba pesada. En esa circunstancia surgió un intermediario entre el gobierno y el Partido Comunista, el que no quería precipitar una crisis institucional como hubiera ocurrido de rechazarse este segundo Proyecto de Ley de reajuste para 1968, ya bien corrido el año. Ese intermediario fue el senador independiente de izquierda, Rafael Tarud, del mismo que había cooperado decisivamente al fracaso el ministerio Frei de 1954. Tarud prometió ahora conseguir el apoyo comunista si el proyecto del ministro Sáez era modificado en un aspecto importante. El pago de parte del reajuste no sería ahora en bonos, sino en cuotas CORVI (de la Corporación de la Vivienda), lo que, sin embargo, obligaba a endeudarse al Fisco.

Por otra parte, aun contando con los nuevos recursos, un reajuste como el que se transaba obligaba a seguir dependiendo para financiar el presupuesto ordinario de la nación, de un recurso eventual como eran los ingresos por el muy alto precio del cobre, el cual se creía que bajaría en cuanto disminuyera la acción bélica norteamericana en Vietnam.

Pero Frei, en la encrucijada, se apresuró a aceptar la solución Tarud. Pero salía del sartén para caer en las brasas. El nuevo problema se produjo porque Raúl Sáez había permanecido al margen de la negociación (posiblemente se temía a su testaruda negativa) y se enteró de ella cuando ya era un hecho. Su renuncia fue inmediata. Había sido ministro 28 días. Asumió interinamente en Hacienda el ministro de Economía Andrés Zaldívar, quedando en calidad de biministro hasta el mes de mayo cuando el ex ministro de Defensa Juan de Dios Carmoña ocupó la cartera de Economía, conservando Zaldívar la de Hacienda¹¹.

Los opositores, en especial los socialistas, lanzaron una andanada de críticas hacia el acuerdo conseguido, presagiando

que sería un factor de distorsión y debilitamiento de la economía nacional. Pero, conseguido el apoyo comunista, los gremios, donde este partido tenía mucha influencia, debieron ceder también y el problema inmediato del reajuste quedó solucionado.

La derecha también se mostró muy desilusionada por la salida de Sáez, cuyo nombramiento había interpretado como un viraje económico hacia el liberalismo.

Frei había superado un grave escollo, pero pagando un costo político importante y cediendo parcialmente en su posición de austeridad y proclive al fomento del ahorro. Además la oposición política y el mundo sindical, después de un primer momento de desconcierto, consideraron la actitud del régimen como un signo de debilidad, desatándose una ola de huelgas en servicios del Estado, magisterio y Correos y Telégrafos, en busca de que el proyecto, tal como saldría del Parlamento al final, los beneficiara aun más. Su estrategia se basaba en el hecho de que, aún con el apoyo comunista, faltaban votos en el Senado para aprobar la retrasada Ley de Presupuesto. Ésta se aprobaría, finalmente, por la abstención de los senadores nacionales después de otra compleja negociación.

Con todo, el Presidente, incansable, continuaba con su labor de gobierno. En abril viajaría (por sólo 7 horas) al extremo Sur para promulgar allí la Ley que daba vida a la Corporación de Magallanes. Pero el 21 de mayo, en el Mensaje ante el Congreso Pleno reiteraba: «Advierto aquí que los excesos del juego de la política partidista están creando una crisis profunda en nuestro sistema institucional». Y continuaba: «Tengo el deber de seguir. Mantener el imperio de la ley, la autoridad y el orden público, la justicia y la libertad; la transformación y el progreso»¹².

Pero obstáculos de otro tipo vinieron a sumarse a la marcha de los planes socioeconómicos del régimen. 1967 y 1968 fueron los años más secos en lo que iba corrido del siglo. Este fenómeno, que Frei calificó de «terremoto silencioso», causó un grave daño a la agricultura, poniendo más tensión en un mundo ya conmovido por la reforma agraria.

Además, durante los últimos meses de 1967 y los primeros de 1968 se produjeron los primeros enfrentamientos entre autoridades chilenas y los extraños alemanes de la llamada Colonia Dignidad. En concreto, entre el intendente de Linares, Héctor Taricco, y algunos colonos germanos que parecían no saber que tenían que respetar las leyes chilenas. Como la colonia, presuntamente, era una institución de beneficencia, las opiniones dentro del gobierno estaban divididas en relación a la actitud a tomar.

Fue una desgracia esa indecisión; el problema de Colonia Dignidad se arrastra hasta el presente (1999). Durante el régimen militar, se ha dicho que sirvió de cárcel y centro de torturas para los enemigos de la dictadura. Uno de sus dirigentes, Paul Schaffer, ha sido acusado de delitos de sodomía; la colonia ha cometido numerosos delitos tributarios y un gran número de antecedentes hace presumir que sus dirigentes, algunos de pasado nazi, son personas de dudosa catadura moral. Haciendo gala de audacia, han causado problemas a todos los gobiernos democráticos chilenos que han existido desde el fin del régimen de Pinochet y se han burlado de las leyes del país. Un precio un tanto caro por el bien que hacen en materia de salud y educación? a nivel regional.

Más preocupante aún era la extensión de la violencia, algo que se venía veniendo desde los acuerdos del Partido Socialista del año anterior con respecto a OLAS y la radicalización de un sector de esa colectividad, encabezado por Carlos Altamirano, quien impuso su posición dentro de éste en el ya mencionado, Congreso de Chillán efectuado en noviembre de 1967. Allí se había proclamado la legitimidad de la violencia revolucionaria. No es que se abandonara la vía electoral (como quedaría demostrado en 1970) pero se aceptaba, como alternativa, el camino de la toma violenta del poder¹³.

Pero había otro foco de violencia, más virulento. En la Universidad de Concepción había nacido, en 1965, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) entre jóvenes originalmente de orientación socialista y comunista y, frecuentemente, hijos de radicales¹⁴. Se trataba de un grupo declaradamente partidario de

la toma del poder político por la vía armada. En un comienzo no tuvo mayor importancia, pero iría creciendo. Sus máximos dirigentes eran los hermanos Miguel y Edgardo Enríquez, hijos del ex rector de la U. de Concepción Edgardo Enríquez Frödden, así como sobrinos de la parlamentaria de la misma tienda Inés Enríquez, por lo demás, ambos distinguidos intelectuales más bien moderados. Otros dirigentes, en la propia ciudad de Concepción, fueron Bautista van Schowen y Luciano Cruz. En Santiago se destacarían Andrés Pascal, sobrino de Salvador Allende, Sergio Zorrilla, Humberto Sotomayor, Víctor Toro y otros, como, por ejemplo, el director de la revista *Punto Final*, de tendencia mirista, Manuel Cabieses.

Muchos miristas morirían trágicamente: Cruz se suicidó durante la época de la Unidad Popular, los hermanos Enríquez serían asesinados por la DINA, también fue ultimado Van Schowen después de meses de ser brutalmente torturado. Algunos que sobrevivieron, como Andrés Pascal Allende, han terminado como prósperos empresarios en Cuba o en Chile. Hernán Büchi, quien también fue simpatizante mirista, después sería el *factotum* del «neoliberalismo pragmático» durante el gobierno de Pinochet, posterior a la «debaque» de 1982¹⁵.

De hecho se trataba de un grupo de desequilibrados violentos que encontraron en el romanticismo revolucionario una forma de vida y que cometieron numerosos crímenes. Políticamente harían un enorme daño a la Unidad Popular y contribuyeron a precipitar el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Eran el correlato de los Tupamaros en Uruguay, los Montoneros y el ERP de Argentina y otros grupos de guerrilleros que seguían, en parte, las enseñanzas del «Che» Guevara y del «teórico» francés Régis Debray.

Durante el invierno de 1967 el MIR se fortaleció y la Universidad de Concepción se convirtió en un bastión del extremismo. Se realizaron combativas marchas por las calles penquista las que terminaron en enfrentamientos físicos con carabineros.

Pero se trataba sólo del comienzo. Los primeros meses de

1968 el MIR y otros sectores violentistas ligados al Partido Socialista comenzaron la colocación de bombas en edificios de propiedad del gobierno norteamericano, diarios de oposición y sedes de partidos políticos de derecha y de centro; así como asaltos armados a sucursales bancarias y tomas violentas de campos e industrias. La escalada continuaría en una espiral de violencia en los campos, con ocupaciones de fundos, las que terminaban a veces en enfrentamientos armados. El terrorismo político hizo su aparición.

En ese contexto, no resultaba extraño que el 1 de mayo de 1968, *Ercilla* iniciara su crónica política con una frase dura: «El país está paralizado por el vértigo gremial y político». Para continuar: «Un mes cumplieron las huelgas del magisterio y de Correos y Telégrafos. Dos millones quinientos mil escolares de ambos sexos de la enseñanza fiscal primaria, secundaria y especial prolongaron sus vacaciones de verano...»¹⁶.

Los paros finalmente pudieron ser solucionados, pero el daño realizado no se recuperaría ni con facilidad ni completamente. Superada la tormenta, el Presidente realizó una gira a la provincia de Temuco los primeros días del mes de junio. Fue muy aplaudido, inauguró escuelas, instalaciones y plantó un árbol a los pies del cerro Ñielol.

Pero se trataba de un remanso. En 1968 la rebelión universitaria, que, como se vio, había comenzado el año anterior en las universidades Católicas, se extendería a las universidades estatales. El problema comenzó en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile (Facultad de Filosofía y Educación) del cual era decano el historiador comunista Hernán Ramírez Necochea. Ramírez, en el mes de mayo, desconociendo un acuerdo del Consejo Universitario, dio derecho a voto a los estudiantes en la elección de autoridades. El Consejo decidió pedir al gobierno la intervención de la Facultad. El rector, el socialista Eugenio González, quien no estaba de acuerdo con la petición del Consejo, presentó su renuncia al Presidente de la República.

Los alumnos del Pedagógico se tomaron entonces ese local.

Otros estudiantes, de filiación democratacristiana, lo hicieron con la Casa Central de la Universidad de Chile, en parte para que no se la tomaran los estudiantes militantes de los partidos de izquierda marxista y en parte para imponer su propia concepción de reforma universitaria. En ambos casos se trataba de actos de fuerza, pero lo sucedido el año anterior en las Universidades Católica de Chile y de Valparaíso, demostraba que el método servía.

La elección del democratacristiano Jaime Ravinet, como presidente de la FECH en el mes de noviembre vendría a moderar un poco el asunto. Con todo, el problema proseguía pues la oposición de izquierda en su conjunto (incluido el MIR) había obtenido más votación que la lista Demócrata Cristiana y si no eligieron al presidente fue porque iban desunidos. En verdad, la Universidad de Chile (y casi todo el mundo universitario chileno) no volvería a tener un período de tranquilidad académica hasta el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Pero entonces se impondría en ella otro tipo de tranquilidad. El de la represión, el temor (o terror) y la denuncia.

En 1968 se iniciaron también las tomas de terrenos urbanos, auspiciadas por el Partido Comunista, el Socialista y, desde luego, por el MIR. Se comenzaba por agrupar a un conjunto de personas pobres o no tanto, pero que querían ser propietarios, en un grupo de los llamados «sin casa», luego, encabezados por dirigentes políticos de izquierda procedían a tomarse un terreno, por lo común perteneciente a un particular, e instalarse en éste. Las tomas de terrenos irían en brusco aumento. En 1968 hubo sólo 8, en 1969 la cifra subiría a 73 y en 1970 a un total de 220¹⁷. Ya nos referiremos al drama que causó una de ellas en Puerto Montt.

Pero un suceso internacional vino a debilitar a la izquierda temporalmente. En verdad, los roces entre comunistas y socialistas habían comenzado con motivo de las tomas universitarias, ligadas a la «reforma» en el Pedagógico de Valparaíso. Luego hubo tomas y retomas de sedes del PS y PC en Santiago. Pero el conflicto grave vino por la invasión de la URSS a Checoslovaquia, en

el mes de agosto, y que los comunistas chilenos, siempre obsesivos a Moscú, apoyaron; en tanto los socialistas la rechazaban. Sin embargo, aunque violento, el choque PS-PC no duraría mucho y ya hacia fin de año el FRAP se había reunificado¹⁸.

En el bando opuesto y en su estilo, la derecha también continuaba con su polarización. En el mes de julio, en la cabeza del Partido Nacional fue reemplazado el moderado Víctor García Garzena, por Sergio Onofre Jarpa, un hombre, como se dijo, con fama de duro y autoritario. Fue, sin embargo, otro ataque proveniente de los sectores integristas, en particular Fiducia, el que resultó más odioso para el Presidente Frei. A fines de 1967 se había publicado en Buenos Aires, el libro, escrito por un brasileño, Fabio Vidigal Xavier Da Silveira, *Frei el Kerensky chileno*, en el cual se acusaba al Presidente de Chile de pavimentar el camino al comunismo. Con amplio financiamiento, el escrito se reimprimió varias veces en los meses siguientes para su distribución en Chile, y en 1968 se repartió gratuitamente entre sectores de derecha y clase media en general. Se trataba de un ataque que, por su misma audacia, produjo efecto entre el público al que estaba dirigido.

Con todo, el cuarto año (calendario) del gobierno de Eduardo Frei Montalva concluyó con una exitosa gira por Brasil, realizada en septiembre de 1968, a cuyos propósitos nos referiremos más adelante. En lo personal, los ocho días en que visitó Río, Bahía y Brasilia, le permitieron a Frei relajarse y descansar, a pesar de la apretada agenda que cumplió a cabalidad¹⁹.

Resulta interesante un comentario aparecido en *Ercilla* con motivo de la gira, pero que apuntaba a un rasgo de fondo de la personalidad y actitud política de Frei durante su gobierno. «El Presidente chileno se agranda en el extranjero. En su país se encoge. En un país de militaristas defiende el diálogo con los trabajadores y estudiantes. En Chile invoca el principio de autoridad y se niega a recibir a los huelguistas o a quienes se preparan para paralizar sus labores. Estamos seguros de que el Presidente habría obtenido el permiso del Senado para viajar a EE. UU. si

el mismo coraje que muestra en el extranjero lo demostrara en su tierra. No se prolongarían las huelgas por dos y tres meses si el Mandatario llamara a los dirigentes y les mostrara él (no sus ministros y asesores) la cruda verdad financiera chilena»²⁰.

El comentarista pudo exagerar en este párrafo, pues un Presidente de la República no puede entrar a negociar directamente con cada sector conflictivo. Pero quizá en algunos casos pudo haberlo. Si no lo hizo era porque estaba convencido de la mala intención o, eventualmente, la evidente falta de realismo (o incluso estupidez) de muchas de las pretensiones planteadas y él no quería desgastarse y cansarse en polémicas de ese tipo, pero pagó un costo por ello. En ese sentido Frei mostró una falta de capacidad política para lo «pequeño».

Poco después, para las Fiestas Patrias, llegaba hasta Chile el Presidente del Uruguay Jorge Pacheco Areco. La corta visita, más protocolar y amistosa que de gran importancia política, casi se vio enlutecida por un grave accidente. No el temido ataque tupamaro contra el Presidente uruguayo, que alguna prensa auguraba, sino porque con ocasión del Te Deum del día 18 de septiembre se encabitaron los caballos de una de las carrozas «a la Daumont», en la Plaza de Armas, los que embistieron a los cadetes de la Escuela Militar, en formación, hiriendo a varios. Luego, en estampida, partieron por calle Ahumada en dirección a la Alameda, logrando ser detenidos finalmente por la valiente acción de un carabinero a pocos metros de la carroza que conducía a Frei y Pacheco. Al día siguiente un avión de instrucción T. 33, a reacción, el que debía integrar el escuadrón de presentación aérea en la Parada Militar, se estrelló a poco de despegar, destruyendo casas y muriendo varias personas, entre ellas uno de los pilotos²¹.

Otra grata visita de fin de año, ésta sin lamentables incidentes o accidentes, fue la del Canciller de Alemania Willy Brandt, con quien Frei se paseó, sin escolta, por las calles del centro de Santiago, acompañados de Gabriel Valdés²². Eran otros tiempos y cuando Brandt retornó a La Moneda dijo «ahora sé lo que es la democracia chilena», por desgracia «esa» democracia ya no

duraría mucho. También llegó hasta Chile la Primera Ministra de la India Indira Ghandi. Se la festejó mucho.

Pero mucho más espectacular fue la visita a Chile de Isabel II de Gran Bretaña. Con motivo de los festejos a la Reina inglesa se produjo un incidente curioso con Salvador Allende, todavía presidente del Senado. Éste no asistió a la recepción que Frei ofreció a la soberana y su esposo, el Príncipe Felipe de Edimburgo, en La Moneda, pero sí a la que la Reina ofreció en retribución. Allende llegó en traje de calle, en circunstancias de que en la invitación, se le solicitaba smoking. Cuando el Duque Felipe de Edimburgo, evidentemente molesto, le preguntó por qué lo había hecho, Allende respondió que él era un representante de los sectores populares y no le correspondía usar un traje de boato. El Príncipe retrucó diciéndole que por qué no había venido en traje de baño si su conciencia así se lo hubiera indicado. En verdad, los obreros chilenos no vestían smoking, pero tampoco elegante traje oscuro de calle y, en todo caso, no hubiesen llegado a la recepción de la Reina de Inglaterra en traje de baño²³.

Con todo, en medio de los festejos a la Reina pocos notaron que Jacques Chonchol renunciaba, ahora indeclinablemente, a la vicepresidencia de INDAP y que el Presidente Frei le aceptaba la renuncia²⁴. Edmundo Pérez ha de haber estado, si no contento, muy aliviado.

Pero la renuncia de Chonchol precipitaría el futuro quiebre del Partido Demócrata Cristiano. A los pocos días se daba un gran banquete (en el parque Rosedal) al personero renunciado. Asistieron el presidente del Partido Demócrata Cristiano, Renán Fuentealba Moena, Radomiro Tomic, el «rebelde» Gumucio, Jaime Ravinet e incluso el embajador de Chile en USA, Domingo Santa María, que estaba de paso en el país. Tomic, quien no era considerado quizá lo suficientemente revolucionario, recibió rechiflas de los jóvenes rebeldes. En los días siguientes hubo otras declaraciones en favor y en contra de Chonchol y lo que representaba. Varios militantes, inclusive parlamentarios, fueron pasados al Tribunal de Disciplina del partido de gobierno²⁵.

En octubre renunció el ministro de la Vivienda Juan Hamilton para presentarse como candidato a senador en marzo próximo. Fue reemplazado por Andrés Donoso²⁶ y así se llegó al fin del cuarto año de gobierno.

Los últimos años del régimen

Al iniciarse el quinto año de la administración Frei, en noviembre de 1968 *El Mercurio* escribió lo siguiente: «Llamados a definir el período del gobierno del Excmo. Señor Frei, diríamos que él caracteriza al aún régimen de transición entre el capitalismo y el socialismo».

Y seguía: «Como tal, mantiene lazos con la actual sociedad y avanza por diversas rutas hacia otro modelo. Respeta el capital y la propiedad en cuanto ellos son el punto de partida para llegar a una sociedad comunitaria».

«El Presidente Frei ha conseguido que esto se logre por medios legales y dentro del orden público. Al final de su mandato se habrá tal vez completado la transición. Es por eso que los que aspirarán a sucederlo dentro del Partido Demócrata Cristiano, declaran que desde 1970 en adelante procede realizar la 'verdadera revolución'²⁷.

El artículo (reproducido por Arturo Olavarría) era confuso y malintencionado, aunque terminaba con una verdad. Confuso y malintencionado porque el Gobierno no era una transición hacia el socialismo, sistema en el que Frei, como lo hemos visto en sus libros hasta la majadería, no sólo no creía sino al que se oponía duramente. Su gobierno se había planteado como una alternativa al socialismo. Más confuso era aún porque reconocía después que el modelo perseguido era el comunitario y porque atribuía a este último fin el que el gobierno hubiese respetado el capital y la propiedad privada, frente a los cuales el modelo comunitario era tan crítico como el socialista.

En lo único que se puede estar de acuerdo con el artículo de *El Mercurio* es en que el que ya por entonces pensaba en sucederlo, Radomiro Tomic, efectivamente repetía a quien quisiera oírlo que la verdadera revolución vendría después de 1970. Así,

implícitamente, el artículo de *El Mercurio*, ponía el dedo en la llaga del gran problema político del gobierno y de Frei, la división existente dentro del Partido Demócrata Cristiano, la que en el año 1969 lo llevaría a su quiebre.

Al aproximarse las elecciones parlamentarias de marzo de 1969, el mundo político opositor, como era de esperar, se mostró agitado en busca de desgastar la imagen del sector gobernante. Los partidos de izquierda, a través del Comando Nacional de Trabajadores, ordenaron un paro general de protesta para los días 8 y 9 de enero, el que provocó disturbios en distintos puntos de la capital. Días después, grupos de terratenientes bloqueaban la carretera del Sur como forma de presionar al gobierno para que subiera el precio del trigo. Todo esto era parte del clima electoral.

Sin embargo, esos signos de descontento tenían base en la realidad. La prueba fue que las elecciones parlamentarias de 1969 alteraron el panorama político considerablemente. El Partido Demócrata Cristiano experimentó una baja de otro 5% con respecto a las municipales de dos años antes y de cerca del 10% con respecto a las parlamentarias de 1965, logrando sólo 31,1% de los sufragios. Con todo, a pesar del considerable «bajón», siguió siendo el partido mayoritario de Chile.

Pero lo más notable fue el repunte de la derecha, unificada en el Partido Nacional, que empujó su votación al 20,9%, recogiendo el desgaste del gobierno entre las clases media y alta. También aumentó significativamente su representación la izquierda, recogiendo el malestar que se había producido entre las clases media y baja, a pesar de que el Partido Socialista seguía dividido. Esa querrela no dio los frutos electorales esperados a un sector minoritario capitaneado por Raúl Ampuero, el que había precipitado la escisión; pero sí perjudicó al sector principal del PS, el de Carlos Altamirano, el que bajó a un 12,8% de la votación desde el 13,9% que había obtenido (cuando todavía estaba unido) en las elecciones de regidores de 1967. En cambio el Partido Comunista se empujó a un 16,6%.

Para el PDC, la nueva realidad electoral le indicaba que la

posibilidad de un segundo gobierno democratacristiano estaba seriamente amenazada y que la unión con otras fuerzas políticas sería necesaria. Al parecer la opinión de Frei se inclinaba por un acercamiento a los radicales, lo que, sin embargo, resultaba difícil porque en dicho partido continuaba el conflictivo proceso de polarización, el que terminaría en su quiebre poco después y ninguna de las dos facciones miraba hacia la Democracia Cristiana, a la que acusaban de todo tipo de abusos, errores y desaires.

La derecha radical estaba pensando en Jorge Alessandri como futuro Presidente y una alianza política parecida a la de los años 1963-1964. En tanto que el sector izquierdista miraba hacia los partidos marxistas y la posibilidad de un pacto como el Frente Popular pero que ahora sería, inevitablemente, más revolucionario. La posibilidad de unir en un solo bloque a los dos principales partidos del centro parecía pues sepultada.

¿A qué se debió la considerable baja de popularidad del Partido Demócrata Cristiano en las legislativas de 1969? El desgaste propio de ser gobierno era en parte responsable. Pero también estaba el hecho de que muchos que habían votado por la DC en 1965, en cuanto bastión contra la revolución marxista, ahora no lo habían hecho pues había una derecha consolidada de nuevo, capaz de desempeñar ese rol. Como contrapartida, muchos que lo habían hecho esperando cambios sociales y económicos muy radicales del gobierno Frei, estaban desengañados. Las disidencias dentro del PDC también fueron importantes en el descenso electoral democratacristiano.

Con respecto al (relativo) fortalecimiento de la izquierda, hay que tener en cuenta que ésta estaba de alza a nivel mundial y que las propias reformas sociales estructurales iniciadas por Frei habían contribuido a consolidarla dentro de Chile, pues la alianza marxista siempre ofrecía más, sin tener en cuenta los eventuales costos de esa peligrosa política. Los habría de pagar en 1973.

Tampoco hay que olvidar la abstención, que fue cercana al 30%. Vale decir mucho mayor que en 1965. Sin duda había decaído el enorme entusiasmo que despertó el gobierno al comienzo y

muchos que habían sido votantes demócratacristianos en 1965 ahora votaron en blanco o se abstuvieron²⁸.

Sin embargo, los análisis sobre los resultados electorales duraron poco. Otro dramático suceso acaparó la atención del país. En la sureña ciudad de Puerto Montt un grupo de pobladores «sin casa» decidió tomarse unos terrenos conocidos como Pampa Irigoín. Su acción había sido inducida por el regidor socialista (y diputado electo) Luis Espinoza Villalobos. El día 9 de marzo en la noche, después de haber sido conminados a retirarse de los terrenos ilegalmente ocupados, se ordenó el desalojo de los participantes en la «toma» por parte de la Intendencia. Pero habiendo llegado al lugar un contingente de unos 200 carabineros, fueron atacados por los ocupantes que eran unos 1.500, envalentonados además por el ambiente de prerrevolución que reinaba en ciertos grupos de izquierda. Ante la posibilidad de ser arrollados, los policías, 20 de los cuales habían sido ya heridos, hicieron uso de sus armas de fuego, matando a 8 pobladores e hiriendo a 47²⁹.

El episodio desató una tempestad a nivel nacional. Como era de esperarse los partidos de izquierda, la CUT y las organizaciones sindicales y estudiantiles que controlaba, acusaron al gobierno de asesinato. Como en un comienzo los dardos, que lanzaba el propio Espinoza y otros, apuntaban contra el intendente Jorge Pérez Sánchez, el ministro del Interior Edmundo Pérez Zujovic se hizo responsable de lo ocurrido, con lo que pasó a ser el blanco preferido de toda la izquierda chilena, llegando a transformarse en una figura siniestra de cierto folclore popular³⁰. Esto le costaría la vida en 1971. Por el momento el ministro Pérez hubo de enfrentar una acusación constitucional, presentada por el Partido Comunista, la que finalmente sería rechazada en el mes de junio.

El sepelio, encabezado por Salvador Allende³¹, fue masivo. La prensa de izquierda, por días y días, agotó los denuestos para culpar al gobierno. La CUT organizó un masivo acto de protesta³².

Pero no sólo fue la izquierda la que atacó al gobierno y a su

ministro. La Juventud Demócrata Cristiana y la FECH, con Ravinet a la cabeza, también lo hicieron. La JDC exigió la salida de Pérez Zujovic, pero Frei lo apoyó en el conocimiento que ninguna responsabilidad había tenido en los hechos a pesar de haberla asumido.

Sin embargo en el PDC renunciaron al Consejo Nacional, Gumucio, Jaime Gazmuri, Carlos Bau, Juan Enrique Vega y Guillermo Sepúlveda³³.

La dureza de los términos de la declaración de la juventud del partido de gobierno eran tales que sus dirigentes fueron pasados al Tribunal de Disciplina, por orden de Bernardo Leighton, quien, en ausencia de Renán Fuentealba, actuaba como máximo dirigente de la colectividad. Eso bastó para que los jóvenes fuesen inmediatamente apoyados por Gumucio, Jerez, Silva Solar y el diputado Vicente Sota. Con todo, el tribunal los suspendió como militantes. Entonces los Rebeldes exigieron la convocatoria de una Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano.

La Junta fue llamada para los primeros días de mayo. Sería la instancia definitiva para la pugna interna del PDC. En el mensaje que Frei envió a los miembros de ésta, reconocía públicamente: «Sin duda hemos cometido errores. Tenemos la obligación de corregirlos con la mente abierta. Para ello es fundamental que estemos unidos y definidos. La definición no es exclusión. Pero lo peor es permanecer en una especie de compromiso, en que no se sabe para dónde vamos, qué queremos ni en qué creemos. No reneguemos de nuestro propio ser»³⁴. Reconocía clara y públicamente «errores», pero estaba enviando un mensaje muy claro: era mejor tener los grupos disidentes afuera y un Partido Demócrata Cristiano unido que uno dividido con ellos adentro.

Como era de esperarse, al interior de la Junta Nacional demócratacristiana la pugna se agudizó. No sólo estaban caldeados los ánimos a raíz de los sucesos de Puerto Montt. Con miras a las elecciones presidenciales de 1970 se confrontaron votos políticos de Rebeldes y Terceristas, por un lado, los que propugnaban la unión de todos los partidos populares con un candidato presidencial único, el que incluso podría no ser un demócratacristiano y por

otro el del oficialismo, planteando la proclamación dentro de 60 días de un candidato propio. Ambos votos rechazaban todo entendimiento o acuerdo con la derecha, la intensificación de las formas y optaban por la vía no capitalista de desarrollo.

Fue aprobada la postura oficialista por 233 votos contra 215. Jaime Castillo volvió a ser presidente del PDC con Juan Hamilton como vicepresidente. A pesar de los importantes postulados comunes a ambas posiciones, los Rebeldes, con Gumucio, Jerez, Vicente Sota y Jacques Chonchol, quien se les había reunido, y entre la juventud, Ambrosio, Correa, Juan Enrique Miquel, Juan Enrique Vega (presidente en ejercicio), José Miguel Insulza, Jaime Gazmuri, Manuel Antonio Garretón, José Joaquín Brunner, José Antonio Viera-Gallo, y otros a la cabeza, abandonaron el partido (entre el 6 y el 14 de mayo) para formar el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y unirse a la izquierda. De nada habían servido los esfuerzos de varios personeros para mantener la unidad.

La condición de los que ahora se iban para permanecer en el Partido Demócrata Cristiano era la unidad con la izquierda la que sabían imposible, y esto a pesar de la opinión del propio Rado miro Tomic que la quería y quien, ya se tenía casi la certeza, sería el candidato presidencial demócratacristiano. De hecho, al conocerse el resultado de la votación, Tomic planteó abandonar su candidatura y se retiró de la junta después de decir «jamás prestaré mi nombre para abofetear a la izquierda», dando a entender que el voto aprobado significaba un rechazo a ésta³⁵.

Frei resintió el quiebre de su partido, sintiéndose incomprendido y traicionado, en particular por los que habían sido sus compañeros de ruta por treinta años, como Gumucio. Sin embargo, repitámoslo, tenía claro que era mejor tener afuera que dentro del partido al grupo que se oponía al gobierno y se alegraba por la opción adoptada frente al tema presidencial. Los Terceristas permanecieron «dentro» del PDC, pero se retirarían más adelante, en su mayor parte, cuando se formó la Izquierda Cristiana en 1971.

En esas condiciones Edmundo Pérez Zujovic salió indemne

de la junta. Pero de todos modos presentó su renuncia al cargo de ministro del Interior a fines de julio. Cansado, volvió a su empresa, lo que era tanto más necesario en cuanto su socio había fallecido recientemente. A Pérez lo reemplazó Patricio Rojas, quien había sido Subsecretario de Educación.

A pesar de su quiebre, la Democracia Cristiana logró poco después las presidencias de la Cámara de Diputados y del Senado, cuando se constituyó el nuevo parlamento el 21 de mayo. Pero la mesa de la Cámara duraría sólo hasta septiembre, cuando una nueva mayoría elegiría al militante MAPU, Julio Silva Solar³⁶, un hombre idealista, siempre en busca de un «absoluto» en el cual creer y apoyarse.

Otro problema lo tuvo Frei con Jorge Cauas, entonces vicepresidente del Banco Central. El Presidente no estuvo de acuerdo con varias de las políticas adoptadas por el organismo y así se lo hizo presente³⁷. Como la disputa tenía un contenido de doctrina económica en la que, obviamente, Cauas representaba la posición más liberal, cabe preguntarse si la futura ruptura entre éste y la Democracia Cristiana se generó entonces.

También reconvino a Roberto León Alquinta, vicepresidente de la Caja de Empleados Particulares, quien públicamente, en más de una ocasión, hizo presente que varias instituciones fiscales no pagaban imposiciones. Se trataba de un problema real y León fue valiente al denunciarlo pese a ser un funcionario de confianza del Primer Mandatario³⁸. En definitiva, el problema tenía que ver con la crisis del sistema previsional, tema al que volveremos a referirnos.

Antes de la asunción de los nuevos representantes de la soberanía popular, el gobierno había de experimentar un nuevo desengaño con sus camaradas. Desde marzo se trabajaba en la Comisión de Constitución de la Cámara de Diputados (en tercer trámite) en el proyecto de reforma constitucional que contenía algunas iniciativas que el gobierno había enviado al Congreso los primeros días de su mandato, referido a materias políticas como la idea de las «leyes normativas» y otras propuestas posteriormente. En la comisión el proyecto tuvo problemas,

pero finalmente fue aprobado en general. Sin embargo, quedaba la votación en particular. Frei, que quería que la Cámara lo aprobara antes que asumiera el nuevo Parlamento, con la representación demócratacristiana, la cual, a pesar de que aún no se escindía el MAPU, estaría debilitada, lo apuraba. Finalmente un acuerdo con el Partido Nacional pareció asegurar el quórum exigido para su rápido despacho en particular. No ocurrió así sin embargo. El día de la votación (16 de abril) las que eran las iniciativas más caras al Presidente de la República fueron rechazadas al no reunirse los votos requeridos.

¿Eran los nacionales los que se habían echado para atrás? No. Once diputados del partido de gobierno se habían abstenido de votar y otros diez no se habían presentado.

Era, como habría dicho Alberto Edwards, la «Fronza», no aristocrática en este caso, pero igualmente obstructora y eficaz. No sólo fueron rechazadas la facultad presidencial para disolver el Congreso por una vez durante un mandato presidencial, también lo fueron las disposiciones sobre las «leyes normativas», la ley-programa y otras; todas destinadas a fortalecer al Ejecutivo. Fue aprobada, en cambio, la facultad presidencial de llamar a plebiscito cuando el Congreso rechazara un proyecto de reforma constitucional, la creación de un Tribunal Constitucional, de un Consejo Económico Social, el voto para los analfabetos y los menores de 18 años y las atribuciones exclusivas del Presidente en relación al presupuesto.

Con todo, en el mes de septiembre, por una situación circunstancial, (en cuarto trámite) el Senado aprobaría de nuevo, en parte, el proyecto original³⁹.

Los 21 diputados ausentes o abstinentes en la votación en la Cámara fueron pasados al Tribunal de Disciplina del PDC, el que, como podemos comprobarlo, tenía mucho trabajo por esos días.

Pero no sólo había problemas políticos. En lo social, ese otoño otra ola de huelgas azotó al país. Ahora le tocó paralizar al personal administrativo de la Universidad de Chile (APEUCH), las tripulaciones de la marina mercante nacional, sectores de empleados de Ferrocarriles y, de nuevo, Correos y Telégrafos.

El extremismo de izquierda también intensificó su presencia. En 1969 hubo un sonado caso de rapto y vejación de un periodista que se había atrevido a combatir al MIR. Aumentaron los asaltos a bancos y en Santiago se produjo el incendio intencional de la fábrica de televisores SABA, en poder de sus obreros, dirigidos por extremistas, algunos de ellos del MIR. Finalmente, en junio, se descubriría una «escuela de guerrillas», vinculada al sector «termocéfalo» del Partido Socialista (el de Altamirano) y al MIR. En la escuela había un arsenal, pequeño si se le comparaba con el poder de fuego de las Fuerzas Armadas y Carabineros, pero más que suficiente para ser utilizados en la violencia callejera y asaltos de tipo mayor. Otros extremistas recurrieron al rapto de aviones, entonces de moda en el mundo.

El infantilismo revolucionario, que tan malos dividendos les estaba rindiendo a sus partidarios en Perú y Bolivia, o se los rendiría en el futuro próximo en Uruguay (que contaba con el grupo guerrillero mejor organizado del continente, los Tupamaros) o en la Argentina donde ya se actuaba brutalmente contra el ERP y los Montoneros, paradójicamente prendía entre los jóvenes de la izquierda chilena.

No hay duda que todo presagiaba un empeoramiento de la ya precaria convivencia política chilena. Tan grave era el quiebre del mundo político en el país, que cuando el Presidente Frei invitó a las directivas de todos los partidos políticos a La Moneda, para informarles y pedirles colaboración en la segunda etapa de la ahora llamada «nacionalización» de Chuquicamata y demás minas del Grupo Anaconda, sólo asistió la directiva de la pequeña Unión Socialista Popular (USOPO) y del propio PDC⁴⁰.

Aún así, en una nueva síntesis y juicio, al estar por concluir ahora el quinto año de la administración Frei, en el mes de septiembre de 1969 Hernández Parker enumeraba, con cierto optimismo, los logros y fracasos del régimen en el quinquenio: «Se elevó el nivel educacional y habitacional; se redistribuyó el ingreso sacando más impuestos a los ricos y mejorando a los pobres de solemnidad, como eran los 'callamperos' y los campesinos. Se triplicó la producción de cobre. Antes faltaban dólares

hasta para comprar antibióticos, hoy lo único que sobran son los dólares. Se hace una reforma agraria profunda y las masas se organizan en sindicatos y éstos no siempre obedecen al PDC. Paradójicamente se arriman a la izquierda. El 'boom' industrial de los primeros años cayó en los siguientes, pero ningún país de América Latina (con excepción de Venezuela) en un tiempo tan corto había logrado que las familias de ingresos bajos y medios obtuvieran los artefactos más indispensables para su hogar»⁴¹.

Pero Hernández Parker en su «estado de la cuestión» no sólo dejaba débilmente esbozada la ruptura profunda del mundo político chileno. También dejaba a un lado el que ya, reconocidamente por ese entonces⁴², era el principal problema del programa económico del gobierno: la imposibilidad de controlar la inflación, la cual había repuntado en el segundo trienio de la Administración Frei. En 1969 fue de 29,3% y si bien, como lo decía el informe de la CEPAL sobre la economía chilena de ese año, se anunciaron o tomaron diversas medidas en el segundo semestre en lucha contra ese mal, la cifra anotada era bien elocuente.

Es posible que la razón última de la falta de éxito en la lucha contra la inflación fuese que esa haya sido una meta imposible de obtener, de no detener las grandes reformas sociales emprendidas, las que obligatoriamente requerían un alto gasto público. Por otra parte, resistirse hasta el final a otras aspiraciones sociales, como subir las remuneraciones más bajas, hubiera tenido un costo político imposible de pagar para un régimen que aspiraba a perpetuarse por otro período presidencial o más.

Como contrapartida de esta mala noticia económica, el precio de la libra de cobre en el mercado de metales de Londres subía y subía. Hacia fin de año llegaría a la cifra de 78,9 centavos de dólar de la época. Pero el aumento de divisas para el país, por otro lado, potencialmente agravaba el problema de la inflación.

Pero aún más grave que el problema de la descontrolada inflación era otro. Un nuevo actor político, decisivo, haría su entrada en escena en un futuro cercano.

Con ocasión de los honores que debían rendirse al Presidente de la República en su trayecto al Te Deum en la Catedral de

Santiago, el 18 de septiembre de 1969, los efectivos del Regimiento Yungay, de San Felipe, habían llegado con manifiesto retraso. La Comandancia del Ejército ordenó la investigación correspondiente. Pocos días después se comunicaba que seis oficiales habían sido dados de baja, el de mayor graduación era el mayor Arturo Marshall⁴³.

El problema de fondo, ya mencionado varias veces, eran los bajos sueldos de la oficialidad (a lo que un llamado «Movimiento 19 de Septiembre», sobre cuya existencia informó Marshall, agregaba la necesidad de una «dotación de elementos y de 'dignificación profesional'») ⁴⁴.

La pobreza de los militares era muy real (parte de la dotación del regimiento Tacna no podía salir de franco por no tener zapatos⁴⁵) y el asunto habría de estallar.

Hemos visto que en julio de 1967 el general Miqueles había asumido como comandante en jefe del Ejército con la promesa de intentar una solución para los bajos salarios. Poco consiguió Miqueles y en mayo de 1968, ante un cuasi amotinamiento de 101 oficiales de la Academia de Guerra del Ejército, quienes decidieron renunciar en bloque, el Presidente procedió a nuevos reemplazos. Ahora salieron el ministro de Defensa Juan de Dios Carmona y el propio Miqueles, los que fueron reemplazados, por el general (r) Tulio Marambio, quien había desempeñado recientemente de manera distinguida una misión en la India, y el general Sergio Castillo Aránguiz, respectivamente.

Carmona, como vimos, pasó a desempeñar la cartera de Economía, ahora con la promesa formal de conseguir una sustancial mejoría en las remuneraciones militares en forma de un proyecto de ley que se enviaría al Parlamento en cuanto éste comenzara con su legislatura ordinaria el día 22 de mayo. Sin embargo, como las protestas militares continuaran y se produjeron algunas renuncias, hubo un áspero encuentro entre los generales Marambio y Castillo y los oficiales de la guarnición de Santiago en la Escuela Militar el día 6 de ese mes. En esa reunión, Marambio se comprometió a solucionar el problema de las remuneraciones⁴⁶. Pero Carmona fue reemplazado pocos meses

después, el 30 de septiembre de 1968, por Enrique Krauss y el reajuste finalmente no correspondió a las expectativas de los uniformados. El malestar fue creciendo culminando en los sucesos del Te Deum de 1969 recién relatados.

Se habló entonces de un fuerte reajuste para 1970, pero como eso significaba postergar algunos de los planes fundamentales del gobierno, entonces en desarrollo, y teniendo en cuenta que el déficit fiscal para el año siguiente sería enorme, aun sin considerar el proyectado reajuste, se opuso a éste el ministro de Hacienda Andrés Zaldívar⁴⁷. Fue entonces cuando en el norte del país se dio otro foco de rebeldía. Su inspirador fue el general Roberto Viaux, quien desempeñaba las funciones de comandante de la Primera División del Ejército con sede en Antofagasta.

Viaux, quien había sido intendente subrogante y había mantenido buenos vínculos con personeros de gobierno en 1966, cuando la huelga de la Gran Minería del Cobre⁴⁸, había mostrado después una actitud de rebeldía latente ante las autoridades civiles y sus superiores militares, la que culminó en esos días de septiembre intentado entrevistarse con el Presidente Frei. Pero el comandante en jefe del Ejército, a quien debía consultar por vía del conducto regular para solicitar la entrevista, se negó a autorizarla. Luego, en parte como consecuencia de su conducta, Viaux fue seleccionado para pasar a retiro por la Junta Calificadora del Ejército en octubre de ese año. Entonces dirigió una carta al Presidente de la República en que le pedía la renuncia del ministro de Defensa y del comandante en jefe del Ejército. Se trataba de un acto ciertamente antirreglamentario⁴⁹.

Frei nunca recibió la carta. Pero, en tanto, otros oficiales en Antofagasta firmaban una nueva carta, dirigida también a Frei, exigiendo que se mantuviera en su puesto a Viaux. Entre los firmantes aparecían figuras destinadas a protagonizar importantes sucesos o funciones en el futuro nacional, como Roberto Souper y Nilo Floody entonces mayor y teniente coronel, respectivamente. Esta carta fue publicada por el diario *La Segunda* el 17 de octubre⁵⁰. Al día siguiente algunos matutinos fueron censurados.

Viaux fue llamado a Santiago, donde llegó el día 20, pero lejos de entrevistarse y dar explicaciones a sus superiores se autoacuarteló en el Regimiento Tacna con un numeroso grupo de oficiales muy temprano al día siguiente. Elementos de la Academia de Guerra del Ejército, del Regimiento de Blindados N° 2 y de la Escuela de Suboficiales se encerraron también en el Tacna con armamento pesado, incluyendo algunos viejos tanques. Se estaba ante un motín, pero ¿era un golpe de Estado?

Viaux llamó a Frei a través de Enrique Krauss, para asegurarle que el movimiento «no era contra él»⁵¹, pero Frei se indignó con el llamado: el gobierno clausuró la convocatoria a sesiones extraordinarias del Parlamento y decretó estado de sitio. Desde entonces todas las radioemisoras se unieron en una red nacional bajo el control del Ejecutivo, cuyo vocero fue Claudio Orrego. Concurrieron a La Moneda a expresar su solidaridad con el sistema institucional las mesas del Senado y de la Cámara de Diputados, el presidente de la Corte Suprema, los rectores de las universidades, las directivas de los colegios profesionales, la CUT y la Confederación de la Producción y el Comercio (por una vez de acuerdo). También llegó la jerarquía de la Iglesia Católica y los comandantes en jefe de las tres ramas de la Fuerzas Armadas⁵². Entre los líderes políticos sólo se abstuvieron de apoyar al gobierno Carlos Altamirano, que habló de la existencia de un «vacío de poder» y Jorge Alessandri, que calló. Se llamó a un paro nacional.

Fuera del país la noticia causó sensación. Tomados por sorpresa, los gobiernos tuvieron reacciones disímiles. Desde luego los numerosos países de Latinoamérica que eran dirigidos por dictaduras militares callaron. Otros, entre ellos EE. UU., esperaron la evolución de los acontecimientos. En Europa la condena fue extraoficial, pero unánime. Entre las personalidades del mundo de la cultura, destacaron las duras reacciones de Miguel Ángel Asturias y de Gabriel García Márquez, quien, se confesó «admirador de las acciones sociales del gobierno de Frei»⁵³. Curiosamente, Viaux había sido agregado militar en Colombia.

En la mañana del día 21 se produjo una reunión, convocada por el Presidente, con los tres comandantes en jefes de las FF. AA. El Ejército pidió apoyo a la Armada y Fuerza Aérea para contrarrestar el alzamiento. Pero los respectivos comandantes en jefes respondieron que se trataba de un problema interno del Ejército. Durante todo el día 21 la opinión pública no tuvo claridad sobre cuáles eran los verdaderos motivos de Viaux y los suyos. En un comunicado entregado a las 15:00 hrs. de ese día Viaux negó otra vez esa última posibilidad, pero sus fuerzas seguían en pie de guerra. A la misma hora hablaba Frei. A Viaux lo calificó como cabeza de un grupo de amotinados que estaban cometiendo un crimen contra la patria y concluyó: «¡De aquí nadie me moverá!, confío en que la cordura se imponga y quienes han faltado se sometan a la disciplina»⁵⁴. Consecuentemente, el gobierno hizo rodear el Tacna con fuerzas, supuestamente leales, al mando del general Emilio Cheyre, quien personalmente, sin duda, lo era.

Afortunadamente surgieron mediadores, iniciándose conversaciones que impidieron un estallido. El ex ministro de Defensa Juan de Dios Carmona; el general Alfredo Mahn, comandante de la Guarnición de Santiago y militar de gran prestigio en su institución; así como el subsecretario de Salud, Patricio Silva Garín que fue la figura fundamental. Las conversaciones prosperaron. Pero a eso de las diez de la noche se produjo una balacera quedando 14 civiles heridos. Pero el propio Mahn, que estaba al interior del regimiento, ordenó el cese del fuego y fue obedecido.

Aunque inicialmente se creyó que las balas provenían de las tropas que rodeaban el regimiento, muy luego quedó claro que éstas habían salido del Tacna.

De madrugada, el día 22, se llegó finalmente a un acuerdo: Viaux se entregaba y entregaba el regimiento al general Mahn. Además se sometía a juicio por sus acciones. Pero, a cambio, renunciaban el comandante en jefe del Ejército, el ministro de Defensa y se le aseguraba a los uniformados un sustantivo aumento de remuneraciones. El 27 de octubre el gobierno envió al Parlamento el proyecto de ley que le concedía facultades especiales al

Presidente de la República para resolver el problema de los bajos sueldos de las Fuerzas Armadas.

Al parecer, la intención de Viaux había sido efectivamente sólo de lograr eso último. De otro modo no se explica que no se tomara La Moneda, pues era bien dudoso que las tropas «leales» estuviesen dispuestas a entrar en batalla con las insurrectas. Alguien dijo que lo único que lo había detenido habrían sido las luces rojas de los semáforos.

Al general Marambio lo reemplazó como ministro de Defensa Sergio Ossa y a Castillo Aránguiz el general René Schneider. De paso esto significaba el retiro de Mahn, que tenía más antigüedad que el nuevo comandante en jefe. Frei les escribió agradeciéndoles su apoyo y confianza⁵⁵.

El estar ante un motín militar, aunque era un caso de «muerte anunciada», pues todo el Ejército estaba a la espera de que actuara Viaux y el gobierno lo sabía⁵⁶, fastidió a Frei. Efectivamente, para el hombre que había planteado un gobierno que pretendía reformas trascendentales no sólo para Chile sino para todo el continente, el tener que enfrentar ahora un «cuartelazo», fenómeno común en el mundo político latinoamericano pero que se creía imposible en Chile, lo afectó.

Quizá lo hizo meditar el hecho de que otro gran Presidente innovador del siglo XX chileno, Arturo Alessandri, debió lidiar con problemas parecidos. Pero la preocupación de Frei se justificaba, tanto más cuando a los pocos días, si la intención inicial de Viaux y sus militares era obtener mejores sueldos⁵⁷, ahora se fueron entusiasmando con la posibilidad de un verdadero golpe, el que pendió como «espada de Damocles» sobre el gobierno hasta su fin.

La situación se agravó tanto que debió decretarse estado de emergencia para la Provincia de Santiago, el 19 de noviembre, y tomarse nuevas medidas los meses siguientes.

La idea conspirativa, acicateada por el suegro de Viaux, coronel (r) Raúl Iguait, se fue acentuando a medida que avanzaba el juicio que se le siguió a Viaux⁵⁸ y tendría una manifestación final concreta en el complot, urdido en septiembre de

1970, para que Salvador Allende no asumiera como Presidente de la República, el que ya veremos. Otros hablaron de Viaux como candidato alternativo en caso de que Alessandri se viera impedido por su salud de ir a la contienda electoral de 1970.

No existe evidencia alguna de que el ya general Augusto Pinochet, quien había estado asignado en el norte poco antes de que Viaux iniciara su aventura, haya tenido un papel o al menos uno relevante, en el motín o en su preparación. Tampoco estuvo dentro del Tacna y en sus memorias rememora escuetamente el incidente⁵⁹. En esto último puede haber influido una rivalidad que tuvo con Viaux en cuanto a popularidad dentro del Ejército durante los primeros años del régimen militar.

Por lo demás, Pinochet bien puede haber simpatizado con el gobierno. Había sido intendente subrogante de Tarapacá⁶⁰ y su hija Lucía, que le es muy cercana, era demócratacristiana de partido y junto con su marido Hernán García, dirigían el núcleo DC de la Empresa de Comercio Agrícola (ECA), donde se desempeñaba como secretaria de Belisario Velasco. Alguna vez el general Pinochet la pasó a buscar en la tarde, pues el edificio de la ECA se encontraba próximo al Ministerio de Defensa.

A la sublevación militar vino a sumarse, en noviembre, una huelga del personal administrativo del Poder Judicial chileno que exigía, a su vez, un aumento de remuneraciones. Sin embargo, el conflicto fue superado con relativa rapidez y el 4 de diciembre todos los funcionarios se reintegraron a sus labores⁶¹.

Pero aún otra situación política difícil hubo de afrontar el gobierno en esos últimos días de 1969. Se realizaron las elecciones de rector y secretario general de la Universidad de Chile, según la nueva ley y estatuto post Reforma, así como las de la nueva directiva de la FECH.

En la primera, se enfrentaban el doctor Alfredo Jádresic, decano de Medicina (que llevaba como secretario general a Ricardo Lagos), como abanderado de los sectores marxistas y el ex simpatizante radical y ahora independiente pero de tendencia demócratacristiana, Edgardo Boeninger, decano de Ciencias Económicas, apoyado por la Democracia Cristiana, independientes y algunos

radicales o ex radicales. Un tercer candidato era Fernando Vargas de la Facultad de Ciencias, apoyado por independientes. En la primera vuelta triunfó Jádresic, pero sin mayoría absoluta. En la segunda triunfaría Boeninger, pero en una elección caracterizada por una gran abstención⁶².

En cuanto a la renovación de la directiva de la FECH, los resultados fueron adversos para la Democracia Cristiana y un muy mal presagio para el gobierno. Por primera vez, en décadas, la juventud demócratacristiana perdió el control de la principal federación de estudiantes del país. Fue elegido presidente de la FECH el comunista Alejandro Rojas.

Pero, a pesar de estos problemas, Frei estaba lejos de desesperarse. En entrevista concedida en el mismo mes de noviembre a *Ercilla*, declaraba que no derrotar la inflación era el mayor fracaso de su gobierno, pero que se sentía animado y trabajaba bien. Rechazó que La Moneda hubiese sido para él «la casa donde tanto se sufre» y señaló tener la impresión que «le faltó tiempo». Enfáticamente afirmó «no he tenido amarguras, he tenido 'picas momentáneas', pero amarguras no»⁶³.

En el plano económico, durante el año 1969 se inició una segunda fase de la política del cobre, caracterizada como «Nacionalización Pactada» de los minerales de Chuquicamata, El Salvador y los porcentajes no «chilenizados» de las otras grandes minas que habían sido negociadas en 1965. Esa primera etapa ya vista, después de un momento inicial, había recibido algunas severas críticas fundadas en lo que ya afirmamos más atrás. Vale decir, que el pago que se hizo a las empresas por las acciones fue exageradamente alto; que los programas de expansión no significaban nuevos aportes efectivos de aquéllas; que no se previeron las alzas de precio que se producirían, fijándose para efectos de tributación uno demasiado bajo; que los contratos de administración desfavorecieron al Estado, etc.⁶⁴.

Algunas de estas críticas tenían un cierto contenido de verdad. Como se dijo, el precio del cobre se disparó después de 1965, como consecuencia de la Guerra de Vietnam, un hecho ya predecible cuando se efectuaban las negociaciones de la «Chilenización».

Las compañías estadounidenses nunca ganaron más que los años 1966-69 por sus minas de cobre, aún las parcialmente compradas por Chile. Así, las inversiones que hizo la Braden a cambio del porcentaje que conservaba de El Teniente, ya cubiertas por lo demás por el precio que le pagaba Chile por el 51% de la mina, se hicieron, en definitiva, utilizando esas mayores ganancias. Vale decir, según acusaban los enemigos del gobierno, las pagó el dinero que dejaba de recibir Chile por no haber realizado, en su momento, una nacionalización integral⁶⁵. Era necesario un nuevo esfuerzo nacionalizador para hacer que esa riqueza también quedara en el país.

Estas críticas se recogieron y se tuvieron en cuenta en la nueva negociación de 1969. El Estado chileno adquirió ahora el 51% de las acciones pertenecientes a la Anaconda y filiales (Chuqui y El Salvador), quedando establecida la adquisición del 49% restante a contar de diciembre de 1972. Ahora se esperaba que el cobre sería verdadera e íntegramente chileno sin pagar grandes costos económicos ni políticos.

Por otra parte, las discutidas inversiones que se hicieron en la gran minería del cobre entre 1965 y 1970 superaron los 600 millones de dólares⁶⁶. Con ellas subieron los índices de producción hasta aproximarse al millón de toneladas (aunque esto fue mucho después del término del gobierno de Frei, hacia 1982, régimen de la Unidad Popular de por medio)⁶⁷. También se aumentó la capacidad de refinación del cobre en Chile, que subió de 390 mil toneladas en 1964 a 750 mil toneladas en 1970. En fin, la Corporación del Cobre (Codelco) pasó a controlar la comercialización internacional del cobre chileno.

El hecho fue que la cantidad de divisas que entró a recibir Chile por concepto del cobre aumentó a más del doble durante la administración Frei. A los impuestos que subieron su rendimiento de 105 millones de dólares en 1964 a 215 en 1969⁶⁸, se agregaron ahora las ganancias obtenidas por el fisco como propietario mayoritario de varias minas. Sin embargo, este aumento se debió más a los mencionados mayores precios internacionales que a los ingresos fiscales resultado de la mayor producción total.

En agosto de 1970 Frei firmó también el convenio que traspasaba a CORFO el 75% de las acciones de la Compañía Chilena de Electricidad, la que pese al nombre, como se ha visto, no pertenecía a chilenos. Con la adquisición de Chilectra el Estado pasó a controlar, abrumadoramente (recordemos que ya poseía ENDESA) la producción, distribución y comercialización de la energía eléctrica en el país.

La reforma agraria también siguió su curso. Hasta julio de 1970 se había expropiado (haciendo uso de las leyes 15.020 y 16.640) 1.319 predios, incluyendo 3.408.788 hectáreas, correspondiendo a un 12% de la tierra regada y un 8% del secano agrícola del país. La gran mayoría de las expropiaciones (unas 600) lo habían sido por causa de mala o no explotación⁶⁹. En los meses siguientes, hasta la entrega del mando por parte de Frei, se expropiarían cerca de 100 propiedades más, hasta enterrar alrededor de 1.400 expropiaciones en total, unos 4.000.000 de hectáreas hacia el fin del gobierno de Frei.

Pero el número de nuevos propietarios agrícolas ni se acercó a los 100.000 que se habían prometido en 1964. Unas 30.000 familias campesinas fueron «asentadas»⁷⁰ y sólo una fracción de éstas llegaron a poseer la tierra en propiedad plena.

El sector reformado recibió asistencia técnica y apoyo crediticio, lo que redundó en un incremento de la producción agropecuaria, que subió de 1.827 millones de escudos en 1964, a 2.037 millones de escudos en 1970 (en millones de escudos de 1965)⁷¹. Logro notable, ya que se vivía un proceso social tan profundo como era la reforma agraria y experimentando Chile los años 1967 y parte de 1968, como se dijo, una de las mayores sequías del siglo.

Por otra parte, gracias a la Ley de Sindicalización Campesina, de los 24 sindicatos que existían en 1964, se llegó a 413 en 1970 con más de 114.000 trabajadores afiliados⁷². Estos estaban divididos en tres grandes confederaciones: Triunfo Campesino y Libertad, afines a sectores demócratacristianos y Ranquil, que recordaba por su nombre una famosa masacre de campesinos ocurrida en 1934, afín a los partidos marxistas.

Naturalmente la oposición de derecha continuó combatiendo a la reforma agraria hasta fines del gobierno demócratacristiano, tanto más en cuanto estaba renaciendo políticamente y la Democracia Cristiana debilitándose. En la inauguración de la feria FISA de 1968 se produjo un grave incidente: después de los discursos del presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) Benjamín Matte, y del presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio Jorge Fontaine, se comenzó a pifiar al ministro de Agricultura Hugo Trivelli, que hacía uso de la palabra a continuación. Éste terminó por retirarse del acto y el gobierno le quitó el patrocinio a la feria el mismo día⁷³.

Por otra parte, los conflictos originados en los mismos campos por la aplicación de la reforma agraria también fueron agudizándose. Los campesinos, deseosos de apurar el proceso y azuzados por los partidos de izquierda y el MIR, en algunos casos con inefable alegría, procedieron a ocupar las casas patronales y los predios. Hubo más de 100 ocupaciones ilegales de terrenos agrícolas durante la administración Frei (hay autores que hacen subir la cifra a 400, pero son poco confiables). Por lo demás, una vez producida una toma, el gobierno suspendía inmediatamente el proceso de expropiación y eso influyó en que no fueran más⁷⁴.

Sin embargo, en muchos casos en que los campesinos se «tomaron» la tierra, aunque suspendido el trámite expropiatorio, no siempre éstos fueron desalojados. El incidente más grave ocurrió en un fundo cerca de Melipilla y solamente la acción de Carabineros impidió un enfrentamiento sangriento⁷⁵.

Desde el otro lado de la medalla, los grandes propietarios dificultaron la ejecución de la ley, despidiendo trabajadores sin causal justificada, impidiendo la toma de posesión de los predios o, en lo que fue su actitud más recurrente, parcelando el predio para evitar caer en una causal que hiciera posible la expropiación.

Durante los últimos años de la administración Frei se dieron algunos incidentes violentos en los campos, los que incluso

concluyeron con muertes, como el caso del ingeniero agrónomo Hernán Mery, jefe zonal de la CORA, quien, como veremos más adelante con algún detalle, falleció el 30 de abril de 1970 en la ocupación del fundo La Piedad de Linares propiedad de la familia Benavente⁷⁶.

Pero sí hubo que lamentar víctimas entre los partidarios de la reforma agraria, también el sector patronal, que se sentía en la indefensión y en condición de ciudadanos de «segunda categoría» al ser «su» tipo la propiedad la única susceptible de ser expropiada, también sufrió mucho, en particular personas de edad, que veían cómo, en su perspectiva, el Estado les «robaba» tierras que habían pertenecido a su familia, a veces por siglos. Repetidamente se acusó de abuso a la CORA, y, como se dijo muchas páginas más atrás, varias veces lo hubo.

En todo caso, del estudio que hemos hecho, insistimos, somos de la opinión que, por lo general, las expropiaciones se hicieron con criterio técnico y ciñéndose a la ley. Incluso hubo negativas por parte de la CORA a expropiar fundos, lo que le era solicitado por los propios campesinos o sus dirigentes. Un caso que llegó hasta el Presidente de la República fue planteado por un pastor evangélico que solicitaba la expropiación de un fundo en la zona de Parral, acusando a ¡Hernán Mery! de «desidia». No correspondía la expropiación y no se hizo⁷⁷.

Por otra parte, cuando la expropiación procedía, la CORA se encontró con que, aun después de aprobarse la ley N° 16.640 de 1967, el proceso era largo y engorroso. Como forma de subsanar esas dificultades y apurar el trámite expropiatorio se buscaron los mecanismos jurídicos necesarios. En mayo de 1969 el senador Patricio Aylwin presentó un proyecto de ley para este efecto. El proyecto, en su paso por el Congreso, sufrió modificaciones y, finalmente, cuando fue publicado como Ley N° 17.280, en enero de 1970, no sólo respondía a sus intenciones iniciales sino que además incorporaba mecanismos para evitar el parcelamiento de la tierra potencialmente expropiable por parte de sus propietarios tradicionales. La «Ley Aylwin» ha sido calificada por historiadores de derecha como de «casi (...) una

nueva y drástica Ley de Reforma Agraria»⁷⁸. El régimen de Allende haría amplio uso de esta ley⁷⁹.

Hacer un balance de la reforma agraria de Eduardo Frei Montalva resulta, todavía, después de treinta años, muy difícil. Un segmento importante de la sociedad chilena (más por significación social que por número) todavía no la perdona.

Maquiavelo decía en *El Príncipe* que no se debía «tocar la propiedad de otros, porque los hombres olvidan antes el asesinato del padre que la pérdida de su patrimonio»⁸⁰. La cínica frase, como casi todas las del florentino, puede tener más de algo de verdad. No era aplicable, sin embargo, al caso de muchas familias patronales chilenas para las cuales la reforma agraria fue principalmente un grave problema humano.

Una situación donde la expropiación tuvo que ver, indirectamente al menos, en su fatal desenlace, ocurrió el año 1967, cuando falleció el agricultor Fernando Irrarrázabal, en parte, según se dijo entonces, como consecuencia del disgusto que le produjo la pérdida de su fundo Pullallay en el Norte Chico, que su familia había poseído por más de cien años.

Otro caso que causó conmoción fue el de los Baraona, aún cuando la expropiación y el incidente dramático que la acompañó ocurriera en tiempos del gobierno de Allende. El padre y dueño del fundo Nilhaue, de rulo pero bien explotado, murió cuando la propiedad fue ocupada (para expropiarla) con innecesario uso y abuso de fuerza⁸¹. Desde entonces, comprensiblemente, la familia Baraona quedó con un profundo resentimiento contra el proceso, sin distinguir demasiado el tiempo de Frei del de Allende. Para ellos el uno habría preparado el camino del otro⁸².

Está claro que hubo un cierto grado de violencia, quizá algo inevitable, en la reforma agraria de Frei, pero nunca se desbocó. Este hecho se hace más evidente cuando se la compara con otras reformas agrarias ocurridas en el mundo, incluso con la de la Unidad Popular en Chile a partir de 1970. También hubo algunos casos de corrupción funcionaria demostrados, aunque relativamente aislados. Uno de ellos fue el denunciado

reiteradamente por el diputado Fernando Sotomayor García y que afectaba a una funcionario de INDAP a cargo del área de Santa Cruz⁸³.

El hecho es que, desde entonces, la reforma agraria ha sido el principal agravio de la derecha chilena contra la Democracia Cristiana. Durante el gobierno militar y hasta el presente, ésta ha insistido que aquélla fue un proceso sectario, olvidando que ya la había iniciado Jorge Alessandri y que, una vez en el Congreso el proyecto Frei fue alterado en varios aspectos, recogiendo observaciones realizadas por la propia derecha. Es así que la nueva ley que surgiría fue en buena medida «consensuada»⁸⁴. Además, todo el proceso legal, como se vio más atrás, recibió también un fuerte, y esperable, impulso de la izquierda, tendiente a su radicalización.

Se acusa además a la reforma agraria, ya hacia el presente, de haber sido un esfuerzo inútil y nocivo, y para probarlo se entregan varias razones: que la economía del país desde la década de 1930 no dependía del mundo del agro; que no significó un mejoramiento en la eficiencia; que los campesinos que llegaron a ser propietarios fueron pocos y que no supieron transformarse en empresarios agrícolas perdiendo sus tierras; que fomentó la espiral de la violencia; que la modernización del agro chileno habría ocurrido de todos modos con o sin reforma agraria. Acusaciones que tienen asidero, pero sólo parcialmente. Veamos.

Por ese entonces no existía conciencia de la relativa pérdida de importancia de la agricultura para la economía nacional, ni entre los técnicos de gobierno, ni entre los de la oposición derechista, los que apuntaban sus críticas a varios aspectos del proceso pero no negaban su relevancia para la economía nacional.

Por otra parte, parece indudable que la modernización del agro chileno (en todos sus aspectos, no sólo los económicos y técnicos, sino también los sociales y culturales) que no se había producido espontáneamente hasta entonces, ni parecía en vías de producirse, sin duda recibió, a mediano plazo, un fuerte impulso con la reforma agraria. Ésta obligó a mejorar la producción y productividad agrícolas, a explotar terrenos abandonados y

cambiar el cultivo extensivo tradicional por el cultivo intensivo de predios más pequeños. Y esto fue así, en parte al menos, porque los nuevos propietarios no terminaran siendo, la mayoría de las veces, los antiguos campesinos originalmente favorecidos por el reparto de tierras. Después de los cambios ocurridos a partir del golpe militar de septiembre de 1973, la división en la tenencia de la tierra atrajo hacia la actividad agrícola a personas del ámbito urbano, los que adquirieron tierras y las administrarían eficientemente con técnicas empresariales modernas.

En fin, la reforma agraria dignificó al campesinado al terminar con el sistema cuasi feudal de la hacienda (*fundo*), del inquilinaje y peonaje, permitiéndole una lenta entrada en la modernidad⁸⁵.

Sin embargo hay que hacer notar algunos errores de diagnóstico que conspiraron contra un mejor resultado de la reforma agraria de Frei.

En primer lugar quizá hubo por parte de políticos y técnicos de gobierno una cierta tendencia a idealizar la figura del campesino, más o menos en la tesis doctrinaria del «buen salvaje» de Rousseau. Si éste tenía defectos, éstos eran achacados casi exclusivamente al sistema social imperante en los campos, sin tomar en cuenta que, por este motivo u otros, se habían arraigado algunos vicios difíciles de erradicar entre los trabajadores del agro y que sin un «patrón» resultó a veces imposible mantener una disciplina de trabajo y un ritmo de eficiencia en la gestión de las nuevas propiedades colectivas o individuales creadas⁸⁶.

Tampoco se detectó de manera precisa lo complejo de la estructura social y económica de los campos, así como la cultura imperante en los latifundios: capataces, llaveros, inquilinos, peones, afuerinos; gente «de a caballo» y «de a pie», una estratificación difícilmente reductible a categorías muy precisas y que cambiaba de región en región, la que parece sin sentido, pero era importante y no fue entendida. Esto también entrabó el proceso al producirse conflictos y problemas inesperados pues el «asentamiento» tendía a igualar a todos⁸⁷.

Los funcionarios llegaban e imponían un esquema, el que, a veces, ni siquiera era uniforme, dependiendo de las preferencias

ideológicas del hombre en cuestión. Si era Rebelde apuntaría a conducir el proceso a una forma de propiedad comunitaria o socialista. Si era Oficialista, tendería a conducirlo hacia la división de la tierra en propietarios individuales.

En fin, pese a las promesas del Frei candidato a los patrones, tampoco pareció haber conciencia suficiente en el gobierno de que tan importante como la mala distribución de la tierra, en cuanto causa del status postergado del agro chileno, era el problema de la fijación de los precios para los productos agropecuarios, el que venía desde el comienzo de la década de 1950 o incluso antes. La fijación, normalmente baja, limitaba la capacidad de gestión exitosa de los empresarios o patrones. Durante el gobierno Frei, con algunas excepciones, los precios agrícolas continuaron deprimidos artificialmente para evitar un alto costo social en el mundo de la pobreza urbana.

Pero volvamos a la contingencia del último año de gobierno de Eduardo Frei Montalva.

Recién iniciado 1970, como coletazo del «Tacnazo», el reajuste de sueldos y salarios para el año se aprobó sin mayor problema en el Parlamento, conscientes los representantes del pueblo de que estaban jugando, literalmente, con fuego. Así, 1970 comenzó políticamente bien para el gobierno. Se había salvado el duro escollo que el año anterior había provocado un enorme problema y escándalo.

Y el día 29 de diciembre de 1969 en el Congreso Pleno se votarían en definitiva, por fin, las reformas constitucionales a que nos hemos referido varias veces y que entrarían a regir después del 4 de noviembre de 1970, al dejar Frei la Presidencia. En esta ocasión y como fruto de la experiencia ya vista, el Primer Mandatario se había preocupado de promover una comida, en casa de Luis Pareto, para insistir, personalmente, a todos los parlamentarios demócratacristianos la importancia de su asistencia al parlamento y votar por la aprobación. Más aún, con fecha 24 de diciembre de 1969, les escribió rogándoles «como amigo, que esté presente el día lunes en la votación de la reforma constitucional». A otros, en fin, los llamó por teléfono el día 25 desde su casa⁸⁸.

La carta del día 24 le valió una insolente respuesta del diputado Carlos Sívori a la que Frei retrucó en términos aún más duros y llenos de sarcasmo⁸⁹.

Pero la reforma constitucional en definitiva se aprobó aunque no contuviera todas las modificaciones a la Carta Fundamental que el proyecto original consultaba. En lo fundamental se creaba el Tribunal Constitucional (art. N° 78); se ampliaba el derecho a sufragio (art. N° 7); se modificaba la potestad legislativa en relación al Presidente de la República en algunas materias, como los viajes al extranjero (art. N° 67) o el llamado a plebiscito en materia constitucional (art. N° 109) y se le entregaban nuevas atribuciones administrativas (arts. N°s 44 y 45)⁹⁰. La reforma constitucional fue publicada en el Diario Oficial el 23 de enero de 1970, para entrar a regir el 4 de noviembre siguiente⁹¹.

Luego se entró en la larga pausa de los veranos de ese entonces, el que en este caso fue excepcionalmente tranquilo. Bien lo necesitaba el Presidente.

A su retorno de las vacaciones y después de una frustrada acusación constitucional contra el ministro de Defensa por el asunto de los sueldos militares, el que todavía agitaba el ambiente, el país vivió sus primera gran conmoción del año por un asesinato cometido en Longaví el 30 de abril.

Con motivo de la toma de posesión del predio La Piedad, del ya reconocidamente conflictivo terrateniente Gabriel Benavente Palma, cuyos familiares habían tenido repetidas actitudes violentas con funcionarios de CORA, se produjo un enfrentamiento a golpes de puño y palos entre los patrones, más algunos inquilinos que los apoyaban, y la fuerza pública. En el enfrentamiento resultó herido y golpeado el ingeniero y jefe zonal de la Cora, Hernán Mery, muriendo poco después. Otro técnico, Gustavo Herrera, también fue herido de una pedrada.

La muerte de Mery conmocionó al país. La izquierda acusó inmediatamente a los alessandristas del crimen (ya se estaba en la campaña presidencial) lo que era un evidente aprovechamiento electoral del desgraciado hecho⁹². A pedido de la Corte

Suprema, la Corte de Apelaciones de Talca designó a un Ministro en Visita para conocer del caso en el cual habían sido detenidas 57 personas, entre ellos varios miembros de la familia Benavente por más que el autor del garrotazo que mató a Mery estaba identificado, era un campesino joven y analfabeto.

A los funerales de Mery, en Santiago, concurrió Frei junto a todo el gabinete. Hubo además manifestaciones populares de ira contra los asesinos y sesiones especiales de la Cámara y el Senado destinadas a analizar el suceso. Obviamente se le condenó casi unánimemente. Sólo desentonó el diputado nacional Víctor Carmine, otro terrateniente, pero de la zona de Malleco, quien dijo «no rindo homenaje a familias de gente que anda robando fundos»⁹³. Carmine fue expulsado del Partido Nacional, pero recibió la solidaridad de su colega Gustavo Monckeberg.

El nombre de Hernán Mery y los sucesos de La Piedad se transformarían en una leyenda.

El 21 de mayo, pocos días después de aprobarse la Ley de Guarderías Infantiles, Eduardo Frei Montalva leyó su último Mensaje Presidencial ante el Congreso Pleno. Fue un recuento de la labor de su administración, tema que abordaremos más adelante utilizando, en parte, ese documento. Terminó el Mensaje con una advertencia a la Unidad Popular: «Yo sé que la revolución con sangre, dramática y totalitaria ejerce fascinación sobre algunos. Yo sé que hay quienes no son capaces de concebir su Patria sino como una copia de otras experiencias, porque no saben mirarla, porque no la entienden»⁹⁴.

El tiempo que quedaba hasta el 4 de septiembre de 1970, incluyendo un frustrado paro nacional, citado por la CUT para el 8 de julio de 1970, transcurrió al compás de la campaña presidencial, a la que dedicaremos un subcapítulo aparte. Baste decir, por el momento, que a medida que la contienda electoral avanzaba, Eduardo Frei estaba cada vez más preocupado y triste.

La política internacional

Cuando Eduardo Frei fue elegido Presidente, Chile era un actor relativamente menor y poco importante del concierto

interamericano. Durante los años 1964-1970 la imagen exterior de Chile se consolidó y el país se fue transformando en un actor importante en el continente. Aunque más a nivel de presencia e imagen que en la verdadera arena del poder.

Como hemos visto, durante su primera época, el nuevo gobierno se esforzó en consolidar vínculos políticos y económicos con Europa, incluyendo la URSS, con la que se reestablecieron relaciones ya en 1964; lo que no impidió que se presentase internacionalmente la experiencia chilena como una posibilidad, para todo el continente, alternativa a la marxista.

También vimos que EE. UU. había apoyado a la Revolución en Libertad que se planteó como modelo y esto se reflejó en los montos de ayuda y préstamos que llegaron desde allí o desde organismos internacionales, a Chile⁹⁵. Algunos dentro del marco de la Alianza para el Progreso, otros por vías diversas.

Pero el gobierno de Frei, desde sus inicios, se preocupó asimismo de Latinoamérica y dio a entender que siendo amigo de Washington mantenía una actitud de independencia frente a sus intereses⁹⁶.

La primera actuación internacional de importancia del gobierno de Eduardo Frei Montalva, en ese campo, se dio el año 1965 con motivo de la crisis política de la República Dominicana, donde se produjo un golpe de Estado que botó a la junta militar gobernante e intentó reponer al Presidente constitucional Juan Bosch. Se dio entonces un enfrentamiento armado entre los adversarios. Unos encabezado por el general Elías Wessin y Wessin, defensor de la junta militar y los partidarios de Bosch al mando del coronel Caamaño. Como entre los últimos había sectores de izquierda, el gobierno de EE. UU. desembarcó en la isla unos mil «marines», so pretexto de asegurar la evacuación de ciudadanos norteamericanos, produciéndose inmediatamente escaramuzas con los dominicanos.

Los países de América Latina reaccionaron y en particular Chile. Frei solicitó al Consejo de Organización de Estados Americanos llamar urgentemente a una conferencia continental extraordinaria de cancilleres, con el propósito de rechazar la

intervención unilateral norteamericana. Con esta actitud representaba a casi la totalidad de la opinión pública chilena, excepto algunos grupos de extrema derecha⁹⁷.

Por la misma época, el escándalo del Plan Camelot ayudó a enfriar las relaciones entre Chile y EE. UU.

Además era indudable que EE. UU., gobernado por Johnson, estaba cambiando su política hacia la región. Ahora no se privilegiaba a los gobiernos democráticos, sino que a cualquier tipo de régimen con tal que fuera anticomunista o anticubano. (La llamada «doctrina Mann»⁹⁸. En esas circunstancias no pesaron sobre Frei los «compromisos» que los enemigos de su gobierno lo acusaban de haber contraído con los norteamericanos durante la campaña presidencial de 1964. Chile fue el país de Latinoamérica que mantuvo una posición más dura frente a la intervención en Santo Domingo, quedando finalmente solo cuando se realizó la reunión de cancilleres, el 1 de mayo. La presión de EE. UU. al resto del continente había terminado por controlarlo. Era una derrota diplomática que honraba a Chile.

Gabriel Valdés no vaciló entonces en afirmar que la acción yanqui en la República Dominicana amenazaba la Alianza para el Progreso. Sus palabras fueron proféticas. A partir de entonces el gobierno de Johnson siguió una política pragmática que no respondía al espíritu de solidaridad continental que inicialmente parecía había animado a la Alianza.

El problema del reconocimiento de China comunista por la ONU se transformó en otro escollo entre Chile y Estados Unidos. Frei se mostró partidario de apoyar a EE. UU. en este aspecto, posiblemente por considerar que el oponerse a la presencia China en el Consejo era algo más o menos irrelevante a cambio de la mantención de las buenas relaciones con el gigante del norte. Pero en el PDC otras voces, en especial la de Renán Fuentealba, estaban por una posición favorable a Pekín⁹⁹.

En tanto, el problema dominicano tuvo su siguiente episodio con la llegada a Chile de Averell Harriman, quien no logró convencer a Frei de la bondad de la causa de su país, entregándose al final un comunicado en el que se afirmaba la voluntad

compartida de que se estableciera en República Dominicana un gobierno democrático. Pero el mismo día, la OEA aprobaba, por estrecho margen, un proyecto de acuerdo que avalaba la posición norteamericana y poco después los soldados de EE.UU. en la isla ascendían a 46.000¹⁰⁰.

Pocos días después, a través de su Embajador Ellsworth Bunker, EE. UU. proponía en la OEA la creación de una Fuerza Interamericana de Paz. Tenía el apoyo de Brasil, donde, como vimos, gobernaba dictatorialmente el general Humberto Castello Branco, un firme anticomunista.

Para los países que se habían opuesto a la intervención norteamericana en República Dominicana, la idea de la Fuerza Interamericana de Paz fue echar leña en la hoguera, pues evidentemente lo que se pretendía era que la eventual Fuerza asumiera en el futuro el rol que acababa de desempeñar EE.UU., transformándose en una policía anticomunista intercontinental, por sobre la soberanía de las naciones.

En tanto, la situación dominicana derivó hacia la guerra civil cuando las tropas del general Imbert (sucesor de Wessin y Wessin), apoyadas por el contingente norteamericano se enfrentaron a las de Caamaño, las que previsiblemente sacaron la peor parte. En su Mensaje al Congreso el 21 de mayo Frei propuso, como consecuencia de la crisis dominicana, una reforma de fondo de la OEA¹⁰¹. Durante su gira por Europa, poco después, recabaría apoyo de los estadistas europeos para la idea.

Gabriel Valdés definió el aspecto central de la reforma propuesta como el reconocimiento de que EE.UU. y América Latina constituían «dos polos dentro del sistema»¹⁰². Así lo expresó en la Conferencia de Río de Janeiro llamada al efecto para el mes de noviembre, donde logró obtener el apoyo de otros importantes países del continente, superando la presión norteamericana.

De la Conferencia de Río surgió un comité especial para la preparación de un borrador preliminar de reformas a la Carta de la OEA, el que sesionó en Ciudad de Panamá en febrero y marzo de 1966. Pero en esa reunión no hubo acuerdo entre EE. UU. y el grupo de países latinoamericanos que integraba (y hasta

cierto punto dirigía) Chile. El principal resultado del desacuerdo fue que la idea de la Fuerza Interamericana de Paz no se materializó. El grupo que se oponía a ésta insistía que el verdadero objetivo del continente latinoamericano era superar el subdesarrollo y no la lucha anticomunista. Por cierto que ni los EE. UU., ni Brasil, su aliado en el continente, estaban de acuerdo con esa alternativa, o al menos no consideraban los dos objetivos como incompatibles.

Con todo, la posición chilena frente a EE. UU. se fue suavizando durante el año que transcurrió hasta la Conferencia Interamericana de Punta del Este. El Presidente de Chile ya estaba gestionando la concreción del Pacto Andino y no quería continuar enemistado con el poderoso vecino del norte, cuyo apoyo esperaba.

A Punta del Este, como correspondía, asistió el Presidente Frei, quien, ante el asombro de los servicios de seguridad, se paseó solo por la calle. Fue el único Mandatario que lo hizo. Frei, quien se entrevistó en medio de la mayor cordialidad con el Presidente Johnson, dejó constancia de su «abuenamiento» con EE. UU. en una columna que escribió en *Ercilla*¹⁰³.

Como episodio curioso estuvo el hecho que mientras Frei participaba en las reuniones con los Mandatarios de América, en medio de una retórica integracionista, la que terminó viéndose que era sólo eso, retórica, llegó hasta Uruguay Salvador Allende invitado por la universidad, la que realizaba una combativa huelga contra la conferencia «imperialista» y en favor de la estrategia del «Che» Guevara. Éste, tras un largo período de desaparecimiento público, volvía al primer plano por esos mismos días con un emotivo llamado, hecho desde lugar desconocido. Clamaba por la guerra de guerrillas «total», de modo de crear en Latinoamérica «dos o tres Vietnam»¹⁰⁴. También apareció por Montevideo Patricio Hurtado, en representación de una organización fantasmal que había creado. La presencia de Allende que pretendía y sería candidato presidencial por cuarta vez, era comprensible. ¿Pero qué intentaba Patricio Hurtado, además de conocer la capital del Uruguay?¹⁰⁵

Pero volviendo al fondo de la cuestión, la mejoría de relaciones con EE. UU. no significaba una claudicación, ni por parte de Chile, ni por parte de otras naciones latinoamericanas, de su posición tendiente a guardar independencia en sus relaciones con la gran potencia del norte. De este grupo de países que se opusieron a EE. UU. en todo el proceso iniciado con la invasión norteamericana a Santo Domingo naciera después el Consenso de Viña del Mar y la CECLA a la que nos referiremos más adelante¹⁰⁶.

Fue así que, sin perjuicio de la reconciliación en Punta del Este, la posición de Chile durante el episodio dominicano afectó las excelentes relaciones que el nuevo gobierno chileno tuvo inicialmente con el de EE. UU. y enfrió la ayuda que dentro del marco de la Alianza para el Progreso se dio a Chile¹⁰⁷. Pero la cordialidad entre las respectivas administraciones y sus burócratas, continuaría hasta junio de 1967, cuando fue reemplazado como Embajador de EE. UU. ante La Moneda, Ralph Dungan, quien era, como se ha visto, un firme partidario de la Administración Frei. Su reemplazante fue Edward Korry, de muy distinto signo.

El nuevo embajador, sin duda con el auspicio del Departamento de Estado, estaba por un retorno a la política de ayuda a los sectores chilenos de derecha, al prever que las políticas de gobierno y, especialmente del PDC, tal como iba quedando claro ese año, más que consolidarse como una alternativa ante la izquierda marxista en Chile, le servirían a ésta para su fortalecimiento y triunfo presidencial de 1970. En eso no se equivocaba. De hecho Korry terminaría simpatizando, aunque con cierta discreción, con la candidatura Alessandri.

También fue el rumbo que iba tomando la Guerra de Vietnam el que empujó a los conductores de la política exterior norteamericana a apoyar a los grupos más cerradamente anticomunistas en Hispanoamérica. En 1968 la iniciativa expropiatoria del Perú en relación a las compañías petroleras norteamericanas les hizo temer que en Chile se intentara algo parecido con el cobre, no sólo por parte de los partidos de la izquierda marxista, sino por el propio PDC, en un futuro gobierno. En eso tampoco se equivocaron, los programas de Tomić y de Allende así lo consultarían.

Pero la acción del gobierno de Frei hacia Latinoamérica tendría su dimensión más importante en el plano de la integración. Eduardo Frei, quizá observando el panorama europeo de la post Segunda Guerra Mundial y la acción de los Partidos Demócrata Cristianos europeos, fue siempre un decidido impulsor de la integración como camino para lograr el desarrollo¹⁰⁸. Al llegar a Presidente de Chile su preocupación al respecto hizo que, a poco de iniciar su gobierno, en enero de 1965, solicitara a cuatro notables economistas, Raúl Prebisch, José Antonio Mayobre, Felipe Herrera y Carlos Sanz de Santa María, la preparación de un proyecto para establecer «la institucionalidad que impulse la creación de un Mercado Común Latinoamericano». En una notable carta les decía: «Estoy convencido, como ustedes, que la integración económica latinoamericana es esencial para contribuir a la solución del grave problema del estrangulamiento exterior que se opone a la aceleración del ritmo de desarrollo económico y social de nuestros países»¹⁰⁹. Sin embargo, esos primeros esfuerzos resultaron infructuosos.

En la ya mencionada Conferencia de Punta del Este, los Presidentes de América, decidieron, en medio de un mar de buenos deseos y gran parafernalia, la materialización de una iniciativa que desde hacía bastante tiempo venía planteándose en los círculos del «beau monde» intelectual y tecnocrático del continente: la creación de un mercado común latinoamericano (Asociación Latino Americana de Libre Comercio, ALALC), el que debía estar en funcionamiento hacia 1985. Pero éste se encontró desde el comienzo con obstáculos insalvables. En abril del año siguiente Frei escribiría al Presidente de EE. UU., Lyndon Johnson, «aun cuando se han realizado algunos progresos (...) tenemos que lamentar la falta de resultados positivos en relación a algunas de las decisiones más importantes adoptadas en Punta del Este»¹¹⁰.

El Presidente de Chile quería que EE. UU. ayudara a que las metas acordadas en Uruguay se cumplieran. Pero, como hemos visto, los Estados Unidos estaban perdiendo interés en el continente y no parecían dispuestos a nuevos esfuerzos económicos en América Latina. Sin embargo no se debe responsabilizar a

EE. UU. del fracaso del acuerdo de Punta del Este, los propios gobiernos latinoamericanos hicieron prevalecer sus intereses nacionales cuando se trató de optar entre éstos y el esfuerzo integrador¹¹¹.

Esa actitud fue notoria en el caso de los países más grandes y más desarrollados, que entonces eran Argentina y Brasil (los que, paradójicamente, habrían sido quizá los países más favorecidos por una consolidación de la ALALC). Sólo un grupo, el que había firmado el llamado Acuerdo de Bogotá, se mantuvo en el espíritu de Punta del Este.

Este panorama quedó claro tan tempranamente como septiembre de 1967, pocos meses después de la cita de Punta del Este, en la reunión ministerial intercontinental realizada en Asunción, Paraguay. Como consecuencia de lo sucedido (o «no sucedido») allí, vale decir ante el fracaso de la ALALC, se daría la futura materialización del Pacto Andino.

Pero la idea del Pacto Andino era anterior a la reunión de Punta del Este. En agosto de 1966, después de conversaciones preliminares, los Presidentes de Colombia, Ecuador, Perú, Venezuela y Chile, reunidos en Bogotá y en medio de una fuerte vigilancia, que asombró a la prensa chilena, habían aprobado la formación de un mercado común subregional que incluiría a los países andinos, aunque dentro de los marcos de la (ALALC)¹¹².

Con motivo de esta reunión Eduardo Frei pronunció, en Colombia, uno de los discursos más notables de su vida, el que después aparecería publicado en la recopilación titulada *América Latina* tiene un destino, en el año 1967.

El mercado común subregional vendría a materializarse definitivamente, tras complejas negociaciones, en el llamado Acuerdo de Cartagena, el que se firmaría recién en mayo de 1969, siendo ratificado por los países signatarios en los meses siguientes. Así nació el Pacto Andino, incluyendo a Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela. Después se incorporaría a él Bolivia. Aunque sus objetivos eran formalmente económicos, sociales y culturales, el Pacto Andino también tenía proyecciones políticas.

Con respecto al resto del continente. Ya se dijo que, a fines de 1968, Frei fue recibido gratamente en Brasil. Iba a eso, a congraciarse con el enorme país y, en particular con su gobierno¹¹³. A diferencia de su tensa escala de 1965, cuando iba camino a Europa, ahora el encuentro con los gobernantes brasileños fue abiertamente amistoso y cordial. El comunicado conjunto, Frei-Costa e Silva, que se entregó hacia el final de la visita del Presidente chileno, enfatizaba la necesidad de consolidar una identidad latinoamericana en torno a intereses comunes¹¹⁴.

El acercamiento con Brasil haría posible que ese país modificara su actitud inicial condenatoria hacia el Pacto Andino en formación, al que veía como una alianza anti EE. UU., su aliado en la cruzada anticomunista continental.

En relación a la adopción de una posición política frente a EE. UU. y su nueva actitud hacia el continente, fracasada la Alianza para el Progreso, Chile encabezó la adopción de otra línea de corte latinoamericanista. Ésta se materializó en el ya mencionado Consenso de Viña del Mar, que surgió de una reunión, realizada en esa ciudad en el mes de mayo de 1969, en la cual los cancilleres de Latinoamérica acordaron una reordenación de sus relaciones con Estados Unidos, tomando distancia frente a la potencia del norte. Era algo esperable, pues ahora la veían en una actitud muy diferente a la de ayudar económicamente el desarrollo latinoamericano; más todavía después de la elección de Richard Nixon como Presidente de EE. UU. en 1968. Se pensó que ahora la política norteamericana apuntaba sólo a obtener más y más utilidades del continente al sur del Río Grande¹¹⁵.

Del Consenso de Viña del Mar surgió el fortalecimiento de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana (CECLA), organización que reunía a todos los gobiernos de la región sin la presencia de EE. UU. La CECLA, según el Embajador chileno ante la OEA durante el gobierno de la Unidad Popular, Luis Herrera, «estableció las bases de un diálogo digno con Estados Unidos»¹¹⁶.

Esta nueva actitud frente a EE. UU. ha de haber sido un paso difícil de dar para Frei, quien posiblemente recibió bastante

presión de Gabriel Valdés¹¹⁷. El Presidente de Chile, aunque conocía muy bien su política hegemónica hacia América Latina, admiraba a los Estados Unidos y sabía cuán peligroso podía ser ponerse en su contra.

La nueva política seguiría manifestándose en la actividad posterior de CECLA, cuyo vocero más significativo sería el canciller chileno Gabriel Valdés. La nueva postura frente a EE. UU. partía de la base que los intereses del continente latinoamericano eran diferentes (y hasta divergentes) de los de Estados Unidos, aunque sin apoyar una actitud confrontacional, como la que propiciaba, en ese entonces, el Perú¹¹⁸.

Por lo demás, la nueva actitud de CECLA no fue mal mirada inicialmente por EE. UU., que confiaba en que el organismo sirviera para moderar la actitud peruana en el conflicto petrolero que tenían ambas naciones¹¹⁹. La importancia de CECLA se hizo sentir en la Conferencia Latinoamericana realizada en Lima en agosto de 1970, aun cuando la principal iniciativa que se prendía consensuar allí, la idea de un mar jurisdiccional de 200 millas, no se impuso.

Finalmente, ante la falta de solidaridad latinoamericana, difícil en un contexto de divergencias ideológicas como el visto, la CECLA terminaría por ser más o menos fácilmente desarmada por Estados Unidos.

En febrero de 1970, y también dentro de la nueva línea del Consenso de Viña del Mar, Chile buscó un acercamiento con Cuba en el plano económico, quebrando el embargo que mantenía hacia la isla toda América desde 1962. Le vendió vino producido por Baltazar Castro y ajos en un negocio patrocinado por Salvador Allende¹²⁰. La nueva posición de Chile frente a la nación caribeña venía esbozándose desde 1967 y, pese a los esfuerzos de Estados Unidos, la iniciativa se llevó adelante. Sin embargo, no se intentó un restablecimiento de relaciones diplomáticas.

En todo caso, la nueva actitud de Chile hacia la isla ciertamente lo apartaba de su status de «proyecto alternativo» al cubano, como se le vio entre los años 1964 y 1967.

En cuanto a otros esfuerzos integradores extracontinentales.

Durante el sexenio de gobierno de Eduardo Frei, Chile inició una ofensiva internacional en relación a la comercialización del cobre. El año 1967 se realizó la Reunión de Lusaka, de la que resultó la creación de CIPEC (Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre) uniendo a Perú, Chile, El Congo y Zambia (cuyos «técnicos» de 1965 contrarios a la subida del precio del cobre, al parecer habían sido reemplazados), en la defensa de sus intereses cupríferos en el mercado internacional. La voz cantante en la conferencia la llevó el ministro chileno Alejandro Hales¹²¹.

Fue así que en los últimos años del gobierno de Eduardo Frei Montalva, Chile consiguió sonados éxitos diplomáticos aunque en una línea estratégica muy diferente de la de sus primeros años. Su «entente cordiale» con Brasil, la CECLA y su acercamiento con Colombia y otros países del área, por obra del Pacto Andino, dieron al país, como decíamos más atrás, una importancia dentro del continente que su tamaño, riqueza y población no explicaban. Pero estos logros serían efímeros. El panorama de lo realizado durante el gobierno Frei cambiaría mucho durante el de la Unidad Popular y más aún durante la dictadura militar, cuando Chile abandonaría el Pacto Andino.

Los problemas de límites con los vecinos, que se venían acrecentando por años, también tuvieron episodios importantes durante el gobierno Frei.

Según Manfred Wilhelmy, «La transformación de las relaciones de Chile con Argentina y Bolivia fue uno de los objetivos políticos internacionales más relevantes del gobierno Frei»¹²². Sin embargo la tarea no resultó fácil, en especial por lo que respecta a la Argentina, país con el cual habían varias disputas pendientes en relación a la fijación de la frontera definitiva.

Ya se habló del asesinato del oficial de carabineros Hernán Merino Correa y de las circunstancias en que ocurrió. Durante los últimos días de 1966 se agitarían nuevamente las relaciones de vecindad con Argentina. En el año 1960, durante la administración de Jorge Alessandri, los gobiernos de Argentina y Chile habían suscrito un protocolo para someter al arbitraje de

la Corona Británica, en conformidad al laudo de 1902, los territorios de Palena y Lago General Paz, entre los hitos 16 y 17. En 1964, todavía bajo el gobierno de Alessandri, Chile hizo uso de su derecho, recabando el arbitraje.

El fallo de la Reina Isabel II se dio el día 9 de diciembre de 1966. La causa chilena, defendida por el embajador ante el Reino Unido Víctor Santa Cruz y por los juristas Julio Phillipi y José Miguel Barros, había obtenido un triunfo relativo. Si bien las mejores y más pobladas tierras en disputa y la propia ciudad de Palena quedaban bajo soberanía chilena, el 71% del territorio disputado, montaña en su mayor parte, fue asignado a Argentina. En cierta medida se trató de un fallo salomónico, lo que no impidió que sectores ultranacionalistas acusaran al gobierno de estar vendiendo la soberanía nacional. Claro que en la República Argentina ocurría lo mismo¹²³.

Un segundo punto en discordia fronteriza entre Chile y Argentina se refería al Canal Beagle en el extremo Sur. Estaba en disputa la soberanía de las islas Picton, Nueva y Lennox, ubicadas en la boca oriente de dicho paso entre el Atlántico y el Pacífico. Reemplazado el Presidente Illia por el general Onganía en Buenos Aires el 6 de junio de 1966, la situación se tornó considerablemente más difícil. Diversas fórmulas fueron rechazadas por uno y otro país. Finalmente, en diciembre de 1967, Chile decidió recurrir unilateralmente al arbitraje británico, alternativa que estaba abierta según el tratado de 1902¹²⁴. Pero el problema no se calmó. Gabriel Valdés relata un incidente que tuvo, en 1969, con el canciller argentino Nicanor Costa Méndez, muy aficionado a las bravatas¹²⁵.

El paso dado por Chile no gustó en Buenos Aires que tenía pendiente con Gran Bretaña el antiguo conflicto de Las Malvinas y el asunto fue dilatado por el gobierno de Onganía y su Canciller Costa Méndez. Con todo, un mejoramiento en las relaciones entre Argentina y Gran Bretaña y la reunión entre Frei y Onganía en enero de 1970 abriría paso a la llamada Declaración de Buenos Aires (junio de 1970), que marcaría el comienzo de la negociación definitiva para solucionar el problema del

Canal Beagle. Esta concluiría, con grandes dificultades pero de modo satisfactorio para Chile, años después, luego que en 1978 ambos países estuvieran al borde de la guerra¹²⁶.

En cuanto a problemas de hecho pendientes con Bolivia (no los había de tipo jurídico, como en el caso argentino). Se presentaron algunas dificultades en relación a un oleoducto que cruzaba territorio chileno para llegar hasta el mar y que pertenecía a Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB). El gobierno de ese país pretendió venderlo a una compañía norteamericana, la Gulf Oil. Chile se opuso aduciendo que introducir los intereses de una tercera potencia en la zona pugnaba con el tratado de 1904, que había puesto fin a la tregua que siguió a la Guerra del Pacífico. Finalmente se llegó a un acuerdo satisfactorio en febrero de 1966. En el sector chileno el oleoducto continuaría siendo operado por los YPFB.

En relación a la cuestión de la utilización por Chile de las aguas del Río Lauca a la que se oponía Bolivia, problema que se había iniciado durante la administración de Jorge Alessandri, la situación existente, que favorecía a Chile, no cambió. Las aguas del Lauca continuaron regando tierra chilena y moviendo la central eléctrica de Chapiquiña, cerca de Arica.

Hasta 1967, los problemas con Argentina y Bolivia se complicaron para Chile porque ambas naciones pasaron durante el período de gobierno de Eduardo Frei a estar gobernadas por regímenes militares con ideologías similares, razón por la cual además, podían esperar apoyo de Brasil. Después se produjo el acercamiento, ya visto, entre Brasil y Chile cuando Frei lo visitó y un eventual apoyo de ese país a la posición boliviana se desvaneció.

Por causas conectadas con el enfrentamiento chileno con EE. UU. en la OEA por el problema de la República Dominicana, ese país pareció también, en un momento, dar su apoyo a Bolivia, llegando a propiciar la posibilidad de que Chile le otorgase una salida al mar¹²⁷. Pero no pasó nada.

Con el Perú, en parte merced al espíritu que animaba a ambos países, esforzados en sacar adelante el Pacto Andino, no hubo mayores problemas durante el gobierno de Eduardo Frei

Montalva. El golpe de Estado que en octubre de 1968 llevó a los militares al gobierno en Lima no produjo roces en las relaciones bilaterales. Además, aunque acentuadamente nacionalistas (y en esa medida recelosos hacia Chile), los militares peruanos que emprendieron la nacionalización de las compañías petroleras en manos de capitales norteamericanos (IPC), necesitaban apoyo continental en el espíritu en que se estaba dando, después del fracaso de la Alianza para el Progreso y la creación del Consenso de Viña del Mar.

Sin embargo, el gobierno de Chile no dejó de tomar nota de que, depuesto en Perú el Presidente Belaúnde y reemplazado éste por el general Velasco Alvarado, el país estaba rodeado por regímenes militares¹²⁸. Con todo, como en el caso de Brasil después de 1967, el acercamiento con el Perú de los militares fue mantenido más allá de las reticencias ideológicas que el carácter del nuevo régimen despertaba en el régimen democratacristiano chileno.

Como se puede apreciar, el gobierno de Chile, después de 1967 fue —«malgré lui»— mucho más pragmático en su actitud internacional que en sus comienzos. Este fue otro signo de la «moderación» que caracterizó al segundo trienio de la Administración Frei y que tantos problemas iba a causar dentro del PDC. Este pragmatismo se manifestó también en un creciente acercamiento a países no alineados o de la órbita comunista. Belisario Velasco recuerda haber hecho varios viajes, con motivo de su cargo en la ECA, los que significaron los primeros contactos entre Chile y China comunista, Albania y otros países del tercer Mundo¹²⁹.

La cultura chilena de los años 1960

En otro trabajo sobre Eduardo Frei hemos dicho que tuvo el destino de los hombres de centro, cuya prudencia no es comprendida en épocas de polarización, tal como fue la que vivió Chile durante los años de su gobierno y los inmediatamente posteriores¹³⁰.

Efectivamente, el período de 1960-1970 estuvo marcado,

en Chile (y el mundo), por la rebeldía y la duda profunda acerca de los valores tradicionales, particularmente entre los jóvenes. La Reforma Universitaria fue la máxima demostración de ese espíritu entre la juventud chilena. Pero no fue la única. Era la época del éxito de los Beatles, del «hippismo», del inicio del consumo de la marihuana, de la extensión de sectas que tuvieron numerosos adeptos entre los «jóvenes bien», como Silo. En la política, hijos de las más rancias familias santiaguinas o de las principales ciudades de provincia se hacían militantes del MAPU o del MIR¹³¹.

Por otra parte (y no sólo entre los jóvenes) se hacía cada vez más fuerte una nueva actitud de apertura y tolerancia ante el sexo y otras realidades que la cultura tradicional chilena había considerado tabúes. Esto se reflejaba en la moda para vestirse y en el uso del bikini por parte de las muchachas y en el pelo largo, abandono de la corbata y la informalidad en la vestimenta de los hombres.

Entre los adultos, en especial los artistas, la rebeldía depresiva tomó a veces otros caminos más dramáticos. En febrero de 1967 se suicidó Violeta Parra. En febrero de 1968 le tocó el turno a Joaquín Edwards Bello y en septiembre también se quitaba la vida Pablo de Rokha¹³².

Con respecto a los literatos (que sobrevivieron), fue la época de las últimas obras de Neruda y de algunas de las mejores de Nicanor Parra y José Donoso. La del inicio de la producción de Isabel Allende. Todos escritores de la rebeldía y la heterodoxia, cada uno según su estilo.

La música popular chilena, con los Quilapayún a la cabeza, con los Inti-Illimani, la familia Parra (y en especial Violeta hasta su muerte), con Víctor Jara y muchos otros, tomó un camino de abierta lucha contra el orden y valores burgueses. Además era de una excelente calidad musical, quizá la mejor aparecida en Chile hasta entonces.

El cine chileno, en cambio, no estuvo a la altura de las circunstancias, salvo excepciones. Hubo varios bodrios, pero también insertos en la tendencia de la rebeldía como *New Love*,

donde las señoras de la burguesía chilena pudieron contemplar escandalizadas, como dos «lolos» tenían su iniciación sexual en una pieza llena de plumas de gallina (escena que, en el contexto de la película, pretendía asociar sexo con «suave» y «sano», aunque sólo lograba provocar cierta inhibición, pero de tipo higiénico). Con todo, la escena era un signo de rebeldía inédito en Chile.

La mejor película de la época, fue posiblemente *Tres tristes tigres* de Raúl Ruiz. *Morir un poco* es otro filme que tuvo algunos méritos y fue un gran éxito de cartelera. Ambos, como lo había sido *El Chacal de Nahueltoro* de Miguel Littin pocos años antes, marcaban un profundo rechazo a los valores y estructuras tradicionales de la sociedad chilena.

La rebeldía cultural chilena era en buena medida el correlato de algo que sucedía a nivel de todo Occidente. En EE. UU. la juventud se tornaba en contra de la Guerra de Vietnam y nacían focos de protesta violenta en casi todas las universidades, en particular la de California en Berkeley. En 1968 esa rebeldía se extendería a Europa y tendría su estallido en mayo de ese año en París, cuando Daniel Cohn-Bendit dirigió una verdadera revolución estudiantil, la que si no terminó con el régimen del general De Gaulle, fue sólo gracias a la firme personalidad de éste y al hecho que el proletariado francés (y en particular el Partido Comunista) no apoyó a los estudiantes. En Alemania hubo también importantes disturbios, capitaneados, en este caso, por «Rudi el Rojo» y donde tuvo intervención el chileno Gastón Salvatore Pascal.

Quizá la mejor expresión del ánimo rebelde y a veces casi nihilista de la juventud europea o norteamericana de entonces se pueda encontrar en la música de los ya mencionados Beatles, de los Rolling Stones o, más acentuadamente, en la de Jimmy Hendrix y en películas como *Blow Up*, estrenada en 1968, o *La naranja mecánica* de Stanley Kubrick, de 1971. Pero hubo muchos otros filmes que también lo reflejaban.

También el baile se transformó en una liberación del cuerpo, acabando con ritmos fijos, «pasos» y rituales. Todo eso llegó hasta Chile.

No se explica el éxito que tuvieron en la política grupos como los recién mencionados MAPU o MIR sin atender a ese «signo de los tiempos» a que nos estamos refiriendo. Para ellos el «héroe rebelde» encarnado fundamentalmente en la persona del «Che» Guevara, verdadero Cristo del proletariado marxista, pasó a ser el paradigma vital. Ahí estaba el mártir del nuevo credo, el cordero del nuevo sacrificio.

¿Cuál era la imagen que un personaje tan cuerdo, centrado, cerebral, moderado, apasionado-frío, como Eduardo Frei Montalva, quien, además, tenía la impronta de la cultura católica de clase media del Chile de la primera mitad del siglo XX, proyectaba en medio de ese vendaval de cultura de la rebeldía?

Para una mayoría de chilenos, que no participaba de los valores rebeldes, siguió siendo el gran político y estadista que habían elegido en 1964. Sino hubiese sido así, no se comprende la «movida» que veremos con el nombre de «el gambito», intentada después de las elecciones de 1970 por la derrotada derecha. Había consenso entre los analistas que de haberse podido reelegir en 1970, habría sido reelegido. Pero entre la juventud era una personalidad tradicional, un conservador que no les atraía.

¿Y cuál era la actitud de Frei ante el fenómeno cultural descrito? A pesar de su gran inteligencia, como casi todos los adultos de la burguesía chilena de entonces, rechazó la nueva realidad. Jamás se pronunció en profundidad sobre el problema de la rebeldía juvenil y sus posibles causas en sus discursos oficiales. Y aunque pudo estar de acuerdo con gran parte de la crítica político-social contenida en la nueva cultura juvenil, creemos que consideraba sus soluciones como radicales y utópicas... como en verdad lo eran, aunque allí mismo estuviera la razón de su fuerza. Eso lo dejaba fuera del «signo de los tiempos», en circunstancias que, paradójicamente, con su propia rebeldía (y la de toda la Falange) había colaborado en las décadas anteriores a crear el nuevo espíritu. Pero frente a la cultura de esos últimos años resurgió el Frei conservador.

Además, como buen católico practicante, imbuido del espíritu y cultura de la década de 1930, era progresista en lo social

pero no en lo privado y consideró la apertura sexual como un signo pecaminoso¹³³. Por otra parte manifestaciones de violencia, como las mostradas en *La naranja mecánica* y que tenían gran eco en Chile, las consideraba incomprensibles, excepto en la perspectiva delincencial o ligadas al extremismo.

Después de 1973 tampoco comprendería las raíces psicológicas de la brutalidad dictatorial. De allí su fracaso en combatir el primitivismo psicológico intuitivo de Pinochet¹³⁴.

En este sentido, Frei mostró una actitud parecida a la de toda su generación de clase media frente al fenómeno cultural que estamos viendo: retraerse sobre sus propios valores. Pero eso conducía a una trampa. Esa clase media conservadora se transformaría en el principal soporte social del golpe militar de 1973, el que ante sus ojos, había venido a poner orden, o incluso a «salvar el alma nacional». El discurso inicial de los militares apuntaba en esa dirección. El propio Frei en la conocida carta a Mariano Rumor, que ya veremos, señalaba que había que comprender la acción de las Fuerzas Armadas en un contexto de desquiciamiento nacional¹³⁵.

Logros económicos, sociales y culturales

A pesar de los problemas, durante sus últimos años la Administración Frei continuó mostrando empuje y el programa de gobierno se seguía llevando adelante.

Fue así que los proyectos fundamentales del Programa de 1964, destinados a superar la llamada «crisis integral» marcharon exitosamente pese a las dificultades políticas vistas. Pero no se puede afirmar que la «crisis integral» tal como se concebía (y se describió más atrás) fuese superada. Fue muy poco el tiempo para hacerlo y se cometieron errores. Así, junto a los aspectos del programa que se cumplieron hubo otros que sólo se lograron parcialmente y otros que no se lograron en absoluto o que produjeron resultados diferentes a los esperados. Vamos por parte.

Ya nos hemos referidos a la segunda etapa de la ahora llamada Nacionalización Pactada del Cobre y a la evolución de la

reforma agraria hasta 1970, dando las cifras principales de uno y otro proceso. Esos dos programas, más allá de los problemas que tuvieron y que vimos, sumados a la reforma educacional, fueron decisivos en la modernización económico-social de Chile, objetivo central subyacente a todo el programa del gobierno Frei.

Como ya hemos adelantado, a nuestro juicio, fue en materia educacional donde los resultados del régimen de Eduardo Frei Montalva se muestran como los más sólidos. Además de la reforma a que nos referimos y que apuntaba a aspectos cualitativos, en el ámbito cuantitativo los resultados hacia el año 1970 eran notables. Se aumentó la matrícula escolar total en un 50%, desde 1,84 millones de estudiantes en 1964 a 2,69 millones en 1970. La educación parvularia lo hizo en un 34%. La básica en un 37%. La media humanística en un 117%, (de 139.200 estudiantes en 1964 a 332.000 en 1970, lo que significó una tasa de crecimiento anual superior al 20%). La técnica en un 211% (creció el 25% del total de la educación media que representaba en 1964, al 32% en 1970)¹³⁶. La educación superior universitaria creció en un 124% llegando a 79.000 matrículas al final del gobierno Frei¹³⁷ y la de adultos lo hizo en un 43%, llegando dicho año a 98.000 plazas¹³⁸.

Se construyeron unas 3.000 nuevas escuelas y colegios, subiendo los metros cuadrados construidos anualmente (en locales educacionales) de 60.150 en 1964 a 175.000 en 1970¹³⁹. Se redujo a un mínimo el analfabetismo entre la gente menor de 18 años y el total nacional bajo de un 16,4% en 1964 a alrededor de un 11% en 1969¹⁴⁰. INACAP tenía, en 1970, más de 30.000 alumnos.

Entre 1964 y 1970 los desayunos escolares subieron de 655.000 a 1.250.000 y los almuerzos de 230.000 a 585.000. El número de becas subió de 17.600 en 1964 a 39.600 en 1970. El número de préstamos para la educación universitaria aumentó de 2.000 a 8.100, en los mismos años¹⁴¹.

La incorporación al sistema educacional de alumnos de escasos recursos fue posible gracias a la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas. Se dictó además la Ley de Guarderías Infantiles

para atender a más de un millón y medio de niños de 1 a 6 años. Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva el presupuesto de educación representó más de un 20% del presupuesto fiscal total. Con todo, aún así estaba lejos de ser suficiente y muchos problemas educacionales subsistieron.¹⁴²

En el plano de fomento de la investigación científica y cultural en general, en 1967 se creó CONICYT, organismo que, andando el tiempo, se transformaría en fundamental para la cultura chilena, habiendo financiado hasta el presente gran parte de la investigación original que se realiza en Chile, otorgando becas de estudio y fomentando la investigación de diversas formas. Ya hemos dicho que el factor conocimiento era considerado por Frei como la mayor riqueza de una nación¹⁴³.

Un aspecto que casi obsesionaba a Frei era la energía nuclear y su estudio. Ya desde la década de 1950 era un convencido que sería la gran industria del futuro¹⁴⁴. Sus discursos y últimos libros muestran cómo este convencimiento se había afianzado en él, en parte quizá por su participación en la comisión Norte Sur¹⁴⁵.

Analizando el llamado «boom» económico chileno que se dio a partir de mediados de la década de 1980, hay opiniones que atribuyen ese éxito, tanto como a la implementación de una economía neoliberal, después de 1974, al hecho de que el chileno medio que se incorporaba al mercado de trabajo, tenía un mejor nivel educacional, fruto, en buena medida de la reforma a que nos estamos refiriendo, realizada entre 1964 y 1970. Hasta Olavarría Bravo, duro y, a veces, malintencionado crítico del gobierno de Frei, reconoce que éste fue su gran mérito¹⁴⁶.

Ya en *Política y Espíritu* correspondiente al semestre enero-junio de 1968, también Claudio Orrego privilegiaba a la reforma educacional como «la gran obra del gobierno de Frei». El tiempo le ha dado la razón¹⁴⁷.

Por otra parte, los críticos de la reforma educacional, como se dijo, insisten en que si bien ésta amplió, también bajó la calidad de la educación chilena, en particular a nivel secundario. ¿Cuán efectiva es esta crítica? Es cierto que después de 1970 posiblemente los

niños chilenos salieron del colegio con menor bagaje de conocimiento positivo y libresco sobre muchas materias. Pero a la luz de la experiencia (incluso la del autor de este libro) de haber vivido el antiguo sistema, que privilegiaba la memoria y el aprender «como loro», no parece haberse perdido mucho con el cambio.

Lo que sí se terminó de perder para el sistema educacional chileno fue el alto nivel pedagógico que tenían, durante la primera mitad del siglo XX, algunos liceos fiscales. Pero ese proceso había comenzado mucho antes de la Administración Frei y estuvo muy ligado a la reducción de las remuneraciones de los profesores y a la falta de presupuesto para bibliotecas, laboratorios y equipo diverso, necesario en una buena educación secundaria. También tuvo que ver con el proceso de que la elite mesocrática, tradicionalmente ligada a la educación fiscal, en su segunda o tercera generaciones comenzaron a preferir los colegios particulares. Los motivos fueron diversos: de tipo religioso, de status, de aprendizaje de idiomas extranjeros, etc. Por ejemplo si los hijos hombres del Presidente Arturo Alessandri Palma se educaron en el Instituto Nacional, siguiendo la tradición de la elite santiaguina del siglo XIX, los nietos, bisnietos y tataranietos de «El León» ya lo hicieron en colegios particulares.

En el plano social también la Administración Frei podía exhibir logros importantes. Ya vimos que hacia 1968 había ya miles de organizaciones intermedias que respondían al Programa de Promoción Popular. En lo fundamental: juntas de vecinos, centros de madres, clubes deportivos, centros juveniles. La ya mencionada CEMA agrupaba, en 1970, a más de 450.000 mujeres en 9.000 centros de madres. Las juntas de vecinos llegaron a 5000. En total se crearon durante el gobierno de Frei más de 20.000 grupos de acción comunitaria¹⁴⁸. Gran parte de este tejido se destruyó durante la dictadura militar, que privilegió el individualismo liberal.

Se ha insistido a lo largo de este trabajo, que la Nacionalización Pactada del Cobre, la reforma agraria, la reforma educacional y la Promoción Popular, con sus luces y sombras, fueron los aspectos en que el gobierno de Eduardo Frei Montalva se mostró

más innovador, en algunos casos revolucionario. Por lo demás, tres de estos cuatro programas serían continuados bajo el régimen de la Unidad Popular, aunque, a veces, con nombres distintos y objetivos ciertamente más radicalizados. La excepción fue la Escuela Nacional Unificada (ENU), una iniciativa muy diferente a la reforma educacional de Frei, que intentó llevar por un rumbo abiertamente distinto todo el sistema educacional chileno.

Un problema, esperable, para Frei y la Democracia Cristiana fue que los efectos de estas grandes reformas se han notado a mediano plazo y, cosas curiosas de la historia, han sido los gobiernos de la Concertación, de Patricio Aylwin y de su hijo Eduardo Frei Ruiz-Tagle, los que, transcurrida una generación, han cosechado los beneficios, exhibiendo los índices de crecimiento económico promedio más altos del siglo XX.

Pero las realizaciones del gobierno de Eduardo Frei Montalva fueron mucho más allá que estos cuatro programas de reformas fundamentales.

Durante el sexenio la organización sindical chilena amplió el número de sus afiliados de 270.542 en 1964 a 556.000 en 1968, llegando a abarcar más de 18% de la masa laboral chilena¹⁴⁹, siendo muy importante en este crecimiento el aumento de las organizaciones campesinas.

También creció la sindicalización en los sectores de empleadores agrícolas. La ley de 1967 permitía la agremiación patronal y, con la ayuda de la Sociedad Nacional de Agricultura, hacia 1970 había uno diez mil asociados en la Confederación de Sindicatos de Empleadores Agrícolas (CONSEMACH)¹⁵⁰.

Pero las principales organizaciones de trabajadores ligadas al programa de la reforma agraria fueron progresivamente controladas por la izquierda y la CUT, que, con su dirigente Luis Figueroa a la cabeza, era un feudo del Partido Comunista.

Continuando con el campo laboral. Se dictaron leyes sobre seguros para accidentes del trabajo y enfermedades profesionales, sobre medicina curativa y sobre revalorización de pensiones. El número de empleados acogidos a previsión aumentó, llegando en 1970 a un 55%.

En salud, nuevos hospitales (45 hacia 1970) permitieron duplicar el número de camas, de 2.260 a 4.170. Se aumentó también, en más de 80%, la entrega de leche en el programa materno infantil. La mortalidad general bajó de 11,1 por mil a 8,9 por mil y la mortalidad infantil de 103 por mil en 1964 a 79 por mil en 1970¹⁵¹.

La organización, educación de la población y el uso extendido de anticonceptivos, en lo cual el aparato de salud, así como las organizaciones ligadas a la Promoción Popular fueron fundamentales, permitió bajar la tasa de natalidad durante el período 1963-1970 de 36,9 por mil a 27,0 por mil¹⁵². Y esta proporción continuaría bajando en los años siguientes. Como resultado de esta evolución de la natalidad el crecimiento anual de la población de Chile descendería durante los años de la Administración Frei hasta llegar a alrededor de un 2%¹⁵³. Descenso que permitió mejorar la educación y salud infantil y que, en general, apuntaba hacia una paternidad más responsable.

Contrastan estos logros sociales con la ausencia de una iniciativa de fondo y eficaz que atacara la lacra que representaba el «sistema previsional» chileno de entonces, mal administrado, injusto, inoperante y burocrático. Costaba al fisco grandes cantidades de dinero y consolidaba situaciones de privilegio, como jubilaciones prematuras a los 40 años de edad, o bien extremadamente bajas para los más humildes. En el Partido Demócrata Cristiano y el gobierno había conocimiento sobre el problema, pero no se materializó una solución, que se prometió más de una vez¹⁵⁴.

Tampoco se explica por qué el gobierno no uniformó la «asignación familiar», aceptando con ello que continuaran existiendo hijos de chilenos de diferentes categorías. Como en el caso de las anteriores, Frei estaba plenamente consciente de esta falencia¹⁵⁵. ¿Es que no quería echarse aún más problemas encima e ir de a poco, dejando la reforma previsional para una etapa futura?¹⁵⁶. No lo sabemos.

En materia de construcción de viviendas. Aprovechando en parte el plan que venía desde la administración de Jorge Alessandri y merced a nuevos esfuerzos, durante la Administración

Frei se logró atender a 455.000 familias. No se les entregaron viviendas terminadas a todas. 255.000 fueron definitivas, las 200.000 restantes, fueron soluciones habitacionales, que incluían viviendas provisionales, de autoconstrucción o sitios urbanizados¹⁵⁷.

También se dio vida, a través de la CORFO, a una serie de iniciativas económicas con alcances sociales. Se inició un plan frutícola nacional, que permitió partir con la plantación de frutales en gran escala. Se crearon nuevas plantas de IANSA y una nueva refinería de petróleo en Concepción. Se nacionalizó la Compañía Chilena de Electricidad y se adquirió el control de la Compañía de Teléfonos. En 1968 se concluyó la construcción de la central hidroeléctrica de Rapel, de 350.000 kw. de potencia, entonces la mayor del país y se inició El Toro en la Laguna de la Laja, que tendría 400.000. El potencial eléctrico total de Chile subió entre 1964 y 1970 de 1.352.700 kw. a 2.117.200 kw. En 1965, se creó la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTEL); la Comisión Chilena de Energía Nuclear; la Empresa Nacional de Televisión (Canal Nacional), con una red que llegó prácticamente a todo el país; se amplió la capacidad productiva de la usina de Huachipato de 620.000 toneladas de acero a un millón, lo que significó la puesta en funcionamiento de un segundo alto horno en 1967. Mediante un acuerdo con la DOW Chemical, se instalaron plantas petroquímicas en la zona de Concepción¹⁵⁸. Ya hemos mencionado a la refinería de cobre de Ventanas.

En fin. Obras públicas largamente postergadas avanzaron; en especial la carretera norte-sur que cruza Santiago. También se tomó la decisión, que después se ha mostrado como trascendental, de iniciar inmediatamente la construcción del Metro de Santiago, mediante un contrato con la empresa francesa Alsthom. En febrero de 1967 se inauguró el nuevo Aeropuerto de Pudahuel, bien equipado técnicamente, pero con un terminal de pasajeros provisorio, el que se usaría sin embargo hasta 1993, pues la construcción del definitivo fue demorada por los futuros gobiernos «sine die». En marzo siguiente se inauguraría la electrificación del ferrocarril entre Santiago y Chillán (400 km). Finalmente, se

concluyó el Túnel de Lo Prado el 17 de septiembre de 1970, acortando el viaje de Santiago a Valparaíso en más de 45 minutos. Frei, emocionado, mandó cartas de agradecimiento a los directores de la ejecución de la obra¹⁵⁹.

Otras obras públicas de la Administración Frei fueron la construcción de los aeropuertos de Carriel Sur en Concepción, Maquehue en Temuco y el mejoramiento de Chacalluta en Arica; la terminación de los embalses El Yeso, que aseguró el abastecimiento de agua para Santiago, Digua en la región de Parral y La Paloma en el Valle del Limarí, que permitió mejorar considerablemente el riego en la zona de Ovalle. En 1966 se terminó el Puerto de Arica y, el año siguiente, se inició la construcción del Puerto de San Vicente en Talcahuano¹⁶⁰. Todas estas inauguraciones agradaban mucho a Frei, hombre que gustaba de las concreciones, las realizaciones que «se veían».

En cuanto a las cifras macro económicas. El ahorro anual no llegó al 20% programado, pero en 1969 llegaba a un 16,1%, siendo un 9,4% del sector privado, el que iba en declinación, en tanto subía el proveniente del sector público¹⁶¹. En fin, el déficit fiscal bajó de un 5% del PIB en 1964 a un 1% en 1969¹⁶².

Las exportaciones subieron entre 1964 y 1970 de 590 a cerca de 1.200 millones de dólares, continuando Europa como principal mercado consumidor de productos chilenos, siendo el cobre el principal evidentemente. Esta considerable alza se debió fundamentalmente a la subida del precio de ese metal ya vista¹⁶³.

Pero Chile continuó siendo, abrumadoramente, un país monoexportador de materias primas, aunque también es preciso considerar que las exportaciones industriales que entre 1960-64 habían venido aumentando a una tasa de 6,5%, entre 1965 y 1970 lo hicieron a una de 14,4%. En cuanto a las importaciones, éstas subieron de 605,6 en 1964 a 1.020 millones de dólares en 1970, con lo cual se pasó a una balanza comercial favorable (en más de 150 millones de dólares) lo que no ocurría desde hacía muchos años. Además un porcentaje amplio de las importaciones eran bienes de capital.

La favorable balanza comercial, junto a un adecuado manejo financiero, permitiría que, al terminar el período gubernativo de Frei, existieran en el Banco Central reservas por cerca de 500 millones de dólares de la época. También fue favorable la balanza de pagos, la que registró déficit sólo en 1967¹⁶⁴.

Sergio Molina, asegura que el nivel de desempleo, durante el gobierno de Eduardo Frei, fue «El más bajo de los últimos lustros»¹⁶⁵. En septiembre de 1970 era de 6,4%, en realidad bastante bajo¹⁶⁶.

Pasando a lo negativo. Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva el producto nacional de Chile subió, en el sexenio 1964-1970, en un promedio de alrededor de 4%¹⁶⁷. El de glose es el siguiente: 1965: 0,8%; 1966: 11,2%; 1967: 3,2%; 1968: 3,6%; 1969: 3,7%; 1970: 2,1%¹⁶⁸. El PGB, per cápita, subió en el sexenio en una cifra cercana a un 2,0% anual¹⁶⁹. Estos porcentajes, que fueron mejores que los promedios de los gobiernos Alessandri, Allende y de la dictadura militar, sin embargo distaban mucho del 6% promedio, que hasta 1966, al menos, se esperaba lograr, y eran inferiores al promedio continental¹⁷⁰. Tampoco mejoró la distribución del ingreso, al menos en el Gran Santiago¹⁷¹.

Después de 1966, Frei no podía comprender por qué el crecimiento no era mayor en vista del esfuerzo realizado. Incluso escribió a Fernando Aguirre Tupper, cabeza de ODEPLAN, preguntándole si los índices de medición no estarían errados¹⁷². A pesar de lo anterior, el Producto per cápita de Chile, hacia 1970, continuaba estando entre los cuatro mejores de Latinoamérica. Después de Argentina, Venezuela y (posiblemente) Uruguay¹⁷³.

Además de la insuficiente alza en el crecimiento, la deuda externa aumentó durante los años del gobierno demócratacristiano de 1629 a 2275 millones de dólares¹⁷⁴, lo que significaba una cierta desaceleración en el endeudamiento, pero nada más que eso. La inflación, que en 1964 había sido de un 38,5%, se esperaba bajar en 1965 a un 25%, en 1966 a un 15% y en 1967 a 10%. En realidad, como se vio, bajó en 1965 al 25,0% proyectado y en 1966 fue de un 17,0%. Pero en 1967 subió de

nuevo a un 21,9% y en los años siguientes el fracaso del programa de ahorro obligatorio («Chiribonos») la elevó en 1968 a un 27,9%, en 1969 a un 29,3% y después, entre otras razones como consecuencia del alza de los sueldos militares, en 1970, a un 34,9%¹⁷⁵. Ciertamente no se podía hablar de éxito en este campo. Enrique Krauss recuerda cómo se amargaba Frei (y él mismo) cuando mes a mes tenía que informarle de los magros progresos y frecuentes regresiones en la lucha contra la inflación¹⁷⁶.

A pesar de la Promoción Popular, reforma agraria y demás programas sociales, la distribución del ingreso, aunque mejoró relativamente, siguió siendo muy desigual durante la Administración Frei. El año 1968, primero en que se tiene una encuesta socioeconómica de cobertura nacional, el decil (10% de la población) de más altos ingresos, captaba el 34,8% del total y el siguiente decil el 16,5%. En tanto, el decil más bajo captaba sólo el 1,5% y el inmediatamente superior el 2,9%, vale decir el ingreso de los hogares más ricos era 23 veces más alto que el de los más pobres¹⁷⁷. Con todo, la situación chilena era mejor al de la mayoría de los países del continente latinoamericano¹⁷⁸. Hubo además otro progreso en el campo de la distribución de la riqueza: en 1964, la participación de los trabajadores en el total de las remuneraciones era de un 48%, pero en 1969 subiría a un 53%¹⁷⁹.

En suma, se puede decir que si hubo buenos (o muy buenos) resultados en lo social y cultural, en lo propiamente económico el gobierno de Eduardo Frei Montalva tuvo un éxito muy relativo.

¿Se dio cuenta Frei que el porvenir económico del planeta parecía venir por el auge del liberalismo renovado? La respuesta es no. A pesar de que la SOFOFA le hiciera presente por carta más de una vez los peligros de un Estado que estaba «invadiendo» las actividades económicas privadas, el Presidente no pareció tomar en cuenta esa opinión¹⁸⁰. De hecho, el Estado chileno que durante la Administración de Jorge Alessandri (otro que creía fervorosamente en el Estado como vehículo de

desarrollo) controlaba el 36% de PNB, a fines del gobierno Frei lo hacía en un 43%¹⁸¹. En su último Mensaje Presidencial, Frei enfatizaba en la «necesidad de la planificación», insistiendo, que «sólo en esta forma es posible que el Estado adquiera su plena autoridad para dirigir» e insistía en que la creación de ODEPLAN era una de las grandes obras de su régimen¹⁸². Sergio Molina en el libro ya tan citado y que lleva prólogo de Frei, publicado después de su gobierno, también concede la mayor importancia a la necesidad de la planificación económica¹⁸³. No se confiaba entonces en la capacidad reguladora del mercado.

La verdad es que en el mundo de entonces no habían experiencias neoliberales y privatizadoras que mostraran éxito. Ni Ronald Reagan en EE. UU., ni Margaret Thatcher en Gran Bretaña gobernaban aún y el crecimiento económico de los después llamados Tigres Asiáticos mostraba una fuerte intervención estatal. Sólo Japón era ejemplo de una «capitalismo nacionalista», pero se trataba de un rasgo muy ligado a su larga y asentada cultura tradicional y difícilmente podía servir de modelo a un país como Chile que tiene tradiciones muy distintas y enfrentaba problemas muy diferentes.

En esas circunstancias, no es extraño que Frei no mirara hacia el neoliberalismo naciente como un modelo económico deseable. Es posible que ni siquiera lo conociera en profundidad. Más todavía, doctrinariamente, rechazaba, desde su primera juventud como hemos visto, lo que el liberalismo tiene de individualista y su falta de sentido social, comunitario y de perspectiva humanista en cuanto fin social último.

Posiblemente, hasta el fin de sus días, Frei creyó en los sistemas comunitarios como desideratum social, aunque no económico, así como en las enseñanzas de su maestro, Jacques Maritain (quien sin duda había perdido influencia en el ambiente intelectual internacional), como poseedor de la verdad; por más que la porfiada realidad, que Frei no desconocía, le demostrara diariamente el sesgo utópico del pensamiento de su maestro.

¿Hubo honestidad durante la Administración de Eduardo Frei Montalva? Sí, pero con algunas «manchas». Ya nos hemos

referido al caso SOPESUR, pero, entrando en las situaciones personales, las acusaciones por corruptelas fueron varias. Se acusó a parientes del Presidente de conseguir préstamos en el Banco del Estado, sin aval, lo que era falso. Pero ese no fue el caso de algunos personeros de gobierno¹⁸⁴. No se trataba de actos de verdadera corrupción desde el momento que los préstamos debían ser (y fueron) pagados. Pero es difícil concebir que un chileno «común y corriente» pudiera haberlos conseguido tan fácilmente.

A comienzos de 1970 el senador comunista Luis Valente Rossi denunció un pago de 100.000 pesos hechos por una empresa de la ciudad de Arica (Tejidos Banvarte) al tesorero del PDC, diputado Carlos Garcés, para conseguir un préstamo en el mismo banco recién citado. Préstamo gestionado (o que habría sido gestionado) por Enrique Krauss. Al final quedó en claro que Krauss, que amenazó, en su ira, «botarle los dientes a Rossi», nada tuvo que ver. El tesorero del PDC reconoció haber recibido para la campaña Tomic los 100.000 pesos, pero como aporte, algo usual en las campañas presidenciales para todos los candidatos, y no a cambio de préstamo alguno.

Hubo otras denuncias, en la prensa de época, de escándalos mayores. Se dijo que se había importado una cantidad de buses pequeños («liebres») en un negocio en que figuraban, entre otros, parientes cercanos de Frei. Pero en este caso no existe ni la menor evidencia que algo de eso pudo ser cierto y, conociendo los nombres de quienes se acusaba, la afirmación parece indigna y ridícula. El autor del presente libro recibió una carta anónima denunciando un negocio en que habría participado el Presidente y la familia Pupil, en el rubro hotelero en España, pero no se acompañaba prueba alguna y el anonimato de la carta, además de invalidarla como fuente, hace presumir que sólo se hacía eco de un rumor que había corrido durante los años del gobierno y que era de una mala intención evidente.

Al Presidente nadie se atrevió a acusarlo directamente de actos de corrupción. Quizá lo único que merece mencionarse en este aspecto, fue el hecho de que —con conocimiento del

Presidente— se dio un cierto grado de apoyo político y facilidades para conseguir préstamos a Darío Saint-Marie, a cambio de apoyo al régimen en su empresa y diario *Clarín*.

Pero más que acusaciones de deshonestidad, el gobierno de Eduardo Frei fue repetidamente acusado de dilapidador de fondos públicos en empleos y tareas que no eran necesarios. Las acusaciones en este sentido comenzaron el mismo año 1964 y se prolongaron durante los seis años de administración democratacristiana. Siempre los cargos fueron respondidos, justificando los gastos realizados negándolos cuando era el caso. El propio Frei, en los mensajes presidenciales de los días 21 de mayo y en múltiples intervenciones públicas, desmintió el cargo de falta de austeridad.

Se tomaron varias veces medidas destinadas a limitar las contrataciones y gastos. Pero un hecho parece indudable: durante el gobierno de Eduardo Frei la planta de empleados del Estado aumentó considerablemente. Es muy posible que la naturaleza misma del programa y de las reformas que se llevaron a cabo exigían un aumento del personal de la administración central o descentralizada estatal. Con todo, testimonios confiables indican que en algunos casos se abusó y se materializaron influencias, «cuñas» y compromisos. En otros pudo haber deficiente planificación¹⁸⁵.

El mal, ciertamente, no era nuevo en Chile y muchos de los críticos (como el ex radical Olavarría) fueron parte de otros gobiernos que habían hecho lo mismo. Pero eso no constituye una justificación. En todo caso más que al Presidente y el gobierno, la responsabilidad por la situación, estimamos que debe achacarse fundamentalmente al Partido Demócrata Cristiano.

En cuanto a obsequios personales hechos a Frei. Casi de más está decir que rechazó todo regalo en dinero, aunque viniera con la idea de que fuese usado en una buena obra¹⁸⁶. Pero agradecía los obsequios de libros, y si se trataba de un adorno alusivo a su Presidencia, éste quedaba en sus oficinas (de donde han pasado, algunos de ellos, a la Fundación Frei). El regalo más divertido que recibió fue el de un cenicero que le

envió un señor Eduardo Bell de Valparaíso, con la condición de que, en vez de botarlos, le enviara los «anillos» de los puros que fumaba, pues era coleccionista de aquellos¹⁸⁷.

La sucesión. Polarización del mundo político chileno

Empezaban para Frei los días difíciles que todos los Presidentes han vivido cuando se aproxima el término de su mandato y empieza la lucha por la sucesión. Son los días de la gran soledad, la que Frei no admitía, al menos públicamente¹⁸⁸. Quizá para tomar fuerzas para lo que venía, realizó, a comienzos de 1970, el ya mencionado viaje a la Antártica chilena, donde fundó la base de la Fuerza Aérea, Presidente Frei. Quería mostrar que sería el Primer Mandatario hasta el último día¹⁸⁹.

Estaba preocupado y desengañado con el panorama político que se presentaba. No lo decía públicamente, no podía. Pero en carta a Baltazar Castro, con fecha 11 de diciembre de 1969, había sido categórico en afirmar: «Lo que ocurre es que las superestructuras políticas están ciegas. No tienen otro afán que el poder, legítima aspiración cuando no se desborda hasta los extremos. Entonces el país comienza a ver un espectáculo lamentable en que se confunde la demagogia con la incompetencia y la inoperancia. El país no importa y menos los hechos. Los excesos verbales y el griterío no son la democracia. La información falsa y una especie de delirio politiquero no son la libertad. Muchos creen su negocio atacar al gobierno, sin la más mínima objetividad. Con esa actitud se están poniendo una soga al cuello que ellos mismos aprietan cada día. Un mínimum de reflexión y de cordura y un sentido exacto de su propio interés debiera detenerlos en ese camino en que no ganan popularidad, sino, al revés, cosechan desprestigio»¹⁹⁰.

Ha de haberlo ayudado el hecho de que, durante estos últimos tiempos de su mandato, Frei recibió numerosas cartas de afecto o agradecimiento de las más diversas procedencias, la mayoría enviadas por chilenos de modesta condición. Sin duda ha de haber agradecido la que le enviara Raúl Sáez el día 28 de septiembre de 1970, pues habían quedado distanciados después

de su intempestiva renuncia de 1968. Pero, especialmente notables son dos que recibió de habitantes de las islas Picton y Nueva con fechas 13 y 18 de marzo de 1970¹⁹¹. En algunas de ellas se daba por descontado su reelección como Presidente en el futuro¹⁹².

Pero retornemos al panorama nacional. Como ya se ha visto, desde hacía una década, tres tendencias políticas muy marcadas venían planteándose con progresiva nitidez en la vida política chilena. En el curso del gobierno de Eduardo Frei estas tendencias maduraron intelectual y estratégicamente. Sus modelos de sociedad llegaron a formularse en términos tan excluyentes que, inevitablemente, plantearían un dilema casi imposible de resolver.

En la izquierda, el Partido Comunista, hacía años, llamaba a formar una Unidad Popular que incluyera además a radicales, socialistas, socialdemócratas, USOPO y el grupo Rebelde de la DC. El Partido Socialista, superados los problemas vistos más atrás que lo habían alejado temporalmente del Partido Comunista, se mostró de acuerdo en adherir al pacto. Éste se vio favorecido, además, con la renuncia de los dirigentes rebeldes DC al partido en mayo de 1969 y la formación del MAPU; los principales, Jerez, Gumucio, Silva Solar y los de la juventud, ya mencionados más atrás.

En el caso del Partido Radical, el sector de izquierda terminó por adherir a la Unidad Popular. También lo hizo Rafael Tarud, precandidato independiente, aunque en este caso, aportaba poco más que su propia persona. La candidatura de la izquierda tendría incluso el apoyo de un sector de la Iglesia Católica, los «cristianos por el socialismo».

Los distintos grupos que conformarían la alianza se propusieron lograr primero un acuerdo en torno a un programa de gobierno y postergar el difícil problema de la designación del candidato común.

Logrado ese primer acuerdo, después de una difícil y larga negociación, una vez más Salvador Allende, el precandidato socialista (había sido designado como tal por su partido, en difícil

jornada, en agosto de 1969) surgió como candidato de la Unidad Popular (UP). En el camino habían quedado Pablo Neruda, por los comunistas, que fue como saludo a la bandera, el radical Alberto Baltra, el mapucista Jacques Chonchol, Tarud y otros¹⁹³.

El proceso había sido difícil desde un principio. Era la cuarta tentativa de Allende y en el propio Partido Socialista no contaba con un apoyo claro. También se pensaba en Aniceto Rodríguez. Pero, finalmente, en votación dividida (12 votos contra 13 abstenciones), a fines de agosto de 1969, el Partido Socialista nominó a Allende. Ese era ya un paso fundamental, pues los comunistas no pensaban en serio que Pablo Neruda fuera candidato presidencial y los radicales de izquierda eran sólo una fracción y no tenían el empuje ni la vigencia ideológica de los partidos marxistas. El resto eran partidos pequeños. Así, hacia octubre, parecía claro que Allende sería proclamado candidato presidencial por cuarta vez, ahora de la izquierda unida (Unidad Popular), incluyendo a los ex demócratacristianos, más un sector del Partido Radical, lo que ocurrió formalmente el 19 de enero de 1970. La «voz de las cifras» indicaba que había de ser el triunfador.

El programa de la Unidad Popular, adoptado el 17 de diciembre de 1969¹⁹⁴, seguía las líneas del FRAP de 1964 pero era mucho más radicalizado. Pretendía la creación de una cámara única con el nombre de Asamblea del Pueblo, cuyo posible carácter pluralista quedaba en una nebulosa. Un «Tribunal Supremo» sería designado por la Asamblea del Pueblo. Se estatizaría la mayor parte de la economía que estaba en manos privadas. En particular la gran minería del cobre, la banca privada, el comercio exterior, las grandes empresas. La reforma agraria se acentuaría. Se admitiría sólo la mediana y pequeña propiedad productiva. Se postulaba el establecimiento de tres áreas económicas: una estatal, una mixta y una privada. Se trataba de una clara aproximación al esquema de las democracias populares y socialismos centralizados, aunque sin llegar a cumplir con el modelo completamente.

Con objeto de facilitar la asimilación de este programa a un electorado sin mucha cultura, este fue sintetizado en las llamadas «40 medidas», todas de explícita y fácil comprensión.

En la derecha, el Partido Nacional afirmaba que en lo económico se requería de una profunda transformación, que reemplazara la mentalidad anticuada y rutinaria por un concepto dinámico y audaz de la política económica, de la administración de la empresa y de las relaciones entre empresarios, trabajadores y consumidores. De hecho se postulaba un liberalismo más acentuado. Al Partido Nacional se unió el sector de derecha del radicalismo.

El viejo partido laico se había quebrado a fines de junio de 1969 cuando un importante grupo de militantes (más de 1.500) publicaron una carta oponiéndose a la línea de acentuado izquierdismo propiciada por la Directiva (CEN). Entre los firmantes (que se identificaban como Movimiento de Unidad Democrática) había muchas figuras prominentes, entre ellas Alfredo Duhalde. Otros eran los ex candidatos presidenciales Pedro Enrique Alfonso y Julio Durán¹⁹⁵. Figuraban también parlamentarios, ex ministros y otras figuras públicas. No ocultaban su propósito de formar un nuevo partido el que terminó llamándose Democracia Radical. El CEN procedió a expulsar a varios de ellos, otros renunciaron.

Pero el Partido Nacional y la Democracia Radical no eran los grupos políticamente más dinámicos de la derecha. Hacia mediados de la década de 1960, como se vio, se había formado en la Universidad Católica, en contra de la reforma universitaria, un grupo de jóvenes que bajo el lema del apoliticismo, eran conservadores, sustentando inicialmente posiciones cercanas al franquismo. Era el Gremialismo, que rápidamente reclutó a la mayor parte de la juventud de derecha.

No obstante, el tercio derechista carecía de líderes, excepto Jorge Alessandri. Por eso, a pesar de que el ex Presidente, como había sido su costumbre, no aceptaba oficialmente la candidatura, la opinión pública la daba por un hecho.

La idea de repostular a Alessandri había sido lanzada tempranamente en 1965, cuando el 3 de noviembre de ese año *El*

Mercurio publicaba una carta firmada por 896 «obreros y dueñas de casa» (no sabemos si era pagada por ellos), en que se hacía un encendido elogio de su gestión asegurando que «su obra no será olvidada»¹⁹⁶. Al día siguiente, la carta recibió una insolente respuesta en el diario *Clarín*, lo que sólo consiguió darle más publicidad. *Clarín* seguiría con sus periódicos ataques los siguientes meses y años, machacando imputaciones canallescas, pero eficaces ante la opinión pública.

En noviembre de 1967, se planificó una multitudinaria concentración en la Plaza de Armas, frente al departamento de Jorge Alessandri para presionarlo a que aceptara la candidatura a senador por el puesto que había dejado vacante la muerte del señor García González, aunque también los gritos apuntaban a lo que era el objetivo final, que se presentara como candidato presidencial en 1970. Alessandri se negó, pero se conocía al personaje, de modo que la presión continuó. La nueva candidatura presidencial de Jorge Alessandri se oficializaría el 2 de noviembre de 1969, cuando, previa conversación con el embajador de EE. UU. Edward Korry¹⁹⁷, el ex Primer Mandatario utilizó una cadena radial para comunicar a los chilenos su aceptación sacrificada. La apoyarían el Partido Nacional, la Democracia Radical y los Gremialistas.

Otro personaje que se mencionó como posible candidato a fines de 1968 y comienzos del año siguiente, fue Felipe Herrera Lane. Gran economista, había estado con Ibáñez, luego había sido socialista por algún tiempo y había desempeñado la Presidencia del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Herrera tenía 46 años y si bien se dejó querer por un grupo heterogéneo de personalidades, radicales y ex ibañistas la mayoría, los que le dieron varias manifestaciones, muy pronto se dio cuenta de que sin poder contar con el apoyo de la Democracia Cristiana ni de la izquierda, su única alternativa era ser el candidato de la derecha lo que no le gustaba. Además le pareció que ese apoyo, sin tener el «nombre» de Jorge Alessandri, era el camino hacia una derrota segura.

En el centro político, el Partido Demócrata Cristiano había

manifestado prematuramente su preocupación por las elecciones de 1970. La idea de que Tomic había de ser el sucesor natural de Frei venía de las reuniones del Consejo Plenario del PDC en Millahue en 1963, allí la juventud creó el lema «Frei Presidente, Tomic el siguiente». Durante todo el gobierno de Eduardo Frei se continuó pensando, que el candidato sería Radomiro Tomic, decisión sobre la que se debió reflexionar un poco más a la luz del panorama político electoral y con miras a conquistar los votos de la clase media moderada.

Sin embargo, Tomic, hacia el mes de abril de 1969, había declinado su postulación al no ver materializarse la alianza con la izquierda marxista que exigía como condición para su postulación, la que reiteró a comienzos de mayo en la Junta Nacional¹⁹⁸. Con todo, en julio siguiente, aceptó privadamente la candidatura contando sólo con el apoyo de la DC, y la oficializó en agosto durante otra Junta Nacional.

Tomic había exigido, inicialmente, un programa presidencial anticapitalista, la nacionalización por ley de lo que quedaba en manos extranjeras de la gran minería del cobre, una directiva del partido integrada y monolítica y, finalmente, insistir en la ya mencionada alianza con la izquierda marxista. Pero como este último punto fue reiteradamente rechazado por aquélla, el Partido Demócrata Cristiano debió resignarse a enfrentar solo la contienda electoral. Pero su apoyo a Tomic fue unánime¹⁹⁹.

De este modo, la elección se dio ahora entre los verdaderos tercios en que se dividía el abanico político chileno y nuevamente el centro y la izquierda se planteaban con propuestas de cambios sustanciales y programas parecidos, pero en posiciones antagónicas.

Resulta interesante constatar cómo Tomic, que era tres años menor que Frei, durante toda su carrera política lo había sucedido en algún cargo o situación o bien lo había emulado. Pasó con la Dirección de *El Tarapacá*; pasó con la diputación por Iquique (que Frei perdió como candidato y luego Tomic ganó en la siguiente elección). Cuando Frei se hizo amigo de Gabriela Mistral, Tomic también enhebró amistad con la gran poetisa

a través de su esposa Olaya Errázuriz, cuyo padre la había tenido como huésped en Italia en el año 1932, llegando a ser «compadres»²⁰⁰. Después de la larga presidencia de la Falange de Frei, en la década de 1940, Tomic también la presidió por períodos consecutivos. Frei fue el primer senador demócratacristiano en 1949, Tomic sería elegido senador el año siguiente en reemplazo de Pablo Neruda, víctima de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. En fin, cuando Frei pasó a ser senador por Santiago en 1957, Tomic lo fue por Valparaíso en 1961²⁰¹. ¿No resultaba natural que ahora pretendiese sucederlo como Presidente de la República?

En la Junta de agosto de 1969, se nombró a Benjamín Prado como presidente del partido encargado de dirigir la campaña. Jefe del comando electoral de Tomic fue Enrique Krauss, quien debió renunciar como ministro.

Aunque amigos de toda una vida, Frei no gustó de la candidatura Tomic. No creía que estuviera fundada sobre bases realistas. Tampoco podía aprobar que se planteara no como una continuación de su gobierno en las grandes líneas, sino como una clara ruptura o, en el mejor de los casos, como una segunda etapa de cambios muchos más radicales, que Frei consideraba irrealizables, por decir lo menos. Recordemos las opiniones que vertiera en la carta a Baltazar Castro, reproducidas, en parte, más atrás, en la que no parece haberse referido sólo a los opositores formales del gobierno.

Sin complejos por ser una persona de centro, Frei en definitiva recelaba del programa de Radomiro Tomic, persona de discurso brillante y con muchas cualidades intelectuales y humanas, pero a quien consideraba víctima de la ola utópica revolucionaria que recorría el continente.

En verdad, la falta de mesura y lo confuso del programa Tomic de 1970, aprobado en agosto de 1969, cuando se estudia después de veinticinco años (y a la luz de todo lo sucedido en ellos) resulta casi chocante. Contiene una mezcla de elementos doctrinarios y tecnocráticos diversos, con un marcado tono retórico. En su fondo era furiosamente anticapitalista. Además, el

énfasis que le dio el candidato durante la campaña era incendiario. Enrique Krauss recuerda haber tenido varios «encontrones» verbales con Tomic a raíz de algunos de sus discursos²⁰².

Tampoco gustaba a Frei que Tomic, al menos inicialmente, plantease la necesidad de una alianza con los partidos de izquierda marxista. Ya en la conferencia de prensa que dio con motivo del término del cuarto año de su gobierno se había manifestado en contra de esa posibilidad y su opinión no había cambiado²⁰³. Menos le gustaba aún que en sus discursos el candidato demócratacristiano insistiera, una y otra vez, que el de Frei había sido el mejor gobierno de siglo, pero no había hecho la revolución, algo que hoy no constituiría una crítica, pero que en 1970 era decir que había fallado en su misión histórica fundamental.

Por lo demás, lo que decía Tomic lo repetía su «equipo». En el discurso de lanzamiento de la candidatura, en el mes de agosto de 1969, después de agradecer a Frei por la labor realizada («la DC lo aplaude»), el nuevo timonel del partido, Benjamín Prado, había sostenido: «La tarea sólo empezó recién en estos años. Nos disponemos a trabajar con nuestra mente y nuestro espíritu al servicio de esta causa, con un hombre que, como ninguno, siente el hálito y el espíritu de una hora que requiere cada día más decisión, más cambio profundo, más autenticidad en la forma como realizamos el anhelo popular»²⁰⁴.

Mucho después, en 1979, el propio Tomic diría: «Estoy convencido de que el 'fracaso'²⁰⁵ de la Revolución en Libertad, era inevitable, esto esencialmente debido a su programa de desarrollo económico basado en el reforzamiento de la estructura capitalista de la economía chilena y su programa de desarrollo social» (que no habría tenido un sentido revolucionario)²⁰⁶.

Es interesante preguntarse qué hubiese ocurrido en Chile si Frei hubiera logrado imponer como candidato demócratacristiano a un hombre más cercano a su postura moderada, el que pudiera haber atraído a otras fuerzas políticas como el Partido Radical e independientes de clase media y que probablemente hubiera triunfado en las elecciones de 1970. Durante los primeros años de

su mandato había pensado como posibles delfines, al parecer, en Juan de Dios Carmona o Patricio Aylwin, después en Gabriel Valdés y posteriormente, hacia 1969, en Edmundo Pérez²⁰⁷.

Pero el hecho es que Frei nunca se planteó francamente en contra de la candidatura Tomic. Quizá no quiso ir contra la que parecía la voluntad abrumadora del partido, temiendo que la disputa que se generaría pudiera debilitarlo fatalmente. Quizá temió perder una pelea interna en contra de la candidatura Tomic y sin duda también pesó la amistad²⁰⁸. En fin, quizá influyó en él el conocimiento que tenía de la bonhomía e inteligencia de Tomic, la que quizá le permitiría, de llegar al poder, enmendar rumbos al enfrentarse con la realidad.

En esas circunstancias Frei dio su apoyo a Radomiro Tomic. Nada avala el rumor que circuló entonces de que Frei hubiera preferido, en su fuero interno, un triunfo de Alessandri. Aunque respetaba al candidato de derecha, no simpatizaba con él y menos aún con su equipo político²⁰⁹. Años después, como se verá, tendría una dura polémica con Alessandri.

La campaña presidencial, tal como en 1958 y 1964 fue llevada a cabo con ritmo frenético. Los tres candidatos recorrieron el país. Incluso, realizando un gran esfuerzo, lo hizo Jorge Alessandri, y terminaron sus trabajos electorales, siguiendo nuevamente el patrón que se remontaba a 1958, con multitudinarias concentraciones en la capital.

Tomic y Alessandri comenzaron sus giras y concentraciones en febrero de 1970, Allende poco después. Y junto con las campañas comenzaron maniobras paralelas en función de asegurar la victoria de los respectivos candidatos en un ambiente que se preveía difícil, pues, a tres bandas, era casi seguro que ninguno obtendría mayoría absoluta.

Los senadores del MAPU (Gumucio y Jerez) presentaron una reforma constitucional proponiendo una segunda vuelta presidencial de darse ese probable caso. Preveían, con razón, la debacle que se produciría entre los sectores conservadores del país y sus maniobras desesperadas (incluyendo por cierto las de los poderes «fácticos» ahora potenciados por el asunto Viaux) si

se dejaba que fuese el Congreso Pleno el que decidiera entre las dos más altas mayorías según lo establecía la Carta de 1925. Los jóvenes demócratacristianos por su parte trataron de conseguir la promesa de la directiva del PDC de que sus parlamentarios votarían por Allende en el Parlamento de quedar Tomic en tercer lugar.

Frei se mostró de acuerdo con la iniciativa de los senadores del MAPU, pero los estrategas de la campaña de Alessandri se opusieron a la idea de la «segunda vuelta».

Así fue que el candidato derechista, tan tempranamente como febrero de 1970, expresó que debía ser Presidente de Chile quien sacara un voto más en las urnas, sin segunda vuelta²¹⁰ y lo reafirmaría varias veces. Su actitud, sin duda fruto del consejo de sus asesores, constituyó uno de los errores políticos más garrafales de la historia de Chile contemporáneo²¹¹. Naturalmente, aquéllos creían que ese voto más lo obtendría Alessandri. Confiaban, lo que se demostró como un fatal error, en los sondeos de opinión pública que ellos mismos habían encargado, en tanto «la voz de las cifras» indicaba muy claramente que la mejor chance de obtener una mayoría relativa, muy lejos, era la de Allende²¹². Pero quizá se acordaron del «Naranjazo», donde, como vimos, esa «voz» se había equivocado tan rotundamente.

El comando de Alessandri pagó páginas y páginas en el diario *El Mercurio*, principal vocero de la candidatura de derecha, el que muy probablemente se las vendió baratas, publicitando esas encuestas que daban a Alessandri como triunfador, con más de un 40% de la votación (41 a 46%), a Allende lo daban segundo, con un 30 o un 31% y a Tomic tercero con poco más de un 20%²¹³. Se equivocarían en todo, excepto en que Tomic sería tercero.

La causa de estos errores puede haber estado en el hecho de que los dirigentes de la campaña de Alessandri hayan sido, más que políticos profesionales, algunos ingenieros no muy dúctiles de mente, notoriamente Eduardo Boetsch, o abogados distinguidos pero con poca experiencia electoral, como Julio

Philippi, y algunos técnicos en elecciones y marketing electoral norteamericanos, que fueron contratados y que evidentemente no conocían ni el ambiente ni la mentalidad de los chilenos.

En cuanto a Tomic. Ni la «voz de las cifras» ni las encuestas (rudimentarias en la época) lo daban por ganador. Confiaba en su propia fortaleza y su no poco carisma, así como en el hecho de que nunca había perdido una elección popular. Esperaba también que el pueblo de Chile sabría valorar los logros del gobierno de Frei... al que, sin embargo indirectamente atacaba, al intentar mostrar que el suyo sería algo muy distinto. Clara muestra de esa ambigua actitud fue un diálogo televisivo en el cual Carmen Frei, intentando vincular a Tomic con el gobierno y la figura de su padre preguntó: «¿Radomiro, usted que me conoció desde niña... etc.?» Respuesta de Tomic: «Señora de Ortega...» etc.²¹⁴.

Perjudicó a la candidatura de Alessandri, la idea de que su abanderado estaba mal de salud. Una infortunada aparición por televisión, el día 24 de mayo de 1970, en la cual el candidato, víctima del insomnio, mostró una faz demacrada y un muy visible temblor en su mano derecha sembró la duda. Sus palabras mismas no estuvieron muy afortunadas. Esto bastó para que la prensa proclive a Allende y Tomic proclamara que se estaba en presencia de un enfermo terminal. Esto se probaría falso, pues el señor Alessandri viviría más de diez años aún, pero como recurso propagandístico fue un arma poderosa. Durante la campaña Alessandri, que era efectivamente una persona de edad pues tenía 74 años, nunca más conseguiría infundir plena confianza en su estado de salud.

También conspiró contra Alessandri, el no tener un programa formal, al menos hecho público²¹⁵.

En la campaña de 1970 no faltó la violencia, física y verbal. La primera no fue de gran magnitud, a pesar de continuar los asaltos por cuenta del MIR y otros sectores de extrema izquierda, hecho más o menos conectado con la campaña y ambiente de efervescencia que se había creado. En junio hubo de lamentarse la muerte de dos estudiantes. Hubo también llamados a diversos

paros, incluso de carácter nacional por parte de la candidatura de Allende, los que corrieron desigual suerte.

Pero donde la violencia fue extrema fue en lo verbal. La prensa de izquierda y derecha (y en un poco menor medida la proclive a la DC) desató un vendaval de insultos. Como hubiera sido de mal tono que los diarios serios de la cadena de *El Mercurio* hubieran caído en tal soez comportamiento, el comando de Alessandri sacó el diario *Tribuna* capaz de decir cualquier cosa. En tanto la candidatura de Allende, dado que *El Clarín*, maestro de maestros en arte de la injuria, estaba dividido en sus simpatías entre Tomic y su candidato, sacó otro tabloide del mismo tipo, el *Puro Chile*. Los insultos, que casi no conocían límite, solían ser muy ingeniosos.

La tormenta que venía ya estaba en el aire. Tras la extrema violencia del discurso político de las tres candidaturas estaba la radicalización política del país en tres tercios, ahora irreconciliables, lo que, en definitiva, hacía imposible la convivencia democrática, según lo han dicho tantos analistas e historiadores²¹⁶.

También es preciso hacer notar que la vehemencia de la competencia política llevaba a que los candidatos o personeros de sus comandos prometieran cantidades de beneficios a sus eventuales simpatizantes, los que, en caso de ganar, eran imposibles de cumplir, creando así falsas expectativas que perjudicarían al triunfador, como sucedió realmente con Salvador Allende. Allí estuvo, en buena medida, la causa de la radicalización de muchos de sus partidarios después de noviembre de 1970, que exigieron lo imposible (pero prometido).

La Campaña del Terror que ya se había usado por parte de algunos personeros de la candidatura Frei y en particular por los sectores de derecha que la apoyaban en 1964, ahora fue de nuevo utilizada, aún más acentuada y torpemente, por la derecha alessandrista, al parecer financiada, mayoritariamente de nuevo, por los EE. UU. de Nixon y Korry²¹⁷. El triunfo de Allende era sinónimo de ver «tanques (rusos) frente a La Moneda», incluso un arreglo fotográfico fue montado mostrándolos. Efectivamente, los tanques se verían en 1973, pero no serían rusos.

Con todo, de tanto utilizarse, la campaña del terror ya lo causaba muchísimo menos. A los que más aterrorizó fue a sus propios organizadores que terminaron por creer en ella. De allí el pánico desbocado que sobrevendría después del 4 de septiembre de 1970.

Frei, que también veía el país al borde del abismo, resumió su estado de ánimo en esos días preelectorales en carta a José Domínguez: «Yo creo que si Dante hubiera conocido este país en período preelectoral habría podido recoger para sus grabados del Infierno una inspiración aún más tenebrosa»²¹⁸.

Por su parte, el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, declaró el día 7 de mayo de 1970 que «El Ejército va a garantizar el veredicto constitucional». Era un tapaboca a Viaux y su grupo de amigos y parientes. Sin embargo esa posición, conocida después como «Doctrina Schneider»²¹⁹ e identificada como una adhesión incondicional de las Fuerzas Armadas a la Constitución, terminaría por costarle la vida. No faltaron entre los partidarios de la candidatura Alessandri los que criticaron a Schneider. ¿En que situación estaban pensando cuando lo hicieron? No cuesta mucho adivinarlo. Por lo demás el resto de los marinos, aviadores y carabineros, guardaron silencio.

Las respectivas campañas terminaron, siguiendo el modelo de 1958, repetido en 1964, con grandes concentraciones. El día 30 de agosto Alessandri reunió sus huestes frente a la entonces Estación Mapocho, ocupando buena parte del Parque Forestal. Según su comando reunió 500.000 adherentes, según los rivales 150.000. Posiblemente la cifra real fue de alrededor de 300.000. El Comando y partidarios de Alessandri reclamaron en la ocasión que Televisión Nacional había manipulado las imágenes para dar la impresión de que había asistido un escaso público²²⁰.

Allende hizo la suya poco después, ocupando la Alameda desde Plaza Baquedano hasta unas cuadras más abajo de plaza Bulnes. Su comando habló de 800.000 adherentes, sus rivales, de 200.000. De hecho, la concentración de Allende quizá fue la más grande de las tres, con unos 400.000 asistentes.

Tomic fue el último que realizó la suya en el mismo espacio

ocupado por Allende y también lo llenó relativamente. Su comando la calculó en 1.000.000 de chilenos, sus adversarios en 200.000 (y destacaron además que el público estaba en constante movimiento llegando, los analistas partidarios de Alessandri a calificarla de «Concentración peripatética»). La cifra real ha de haber oscilado entre los 300.000 y 350.000. Es posible que la concentración de Tomic fuese «inflada» artificialmente por allendistas que querían dar la impresión de que el candidato DC era más fuerte que Alessandri, para lograr que los que temían el triunfo marxista por sobre todo votaran por Tomic y no por Alessandri, el verdadero rival de Allende en el apoyo popular, como lo reflejarían los resultados.

En todo caso, las tres concentraciones «monstruo» mostraron hasta que punto estaba politizado el Chile de entonces. Uno de cada tres santiaguinos de la época asistió a alguna de ellas.

Las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970 dieron la primera mayoría a Salvador Allende con 1.070.334 votos, un 36,2% del electorado; seguido de Jorge Alessandri, quien acumuló 1.031.159 sufragios, es decir, 34,9%. En tercer lugar, llegó Radomiro Tomic quien reunió 821.801 preferencias que significaban el 27,8% del total de los votos.

Frei recibió la noticia muy afligido pero en calma, la esperaba²²¹. Aunque jamás se quebró, al menos en público, los meses que transcurrieron entre la elección y la entrega del mando fueron amargos para el Presidente saliente²²².

El Mandatario, una persona de vida interior profunda, la que escondía por pudor frecuentemente²²³, se encontraba ante una encrucijada que su inteligencia y cultura le mostraban que sería fundamental para Chile y que en la que él, así como posiblemente algunos de sus seres más cercanos iban a ser tocados muy profundamente. Buen andador, como siempre, se paseaba por los pasillos de La Moneda meditando, ¿iba a ser realmente el Kerensky chileno, aun cuando fuera, en buena medida, por culpa de los mismos que lo habían acusado de eso años atrás? Temía además la revolución radical que prometía Allende, o, en todo caso, muchos de sus partidarios. Lo había dejado claro en

su último Mensaje Presidencial, el de 1970 que ya vimos. Pero esperaba lo peor. No quería un país socialista, posibilidad que creía casi segura en el caso de que el gobierno de Allende tuviera éxito. Sin embargo, más posibilidades veía que no lo tuviera y que en su patria se diera una debacle con resultados imprevisibles y en extremo dolorosos. Así se lo diría personalmente a Allende como veremos.

Si creemos a Edward Korry, en una conversación sostenida con Frei en el Palacio presidencial de Cerro Castillo, éste habría enviado, por vía de John Richardson, secretario de Estado Adjunto para Asuntos Latinoamericanos, un mensaje a Nixon: «Las probabilidades son de cincuenta a uno que una presidencia (exitosa) de Allende significará en Chile un gobierno como el que hay en Cuba»²²⁴.

En cuanto a Allende como persona, aunque lo sabía inteligente, honesto, bien intencionado y, en el fondo, un demócrata, tenía pobre opinión de él como estadista, el que también era el caso de Patricio Aylwin y muchos otros²²⁵. También lo consideraba frívolo y le criticaba, especialmente, que no sabía economía, algo que le parecía esencial en un gobernante moderno. Estaba convencido de que iba a fracasar²²⁶. Por otra parte, a diferencia de Allende, a muchos de los más cercanos colaboradores del gobierno recién electo no les creía para nada su espíritu democrático. Comprendía, por fin, que las revoluciones de verdad no se pueden hacer en libertad y que si él había tenido todos los problemas que vimos; para mantenerla encauzada, Salvador Allende sufriría de este hecho más a fondo y con él todo Chile. El 11 de septiembre de 1973 le daría tristemente la razón.

Su estado de ánimo queda reflejado en una respuesta que envió en octubre a una cariñosa nota escrita que había recibido de Maritain: «Quiero que Ud. sepa que nuestra experiencia no fue un fracaso y, yo diría, que ha abierto enormes perspectivas en Chile. Yo he sufrido mucho estos días, más de lo que Ud. pudiera imaginar. Después de haber trabajado tantos años, por errores de estrategia política que advertí hasta la majadería,

hemos cortado un proceso que yo creo era el mejor camino para este país y una experiencia útil para otros»²²⁷.

Es efectivo que Eduardo Frei dejaba el mando con un enorme obra social realizada, un gran prestigio personal y un evidente respeto de la mayor parte de los chilenos. Había conciencia generalizada de que si la Constitución de 1925 hubiera permitido la reelección, Frei hubiera continuado siendo Presidente. Una encuesta, hecha en el gran Santiago y publicada en abril de 1970, muestra que un 61% de las opiniones consideraban a Frei un «buen» o «excelente» gobernante y un 29% como «mediano». Sólo un 7% lo consideraba malo o muy malo²²⁸.

Pero si Frei recibió la victoria de la izquierda marxista como ya hemos visto, para la derecha y el mundo de clase media (incluyendo una gran parte de la Democracia Cristiana) la elección de Allende significó un terremoto. Se produjo pánico y huyeron del país personas y capitales. Otro grupo simplemente se negó a aceptar la victoria de Allende.

Incluso se llegó a plantear, muy tempramente, a sugerencia de EE. UU. (plan Track I), una fórmula para evitar, in extremis, la presidencia de Allende, el llamado «gambito» Alessandri-Frei (o Rube-Golberg, en el ambiente del gobierno norteamericano y la CIA). Este consistía en lo siguiente: de ser elegido Presidente Alessandri por el Congreso con los votos demócratacristianos, renunciaría y en una futura e inmediata elección popular la derecha votaría por Frei, quien podría, en esas circunstancias, ser candidato. Alessandri aceptó el plan, renunciando públicamente a la posibilidad de ser Presidente en caso de ser elegido por el Congreso Pleno²²⁹.

Entonces algunos representantes de la candidatura de derecha hablaron con personeros demócratacristianos de alto nivel en el partido y en el gobierno²³⁰. En tanto, señoras de derecha se paseaban de luto frente a La Moneda para convencer a Frei de que hiciera algo para evitar el advenimiento de un gobierno marxista y la señora María Ruiz-Tagle recibía centenares de telegramas rogándole que insistiera frente a su marido para que

no entregara el poder a Allende, en lo que, al parecer, era una maniobra de la CIA²³¹.

En verdad la derecha se jugó por la «movida» del «gambito», pero Frei, que supo de los contactos, finalmente rechazó la operación. Así, para EE. UU., fracasado el plan Track I se abrió paso el Track II, el que ya veremos.

Por otra parte, Allende había tratado de hablar con Frei, pero el Presidente lo rehuía. Lograron comunicarse por teléfono la noche siguiente a la elección y Allende le pidió que reconociera su triunfo, pero Frei (quien no había sido el candidato derrotado y no tenía por qué hacerlo) se negó²³².

En cambio, Frei estuvo en conocimiento previo y dio su visto bueno a la declaración del día 16 y el discurso del día 23 de septiembre en los que Andrés Zaldívar, ministro de Hacienda, se refirió ante el país, por televisión, a la debacle económica que había provocado la noticia del triunfo de Allende²³³. Su propósito era salvar para la historia el hecho de que la Democracia Cristiana había entregado el país al gobierno de la Unidad Popular en las relativamente buenas condiciones económicas que hemos descrito. Pero no se les podía escapar, ni a Frei ni a Zaldívar, que el discurso crearía aún más pánico, aumentando el clima de exasperación entre los grupos de derecha más exaltados.

Fracasado el «gambito», la Democracia Cristiana debía decidir si validar o no la victoria de Allende votando por él en el Congreso Pleno. Se convocó a una Junta Extraordinaria al efecto para la primera semana de octubre. En esa instancia, aunque hubo voces al interior del PDC dubitativas e incluso partidarias de cerrar la puerta a Allende, se impuso la idea de exigirle un Pacto de Garantías Constitucionales a cambio del voto por su postulación en el Parlamento.

Las garantías consistían en asegurar la libertad de creación y existencia de partidos políticos; la libertad y el libre acceso a la prensa y medios de comunicación; la reafirmación de que la fuerza pública estaría radicada sólo en las Fuerzas Armadas y Carabineros; el establecimiento, explícito, de la libertad educacional, sin orientación ideológica por parte del Estado; de la

libertad de asociación y sindicalización, así como los derechos de petición y huelga. Se aseguraban también el derecho a reunión y libertad personal²³⁴. Eran sólo una forma de reafirmar lo que ya garantizaba la Constitución de 1925; pero eran más explícitas que el texto de la Carta Fundamental y, andando el tiempo, servirían para acusar al gobierno de Allende de haberse marginado de la legalidad constitucional (como en los casos de la existencia del GAP y en el intento de implantar la ENU, como veremos).

La Unidad Popular y Allende aceptaron las Garantías Constitucionales. En esas circunstancias, habiendo sido aprobado el Pacto de Garantías con el voto DC y el de la izquierda, incluyendo el del propio Allende (94 sufragios a favor, contra 16 abstenciones del Partido Nacional), el día 15 de octubre éste fue elegido Presidente de la República por el Congreso Pleno. La Democracia Cristiana votó por su nombre con admirable disciplina. La derecha, olvidándose del lema de que el que obtuviera un voto más en las urnas habría de ser Presidente de Chile, votó por Alessandri.

Pero había otros sectores, civiles (como los del grupo Tizona, por el nombre de la revista que los identificaba) y militares o ex militares y marinos, que estaban dispuestos a cualquier cosa para impedir que Allende asumiera como Presidente de la República. Agotada la posibilidad político-constitucional, estos grupos extremistas decidieron ir a una jugada mucho más arriesgada y de consecuencias imprevisibles: provocar un golpe militar. En contacto con el ex general Viaux, que ahora asumía francamente el rol político que se había mantenido incierto durante el incidente del Tacna; en conjunto con su suegro Raúl Iguait y otros oficiales del Ejército y la Armada en servicio activo, como el propio comandante en jefe de esta última, almirante Tirado, el ex general director de Carabineros, Vicente Huerta y el comandante de la Guarnición de Santiago general de Ejército Camilo Valenzuela, los que decidieron apoyar la intentona; dieron su conformidad para raptar al alto mando de Ejército. En particular, al general Schneider²³⁵, quien con su

posición constitucionalista («Doctrina Schneider») era el mayor obstáculo para una eventual intervención militar contra Allende.

Tras la intentona de Viaux y los otros altos uniformados, estuvo el plan Track II, ideado por la Central Intelligence Agency (CIA), tras la cual estaba la mano de Henry Kissinger y del propio Presidente Nixon, quien estaba consternado por la victoria de la Unidad Popular; aunque al parecer no la de Edward Korry que creía a los militares chilenos «soldaditos de juguete»²³⁶.

Agentes de la CIA y personeros de la Embajada de EE. UU. tomaron contacto con Viaux y sus grupo, aunque discretamente, porque posiblemente desconfiaban de ellos. En cambio sí mantuvieron más serias conversaciones con algunos de los almirantes y generales en servicio activo, ya mencionados. En particular con el General jefe de la Guarnición de Santiago, Camilo Valenzuela. Pero, por lo que respecta a Frei, la maniobra Track II pretendía que, al menos, «no se opusiera» a una intentona golpista y aceptara gobernar durante un período intermedio antes de llamar a elecciones presidenciales, en las cuales él sería candidato y elegido como Presidente. Incluso se trató de conseguir la presión internacional de partidos demócratacristianos europeos y de la Iglesia Católica sobre el PDC chileno y sobre el propio Frei, sin el menor éxito. Nada se pudo obtener del partido y Frei, por su parte, no estuvo dispuesto a cooperar con el plan golpista (por falta de «machismo», en opinión de los yanquis)²³⁷.

Más allá de la inconstitucionalidad e inmoralidad del asunto, su inteligencia le indicaba a Frei que lo espúreo de la jugada la condenaba, al menos a mediano plazo, al fracaso. Ni siquiera Joan Garcés, el entonces asesor político español de Allende en su libro *Allende y la experiencia chilena*, a pesar de su evidente intención de hacerlo, logra probar de que Frei fuera un partícipe de las maniobras conspirativas para evitar su ascensión como Presidente²³⁸. En verdad, consciente de no poder torcer la historia, Frei estaba en actitud de prescindencia. Sin embargo, documentos desclasificados por el Departamento

de Estado el 8 de octubre de 1999, dan a entender que Frei habría tomado contacto con algunos generales y le habría comunicado que «no se opondría a un golpe militar, pero que «no tomo ninguna acción positiva para fomentarlo»²³⁹. El hecho es que ni siquiera había asistido, los primeros días de octubre, a la Junta y el debate interior del PDC sobre el momento político, evento en el cual, como se vio recién, se decidió de mandar a Allende el Pacto de Garantías Constitucionales a cambio del apoyo parlamentario que le permitiera ser Presidente.

En esos días de frenesí, incluso hubo dineros proporcionados por EE. UU. (en conexión con el plan Track II) para «comprar» los votos de los parlamentarios DC en el Congreso Pleno. El informe publicado por *Qué Pasa*, ya citado, habla de 250.000 dólares de la época (una cantidad bien escasa en verdad, lo que hace la información poco creíble, aunque otras fuentes hablan de mucho más). los que finalmente no se habrían utilizado por consejo del Embajador norteamericano Edward Korry quien (acertadamente) creía la jugada destinada al fracaso²⁴⁰.

Se partió entonces por la colocación de bombas en algunos lugares de Santiago y provincias para dar la sensación de caos, luego se pasó a la acción clave del rapto.

Después de un par de intentonas fracasadas, se pensó en interceptar al comandante en jefe del Ejército durante su diario viaje en automóvil desde su residencia a sus oficinas del Ministerio de Defensa. En el Chile de la época, no se pensaba en caravanas de autos blindados protegiendo la vida de los altos funcionarios militares y Schneider hacía el camino sólo con su chofer²⁴¹.

Así, el día 22 de octubre, a las 8:15 de la mañana, en la esquina de las calles Américo Vespucio y Martín de Zamora, el auto en que iban Schneider y el conductor fue interceptado por un grupo de jóvenes armados que se bajaron de otros vehículos que se le habían cruzado delante, algunos pertenecientes a prominentes familias oligárquicas. Rompieron los vidrios del auto de Schneider y como éste tratara de sacar su arma de servicio para presentar resistencia, uno de los raptos, los que evidentemente

no tenían ninguna experiencia en acciones de este tipo (según algunas fuentes un sujeto llamado José Jaime Melgoza, según otras, un tal Carlos Silva Donoso), procedió a disparar sobre el general quien recibió tres impactos de bala de pistola. Fallecería el 25 de octubre²⁴². Después, en el juicio que siguiera la justicia militar, se mencionaría al estudiante universitario Juan Pablo Bulnes y a Diego Izquierdo Menéndez como coautores de los disparos²⁴³.

¿El hacer fuego y matar a Schneider, en caso de que se resistiera, formaba parte del plan o fue consecuencia de la falta de experiencia y alteración nerviosa de los improvisados asesinos? La historia no tiene pruebas concluyentes en ese sentido. Incluso se rumoreó que el fracaso en el rapto y el asesinato, fue producto de una infiltración del MIR dentro del comando²⁴⁴. En todo caso, la torpe acción redundó en consolidar la posibilidad de que Allende asumiera la Primera Magistratura, pues el asesinato del general Schneider disuadió a los complotadores dentro de las Fuerzas Armadas de seguir adelante.

Por lo demás, el gobierno proclamó inmediatamente el «estado de emergencia» para todo el país y se designó al general Camilo Valenzuela, uno de los complotadores, como se comprobaría posteriormente, jefe de Zona en Estado de Emergencia en Santiago. Valenzuela se inhibió de continuar en la operación y ésta fracasó²⁴⁵. Ayudó también al fracaso el hecho de que el general Emilio Cheyre fuese puesto a cargo de la Dirección General de Investigaciones. Cheyre, como dijimos, era profundamente leal al régimen y llevó la investigación del asesinato con la mayor exhaustividad.

El hecho de que Allende fuese proclamado Presidente por el Congreso Pleno, el 24 de octubre, consolidó la situación. Asumió la Comandancia en jefe del Ejército en calidad de titular, el general Carlos Prats. Después sería ratificado en su cargo por Allende.

El 26 de octubre Viaux y su suegro Raúl Igualt fueron detenidos y la verdad comenzó a aparecer. Del resto de los conjurados, varios alcanzaron a huir al extranjero; otros, como Julio Bouchon, Atilio y León Cosmelli Pereira, Melgoza y unos diez más, fueron detenidos los días 26, 27 de octubre y siguientes²⁴⁶.

El de Viaux y sus cómplices no fue el único intento de impedir violentamente que Allende asumiera. La compañía norteamericana International Telephone and Telegraph (ITT), con apreciables intereses económicos en Chile, también mandó agentes a explorar la posibilidad de una acción en ese sentido, comprar parlamentarios DC o intentar otra maniobra destinada a impedir la ascensión de Allende por la fuerza. Según Frei se trataba de «dos estúpidos (enviados) a Chile a hacer informes sin conocer el país, los cuales nunca pudieron entrevistarse con nadie del gobierno, como quedó claramente establecido en los documentos»²⁴⁷. A juzgar por los resultados, tenía razón. El episodio está relatado, desde su particular punto de vista, por alguien que sin duda tiene pergaminos para haberlo conocido bien²⁴⁸.

Después del atentado a Schneider, Allende llegó muy alterado a La Moneda y a la casa de la calle Hindenburg en la noche, donde Frei lo recibió. El futuro Presidente inició entonces un largo soliloquio acerca de su derecho a ser Presidente de Chile. Frei —con frialdad germana— lo escuchaba, asintiendo a veces con la cabeza. Pero Allende, que tenía sobrados motivos para haber intentado calmar sus nervios, nada concreto logró²⁴⁹.

Sin embargo, su vehemencia pudo impresionar a Frei y convencerle que Allende sería Presidente contra viento y marea.

Salvador Allende se vería con Frei al menos dos veces más durante esos días de transición, después del atentado a Schneider. Gabriel Valdés lo relata: a petición de Allende gestionó primero una entrevista y después una comida con ambos, las que se realizaron en su casa de Lo Barnechea. En la primera Allende le pidió derechamente a Frei que lo ayudara en el gobierno que se disponía a iniciar y además le solicitó protección. Pero el Presidente saliente le respondió que tal como estaban planteadas las cosas iba seguro al fracaso. La protección, desde luego, se la dio²⁵⁰.

Según Valdés, en la segunda ocasión Frei habría sido extremadamente duro y le habría dicho: «Salvador, yo no te voy a ayudar; mi conciencia me dice que cuanto menos dure tu gobierno, mejor»²⁵¹. Después habría, lúcidamente, hecho un

presagio del devenir futuro de su mandato, hasta llegar al final, vaticinándole exactamente lo que sucedió²⁵².

Allende fue elegido Presidente de la República por el Congreso Pleno. El día de la transmisión del mando Frei pronunció un dramático discurso. Primero enumeró los logros de su gobierno, los que ya hemos visto y reconoció el fracaso en el combate contra la inflación. Terminó diciendo: «Seguramente he cometido errores y equivocaciones. Ruego se me perdone. Pero he tratado siempre, pongo a Dios como testigo, con un entusiasmo muy grande por Chile, por verlo convertirse en una gran nación; porque cada día, dentro de las posibilidades humanas, haya en nuestro país menos dolor, menos miseria, menos tristeza y más comprensión mutua»²⁵³. Fue uno de los momentos más dramáticos de su vida²⁵⁴.

Reflexión

Aunque nadie puede negar sus grandes logros en la modernización de Chile y la exitosa gestión administrativa, se ha reprochado al gobierno de Eduardo Frei Montalva el haber fracasado políticamente. La afirmación tiene una relativa base desde el momento, como hemos visto, que el candidato demócratacristiano llegó en tercer lugar en la elección presidencial y fue elegido Presidente Salvador Allende, lo que significaba el triunfo de la utopía socialista alternativa a la demócratacristiana. Casi todo lo realizado estaba en peligro de ser drásticamente alterado.

Ahondemos en la cuestión. Aunque se han mencionado a lo largo de estas páginas resulta interesante tratar de sistematizar cuáles fueron las causas internas de la derrota demócratacristiana de 1970. En primer lugar, está lo recién dicho sobre el candidato Tomic. Sin duda no era el hombre para ganarse el electorado de clase media que podría haberle dado la victoria. Pero también estuvo el asunto, fundamental, de que el «comunitarismo», como proyecto social, nunca pudo concretarse, lo que pareció quedar demostrado durante la Administración Frei. También influyó el hecho de que el PDC fuese un partido recién reunido, juntando grupos y hombres muy dispares, con diversos orígenes y estilos

políticos (falangistas, conservadores, socialcristianos, algunos radicales y numerosos agrariolaboristas, amén de independientes), lo que ciertamente influyó en sus pugnas internas y su actuación en general durante el gobierno de Frei. Sólo entre los viejos falangistas había una larga tradición de trabajo en equipo y de lealtad. En fin, la partida del sector disidente, aglutinado en el MAPU, tuvo importancia directa en el resultado de septiembre de 1970.

Asimismo, mucha de la potencial «clientela» democratacristiana que había aprovechado de las reformas sociales del gobierno de Frei no apoyó a Tomic sino a Allende, sea porque se dejara llevar por el convencimiento sincero de que era posible y deseable radicalizar los cambios iniciados por Frei o porque, lisa y llanamente, sacaba cuentas fáciles de que un régimen socialista les reportaría aún mayores beneficios socioeconómicos. Como le dijo a Frei Arturo Aldunate Phillips, en una carta de fecha 8 de ese crucial mes de septiembre de 1970, refiriéndose: «A la traición del sector agrario para explicar nuestra derrota»: «no hubo votos campesinos para nosotros porque el INDAP se lo llevó el MAPU y (también) parte de (la) CORA»²⁵⁵.

En fin, Frei tuvo mala suerte con la época en que le tocó gobernar. Hubo de dirigir Chile en un período de radicalización, de izquierda y de derecha, la que, como se ha visto, afectó profundamente al PDC y a su administración. En esas circunstancias sus indudables buenas intenciones y agotador esfuerzo no rindieron todos los frutos que ameritaban.

En lo puramente táctico influyó, como lo reconocería el propio Frei años después, el hecho que el gobierno «no soltó más plata» ese último año, aun a riesgo de generar inflación para la administración siguiente²⁵⁶. Fue quizá un error político, pero Frei tenía un severo concepto de la honestidad pública.

En diferente perspectiva. Ni Frei ni su partido tuvieron suficiente consciencia de lo que es una tendencia histórica casi sin excepción: las revoluciones una vez iniciadas tienden a radicalizarse. En este sentido resulta plenamente comprensible que la juventud y otros sectores demandaran ir más y más lejos. La

teoría de F. Furet («El Patinazo») sobre la Revolución Francesa y su radicalización posterior a 1791, cuando ya se habían obtenido casi todos los resultados que pretendían los que iniciaron el movimiento, tiene indudables similitudes con el caso chileno de 1964-1970²⁵⁷.

¿Muchos analistas se han preguntado cuánta responsabilidad le cupo al gobierno de Eduardo Frei en la crisis de la democracia chilena? Sin duda las profundas reformas mencionadas debilitaron la estructura tradicional de la sociedad chilena y dieron paso a que otros sectores plantearan e intentaran llevar adelante las iniciativas más radicales que provocaron el colapso, durante el gobierno de la Unidad Popular. Es la evolución usual de los procesos de este tipo y un hombre de la cultura de Frei sin duda lo sabía²⁵⁸. Pero creyó poder mantenerlo encauzado y, de hecho, cuando, hacia 1967, notó que se tornaba incontrolable, trató de frenarlo. No contaba con que en su propio partido encontraría las mayores resistencias para hacerlo.

En lo personal se ha reprochado al Frei Presidente (como antes al político) haber sido débil e indeciso²⁵⁹. La acusación de debilidad no parece tener fundamento. Sus reformas, sus combates, dentro y fuera del partido, no indican debilidad. Pero en es el caso de la acusación sobre indecisión, como todo intelectual de mente analítica y por las propias características de su personalidad, Eduardo Frei tenía el problema de Hamlet: meditaba y cavilaba, sopesando cada uno de sus actos y decisiones de importancia. Además escuchaba y sopesaba múltiples opiniones, a las cuales era influenciable²⁶⁰.

Èse proceso, a veces retardó decisiones y actos, e impidió, al revisar una y otra vez todos sus matices, la toma de una decisión oportuna. Como contrapartida, cuando Frei tomaba una decisión bien meditada, solía mantenerla con porfía, lo que a veces lo ayudó pero también en ocasiones lo perjudicó. Eso es especialmente claro en la mantención de algunas políticas económicas o en su trato con sectores o personalidades adversarias, más con los de derecha, con quienes tenía una larga historia de desencuentros y desaires mutuos, que con la izquierda.

Pero no puede considerarse esta característica de la personalidad de Frei, sopesándola en relación a sus muchas cualidades, como un factor determinante en el peligroso rumbo que tomó la historia de Chile después de que dejara el mando. Las razones de esta evolución, como se ha intentado demostrarlo, fueron estructurales y de carácter profundo.

Que su gestión como Presidente, con sus muchos logros descritos en estas páginas, era reconocida por la mayoría del pueblo de Chile como positiva es algo claro históricamente. Pasada la crisis y la larguísima dictadura que la sucedió, el pueblo chileno guardaría fiel memoria de lo que había sido el esfuerzo de Frei y su gobierno en favor del país.

Cuan fuerte y positivo es el recuerdo que Chile guarda de Eduardo Frei Montalva se ha notado hasta el presente.

NOTAS

- 1 Olavarría: op. cit. t. IV, p. 73.
- 2 Para un completo y (al parecer) bastante fiel relato de la Junta de Peñaflores, cfr. *Ercilla*, 10 de enero, 1968 y *7 días*, 12 de enero, 1968.
- 3 *Ibid.* p. 75.
- 4 *Ercilla* 31 de julio, 1968.
- 5 E. Subercaseaux: op. cit., p. 140.
- 6 Entrevista a Enrique Krauss.
- 7 Prensa, enero-febrero de 1968.
- 8 José Antonio Viera-Gallo: *11 de setiembre, testimonios, recuerdos y una reflexión actual*, Eds. Chileamérica, Stgo., 1998, p. 41.
- 9 *Ercilla*, 12 de marzo, 1968.
- 10 *Ercilla*, 31 de enero, 1968.
- 11 *Anales de la República*, pp. 673-674.
- 12 *Mensaje Presidencial*, 21 de mayo de 1968, reproducido por la prensa el día 22.
- 13 Jobet: op. cit. pp. 127-141.
- 14 Carlos Sandoval A.: *M.I.R. (una historia)* Soc. Ed. Trabajadores, Stgo., 1990, cap. I.
- 15 Víctor Osorio e Iván Cabezas: *Los hijos de Pinochet*, Ed. Planeta, Stgo., 1995, p. 117.
- 16 *Ercilla*, 1 de mayo, 1968.
- 17 Cfr., Hofmeister: op. cit., p. 125.
- 18 Dooner: *Cambios sociales y...*, pp. 142-143
- 19 *Ercilla*, 11 de septiembre, 1968.
- 20 *Ercilla*, 18 de septiembre, 1968.
- 21 *Ercilla*, 25 de septiembre, 1968.
- 22 *Eduardo Frei, el hombre...*, p. 155.
- 23 Entrevista a Patricio Aylwin.
- 24 *El Mercurio*, 12 de noviembre, 1968.
- 25 Prensa, 6-12 de diciembre, 1968.
- 26 Luis Valencia A.: *Anales de la República*, p. 636.
- 27 *El Mercurio* 4 de noviembre, 1968.
- 28 Para un buen análisis de la elección, cfr. *Ercilla*, 5 de marzo, 1969.
- 29 Prensa, 11 de marzo de 1969.
- 30 En particular en una canción de Víctor Jara.
- 31 *La Última Hora*, 10 de marzo, 1969.
- 32 *La Última Hora*, 11 de marzo, 1969.
- 33 *La Última Hora*, 14 de marzo, 1969.
- 34 Carta dirigida a la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano, publicada en *Política y Espíritu*, abril-junio de 1969.
- 35 Dooner: op. cit., p. 168.
- 36 *Ibid.*, p. 169.
- 37 Carta de Eduardo Frei a Jorge Cauas, 5 de agosto de 1969. En FF, TRB 679.
- 38 Carta de Eduardo Frei a Roberto León, 24 de febrero de 1970. en FF, TRB 686.
- 39 Olavarría: op. cit. V. V., p. 227.
- 40 Dooner: *Cambios sociales y...*, p. 173.
- 41 *Ercilla*, 17 de septiembre, 1969.
- 42 Cfr., *Informe de Cepal sobre la economía chilena en 1969*, CEPAL, 1970, p. 17.
- 43 *Ercilla*, 22 de octubre de 1969.

- 44 *Ibíd.*
- 45 Información obtenida de Enrique Krauss.
- 46 Carlos Prats: *Memorias*, Ed. Pehuén, Stgo., 1985, p. 111.
- 47 *Ercilla*, 22 de octubre, 1969.
- 48 Entrevista a Enrique Krauss.
- 49 Cfr., Andrea Ruiz-Esquide: *La Fuerzas...*, *pássim*.
- 50 Está reproducida en Florencia Varas: *Conversaciones con Viaux*, Stgo., 1972, pp. 55-67.
- 51 Entrevista a Enrique Krauss.
- 52 *Ercilla*, 22 de octubre, 1969.
- 53 *Ibíd.*
- 54 *Ibíd.*
- 55 Cartas en FF, TRB, 683.
- 56 Entrevista a Enrique Krauss.
- 57 Lo que queda en duda del libro de Florencia Varas, citado anteriormente, aunque es necesario tomar en cuenta que este corresponde a una entrevista muy posterior cuando Viaux ya estaba en la Penitenciaría de Santiago como consecuencia del complot contra Schneider.
- 58 El que terminó en una condena casi simbólica de 541 días de extrañamiento para el general y otras menores para sus colaboradores más inmediatos.
- 59 Augusto Pinochet: *Camino recorrido, memorias de un soldado*, t. I, Instituto Geográfico Militar, Stgo., 1990, pp. 196-197.
- 60 *Ibíd.*, p. 193.
- 61 Olavarría: op. cit., V. VI, p. 38.
- 62 *EL Mercurio* 13 de noviembre, 1969.
- 63 *Ercilla*, 26 de noviembre, 1969.
- 64 Jarpa: op. cit., p. 34.
- 65 Sutulov, op. cit., pp. 93-96.
- 66 100 millones de dólares menos de lo planeado originalmente, pero aún así una gran suma.
- 67 En 1970 la producción fue de sólo 692.000 tons. Cfr., Morán: op. cit., p. 261.
- 68 Morán: op. cit., p. 265.
- 69 Loveman: op. cit., pp. 272-273.
- 70 Sergio Molina: *El proceso de cambio...*, p. 92.
- 71 VIA: *Chile 1940-1975...* apéndice, cuadro 6, pp. 271-272 (las cifras se refieren a agricultura, silvicultura, pesca y caza, pero no incluyen la pesca industrial).
- 72 Dooner: op. cit., p. 230. Emiliano Ortega entrega otra cifra: 127.000.
- 73 Garrido: op. cit., p. 124.
- 74 Entrevista a Rafael Moreno.
- 75 Collier y Sater: op. cit., p. 314.
- 76 Dooner: *Conflictos sociales y...*, p. 202.
- 77 Cartas de Manuel Vergara, pastor evangélico a Eduardo Frei, 9 de diciembre de 1969 y de Rafael Moreno a Eduardo Frei, 9 de enero de 1970. En FF, TRB 1.169.
- 78 Garrido: op. cit., pp. 125-126.
- 79 *Ibíd.*
- 80 Niccolo Machiavelli: *The Prince*, Penguin Books, 1968, cap. XVII, p. 97.
- 81 Entrevista a Pablo Baraona, marzo de 1997.
- 82 *Ibíd.*
- 83 Cartas del diputado Fernando Sotomayor García al Presidente de la República, a Mario Penna P., Fiscal Instructor del sumario y a Jacques Chonchol, año 1969. En FF, TRB 673.

- Entrevista a Rafael Moreno.
- Ibíd.*
- Entrevista a Emilio Meneses, ingeniero agrónomo y profesor de ciencia política en la Universidad Católica de Chile, enero de 1996. Rafael Moreno desmiente que se haya dado esta situación.
- Ibíd.* Rafael Moreno está parcialmente de acuerdo con esta observación.
- Carta tipo y lista en FF, TRB, 684.
- FF, TRB, 684.
- Ley Nº 17.284.
- Constitución Política de la República de Chile*, Ed. Nascimento, Stgo., 1971.
- Olavarría: op. cit. V. VI, pp. 152-163 y *Prensa* del 1 al 5 de mayo de 1970.
- Ibíd.*, p. 153.
- Sexto mensaje al Congreso Nacional del Presidente de la República de Chile don Eduardo Frei Montalva*, 21 de mayo de 1970, Imprenta Servicio de Prisiones, Stgo., 1970.
- Manfred Wilhelmy: *Chilean Foreign Policy. The Frei Government, 1964-1970*. Ph. D. Thesis, Princeton University, 1976, p. 164.
- William F. Sater: *Chile and The United States*, U. of Georgia Press, USA, 1990, pp. 142-143.
- Prensa*, abril-julio de 1965.
- Wilhelmy: op. cit., p. 178.
- Sater: op. cit., pp. 150-151.
- Quien había sido uno de los asesinos del dictador Trujillo.
- El Mercurio*, 22 de mayo, 1965.
- Wilhelmy: op. cit., p. 193.
- Ercilla*, 19 de abril, 1967.
- Reproducido por *7 días*, 21 de abril, 1967.
- 7 días*, 14 de abril, 1967.
- Ibíd.*, pp. 191-204.
- Junto con otras acciones de «independencia» chilena frente a EE. UU., como la idea de una abstención, en 1965, frente a la proposición albanesa de incorporar a China Comunista al Consejo de Seguridad de la ONU en reemplazo de Taiwán, a la que se oponía Estados Unidos. Frei, que no quería pelear con los Estados Unidos, finalmente impulsó la idea de apoyar el rechazo a la posición albanesa.
- Cfr., R.E.M. Irving: *The Christian Democratic Parties of Western Europe*, Royal Institute of International Affairs, Allen and Unwin, London, 1979.
- Carta a los señores Prebisch, Mayobre, Herrera y Santa María, «Memorial del Ministerio de Relaciones Exteriores», enero de 1965. Original en FF, 6 de enero de 1965.
- Cfr., Wilhelmy: op. cit., p. 265.
- Eduardo Frei: *América Latina tiene un destino*, Ed. Zig-Zag, Stgo., 1967, pp. 153-154.
- 7 días*, 7 y 29 de agosto, 1996 y *Ercilla* 17 y 24 de agosto, 1966.
- Cfr., reportaje de Erika Vexler en *Ercilla*, 4 de septiembre, 1968.
- El Mercurio* 11 de septiembre, 1968.
- Sater: op. cit., p. 154.
- Joaquín Fernandois: *Chile y el mundo, 1970-1973*, Ed. Universidad Católica de Chile, Stgo. 1985, p. 115.
- Valdés siempre tuvo una lucha de egolatrías con los personeros que dirigían la política internacional de EE. UU. Por cierto que eso no inquietaba mayormente a los personeros

- noramericanos, pero influyó en la posición de Valdés. Particularmente envenenado era su encono con Eduard Korry y sin duda correspondido. Cfr. E. Subercaseaux: op. cit., pássim, pero en especial pp. 116 a 124.
- 118 Lo que no impidió de que la prensa conservadora del continente acusara a Chile y Brasil de estar en esa actitud.
- 119 Wilhelmy: op. cit., pp. 299-308.
- 120 E. Subercaseaux: op. cit., p. 131.
- 121 Jarpa: op. cit., p. 36.
- 122 Wilhelmy: op. cit., p. 238.
- 123 Olavarría: op. cit., V. III, pp. 62 y sigs.
- 124 *Chile en el siglo XX*, p. 189.
- 125 E. Subercaseaux: op. cit., pp. 135-138.
- 126 Sergio Villalobos: *El Beagle*, Ed. Andrés Bello, Stgo., 1979, p. 99 y sigs.
- 127 Wilhelmy: op. cit.: pp. 251-253.
- 128 *Ibíd.*, pp. 288-289.
- 129 Entrevista a Belisario Velasco, marzo de 1998.
- 130 Gazmuri et al.: *Eduardo Frei*, p. 13.
- 131 Algo de ese ambiente está reflejado en *Palomita Blanca*, de Enrique Lafourcade.
- 132 Cáceres et al.: *Almanaque...*, p. 100.
- 133 Entrevistas a Jorge Frei y a María Irene Frei R-T.
- 134 Entrevista a Enrique Krauss.
- 135 Eduardo Frei: «carta a Mariano Rumor» en Cristián Gazmuri et al.: op. cit., pp. 476-496.
- 136 «Estadísticas educacionales», Ministerio de Educación, Stgo., 1970.
- 137 Molina: op. cit., p. 87.
- 138 «Estadísticas...», cit.
- 139 *Ibíd.*
- 140 *Sexto Mensaje...*, cit. p. 20.
- 141 «Estadísticas...», cit.
- 142 *Ibíd.*
- 143 Cfr., «Discurso pronunciado en el acto inaugural de la Conferencia sobre Ciencia y Técnica para América Latina», septiembre de 1965 en: *Obras escogidas*, pp. 318-321.
- 144 Cfr., *La verdad tiene su hora*, pp. 25-26 y otras.
- 145 E. Frei: *Obras escogidas*, pp. 560-569.
- 146 Olavarría: op. cit., V. IV, p. 58.
- 147 *Política y Espíritu*, enero-junio, 1968.
- 148 Molina: op. cit., pp. 95-96.
- 149 *Sexto Mensaje...*, p. 25.
- 150 Alan Angell: op. cit., p. 55.
- 151 *Ibíd.*, p. 89.
- 152 Gémines: *Geografía económica de Chile*, Ed. Andrés Bello, Stgo., 1982, p. 84.
- 153 *Ibíd.*, p. 456.
- 154 Héctor Valenzuela Valderrama: «Reforma Previsional», entrevista publicada por *La Nación*, 14 de agosto, 1966.
- 155 Cfr., *La verdad tiene su hora*, p. 62.
- 156 Cfr., *Sexto mensaje Presidencial*, cit., p. 25.
- 157 Molina: op. cit., p. 88.
- 158 *Sexto mensaje Presidencial...* y Sergio Molina: op. cit.

- Carta de Eduardo Frei a Raúl Devés, 17 de septiembre de 1970. En FF, TRB 694.
- Ibíd.*, pp. 72-73.
- Molina: op. cit., p. 82.
- Ramírez: op. cit., p. 163.
- Wilhelmy: op. cit., p. 150.
- Ibíd.*, p. 150.
- Molina, p. 86.
- Sebastián Piñera y Patricio Meller: «El problema del empleo en Chile», en *VIA: Chile 1940-1975, 35 años de discontinuidad económica* (Cuadro 17), p. 174.
- Se han dado diversas cifras sobre el promedio de crecimiento 1964-1970. En un reciente libro Patricio Meller fija la cifra en un 3,9%. Patricio Meller: op. cit., p. 109 (cuadro).
- Banco Central de Chile: *Indicadores económicos y sociales 1960-1988*, p. 26.
- Gémines: *Geografía económica...*, p. 456.
- Ibíd.*
- «Mideplán 1996, cit. por Dagmar Raczynski en: Paul Drake e Iván Jaksic, Eds.: *El modelo chileno*, Stgo. 1999, p. 149.
- Carta de Eduardo Frei a Fernando Aguirre, 10 de septiembre de 1969. En FF, TRB 680.
- «Llona y A. Uthoff, en *VIA: Chile 1940-1975...*, p. 187 (cuadro).
- Ibíd.*, pp. 108-109.
- Banco Central de Chile: *Indicadores económicos y sociales 1960-1988*, p. 26.
- Entrevista a Enrique Krauss.
- Molina y Uthoff: op. cit., pp. 183-184 (texto y cuadro).
- Ibíd.*, p. 187.
- Ramírez: op. cit., p. 163.
- Por ej., cfr. carta de Eugenio Heiremans, presidente de la SOFOFA a Eduardo Frei, 9 de agosto de 1967, en FF, TBR, 662.
- Alan Angell: op. cit., p. 19.
- Eduardo Frei M.: *Obras escogidas*, pp. 389-390.
- Sergio Molina: op. cit., Segunda Parte.
- La acusación realizada por el socialista Eric Schnake, en noviembre de 1968, está citada por Olavarría: V. V, p. 31.
- Nos reservamos los nombres de las personas cuyo testimonio recogemos y que nos merecen fe, a petición de ellas.
- Cfr. carta a don Carlos Bleiholder, 23 de agosto de 1968, en FF, TRB, 661.
- Carta de Eduardo Bell a Eduardo Frei, 13 de abril de 1968, en FF, TRB, 657.
- Carta de Eduardo Frei a René Olivares, 6 de octubre de 1969. En FF, TRB 681.
- Durante la dictadura, la FACH cambió el nombre a la base que fundara Frei.
- Carta de Eduardo Frei a Baltasar Castro, en FF, TRB, 684.
- Cartas de habitantes de Picton y Nueva a Eduardo Frei. En FF, TRB 690.
- Cfr., carta de Ladislao Munita a Eduardo Frei, 5 de agosto de 1970. En FF, TRB 976.
- Olavarría: op. cit., V. VI, pássim.
- Paul Sigmund: op. cit., p. 89.
- Olavarría: op. cit. V. V, pp. 179-180.
- El Mercurio*, 3 de noviembre, 1965.
- Fontaine y Fermanois: «Entrevista a Edward Korry», cit., p. 91. Korry, fuente poco confiable, cuenta haberse entrevistado con Alessandri en 1970, pero insiste que fue antes del anuncio público de la candidatura.

- 198 La idea respondía a una intención que ya se había planteado en 1964, por sectores minoritarios del partido, que serían en su mayoría los que se irían después al MAPU y a la Izquierda Cristiana. Entonces, como en 1970, se topaban con el rotundo «no» de comunistas y socialistas.
- 199 Sigmund: op. cit., p. 84.
- 200 Cfr., Volodia Teitelboim: *Gabriela Mistral, pública y secreta*, Ediciones BAT, Stgo., 1994, pp. 190, 208, 209 y otras. Teitelboim -comprensiblemente- no simpatizó nunca con Frei, en cambio mantuvo una relación más o menos fluida con Tomic. De allí que se refiera más efusivamente a la amistad de este último con la Mistral y conceda relativamente poca importancia a la que ella mantuvo con Frei, aunque es justo en sus juicios. Es posible, además, que en la obra citada y otras haya manejado más información en el caso de Tomic que en el de Frei.
- 201 Luis Valencia A.: *Anales de la República*, pp. 558 y 606.
- 202 Entrevista a Enrique Krauss.
- 203 *Ercilla*, 6 de noviembre, 1968.
- 204 «El Partido Demócrata Cristiano proclama a Radomiro Tomic» en *Política y Espíritu* N° 313, septiembre-octubre, 1969.
- 205 Él destacado es nuestro.
- 206 Citado por Alan Angell: op. cit., p. 47. La cita había aparecido en un artículo de Tomic, incluido en Federico Gil et al.: *Chile at the Turning Point: Lessons on The Socialist Years, 1970-1973*, Filadelfia, 1979.
- 207 Entrevista a Patricio Aylwin.
- 208 Es la opinión de Gonzalo Vial, escuchada en un seminario organizado por la «Universidad Finis Terrae» en agosto de 1997.
- 209 Entrevista a Jaime Varela.
- 210 *La Segunda*, 11 de febrero, 1970; *El Mercurio* 12 de febrero, 1970, citado por Sigmund.
- 211 Cfr., Claudio Orrego «La elección presidencial de 1970: aclarando responsabilidades y describiendo estrategias», en *Política y Espíritu*, N° 332, mayo, 1972, cit. por Genaro Arriagada: *De la Vía Chilena a la vía insurreccional*, Ed. del Pacífico, Stgo., 1974, p. 80.
- 212 Olavarría: op. cit., V, VI, pp. 103-104.
- 213 *El Mercurio*, 1 de agosto, 1970.
- 214 Entrevista a Enrique Krauss.
- 215 Sigmund: op. cit., pp. 92-93.
- 216 Entre los primeros, los autores de *Chile en el siglo XX*.
- 217 Fontaine y Fernandois: «Entrevista a Edward Korry», cit., p. 93.
- 218 Carta de Eduardo Frei a José Domínguez, cit. supra.
- 219 *La Nación*, 8 de mayo, 1970.
- 220 Carta de Ricardo Fuica a Eduardo Frei, 1 de septiembre de 1970. En FF, TRB 694.
- 221 Entrevista a Adriana Leitet.
- 222 Entrevista a Raúl Troncoso.
- 223 *Ibid.*
- 224 Fontaine y Fernandois: «Entrevista a Edward Korry», cit., p. 96.
- 225 Entrevistas a Carmen Frei y Patricio Aylwin.
- 226 Entrevista a Patricio Aylwin.
- 227 Carta de Eduardo Frei a Jacques Maritain, en: *Memorias*, p. 175.
- 228 Citada por Sigmund: op. cit., p. 100.
- 229 Declaración de Jorge Alessandri, cit. por Olavarría: op. cit., t. VI, pp. 273-274.

- 230 Arancibia et al.: *Jorge Alessandri...* p. 309.
- 231 *Qué Pasa*, «los archivos secretos...»
- 232 E. Subercaseaux: op. cit., p. 146.
- 233 Carta de Eduardo Frei a Jorge Cash, presidente del Consejo del diario estatal *La Nación*, protestando por la escasa importancia que concedió a la primera declaración de Zaldívar, 17 de septiembre de 1970. En FF, TRB 694. Y entrevista a Enrique Krauss.
- 234 Emilio Filippi y Hernán Millas: *Anatomía de un fracaso*, Zig-Zag, Stgo. noviembre, 1973, p. 32.
- 235 Carlos Prats: op. cit., p. 197.
- 236 Fontaine y Fernandois: «Entrevista a Edward Korry», cit., p. 97.
- 237 Documento de la CIA citado por *Qué Pasa*, «Los archivos...» Korry avala esta opinión, con respecto a Frei, «Entrevista...», cit., pp. 97 y 98.
- 238 Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, BAT eds., Stgo., 1991. Cfr. Cap. II («El plan ITT-CIA-Frei de 1970»).
- 239 Documentos desclasificados por Departamento de Estado, 8 de octubre de 1999.
- 240 *Qué Pasa*, «los archivos...».
- 241 Manuel Salazar: *Contreras, historia de un intocable*, Grijalbo, Stgo., 1995, pp. 34-35.
- 242 Prensa, 22 al 30 de octubre de 1970.
- 243 Salazar: op. cit., p. 35, citando fallo del fiscal Fernando Lyon.
- 244 *Ibid.*, p. 37.
- 245 Prensa, 22 al 30 de octubre de 1970. Ver además Prats: op. cit., p. 198.
- 246 *El Mercurio*, 26-28 de octubre de 1970.
- 247 E. Frei: *Obras...*, cit., pp. 477-478.
- 248 Cfr., James Whelan: *Out of the Ashes*, Regnery Gateway, USA, 1989, pp. 290-299.
- 249 Entrevista a Carmen Frei.
- 250 E. Subercaseaux: op. cit., p. 150.
- 251 *Ibid.*, p. 152.
- 252 *Ibid.*, pp. 152-153.
- 253 «Discurso de entrega del mando», Presidencia de la República, 30 de octubre de 1970.
- 254 Entrevista a Adriana Leitet. *
- 255 Carta de Arturo Valdés Phillips a Eduardo Frei, 8 de septiembre de 1970. En FF, TRB 694.
- 256 Entrevista a Enrique Krauss.
- 257 F. Furet et Denis Richet: *La Révolution Française*, Pluriel-Hachette, París, 1973, cap. 5.
- 258 Cfr., Crane Brinton: *Anatomía de la revolución*, Aguilar, Madrid, 1958, pássim.
- 259 Pot ej., cfr., entrevista a Bernardo Larraín.
- 260 Entrevista a Enrique Krauss.